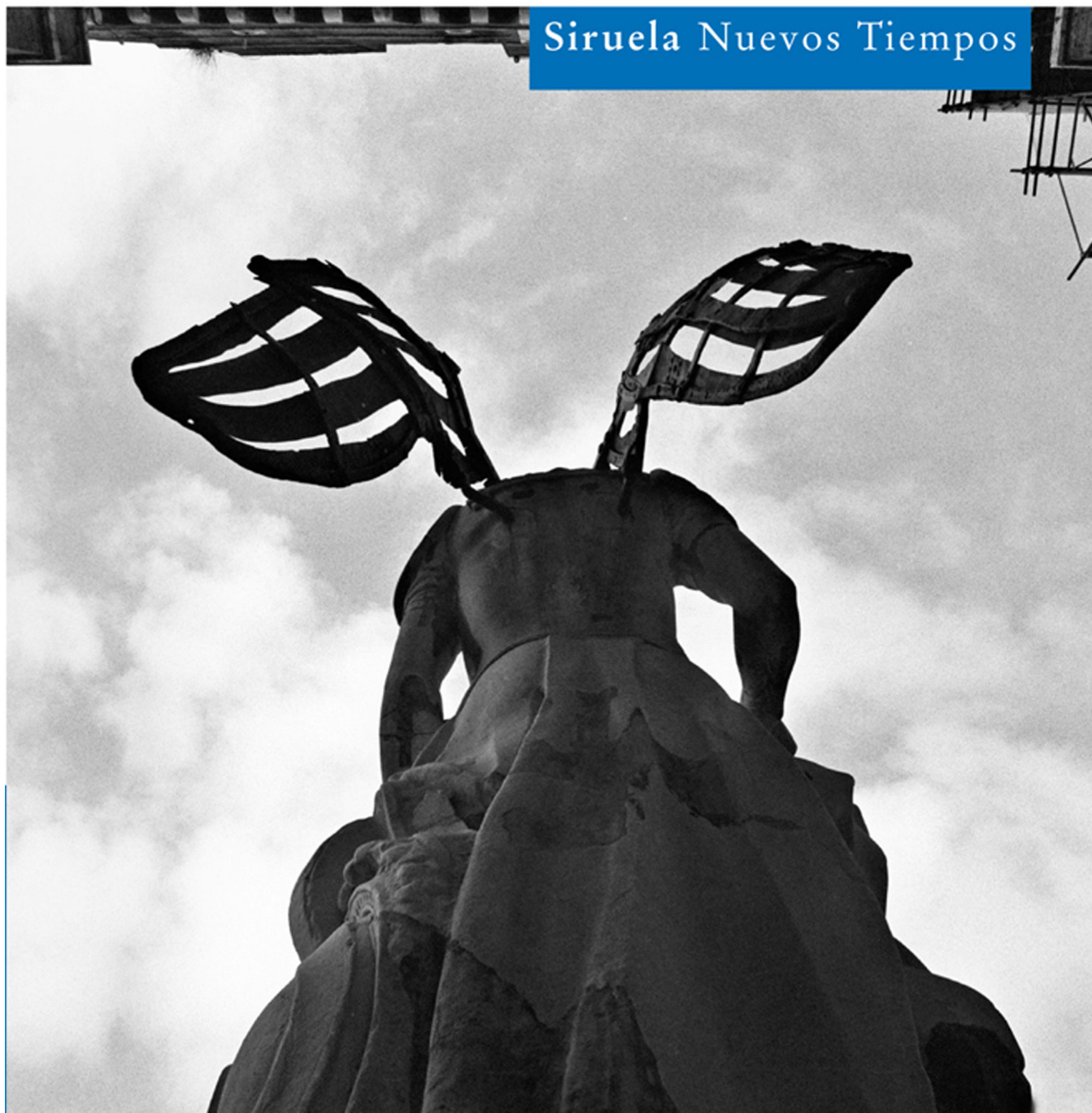


Estatua con palomas

LUIS GOYTISOLO

Siruela Nuevos Tiempos



LUIS GOYTISOLO

Estatua con palomas



Ediciones Siruela

Luis Goytisolo

Estatua con palomas

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

Estatua con palomas

Capítulo I

1. Delfos

Capítulo II

2. Penis et penna

3. Sagradas formas

4. Cuerpos en licuación

Capítulo III

5. Estratos y transparencia

6. Los recovecos de la locura

7. Latens deitas

8. Mi padre tiene un Packard

9. La dificultad de precisar un comienzo

Capítulo IV

10. Una visita

11. Fechas, números, nombres

12. Liquen seco

13. Dudas y decisiones

14. Luna

15. Vivacidad de la cigala

16. El vientre del horno

Capítulo V

17. El estuario

18. En la explanada del puerto al anochecer

19. Aspectos

20. A Fulvia

21. Caliente, caliente

22. La leona

23. El halo de la luna

24. Valeria Heladia: un tropiezo

25. Acomodare corpore vestum

Capítulo VI

26. A Fulvia

27. La entrevista

28. Delfos (fragmento)

29. Fragmento (comúnmente denominado «La Columna Trajana»)

30. Los tres soles (párrafos finales)

31. Vestidos y papeles

32. El águila

33. Los cuatro elementos

Capítulo VII

34. Poniente en Oriente

35. La Etrusca

36. Una novela para transformar el mundo

[37. VI](#)

[38. La pregunta](#)

[39. Un áspid en la cama](#)

Capítulo VIII

[40. Un pequeño punto de la pantalla del radar](#)

[41. El mensajero](#)

[42. Signos externos](#)

[43. La conjura](#)

Capítulo IX

[44. La pregunta](#)

[45. Los VI libros secretos](#)

Créditos

Estatua con palomas

A Gonzalo y Fermín

Capítulo I

Delfos. No sabría decir si fue el exceso de luz o más bien el movimiento inusitado el primer indicio de lo que estaba sucediendo. Mis dos o tres visitas anteriores habían transcurrido en la penumbra, tal y como a él le gustaba estar desde que fue ingresado. Y el que a la hora de la cena se produjera semejante ajetreo de enfermeras a la intensa luz proyectada por las puertas de su habitación abiertas de par en par, que seccionaba transversalmente el largo corredor, no podía significar otra cosa. Estaban retirando las sábanas, las toallas de baño, la instalación del gota a gota, los medicamentos, la ropa, los objetos personales. ¿Es usted familiar de don Leopoldo?, me preguntó alguien. Tenga la bondad de acompañarme; su tío falleció no hace ni dos minutos y hay que tomar algunas decisiones. Mi consejo es llamar cuanto antes al Servicio de Pompas Fúnebres. Siendo como era soltero lo más cómodo es que ellos se encarguen de todo.

El hecho de que en efecto fuera soltero no simplificaba demasiado la situación, ya que tío Leopoldo vivía desde siempre en compañía de tío Luis, ambos al cuidado de Carmen, a quien, a estas alturas, ya no era posible seguir considerando una mera sirvienta. Además tío Luis era sordo, motivo que, unido a la manifiesta falta de interés de tío Leopoldo por los medios de comunicación, daba lugar a que en su piso no hubiera teléfono. Así pues, llamé en primer lugar a las primas, que es como en medios familiares eran llamadas las primas que se habían quedado solteras. A partir del ingreso de tío Leopoldo en la clínica, también como en virtud de un tácito acuerdo familiar, sobre ellas había recaído la tarea de organizar la asistencia al enfermo y, en especial, el relevo de acompañantes junto a su lecho. Horas antes, precisamente, me había puesto en contacto con la prima Carmen para decirle que pensaba acercarme a la clínica hacia la hora de la cena, uno de los momentos que mejor les permitía a todas relajarse un poco. Sólo que en lugar de dar conversación a tío Leopoldo mientras cenaba, lo que me tocó hacer fue elegir un ataúd lo más sobrio posible en los bajos del edificio que centralizaba los Servicios Municipales de Pompas Fúnebres. El empleado que me atendía, con el mismo oficio que un vendedor de coches, intentó en vano interesarme por las ventajas de otros modelos, sin duda alguna de precio más elevado; mi convicción era la de que tío Leopoldo los hubiera encontrado detestables.

Para cuando eché en el albarán la firmita que me pedía el vendedor, ya había llegado a los velatorios algún que otro miembro de la familia y el cuerpo de tío Leopoldo acababa de ser instalado en uno de ellos. La disposición del edificio era similar a la de un hotel, con algo así como *suites* numeradas a uno y otro lado de los pasillos, ámbitos formados por una pequeña antesala y la capilla ardiente propiamente dicha; la campana de plástico transparente ocupaba una posición equivalente a la de la cama en el contexto de un dormitorio. En otra planta, había también una cafetería abierta permanentemente, susceptible de interesar a más de un noctámbulo; en conjunto, todo aquello tenía algo de

terminal de aeropuerto y, considerando la diversidad de grupos que allí se daban cita, más desconcertados que propiamente afligidos, hasta de estación interplanetaria, con gente llegada desde distintas galaxias. Entre los familiares presentes había algunos a los que no veía desde hacía casi treinta años; y a los mayores de sus chicos sencillamente no los había visto en mi vida. A grandes rasgos, no era entre ellos donde cabía captar el aire de familia. Lo que irradiaba ese aire se hallaba en el interior de la campana de plástico transparente: el cuerpo yacente de tío Leopoldo, idéntica su efigie a la de mi padre como nunca lo fueron durante sus respectivas vidas.

Ese recuerdo, el último, es el único enteramente singularizado que guardo de tío Leopoldo. Hay otros dos, relativos también a sus últimos años, que se superponen y confunden en mi memoria, ya que en ambos casos me lo encuentro peleando con uno de mis hijos en la sala de estar de casa; la diferencia entre un recuerdo y otro estriba en que si en una ocasión se arrojaban mutuamente piezas de fruta, creo que peras, en la siguiente era cucharadas de azúcar lo que intercambiaban con gozo. El hecho de que, por lo demás, las dos situaciones sean intercambiables se debe a que tanto una como otra tuvieron lugar probablemente un miércoles, el día en que tío Leopoldo tenía por costumbre venir a comer a casa. Una costumbre, casi un rito que, saltando de generación, habría que remitir a otro rito de mi propia infancia. Así, si tío Luis había sido mi padrino, tío Leopoldo era ahora padrino de uno de mis chicos y, al igual que entonces, sus visitas semanales habían entrado a formar parte del calendario familiar. Para mis hijos, por otra parte, tío Leopoldo era el abuelo, dado que, según su criterio, se ajustaba más a la idea que por analogía se habían hecho de lo que es un abuelo que a la de simple tío. Que yo recuerde, tío Luis vino a visitarnos una sola vez, acompañado de Carmen. Por esa época, ya había renunciado a dormir fuera de casa -extrañaba la cama- y por parecidos motivos sólo excepcionalmente accedía a comer algo que no hubiera sido preparado personalmente por Carmen.

Nuestro común intento de mantener vivo el ritual de las visitas periódicas fue un relativo fracaso, en parte por los achaques de los tíos, propios de la vejez -tío Luis, en especial, estaba ya completamente sordo-, y en parte porque el nuevo contexto familiar -caras nuevas en sustitución de caras desaparecidas para siempre- otorgaba por sí solo algo de artificialidad a un acto al que en cierta medida se sentían ajenos. Las visitas de tío Luis, por ejemplo, siempre habían respondido a los deberes que, como padrino, tenía para conmigo, por lo que se atenían rigurosamente al calendario litúrgico: Reyes, el 6 de enero, el domingo de Pascua de Resurrección, fiesta variable, y el día de mi santo, 21 de junio. El domingo de Pascua se hacía preceder por un mozo de pastelería cargado con la *mona* más llamativa que hubiera podido encontrar, y por Reyes y San Luis traía personalmente el regalo. A las tres celebraciones asistía invariablemente tío Leopoldo y el menú de cada una de ellas solía ser siempre el mismo. De las tres, por su inmediatez respecto al verano entero que iba a pasar en Torrentbó, mi preferida era la del santo, importándome poco que los regalos que recibía fueran de menor importancia que los de Reyes. Creo que, en todos aquellos años, tío Luis *subió*, como decíamos, una sola vez a Torrentbó, probablemente la primera para él después de la guerra civil; llevaba una

chaqueta de hilo blanco y ya entonces se quejó de que había dormido mal. Volvió, que recuerde, en otras dos ocasiones, con motivo de la boda de Marta y de la de José Agustín, extraño no ya al ambiente nupcial que le rodeaba, sino incluso, se diría, al lugar en sí, tal vez por distinto a como lo recordaba. Pero así como en la casa había una habitación a la que llamábamos *el cuarto de tío Leopoldo*, no existía ninguna que conociéramos como *el cuarto de tío Luis*.

El papel de tía Merceditas, mi madrina, fue siempre de menor entidad, en primer término porque parecía darse por sentado que para un chico, a diferencia de lo que hubiera sucedido con una chica, la figura de la madrina tenía un valor subsidiario. Pero también debido a que tía Merceditas pertenecía a la línea familiar materna y, dentro de esa línea, su grado de parentesco era más remoto además de indirecto que el de tío Luis: una simple prima de mi madre que ni siquiera llevaba el mismo apellido. Por encima de todo, no obstante, había una cuestión de carácter que le impedía imponerse a unas circunstancias en principio adversas: el problema de no saber cómo tratar a un chico que probablemente se comportaba de un modo distinto a los únicos chicos que estaba habituada a tratar, los hijos de su hermana y, tal vez, los chicos de su propia infancia. Tímida, inattractiva, algo tartamuda, a los pocos minutos de conversación se aturdió hasta tal punto que, por miedo al silencio, hubiera sido capaz de seguir hablando y hablando compulsivamente, preguntando y preguntando -te gustaría ser bombero, ¿verdad?- perfectamente consciente de que disparataba. Supongo que esos rasgos de carácter, que la predestinaban a la soltería, constituyen la verdadera causa de que fuera elegida -precisamente ella y no, por ejemplo, su hermana Eugenia- como madrina. No muy holgada en recursos, sus regalos fueron siempre puntuales pero más modestos que los de tío Luis, algo de lo que un niño toma siempre buena nota; el *palmón* que le tocaba regalar por Ramos resultaba asimismo menos costoso que la *mona* de Pascua. No recuerdo que viniese a comer ni una sola vez a casa.

Si en su origen las figuras de la madrina y el padrino estaban destinadas a ejercer un eventual papel sustitutorio respecto al de los padres tanto en lo espiritual como en lo material, en la práctica, ese papel solía limitarse al de proveer al ahijado de regalos en determinadas fechas y, hoy día, probablemente ni eso. Y la función real de padrino, de hecho, acostumbraba a ser cumplida por esos tíos y tías solteros que en períodos de mayor crecimiento demográfico raramente faltaban en las familias. En tal sentido, mis padrinos fueron dos, tío Luis y tío Leopoldo, y un papel equivalente fue el que jugó tía Montserrat, la más joven de las hermanas de mi padre -casada, pero tempranamente separada y sin hijos- para con la totalidad de sus sobrinos. La función del tío soltero, lejos de sustituir a la de los padres, más bien la complementaba. Libre de los deberes que tradicionalmente son atribuidos a los padres -una severidad que fácilmente rayaba en la inflexibilidad, so pena de incurrir en lo que se entendía por malcriar-, y sin la diferencia de edad que separa al niño de los abuelos dando a la relación un algo de pusilánime, el tío soltero es en principio el mejor interlocutor del niño, más fácilmente cómplice que cualquier otro miembro de la familia, más dado a determinadas confianzas personales susceptibles de convertirle en el mediador ideal del niño en su relación con el mundo

circundante. El tío soltero, más que erigirse en modelo, lo que hace es proponer al niño modelos de vida, empezando, sin duda, por la libertad de acción que supone su propia soltería, en agudo contraste con las complicaciones y servidumbres inherentes al matrimonio. Un tipo de influencia que se ejerce fundamentalmente a través de la conversación -viajes, lecturas, experiencias personales-, si bien se trata de una conversación que, por su valor ejemplar, gravita directamente sobre el comportamiento. En ese sentido, el trato con tío Luis y tío Leopoldo supuso para mí un influjo como mínimo equiparable al que pudieron ejercer los libros que leía o las películas de aventuras que programaban cada semana los cines del barrio.

La principal dificultad que entraña evocar figuras como la de tío Luis y tío Leopoldo reside en el hecho de que, en la medida en que se convierten en lo que se ha dado en llamar una *verdadera institución en la familia*, tienden a ser vistos, globalizados por la perspectiva, como personajes cerrados, protagonistas de una historia que ya ha sido escrita. Y es preciso revisar fotos de familia en las que ellos aparezcan, tomadas en épocas diversas, para ayudarse a percibir el carácter engañoso de esa personalidad idéntica a sí misma a lo largo de los años que ha terminado por serles atribuida. Las modificaciones en su presencia física contribuyen a romper esa sensación de imagen atemporal que favorece la continuidad en el trato: si yo, en esas fotos, había pasado de niño a adulto, ellos habían pasado de adultos a viejos. Algo que no sucede con los padres o los hermanos, ni siquiera con los abuelos cuando viven en la propia casa y no aparte, ya que la intimidad de la convivencia cotidiana se encarga por sí misma de establecer una serie de hitos susceptibles de pautar por sí solos las modulaciones de la relación.

Rememorar mi relación con los tíos, por el contrario, tiene algo en común con ese trayecto en coche por una carretera que recorreremos de tarde en sentido contrario al de ida, un recorrido de regreso que difícilmente nos va a ofrecer las vistas tal y como se habían ofrecido a nuestros ojos por la mañana -distinta la luz, distinto el ángulo-, de forma que la impresión primera que nos produjo resultará improbable a la vez que, en cierto modo, inmodificable. Y desestimar la huella de esa impresión primera sería como pretender definir al máximo un sueño que se borra de nuestra memoria según lo recordamos una vez despiertos, reconstrucción siempre escasamente fiable ya que, aunque sea de manera inconsciente, resulta fácil terminar inventando. Un fenómeno que se produce incluso cuando aparentemente se dispone de datos objetivos que avalen los hechos como puedan ser las palabras de una entrevista registradas en una grabadora si el entrevistador desconoce hasta qué punto la literalidad del material grabado traiciona el significado de lo dicho en todo lo que suponga algo más que un mero planteamiento binario. Pues de hecho, por poco talento que tenga el entrevistador, el resultado -la entrevista publicada- será no sólo tanto más brillante sino también tanto más veraz en la medida en que se olvide de los inevitables incisos grabados y remodele el conjunto de preguntas y respuestas en función de la comprensión global que personalmente le ha merecido no sólo el tema de la entrevista sino también la propia persona del entrevistado. Y es que así como lo más inexacto además de torpe sería que el entrevistador emprendiese la transcripción literal del material grabado, así, similarmente, en todo

intento de reconstruir y objetivar el propio pasado, nada resultaría más erróneo que pretender armar los recuerdos aislados que poseemos al respecto en un todo coherente, en vez de aplicarnos a la reelaboración de los diversos períodos de nuestra vida conforme a una menos concreta pero siempre más precisa apreciación personal predominante.

La presencia física de tío Leopoldo combinaba una natural elegancia de porte con un andar descuidado y un notable desaliño en el vestir, ropa arrugada, corbata torcida, botones mal abrochados y otros detalles que en poco deslucían o invalidaban la favorable impresión inicial. Su cabello, blanco hasta donde alcanza mi memoria -un blanco prematuro que en cierta medida constituye una característica familiar-, con algún atisbo amarillo, propio bien de la peculiar calidad del pelo cano, bien residuo de una primitiva coloración castaño claro, contrastaba con la tez rubicunda, de un encendido natural potenciado tanto por su afición a los picantes, como por su hábito de leer el periódico, siempre que fuera posible, al sol de la mañana. De igual forma que su bigote delgado y canoso hacía dudar de que llevase bigote, su desdén hacia las prótesis dentales convertía en rasgos faciales -mejillas chupadas- lo que de hecho era más bien una modificación de tales rasgos. Con todo, y debido principalmente al peso de su nariz, verdadero eje ordenador de ese conjunto de rasgos, era sin duda el *más* Goytisolo de los tíos, si por ello entendemos su manifiesto parecido con el bisabuelo Agustín.

Su atractivo, así físico como intelectual, en la medida en que su ironía y sentido crítico -en la linde misma de la mordacidad- le convertían en antigalán, le granjearon no obstante un indiscutible éxito entre las mujeres. En el curso de los años he conocido diversas damas tanto casadas como solteras o viudas que, ya ancianas, no han dudado en expresar el entusiasmo que les merecía, y más de un favor recibido lo debo a mi condición de sobrino de tío Leopoldo. Muy reservado en este terreno, sus confidencias se limitaban a los años de estudiante de medicina pasados en Santiago de Compostela, pero ni aún así llegué a saber si su admiración por las gallegas era genérica o escondía, cosa más que probable, nombres propios. Ese período compostelano escondió, en todo caso, el hecho de que, mientras le fue posible, no estudió la carrera que decía estar estudiando, de forma que mientras su padre creía contar en la familia con un estudiante de medicina próximo a graduarse, el joven Leopoldo sólo empezó realmente a presentarse a los exámenes cuando la ausencia de calificaciones hizo imposible seguir manteniendo como realidades lo que no pasaban de ser buenas intenciones. El borrón que toda esa historia le supuso está, sin duda, en el origen de su fama de comodón y gandul, y también, muy probablemente, de su opción en favor de la vida de soltero, de solterón, si se prefiere. Aunque sus conocimientos médicos eran verdaderamente amplios, tenía muy a gala decir que si alguna vez llegó a ejercer fue por la fuerza, poco menos que a punta de pistola, como quien dice, cuando, durante la guerra civil, a modo de movilización, fue asignado a Torredembarra, un pequeño pueblo de pescadores -por aquel entonces- de la costa de Tarragona. Y allí tuvo ocasión de comprobar hasta qué punto eran exactos sus temores: lo que de veras le horrorizaba de su profesión era la inexcusable necesidad, a veces, de realizar autopsias.

Excluido con la mayor naturalidad del mundo el hábito de trabajar, de entregarse a

cualquier clase de ocupación, fuese o no remunerada, sus actividades se centraron principalmente en la lectura y los viajes, dos ámbitos de su vida que más que estrechamente vinculados llegaron en cierto modo a confundirse. Tanto por razones de comodidad como de economía, nunca estuvo en ningún lugar que no fuese próximo, de fácil acceso y en la época adecuada, por lo general el verano. Los viajes a países exóticos -Nueva Zelanda, Canadá, Costa Rica, Chile- los realizó siempre, con la ayuda de su imaginación, por medio de la lectura, en especial, a fin de precisar algún que otro dato que pudiese desconocer, a través de las páginas de la Enciclopedia Británica y del Calendario Atlante de Agostini. Le sobraba fantasía para trasladarse de un continente a otro, para recorrer un mundo que se conocía con el mismo detalle que el cuerpo humano. Su afición viajera fue causa asimismo de más de un descalabro en sus finanzas, ya que no pudo sustraerse a la tentación de invertir dinero en sociedades radicadas en lugares sumamente favorecidos por la naturaleza, dando más importancia a esta consideración que a la solvencia económica de la empresa. Sólo así se explican las estrecheces que progresivamente fueron limitando su tren de vida, en contraste con la situación más desahogada de tío Luis, no menos afectado por un fenómeno de carácter general como puede ser la inflación.

Más que como consecuencia de las periódicas visitas de carácter familiar, la influencia sobre mi visión del mundo que cabe atribuir a su trato se ejerció preferentemente durante sus largas estancias en Torrentbó, preferentemente los meses de julio y septiembre. El tema de nuestras conversaciones, o, mejor dicho, su marco geográfico, era, ni más ni menos, el globo terráqueo, con alguna que otra incursión en la astronomía y en las posibilidades de vida en otros planetas del sistema solar. Su capacidad evocadora al explayarse acerca de la singular belleza de las mujeres anglochinas o de las características infernales del clima nigeriano, sólo era equiparable a la de tío Luis al hablar de *Moby Dick* o de tal o cual novela de Joseph Conrad. La anglofilia que ambos compartían, más que cuestión de temperamento, respondía a una actitud moral significativa, ya que lo que realmente respaldaban eran valores que, acertadamente o no, es casi un lugar común considerarlas consustancialmente británicas: tolerancia hacia los demás que, aplicada a uno mismo, supone el derecho al máximo respeto de la propia vida privada.

Si Torrentbó era un buen lugar para comienzos del verano y para septiembre, en agosto, tío Leopoldo tenía por costumbre irse a pasar una temporada a algún lugar más fresco, pueblos de contorno frondoso como San Juan de las Abadesas, Camprodón o la fonda anexa a la ermita de La Trinidad, cerca de Poblet. Su equipaje era siempre sucinto: una pequeña maleta con una muda, un libro, los trebejos de afeitar y, envuelto en hojas de diario, un queso o parte de un queso de Mahón, obsequio que desde Menorca le hacía llegar periódicamente la prima Josefina, una de sus incondicionales desde la adolescencia.

Cuando las circunstancias le obligaban a permanecer parte del verano en la ciudad, odiando como odiaba el calor, distribuía su tiempo entre los cines refrigerados, donde dormía la siesta, y las sombrías salas de la Biblioteca Central, con su Enciclopedia Británica; el periódico solía leerlo en un vagón de metro de la línea de Sarriá, fresco y semivacío por esas fechas y a esas horas, repitiendo indefinidamente el trayecto de ida y

vuelta sin moverse de su asiento. En invierno, sus visitas a casa se hicieron cada vez más frecuentes, tanto con objeto de vernos como de leer el periódico en el jardín tras un saludable paseo. Como para justificar aquella tendencia a huir de su casa, solía quejarse de que la sordera de tío Luis empeoraba de día en día, de que estaba ya como una tapia, y de que Carmen lo hacía todo a gusto de tío Luis, nunca a su gusto. Llegaba hacia media mañana o bien después de comer, y con el café se fumaba un cigarro barato tipo *faría* o un pequeño puro canario de similar calidad. Fue sin duda influencia suya el que ya cuando empecé a fumar prefiriese los cigarros a los cigarrillos; si fumaba también cigarrillos era sólo por fumar lo mismo que mis amigos y amigas, no porque me gustara especialmente. Pero el hábito de fumarme un cigarro con el café, llegó a inquietar hasta tal punto a José Agustín, que una tarde pasó a preguntarme directamente acerca de lo que pensaba hacer en la vida, de por qué razón quería estudiar Náutica además de la carrera de Derecho, de qué demonios estaba haciendo a mi edad con mi café y mis puritos, igual que tío Leopoldo. No creo que José Agustín actuase en su reprimenda en representación de nuestro padre, al que posiblemente consideraba alarmantemente próximo a los planteamientos soñadores que tanto propiciaba el influjo de tío Leopoldo.

Aparte de una determinada actitud ante la vida, tío Luis y tío Leopoldo compartían el mismo piso, dos hechos que sin duda no sería posible desvincular. Se trataba de un apartamento moderno, en la mejor línea de la arquitectura racionalista de los años treinta, todo un contraste respecto a la fastuosidad del *chalet árabe*, en que se habían criado, el palacete que, mandado construir por el abuelo, fue vendido poco tiempo después de su muerte. Con ellos vivió también, en un principio, tía Montserrat, tía Rata, para los sobrinos, y a ese período, anterior a su breve matrimonio, hay que atribuir la fama de mujer ligera de cascos más que simplemente emancipada que llegó a granjearse. Por lo demás, ambos hermanos eran muy distintos y las diferencias que les caracterizaban no hicieron sino acentuarse merced a las pequeñas manías personales que se van enconando con la convivencia. Si tío Leopoldo tenía cierto aire de coronel retirado, tío Luis, con su aspecto más abstraído que simplemente reflexivo, parecía más bien un intelectual vinculado a la vida académica. Aunque ni una cosa ni otra respondieran a la realidad, algo de sus respectivas maneras de ser quedaba reflejado en ese distingo: interés por la realidad en un caso, por las representaciones de esa realidad en el otro. De habérselo planteado a su debido tiempo, en lugar de mantenerse ocupado con la asesoría jurídica de la empresa que dirigía mi padre, una empresa que como ambos sabían, podía arreglárselas perfectamente sin asesores jurídicos, las dotes formativas de tío Luis hubieran hecho de él un excelente profesor de literatura. El tino con que me ayudó a pasar de Salgari a Stevenson, Mark Twain y Kipling, de éste a Conrad y de Conrad a Balzac y Dickens a través de los libros que me regalaba de año en año, todos ellos en el momento oportuno, fue ejemplar, y el entusiasmo con que yo asimilaba tales lecturas creaba entre ambos un diálogo lleno de complicidades del que a todas luces se sentía orgulloso. Mi primer relato, publicado muy pocos años después, pareció, sin embargo, pillarle enteramente de sorpresa, como si la distancia entre proyecto y realización, entre leer y escribir, fuera insalvable. Para entonces, por otra parte, nuestras respectivas

lecturas habían empezado a distanciarse: literariamente, su formación parecía haber concluido hacia los años veinte y cualquier innovación posterior a ese período parecía hallarse fuera del alcance de su sensibilidad. Ni Joyce ni Faulkner, por ejemplo, podían llegar a interesarle. Nunca fue excesivamente aficionado a la poesía, pero con la pintura le sucedía prácticamente lo mismo que con la novela: los últimos pintores dignos para él de consideración eran los impresionistas.

En líneas generales, todo parece indicar que la década de los veinte fue la época de plenitud de su vida y no sólo como lector. A diferencia de tío Leopoldo, era aficionado tanto al mar como al excursionismo de montaña, actividades a las que daba, se diría, cierta valoración moral además de estética. En su opinión, el paisaje más parecido al de la Arcadia de los antiguos era el de la Mallorca de *antes*, preferencia justificada por el hecho de que la Mallorca de aquellos años, apenas tocada por el turismo, tenía muy poco que ver, probablemente, con lo que es ahora, y también porque en aquel entonces la sordera no había empezado aún a aislarle del mundo. Un proceso, el de su sordera, al que, por otra parte, nunca intentó ponerle remedio. Y, con el tiempo, la sordera total terminó por afectar no sólo al timbre de su voz sino también a su expresión, de modo similar a como sucede con los ciegos incluso cuando llevan gafas oscuras; en este caso, un permanente rictus de perplejidad -el labio inferior doblado sobre sí mismo-, fruto acaso del silencio en que vivía. Fue tal vez esa expresión lo que despertó la animosidad de Juan hacia los tíos y en particular hacia tío Luis, o fue más bien la recurrencia de ciertos temas en las conversaciones que nos oía mantener lo que pudo llevarle a juzgar que eran personas fácilmente escandalizables, pero el caso es que en una ocasión preguntó a tío Luis por su vida sexual. ¿Cómo lo solucionas?, dijo. ¿Te masturbas? Tío Luis le respondió con una sonrisa, mitad incredulidad y mitad ironía. El último de sus viajes tuvo como destino Asturias, y el motivo era conocer a la familia de Carmen; por fuerza tuvieron que hacer frente a un sinnúmero de problemas, dado el grado de incomunicación al que había llegado.

Así pues, andaba equivocado José Agustín al atribuir por entero a tío Leopoldo el nefasto influjo que creía intuir en mi actitud ante la vida. Cierto es que hacia la mitad del bachillerato mis planes secretos para el futuro consistían, siguiendo los pasos del bisabuelo y de tío Joaquín, en crear unas grandes plantaciones de té o café en las tierras altas de algún lugar de África o de América, aptas incluso, por climatológicas para la ganadería. Pero esa idea no tardó en ceder paso a la de escribir novelas y, a semejanza de Conrad, ser capitán de barco, a ser posible en aguas tropicales; y esa idea respondía más a mis lecturas, es decir, a la influencia de tío Luis. Hasta es posible que cuando la reprimenda de José Agustín, tras un episódico intento de ingresar en la Escuela de Náutica, hubiera llegado ya a la conclusión de que para escribir no necesitaba ser capitán de barco ni piloto de aviación civil, la otra alternativa; para escribir me bastaba dedicarme a ello, dándole prioridad absoluta sobre mis estudios de Derecho, una carrera que, a modo de pantalla, había elegido únicamente para contentar a la familia. En este sentido, quienes acertaron fueron mis profesores de La Salle cuando, unos años antes, advirtieron a mi padre que yo no tenía otro problema que el de leer demasiadas novelas, como

también estaban en lo cierto, desde su punto de vista, al atribuir a la literatura un valor eminentemente negativo, incompatible con las creencias que se esforzaban en inculcar. Lo que no sabían era que, además de las novelas, hubo otro factor, el cine, que sin duda alguna tuvo una gran influencia en mi formación. O lo sabían, pero como todo el mundo iba al cine, tal vez minimizaron su influencia y, en cualquier caso, andaban equivocados acerca de la naturaleza de esa influencia. Pues, del mismo modo que para ellos lo malo del baile era la proximidad de los cuerpos y lo malo de las playas la relativa desnudez, en el caso del cine, a su entender, lo reprochable era el local en sí, la oscuridad. Y lo que debiera haberles preocupado no eran las ocasiones de pecado que propiciaba esa oscuridad en la sala, sino la oferta sexual que habitualmente resplandecía en la pantalla, mucho más directa que el erotismo propio de las novelas de aventuras. ¿María Montez o Yvonne de Carlo? ¿Hedy Lamarr o Ava Gardner? Solía frecuentar los cines un par de veces por semana, y si bien ninguna película modificó mi concepción del mundo de forma comparable a determinadas novelas, el cine era para mí una permanente incitación a la aventura y, por mucho que la pareja protagonista terminase usualmente manifestando un recíproco amor eterno, una incitación a la infidelidad también permanente. ¿Quién iba a ser tan tonto como para dejarse enganchar por una mujer concreta, por atractiva que fuera, cuando había tantas otras no menos atractivas? Sorprendentemente, no ya tío Luis o tío Leopoldo, que parecían entender el cine como un simple espectáculo de entretenimiento, sino ninguno de mis compañeros de colegio se veía afectado, en apariencia, por este tipo de consideraciones.

En el contexto familiar de una sociedad como la que mis padres conocieron en su juventud, la Barcelona de los años que siguieron a la Gran Guerra, situaciones personales como la de tío Luis y tío Leopoldo no constituían precisamente una excepción. En una ciudad falta de aristocracia y de fortunas de entidad internacional, la pertenencia a lo que se entiende por una *buena familia*, como era el caso de cuantos llevaban uno cualquiera de mis cuatro apellidos, suponía la más alta estima social, ya que las profesiones liberales y las actividades financieras configuraban unos círculos tácitamente considerados con más clase que los propios de la burguesía industrial y mercantil. Sólo que ya en aquellos años, mientras industriales y comerciantes consolidaban importantes fortunas, por bastas y toscas que fueran sus maneras, el mundo financiero barcelonés conseguía apenas emerger de un estado poco menos que larvario y entre la gente de carrera, médicos, abogados, ingenieros, quienes no optaban por irse a Madrid, tenían que conformarse con el limitado reconocimiento que alcanza a proporcionar una ciudad de provincias. El intento de mi padre de nadar contra corriente, de aunar conocimientos científicos y gestión industrial, tras varios años de prosperidad, terminó en vía muerta; nunca pareció comprender que en el mundo de los negocios, más que una idea brillante y una técnica adecuada, lo que cuenta es ser un buen hombre de negocios, lo más opuesto que quepa imaginar a su manera de ser. Los reiterados fracasos en su pretensión de remontar el general declive económico de la familia le devolvieron una y otra vez a la situación que todos los demás parecían haber asumido sin mayor problema: personas con *clase*, conscientes de *deberse a esa clase* por mucho que se hallaran en plena fase de declive,

un declive colectivo que aceptaban con resignado fatalismo. El apogeo de la familia, los tiempos del bisabuelo y del abuelo -su padre- habían pasado; a ellos les había tocado el declive. Poco importaba que sus ingresos reales y el valor de su patrimonio decrecieran de año en año, a la vez que por todas partes aparecían nuevos ricos: eso era lo normal, en la medida en que ése era el rumbo que parecía haber tomado el mundo; no por eso iban ellos a dejar de ser quienes eran y de llevar la vida que llevaban, pese a que las estrecheces fueran en aumento y las visitas rituales tendentes a mantener vivo el vínculo familiar y social resultasen cada vez más protocolarias, visitas de cumplido, como decía mi padre. Un deber que se había impuesto firmemente, tanto por su condición de hermano mayor, como por la de ser heredero de Torrentbó, una propiedad cuyas puertas seguía considerando abiertas a toda la familia. Pero el trato era excesivamente artificial para que a la larga pudiera perpetuarse fuera del marco de Torrentbó. No fue otro el motivo de nuestra relación especialmente estrecha con tía Catalina, una mujer que, tras enviudar, se declaró oficialmente enferma y, tan estricta como pusilánime, cada verano solía convalecer en Torrentbó. A tía Montserrat, la díscola, la rebelde, la traté también principalmente en Torrentbó, fracasado ya su matrimonio. Y si con tía Rosario y tío Ignacio tuve una relación mucho más escasa fue, precisamente, porque sus vacaciones veraniegas transcurrían totalmente al margen de Torrentbó. Mayor resonancia, tal vez en razón de su misma lejanía, gravitaba sobre la evocación de dos hermanas de mi padre de las que no guardo recuerdo alguno, María y Magdalena. El aura que rodeaba la figura de María se basaba tanto en su belleza -junto con mi madre, punto de referencia al respecto en el ámbito de la familia-, cuanto en los trágicos altibajos de su vida, casada como estaba con un corredor de bolsa que se arruinó y enriqueció repetidas veces, y en su muerte, a todas luces prematura. La fascinación que inspiraba Magdalena era, sin duda, de raíces más oscuras: el aire triste y enfermizo con que aparece en las fotos, su ingreso en una casa de salud privada para, de ahí, en plena guerra civil, sin ningún familiar que pudiera cuidar de ella, ser trasladada al Instituto Frenopático, donde murió a los pocos meses. Se puede decir que de inanición, precisó tío Leopoldo años más tarde. ¿Quién se preocupaba de dar de comer a los locos en plena guerra civil?; tuvo que ser horroroso. Si tío Leopoldo no puso otra objeción a darme detalles de la muerte de tía Magdalena que el rechazo asociado a todo recuerdo doloroso, siempre se resistió, en cambio, a hablarme de su vida. ¿En qué consistía exactamente la locura de tía Magdalena?

Caso aparte fue el de tío Joaquín, el menor de los hermanos de mi padre, cuyas circunstancias personales reunían todos los requisitos que definen al mito. La afición al juego que le lleva a quedarse sin un céntimo a los pocos años de haber entrado en posesión de su herencia. La voluntad de regeneración, la decisión de partir de cero, de empezar una nueva vida, de emigrar a la Argentina sin otro bagaje que su recién terminada carrera de médico y algún que otro préstamo para costearse el viaje. Su boda con Pilar, la doncella de su hermana Catalina, probablemente el punto de máxima inflexión de una trayectoria que, a partir de los tiempos difíciles que pasó en Tierra de Fuego, compaginando el ejercicio de su profesión con la explotación de una concesión de tierras aptas para la cría de ganado lanar, había de llevarle a recuperar con creces la

fortuna perdida. Sus envíos de alimentos a toda la familia tanto durante la guerra civil como en la inmediata posguerra constituían la prueba más inequívoca del milagro producido, o mejor, de su repetición: lo que el bisabuelo había logrado en Cuba, tío Joaquín lo estaba alcanzando en Argentina. Su primer regreso a España, una visita triunfal realizada a mediados de los años cuarenta, cuando el peso argentino valía unas siete pesetas, en medios familiares tuvo resonancias propias de una canonización; para entonces tenía ya tres estancias, una de ellas dedicada al cultivo de cítricos, peripecias todas ellas desarrolladas conforme a una secuencia digna de telenovela de alta audiencia. En sus siguientes visitas, con una periodicidad de entre dos y tres años, el panorama político y económico de Argentina había cambiado de una vez a otra, es decir, había empeorado; recuerdo el desconcierto que me produjo en una ocasión oírle decir que, tal y como andaban las cosas, lo que le convenía era endeudarse, un razonamiento cuyo alcance sólo comprendí cuando me explicaron el significado de la palabra inflación, ya que hasta entonces, para la familia, hombre con deudas era poco menos que sinónimo de indeseable. Con el naufragio del país sus visitas empezaron a espaciarse, pues si bien en Argentina seguía siendo un hombre rico, fuera de Argentina su dinero carecía de valor. Los rasgos míticos de su figura se vinieron abajo junto con los de la propia Argentina cuando, tras el golpe militar de Videla, el país del futuro que había sido tan sólo unos años antes, se convirtió en el país de los desaparecidos. Un panorama ciudadano que tenía algo de alucinación o pesadilla. Como dirigirse a casa de algún conocido cuya identidad no se recuerda exactamente y equivocarse de puerta o piso, una puerta que, no obstante, se abre con sólo empujarla. Dentro, apostado junto a la ventana, un sargento rechoncho, tal vez un cabo furriel, comiéndose una rodaja de sandía; sentado en el suelo, va escupiendo las tintineantes pepitas en una palangana vacía situada asimismo en el suelo, al igual que un gran revólver. ¡Dilátale el oje!, chilla echando un distraído vistazo a la calle. Y es que, en el fondo de la habitación, dos cuerpos desnudos cuelgan de las muñecas a un palmo del suelo. El cuerpo del hombre, exangüe y mutilado, gira apenas sobre sí mismo, sin conocimiento o muerto. Un tipo en camiseta trabaja en silencio el cuerpo de la mujer, amordazada con un esparadrapo y con los ojos vendados: dos manos enormes plantadas en la delgada cintura, los pulgares deslizándose una y otra vez vientre abajo, ejerciendo una fuerte presión, estrujando, casi como amasando. Eso es, dice el de la sandía; que vaya soltando viento: la mierda tiene que salir como de un tubo de pasta de dientes. Mientras, en el portal, las esposas respaldan el trabajo de los maridos con su paciente espera. ¿Y qué les hacen a los bolches?, pregunta la más jovencita sin poder reprimir la sonrisa interior que le aflora. Y la cuarentona, más bregada: ¿Y yo qué sé? Cosas de hombres.

Como si los acontecimientos políticos se abatieran sobre el apellido, cuando en España la familia entera se lamentaba aún de las consecuencias de todo tipo, pero siempre nefastas, que había traído la guerra civil, y la rama cubana, con la toma del poder por Castro, se exiliaba a Estados Unidos, la evolución de las cosas en Argentina disipaba definitivamente la creencia familiar en la realidad de las tierras vírgenes, esa naturaleza en estado casi puro que no parece sino estar esperando al hombre con la determinación y los

arrestos necesarios para empezar una nueva vida. Ya causó general extrañeza en su día el hecho de que tío Joaquín no fuese partidario de Perón, una figura que por su similitud con la de Franco, en medios familiares era identificada con la del típico hombre providencial que salva al país del caos; y ahora resultaba que la situación no era ésa, que el refrito musoliniano-falangista de Perón no representaba precisamente el sistema que más pudiera atraer a una mentalidad conservadora de corte tradicional. Por otra parte, tampoco era ése un asunto al que se le concediera demasiada importancia por aquel entonces; menos, desde luego, que al primer encuentro en veinte años de tía Catalina con tía Pilar, antes su doncella y ahora su cuñada, una cuñada cuya salud y fortuna contrastaban dramáticamente con las estrecheces cada vez mayores en que vivía tía Catalina afectada ya por un incipiente Parkinson. Había reticencias que vencer, y más que por parte de tía Catalina, por parte de otras sirvientas de la familia, antiguas compañeras de tía Pilar: la Jenara, que seguía trabajando para tía Catalina, la Justina, la Carmen, la María y, yo diría que de un modo especial, la Eulalia: ambas aragonesas, ambas sirvientas, el rumbo tomado finalmente por sus vidas no podía haber sido más diverso.

Más que durante sus habituales visitas a Torrentbó, tuve ocasión de conocer a tío Joaquín especialmente de cerca cuando, junto con otro primo, fui invitado a la escalada de un pico de los Pirineos, el Aneto, algo que, por lo visto, se había quedado con las ganas de realizar treinta años antes; me pareció un hombre despierto y dotado de gran sentido práctico, pero poco imaginativo y escasamente atraído por las especulaciones de la inteligencia abstracta, motivo, tal vez, de que con frecuencia diera la sensación de aburrirse. A partir de esa excursión, realizada aprovechando las vacaciones de verano, tras mi segundo curso de carrera, el trato con tío Joaquín se redujo a encuentros ocasionales durante sus cada vez más espaciados viajes a Europa. No recuerdo las circunstancias del último ni la fecha aproximada; incluso de su muerte me enteré de forma casual. Algo parecido a lo que unos años más tarde había de pasar con tío Luis, cuya muerte, en pleno verano, pilló lejos a casi todos sus sobrinos. De hecho, eso sí que lo recuerdo, la última vez que le vi fue durante el entierro de tío Leopoldo. Acompañado de Carmen, con aire ausente, se hallaba sentado sobre una lápida próxima al panteón familiar; más que afectado, parecía estupefacto. ¿Que no conoce a su ahijado?, dijo Carmen oprimiéndole el codo. Tío Luis liberó su codo con cierta brusquedad mientras su cara se abría en una sonrisa amplia y silenciosa.

Hablar de *la familia*, de *toda la familia*, incluso, era sinónimo de estarse refiriendo a la familia paterna y, más concretamente, a quienes llevaban el apellido Goytisolo. Para hablar de los demás, hablábamos de los Gay, los Vives y hasta de los Taltavull, que, de esta forma y por más que Taltavull fuese el apellido de la abuela por línea paterna, quedaban equiparados a los que pertenecían a la línea materna. De entre las posibles razones de ese hábito hay que excluir de antemano cualquier consideración de clase, ya que, desde este punto de vista, las características de cada una de las cuatro ramas eran poco menos que intercambiables: gente de buena familia, por lo general vinculada a profesiones liberales –con predominio de la abogacía– para la que, si no motivo de

orgullo, la paulatina decadencia experimentada tampoco significaba merma alguna en lo que a dignidad y categoría social se refiere. Lo que sí en cambio nos distanciaba de las restantes ramas de la familia era el grado de parentesco: no había primos hermanos ni familiares más próximos que algunos primos y tíos de mi madre. Pero, por encima de todo, el trato con la familia materna significaba tocar un punto tácitamente doloroso: el nexo de unión entre ellos y nosotros había sido brutalmente interrumpido por la muerte y, en líneas generales, la secuencia de muertes que antecedieron y siguieron a la de mi madre, otorgaba a cuanto se relacionaba con sus apellidos cierta aura de desgracia.

A tía Montserrat Gay la llamábamos así, con apellido incluido, a fin de distinguirla de la otra tía Montserrat, la hermana de mi padre; aparte del nombre, ambas compartían determinados defectos de dicción, que si en una suponía pronunciar alguna R casi como una D, en la de Gay la R sonaba más bien gutural, a la francesa. La Gay era una mujer a la vez estricta y agradable, con un algo de inglesa de edad imprecisa en el aspecto, a quien el cuidado de sus padres y el mantener vivo el recuerdo de un hermano muerto heroicamente durante la guerra civil -al margen, claro está, de una más que probable predisposición personal- parecían haber confinado en la soltería. La muerte de sus padres y, posiblemente, incipientes apuros económicos, la llevaron a proyectar, asociada con una amiga, la apertura de una cafetería o salón de té en la calle Conde del Asalto, donde esa amiga poseía un inmueble. El descubrimiento de que Conde del Asalto no era ya el céntrico y respetable lugar de otros tiempos sino el verdadero eje del actual Barrio Chino y que sus eventuales clientes iban a ser, presumiblemente, prostitutas, chulos y noctámbulos, le hizo sin duda desistir de su idea.

Equivalente grado de parentesco era el que nos unía con Josefina Taltavull, prima hermana de mi padre por línea materna, última representante directa de la rama menorquina de los Taltavull, una mujer resueltamente soltera que, renunciando a la vida social que implicaba residir en el palacio de Mahón, se atrincheró en el confort atemporal de una finca situada en las proximidades de Alayor, entre los mascarones de proa de los veleros que habían pertenecido a los antepasados y ahora avivaban el silencio de los jardines. La misma relación de parentesco que con Josefina la teníamos con los hermanos Juanito y Mercedes Taltavull, ambos solteros, pero pese a pertenecer a la rama afincada en Barcelona -o precisamente por esa razón- no parecían gozar del aprecio de mis padres ni de ninguno de los tíos, y el trato con ellos fue siempre de cumplido; a Juanito ni siquiera le llamábamos tío, sino, al igual que sus primos, simplemente Juanito. Del lado Vives, el apellido de mi abuela materna, sencillamente no quedaba nadie; no obstante, y aunque sus descendientes más próximos se llamaban Calsamiglia -Eugenia, Mercedes y Pepe- el hecho de que su relación personal con mi madre, de la que eran primos, hubiera sido muy estrecha, permitió que los lazos mantuvieran cierta continuidad, al margen de que, por otra parte, tía Merceditas fuese mi madrina. No era ésta precisamente la situación respecto a las áreas lejanas de la familia Gay, la casi desconocida descendencia de tía Lola, viuda de un hermano del abuelo Ricardo llamado Víctor, gente alejada de nosotros no menos que de Montserrat Gay, cuyos nombres y apellidos nunca he llegado a conocer con exactitud. En casa se decía que tía Lola llevaba

peluca porque se había vuelto calva, pero, aparte de una visita a su piso con la abuela, de niño, sólo creo haberlos tratado con motivo del entierro del abuelo, en el Cementerio Viejo. Mientras se procedía a la apertura del panteón de los Gay -muy próximo, por cierto, al de los Taltavull-, se me acercó un joven locuaz y risueño como pueda serlo un amigo de toda la vida. Ahora ya sólo falta la tía Lola, dijo con la satisfacción del que se sacude una fastidiosa tarea pendiente. Por otro lado, alguien me comentó que para poder colocar el cuerpo del abuelo junto al de la abuela, había sido preciso depositar en el osario los restos de tía Consuelito, que hasta ese momento descansaban en el ataúd que los enterradores habían destrozado ante mis ojos, ahora un simple montón de tablas entre las que despuntaba un retazo de paño marrón, como de hábito franciscano.

¿Qué relación cabía mantener con los Borrell? De niño, recuerdo haber estado una vez en su casa y los domingos, al ir a misa, solíamos cruzarnos e intercambiar un saludo con los padres de tío Eusebio, de los que éramos vecinos. Tía Consuelito se había casado con Eusebio Borrell perfectamente a sabiendas de que estaba tuberculoso, prescindiendo por completo de las objeciones de la familia, que se cumplieron al pie de la letra, ya que ni él tardó en morir ni ella en seguir el mismo camino. Una historia que en casa estuvo siempre presente en la medida en que se evitaba hablar de ella, igual que se evitaba hablar de nuestra madre, salvo cuando era nuestro propio padre quien la evocaba a través de cualquier anécdota. De las dos hermanas, hasta la fulminante desaparición de mi madre, era tía Consuelito, de carácter más débil y sujeta a frecuentes depresiones, la que siempre parecía atraer sobre sí la desgracia. Sin ser tan guapa como mi madre, su parecido era tal que durante años le atribuí un rostro que no le correspondía, el que mostraba una pequeña fotografía tipo pasaporte en la que aparecía especialmente agraciada, hasta que caí en la cuenta de que aquel rostro era en realidad el de mi madre, confusión seguramente ocasionada por el hecho de que la foto había sido sacada cuando ella tenía aproximadamente la misma edad que tía Consuelito aparentaba en la mayoría de las restantes. Parece que hasta que la guerra civil dispersó a la familia, tía Consuelito venía a verme casi a diario y pedía permiso al ama para tomarme en sus brazos. ¿Convicción de que yo representaba algo que a ella le estaba ya negado? De ella, al igual que de mi madre, no guardo el menor recuerdo.

¿Cómo interpretar lo que en apariencia carece de sentido? El desasosiego como estado de ánimo predominante, ésa era la única certidumbre. Yo tendría alrededor de veinte años. A mi lado, mi hermano Antonio, de pantalón corto, recogido sobre sí mismo en el sofá, listo y sonriente; no es igual a como aparece en las fotos -ojos castaños en lugar de claros, pelo más oscuro-, pero yo sé que es él: le digo que me han contado que es un chico que vale mucho. A mi otro lado, aunque tardo en darme cuenta por encontrarme vuelto hacia Antonio, está tía Consuelito, más guapa, así como más alta de lo que por lo visto era en realidad, aunque, desde la perspectiva de un niño, sin duda podía ser considerada una mujer alta. Se halla también presente un caballero de una elegancia severa y porte adusto que se interesa por nosotros. Antonio cuenta algo que no alcanzo a entender del todo; es como si en una imitación de los niños que apenas saben hablar, a medias palabras, estuviera diciendo que tiene ocho años. Sólo que eso no es más que una

primera impresión: lo que en realidad dice es que se llama Teodoro, no que tiene ocho años. Yo, por mi parte, digo que soy un poco raro, refiriéndome con ello a que lo que me interesa es dedicarme a escribir, tímida forma de ponerse a cubierto de antemano frente a cualquier eventual reacción de sorpresa en el visitante. Simultáneamente, tía Consuelito dice lo mismo -soy un poco rara- y, al advertir la coincidencia, soltamos ambos una carcajada, y ella, sentada a mi derecha, se viene sobre mi hombro y junta su cabeza con la mía. Me pregunto aún ahora acerca de la identidad del visitante, excluida la posibilidad, dada la índole de sus preguntas, de que se trate de tío Eusebio. Me digo que Teodoro significa don divino. Anoto sucintamente los hechos y me tomo un tranxilium. Le puedo asegurar que la sensación predominante, y mire que es una sensación todavía fresca, era de inquietud.

Capítulo II

Penis et penna. No sabría decir si se trataba de Gemma o de Yolanda. Con toda probabilidad, ni siquiera hubiera reparado en su presencia, concentrado como estaba en la elección de alguna prenda de vestir, de no haber sabido ella desprenderse del general bullicio abordándome directamente. Luis, ¿no me recuerdas? Yo la había reconocido de inmediato, pese a los veintitantos años transcurridos y a su actual papel de mamá dinámica metida a equipar a sus relativamente numerosos hijos de cara al nuevo curso, chicos y chicas de aspecto saludable y soleado, secuela del recién terminado veraneo, poseídos de esa excitación que, al margen de cualquier sentimiento de contrariedad, suele caracterizar la inminencia del regreso al colegio. ¿Te acuerdas de nuestros paseos por Pedralbes? ¿Y del Club Vasconia? Sabéis, creo que Luis fue algo así como mi primer amor. Las palabras que me dirigía se iban organizando en una historia destinada no tanto a sus chicos cuanto a sí misma, una historia que, en última instancia, ella misma había terminado por creérsela sinceramente. Sólo que, si bien los escenarios que mencionaba eran reales, no podía decirse lo mismo de los protagonistas. De hecho, se estaba atribuyendo una relación que yo había mantenido efectivamente a mis diecisiete años, pero no con ella sino con la mayor de sus hermanas, llamémosla Blanca, la chica, sin lugar a dudas, que más me atrajo durante mi adolescencia. Y hubo una época en la que solíamos pasear por las proximidades del Monasterio de Pedralbes, es cierto, y por los jardines del Club Vasconia, también en Pedralbes, vueltas y más vueltas al desgaire que no eran más que fiel reflejo de mis nervios y vacilaciones, hasta que me armé de descaro y la besé de repente y con la máxima intensidad, que es lo propio de los tímidos. Es raro, dijo ella, más confusa que sorprendida. Recuerdo que en dos o tres ocasiones nos cruzamos con la hermana que la seguía en edad, llamémosla Cristina, y que, por sus expresiones maliciosas, comprendí que nos andaba siguiendo, o si se prefiere, espiando. Blanca era mayor que yo, un hecho que explica el que ya me gustase desde hacía por lo menos seis años, y también que, a esa edad, nuestras relaciones estuviesen destinadas a durar poco: se interrumpieron definitivamente apenas unas semanas más tarde, cuando en el curso de un baile dio preferencia, de forma ostensible, a un chico asimismo mayor que yo, que además tenía una moto. En parte por despecho y en parte porque su hermana Cristina era una chica verdaderamente atractiva, el caso es que empezamos a salir juntos casi de inmediato. No obstante, pese a su belleza serena, que se diría salida de *La Primavera* de Botticelli, Cristina no representaba para mí lo que había representado Blanca, y la oscura impresión de que mi relación con ella era un simple sucedáneo impidió que las cosas llegaran todo lo lejos que hubieran podido llegar. Le faltaba algo cuya naturaleza era para mí algo a la vez imprecisa y muy concreta: la cualidad que había hecho posible que la mera presencia física de Blanca me hubiera obsesionado durante tantos años. Otra consecuencia directa de mi ruptura con Blanca fue

la determinación de dejar de ser, aunque sólo fuese ante mis propios ojos un *crío*. La prueba de fuego, eso lo tenía yo muy claro, se centraba en mi realización sexual, una prueba de la que salí airoso en un prostíbulo con una chica de Cádiz, a la que había seleccionado tras correr repetidamente diversos locales, por más que legalmente no tuviese aún edad para hacerlo. Y lo cierto es que la conciencia de haberlo hecho me dio, tal y como esperaba, una gran seguridad en mí mismo. De lo que también estoy seguro, por otra parte, es de que ni entonces ni nunca llegué a salir con la hermana que seguía en edad a Cristina, con Gemma, Yolanda o como quiera que se llame.

Mis primeras experiencias narrativas datan justamente de esa época, a caballo entre el colegio y la universidad. Se trataba de mis primeros pasos como escritor, unos cuantos relatos más o menos breves, pero eran pasos dados no sólo a resultas de un impulso interno, sino, además, con la firme voluntad de llegar a ser tarde o temprano un verdadero novelista. Uno de ellos, *Las Monedas*, fue leído por J. M. Castellet, quien me propuso publicarlo en la revista *Laye*, pero ese número jamás llegó a ver la luz, y años más tarde, cuando ya contaba con obra publicada, opté por deshacerme de cuanto había escrito anteriormente, ese relato entre otros. Pero el hecho de que éstas fueran mis primeras experiencias narrativas propiamente dichas no significa que hubiera empezado a escribir entonces; si Blanca me fascinaba desde unos seis años antes, mis primeros escritos también deben ser remitidos a tales fechas. Y el sentimiento que me poseía al pensar en Blanca, un sentimiento que más que un placer era una fiebre, se asemejaba en muchos aspectos, por lo que tenía de compulsivo, al que me poseía en mis primeros intentos literarios. Más aún: si los perfiles de una y otra experiencia se confunden desde sus orígenes es porque las raíces de ambos impulsos se pierden en las sombras de la conciencia, sin que tenga mucho sentido precisar cuál precede a cuál, siendo como son uno y otro, aunque entonces no lo viera así, expresiones de una misma realidad profunda. La diferencia principal estribaba en la satisfacción que pudieran depararme, ya que mientras mis objetivos parecían por el momento inalcanzables en el ámbito sexual, en mis escritos -novelas apenas esbozadas, historietas, poemas en prosa, relatos-, el impulso solía quedar en cierta manera satisfecho.

La afinidad entre ambos fenómenos habría que hacerla extensiva, por otra parte, al carácter común y hasta intercambiable de los modelos que presidían sus respectivas formas de manifestarse: las mismas lecturas, las mismas películas, las mismas mujeres, fuesen actrices de cine o chicas del barrio, y por encima de todo, en cuanto elemento modificador, la propia fantasía. De ese contraste entre realidad cotidiana y ficción, era sin duda la realidad el aspecto que salía peor parado. Incluso en lo que se refiere a las chicas: Blanca, por ejemplo, fue durante años, hasta que crecí lo suficiente para ser tomado en consideración y pude relacionarme con ella, poco más que una efigie, una imagen incapaz de darme otra respuesta que el rebote de las cualidades que yo mismo quisiera atribuirle. Hedy Lamarr o María Montez, en cambio, eran mujeres que invariablemente terminaban por entregarse con pasión al ser amado, heroínas susceptibles de ser salvadas y de valorar debidamente a su salvador, vidas, en suma, sujetas a toda clase de avatares, intrigas y aventuras que no me ofrecía la vida real y que a mi edad -era plenamente

consciente de ello- poco podía hacer para que me las ofreciera. La mención de Hedy Lamarr y de María Montez a modo de contrapunto imaginario tiene poco de casual, ya que aparte de ser mis dos actrices preferidas por aquel entonces, ambas, especialmente la primera, tenían algo en común con Blanca, una cualidad más que un parecido, justamente esa cualidad imprecisa que tanto me fascina en sus rasgos. Pero a este tipo de coincidencias, que en aquella época ni tan siquiera me había formulado, quedaba reducida toda mi capacidad de modificar la realidad cotidiana, mientras que con papel y pluma podía lograr que, al menos en el ámbito de la escritura, las cosas sucedieran tal y como yo deseaba, algo que ni siquiera tenía la certidumbre de que fuese a ocurrir cuando leía una novela o veía una película. Es a esa maleabilidad de la escritura a lo que me estaba refiriendo cuando hablaba de la satisfacción que era susceptible de generar, en contraposición al impulso sexual y, más en general, a los objetivos entonces a mi alcance: una satisfacción que sería muy equivocado equiparar a lo que suele entenderse por placer e incluso por actividad lúdica. Si siempre he sido un escritor falto de facilidad, ponerse a organizar las palabras en una simple frase que me resultase convincente en el contexto de la intriga ideada, a los once o doce años, suponía una experiencia más próxima al castigo escolar que a un placer o un juego. La satisfacción se producía -y no siempre- después, en el momento en que esas palabras escritas configuraban realmente una exposición, con frecuencia mejorada, de los hechos que me había propuesto expresar, por lo general un texto equiparable, al menos a mis oídos, al modelo que en cada momento pudiera regir mis impulsos, Walter Scott, Zane Grey, Alex Raymond. Pretender lo contrario sería como confundir el apetito de un *gourmet* con tener hambre o estar sediento.

En líneas generales, podría decirse que las fantasías sexuales de la infancia se corresponden con los relatos de aventuras estilo Salgari, Karl May o Rafael Sabatini y, ni que decir tiene, con los tebeos y cómics protagonizados por héroes y heroínas como Flash Gordon o Diana Palmer. Más aún: tales historietas y relatos representan la traslación a otro ámbito de una verdadera experiencia sexual para sus jóvenes lectores, como hasta cierto punto, en su día, tal vez lo supusieron también para sus autores. El descubrimiento de la poesía y, sobre todo, del poema en prosa, se hallan en cambio íntimamente vinculados a la adolescencia, y el hallazgo de la dimensión trascendente que de pronto se descubre en la vida cotidiana suele encontrar soporte material en la figura, hombre o mujer según el caso, de alguna persona concreta. Ninguno de los poemas y poemas en prosa, como se llamaba en aquella época a todo texto análogo a los *short stories* de Wilde, respondía a lo que se entiende por poema de amor, sin que ello fuese obstáculo para que su principal rasgo en común fuera el espíritu atormentado que reflejaban, propio de alguien emocionalmente alterado por algún problema amoroso. Mis primeros relatos de adulto, es decir, merecedores de una consideración propiamente literaria, coinciden con el paso de la adolescencia a la juventud. Escribí, si mal no recuerdo, siete; el último de ellos, que obtuvo el Premio Sésamo, ya en el umbral del mundo de *Las Afueras*. Y fue precisamente tras la publicación de *Las Afueras* cuando decidí deshacerme de todos ellos, como si de un pecadillo de juventud se tratase. Una decisión que posteriormente he lamentado más de una vez, aunque sólo sea por su valor

de testimonio de mi propio pasado, pero que en líneas generales me sigue pareciendo acertada o al menos acorde con mi natural tendencia a ir soltando lastre, a desprenderme de cuanto pueda propiciar la tentación a detenerme o de volver atrás.

Paralelamente, si mi vida sexual había sido relativamente precoz, no tardó en ser además intensa, y ello hasta el extremo de que en repetidas ocasiones llegó a plantearme un dilema: ¿era compatible la vida erótica que llevaba con mi actividad literaria? No estoy hablando del acto sexual, del derroche seminal que tanto preocupaba a Leonardo; conocía sus opiniones a este respecto y el crédito que me merecían era equiparable al de la existencia del infierno en mis años de niñez: si había que ir, se iba. No; lo que me preocupaba era el carácter absorbente y con frecuencia obsesivo que entraña en sí misma la relación erótica: charlas, llamadas telefónicas, salidas, despliegues de encanto, vueltas y más vueltas tendentes a crear el clima propicio antes de terminar otra vez en la cama. Y lo que era peor: las vueltas y más vueltas que me hacía dar en torno a la fascinante imagen del deseo, un ámbito similar en su imprecisión al área dolorida que circunda una herida o una contusión traumática. Determinado a no enamorarme jamás -una determinación tan firme como escasamente razonada por aquel entonces-, me encontraba con que, en la práctica, mi comportamiento con cada una de las mujeres que frecuentaba era equiparable al de un enamorado cualquiera, y el tiempo sustraído a mi actividad literaria no era menor al que ese enamorado hubiera podido perder en su devota entrega al único amor de su vida. Y, cada vez, al regresar a casa, mis propósitos de dar prioridad a la escritura tampoco eran de menor entidad que la voluntad de enmienda que embarga al pecador que, una vez más, ha cedido a la tentación.

Supongo que, de no ser porque mi orgullo me lo impedía y porque la experiencia no dejaba de ser cualitativamente muy distinta, la irritación conmigo mismo que me producía tanta pérdida de tiempo hubiera podido convertirme, por esa época, en un habitual de los prostíbulos. Pagar, y fuera problemas.

Caso muy distinto, aunque de desarrollo paralelo, era el que suponía el placer ideológico, esto es, las discusiones con los amigos en torno a ese materialismo sublimado hasta la abstracción que es el marxismo. Para otros, el peculiar placer que representaba proyectar sobre el mundo, como si la propia mente o el propio cuerpo se tratase, las soluciones que necesita de acuerdo con inapelables leyes objetivas quizá supusiera una experiencia análoga a la erótica o la literaria. Para mí, no. Más que con el erotismo o la creación literaria, la exaltación ideológica y las consecuentes actividades subversivas, anduvieron siempre relacionadas con la amistad. Y el tiempo de dedicación que me tomaban tenía más bien el carácter, en relación al resto de mis actividades, de tiempo muerto, una especie de contribución o tasa a la que moralmente me obligaban mis convicciones antifranquistas. A diferencia de lo que era patente en otros, mi toma de partido o, si se prefiere, mi compromiso político, no obedecía a ninguna clase de necesidad profunda, enraizada en las áreas más oscuras de la conciencia. De los planteamientos revolucionarios podía interesarme su aspecto negativo: la destrucción de un orden. No así, en cambio, sus aspectos positivos -la construcción de otro- cuyas características previstas distaban mucho de serme atractivas.

Sagradas formas. Ser el hermano menor, como ser el mayor, supone una serie de ventajas e inconvenientes tanto dentro como fuera de la familia. De ahí que las fabulaciones literarias y mitológicas hayan otorgado desde siempre especial protagonismo a estas dos figuras cuyas funciones, como en el caso de Júpiter, se confunden y hasta intercambian. Mi personal experiencia de hermano menor definitivo me lleva a creer que los inconvenientes de serlo superan a las ventajas en casi todos los terrenos. Y no me refiero tanto a la incidencia que pueda tener en las relaciones con los padres y, sobre todo, con los demás hermanos, ya que la mayor parte de los problemas que se plantean a este respecto suelen reducirse a una cuestión de celos en la medida en que la posición del hermano menor es desplazable, en la medida en que todos los hijos han sido en algún momento el *pequeño*, cuanto a las relaciones ajenas al ámbito familiar. Así, todo *pequeño* que pretenda escapar al papel de faldero que inevitablemente tenderá a serle atribuido por la familia, deberá apresurarse a afirmar su personalidad, a tomar distancias; se verá obligado, en otras palabras, a realizar un esfuerzo adicional sólo equiparable al peso de la responsabilidad que, con frecuencia precozmente, acostumbra a caer sobre los hombros del primogénito. Esa necesidad de independencia, de campear por mi cuenta, lo más lejos posible de mis hermanos mayores, la experimenté en el terreno erótico antes que en cualquier otro. ¿Qué chica de las que me gustaban se iba siquiera a fijar en mí de haber andado yo con ellos? Tampoco yo me fijaba en sus hermanas menores, de edad mucho más próxima a la mía, y lo último que se me hubiera ocurrido era que ellas, en cambio, pudieran haberse fijado en mí.

La diferencia de edad que me separaba de Juan y de Pepe, cuatro y siete años respectivamente, facilitaba sin duda el deseado distanciamiento. Cuando en torno a los diez años uno de los hermanos es mayor en un cuarenta por ciento y el otro en un setenta, las posibilidades de interesarse por los mismos juegos son prácticamente nulas y hasta la simple comunicación se hace difícil. Las dos únicas ocasiones en que Pepe intervino en mis juegos dieron lugar, por lo que recuerdo, a las típicas intromisiones de hermano mayor: dejar poco menos que descalabrado de una pedrada en la cabeza a uno de mis compañeros de parvulario y estrenar un arco que me había sido regalado con motivo de mi santo, un hecho que le valió mi rencor durante cierto tiempo, ya que su tiro inicial supuso la pérdida de una de las flechas. Los intentos de Juan por jugar con mi grupo de amigos fueron más insistentes debido a que, apeteciéndole todavía jugar, tal vez le parecía vergonzoso admitirlo ante sus propios amigos. Pero sucedía que los juegos por él propuestos, inspirados en *Geografía Pintoresca*, uno de sus libros favoritos, no nos divertían en absoluto: imaginar viajes en barco por Oceanía comerciando con los nativos, intercambiando perlas por abalorios y cosas así. O jugar a espías, pero no físicamente como jugábamos nosotros, sino utilizando, a modo de muñecos, fotografías recortadas

de las revistas. Recuerdo el caso concreto de Marlene Dietrich, a quien, bajo la mirada de sus grandes ojos claros, había que *hacerle hablar*; el método ideado por Juan consistía en introducirla paulatinamente en una máquina de picar carne, un procedimiento que contrastaba grandemente con los deliciosos suplicios que a mí se me ocurrían, si es que podía hablarse propiamente de suplicios. Por aquella época yo tenía ya una banda -la «Banda del Cangrejo»- de la que me había erigido en jefe.

Mis hermanos, ni que decir tiene, también habían configurado sus propios círculos de amistades. El más integrado socialmente era Pepe, que, gracias a su carácter abierto, se las había arreglado para formar parte del equipo de fútbol tanto del barrio como del colegio. Juan, muy dado al *dandysmo* por esa época, no practicaba otro deporte que el patinaje, fundamentalmente por lo que tenía de alterne acudir los domingos por la mañana al Skating Club. Algunos de nuestros respectivos compañeros de colegio eran, además, vecinos de barrio, y la confluyente caminata hacia y desde el colegio contribuía por lo general a estrechar los lazos de amistad. Las chicas con las que tanto uno como otro se relacionaban eran, por lo general, las hermanas de esos compañeros o amigas de sus hermanas. En la misma situación me encontré yo cuando empecé a ir a alguna que otra fiesta: lo interesante era que las hermanas de nuestro anfitrión estuvieran *buenas*, como decíamos, un extremo sobre el que nos informábamos previamente preguntando al compañero en cuyo honor se celebraba la fiesta. Pero, aparte de que ninguna de las chicas que conocí en este tipo de celebraciones llegó a resultarme atractiva, al ser ellas mayores que nosotros, solían hacer patente su falta de verdadero interés por los *peques*. A lo sumo, se divertían sondeándonos. ¿Verdad que estoy bien en traje de baño?, preguntó una de ellas mostrándonos una foto. Mejor estarías sin traje de baño, contestó Jorge. Y enrojeció vivamente.

De cualquier forma, difícilmente iba a encontrar quien superara en atractivo a mis musas personales, tan cercanas, puesto que vivían en el barrio, y a la vez tan lejanas, no más asequibles para mí que Hedy Lamarr. Curiosamente, de casi todas esas musas había que hablar en plural, ya que nunca faltaba alguna hermana muy próxima tanto en edad como en belleza. Así, las Klein, que vivían en una villa situada casi frente a la nuestra. Yo prefería a Elena, ya toda una mujer casada cuando yo iba al parvulario. A la menor, Alicia, la sorprendí años más tarde dándose achuchones con un joven en los alrededores del Monasterio de Pedralbes; supongo que ella ni tan siquiera me identificó, pero, con toda probabilidad, a ella le debo la idea que me llevó años más tarde a pasear por el mismo escenario en compañía de Blanca. A las Arana, lo mismo que a las Navarro, las veía principalmente los domingos por la mañana, bien en misa, bien camino de la iglesia parroquial de Sarriá. ¿Pero, cómo proponerles vernos en otra parte si ni tan siquiera se fijaban en mí? En la iglesia, separándome del resto de la familia, me colocaba cerca de ellas, algo detrás. Cuando podía verlas mejor era al salir, según se daban la vuelta, o al regresar a su sitio después de comulgar, algo que por desgracia hacían raramente. El primero en recibir la comunión era mi padre, ya que, al producirle asco la simple idea de que el cura le diera la hostia con los dedos mojados por la saliva de otra persona, se las arreglaba para adelantarse a los demás. Las chicas, más que expresión de recogimiento,

volvían como expandiendo una sonrisa interior, especialmente Clotilde Arana. A la mayor de las Navarro no recuerdo haberla visto comulgar más que una vez, y regresó sonriendo abiertamente. Y, mientras la misa continuaba, yo no quitaba la vista de aquella mejilla, de aquel pómulos, de aquella pestaña, transversal a la suave línea del cabello. Recientemente, recordando esa época, Clotilde me reveló la fascinación que por aquel entonces ejercían sobre ella los ojos azules de Juan, algo que el propio Juan probablemente no hubiera imaginado nunca.

Caso en cierto modo aparte era el de Isabel (¿o se llamaba María Luisa?), una hispano-filipina de rasgos exóticos y hasta un poco bastos según los cánones de belleza occidental, pero no por ello menos atractiva a mis ojos, un tipo de atractivo -el contraste de esa clase de rasgos con un cuerpo que es a la vez de mujer y de niña- que en nada ha disminuido para mí con el paso del tiempo. Sobre los trece o catorce años me animé a dirigirle la palabra en plena calle, en un intento de aproximación en apariencia fortuito, pero aunque la iniciativa recibió por su parte una favorable acogida, de buenas a primeras, debido probablemente a un cambio de domicilio, desapareció del barrio y nunca más volví a verla. No obstante, pese a mis tentativas de forzar la suerte, yo era consciente de que la diferencia de edad jugaba contra mí y de que mis posibilidades a corto plazo de ser tomado seriamente en consideración eran nulas. Supongo que a esa edad todos los chicos han tenido problemas parecidos. Sólo que a mí eso no me servía de consuelo: lo único que yo veía era que mis hermanos no sufrían el problema que yo estaba sufriendo, simplemente porque eran mayores, y mi principal deseo por esa época, muy al contrario que Peter Pan, era el de hacerme mayor lo antes posible o, cuando menos, parecerlo. En ocasiones, mis temores rozaban el razonar de un loco: me inquietaba la posibilidad, por ejemplo, de que las chicas se *acabasen*, visto que todas las que me gustaban terminaban entendiéndose con un chico mayor que ellas. ¿Quién me garantizaba que en el futuro aparecieran chicas más próximas a mi edad que me resultasen atractivas?

Cierto que la regla tuvo una excepción en Rosario, una chica algo mayor que yo cuya casa me pillaba de paso en mi apresurada caminata de cada día hacia el colegio. Al principio se limitaba a salir a la puerta del jardín, sonriente, según yo me aproximaba, y a silbar cuando ya la tenía a mi espalda, por lo general acompañada de una hermana menor, ambas entre risas. Pero pronto empezó a telefonarme por las noches y, con todo y no dar su nombre, con todo y limitarse a decir soy yo, sus bromas, silencios y carcajadas tenían la virtud de exasperarme. No se trataba sólo de que la encontrase fea, carente de todo atractivo, flaca y ganchuda como una bruja; se trataba, sobre todo, de que con su comportamiento, además de irritarme, en cierto modo me avergonzaba, humillado por el hecho de verme perseguido por una chica que no era de mi agrado mientras que las que sí lo eran no parecían enterarse de mi existencia. Si por su físico no tardé en verla como uno de esos espantajos de guiñol que hace escarnio de los niños, por su actitud se ganó una animadversión equivalente a la que, por la misma época, una tarde, despertó en mí un anónimo pederasta de cine con su insistencia en deslizar un dedo entre mi pantalón y el muslo, obligándome a cambiar de sitio sin chistar. En ambos

casos se me hacía objeto de una iniciativa no deseada, en abierta contradicción con la idea del reparto de papeles que me había hecho, conforme al cual sólo a mí me correspondía tomar iniciativas.

Similar rechazo -unido a una punzada de temor- me producían los ojos risueños, la sonrisa y la colilla apagada que perpetuamente lucía en la comisura de los labios, de un revisor de metro cada vez que, con significativo énfasis, marcaba mi billete. Según Paquito, el revisor se llamaba o era llamado *el Miquelet*. Paquito, hijo del guarda de un almacén de material para la construcción próximo a casa, era mi mejor amigo y compañero de juegos cuando no había colegio. Por aquella época, nuestro principal pasatiempo consistía en seguir *sospechosos*, gente en cuyo comportamiento o aspecto detectábamos algo raro. Y si en una ocasión, relevándonos con gran pericia en el seguimiento de uno de esos sospechosos, impedimos un robo, en otra pudimos comprobar que los dos vecinos sometidos a vigilancia -alemán uno de ellos- se comunicaban mediante señales en morse hechas con un espejo desde sus respectivos chalets, de balcón a balcón; lo que no logramos fue demostrar que se trataba de espías, extremo del que estábamos totalmente convencidos. Pero nuestro principal sospechoso era *el Miquelet*, y los domingos por la tarde solíamos seguirle un rato en su vagabundeo por los descampados del barrio mirando jugar a los chicos. Una tarde le vimos encaminarse, llevando a un niño de la mano, hacia un descampado contiguo al cementerio de Sarriá. Estaba oscureciendo, y hacia mitad de camino nos entró miedo y volvimos atrás. Regresé a la mañana siguiente, por si encontraba el cuerpo del niño o alguna clase de rastro.

Menos inquietantes que nuestra vigilancia de *el Miquelet* y mucho más ricas en estímulos fueron las reiteradas incursiones que Paquito y yo realizamos en un estudio de escultor contiguo al almacén de herramientas. Taller y almacén se hallaban comunicados por el cielo raso, y nada más fácil que pasar de un altillo a otro. Nuestro objetivo era ella, la modelo, espiarla mientras posaba completamente desnuda, como bien lo atestiguaban alguna que otra escultura de tamaño natural, diversos barro y numerosos dibujos. Al no ver nunca a nadie, hicimos averiguaciones y resultó que el escultor se había ido a México por una larga temporada, de forma que decidimos apropiarnos de unas cuantas cosas que no era probable que fueran echadas de menos. Así, dos sugestivos dibujos de la modelo, uno de frente y otro de culo, y un libro francés de anatomía con ilustraciones en color cuyas láminas, mediante un ingenioso juego de porciones desplegadas, permitía, a partir del cuerpo desnudo, ahondar en el organismo hasta los puntos más recónditos. ¡Ahora sí que sabía, y con la máxima exactitud, cómo era el cuerpo de una mujer! Pero la consecuencia menos episódica de nuestras pequeñas expediciones de saqueo fue el partido que supe sacarle a unos tubos de pintura al óleo y unos pinceles de los que me apropié -como quien toma una fruta de un árbol- por la simple razón de que había muchos junto a un caballete. Y sin embargo, la utilización de ese material sustraído casi por azar, supuso un hallazgo que estuvo a punto de modificar mis secretos proyectos personales. Si mis aficiones plásticas se habían limitado hasta entonces a historietas tipo cómic, desarrolladas a tinta china y acuarela, en las que daba rienda suelta a toda la

violencia y crueldad que es capaz de albergar un niño, la práctica de la pintura al óleo me reveló no sólo la sensualidad del acto mismo de pintar -el tacto de la pincelada, los olores del aguarrás y el óleo- sino también la riqueza conceptual que es capaz de encerrar un cuadro de pequeñas dimensiones. Supongo que fue el descubrimiento de las posibilidades del poema en prosa lo que finalmente decantó mi vocación del lado de la escritura, una vocación que gracias a esos pinceles y esas pinturas, llegó a quedar en suspenso durante cierto tiempo. Contempladas retrospectivamente, el interés de unas obras realizadas sin ninguna clase de oficio, ya que nadie me había enseñado nada al respecto y no contaba con otra guía que el dictado de mi propia intuición, reside principalmente en los valores inconscientes que afloran sobre las representaciones más insólitas. Una cabeza clavada en una pica, por ejemplo, o una composición en diagonal cuya parte superior, en amarillos y ocre, representa una pirámide y los relieves exteriores de un antiguo templo egipcio, mientras el inferior, en verdes y rosados, ofrece la perspectiva en fuga de una nave subterránea, presidida, al fondo, por una esfinge de grandes pechos ante la que yace un sarcófago.

Mientras mi talento pictórico era celebrado en casa, ya que mi padre se acercaba de vez en cuando a ver qué hacía, mis redacciones escolares solían merecer las máximas calificaciones y dos de ellas fueron publicadas en la revista del colegio. Pero los escritos que me importaban de veras no los podía enseñar a nadie, ya que revelaban unas inquietudes que sin duda hubieran sido consideradas muy negativamente por mis profesores. No podía, ni de hecho quería hacerlo, pues también me resistía a mostrar mis poemas en prosa o mis primeros relatos a quienes, como mis amigos o mis hermanos, hubieran podido leerlos sin ninguna clase de prejuicios. Y es que, en realidad, me disgustaba la idea de dar a conocer algo que no estaba enteramente realizado, esto es, publicado. Sucedió con eso algo parecido a lo que me sucedía con el libro de anatomía: conocer con todo detalle el organismo de una mujer no me eximía en absoluto de conocerlo físicamente a través del acto sexual. De ahí, supongo, que a los pocos días de terminar el bachillerato y tras mi rompimiento con Blanca, una tarde especialmente calurosa de comienzos de verano, tomara la decisión de que había llegado el momento de tener mi primera experiencia sexual. Sólo entonces pude empezar a sonreírme al recordar las explicaciones con que algún que otro compañero de colegio pretendía dar verosimilitud a sus presuntos escauceos amorosos: lo mucho que dolía luego, sí, sobre todo los huevos, y demás fantasías que, curiosamente, he vuelto a oír contar más de una vez. A lo sumo, muy al contrario de lo que se afirma, el resultado de tentativas no satisfechas.

Nada tiene de exagerado afirmar que un nuevo mundo se había abierto ante mis ojos. En parte, debido a la seguridad en mí mismo ganada, y en parte a esa nueva ciudad que estaba descubriendo en torno a las Ramblas, tan diferente de las áreas residenciales de la ciudad en las que había transcurrido hasta el momento mi vida. Durante ese período, distanciado más bien de los amigos del colegio, salía más bien con Javier, un amigo del barrio relacionado con el grupo de Blanca que, por ser algo mayor que yo y muy espabilado, se conocía bastante bien los rincones más sugestivos del Barrio Chino, que

recoríamos de punta a punta no menos de una vez por semana. Eso suponía muchas copas y las discusiones y exaltadas apuestas que suele propiciar el alcohol. En una ocasión, nos enfrascamos en una apasionada disputa acerca del tamaño habitual de un clítoris; tras marcar en una tarjeta la medida que cada uno consideraba más exacta, lo verificamos con dos mujeres de un prostíbulo. La apuesta fue mía, quién sabe si gracias al respaldo científico del viejo libro de anatomía.

Cuerpos en licuación. Veranear en el campo suponía sin duda una traba añadida a las posibilidades de relacionarme con gente de mi edad. La mayor parte de mis compañeros de colegio veraneaban en algún pueblo, generalmente de playa, donde la relación con chicos y chicas de la colonia se imponía por sí sola, y con ella, la posibilidad de no perder el contacto en Barcelona cuando se iniciase el nuevo curso. Pero en Torrentbó, un valle donde, más que agruparse, se dispersaban alrededor de media docena de fincas de carácter residencial además de agrícola, no tenía sentido hablar de colonia veraniega: ni había pueblo propiamente dicho ni los lazos que unían una finca con otra merecían otra consideración que la de lazos de vecindad. Nuestra finca, llamada Masía Gualba, era la de mayor extensión, y sus edificaciones, las mejor emplazadas. Habían sido diseñadas por mi abuelo paterno hacia el último cuarto del pasado siglo y el conjunto era, a todas luces, fiel reflejo de su personalidad, materialización misma de su espíritu: una zona residencial de contorno ajardinado abierto al mar lejano, una capilla discretamente comunicada con su dormitorio, unas dependencias agrícolas y ganaderas en las que todo estaba previsto, y una traída de agua de manantial sólo comparable, en su cuidadoso trazado, al de evacuación de las aguas residuales. Todo ello contribuía a que al comienzo del veraneo tuviese para mí cada año algo de *expedición*. Atrás quedaba el 41 de Jaime Piquet, la casa, el jardín, las musas del barrio, el colegio, y entraba de lleno en un mundo dominado por el apellido Goytisoló de un modo más rotundo, si cabe, que el dominio visual del valle que ofrecía el mirador de la terraza. Un mundo abierto al esfuerzo, a los vínculos familiares, a los viajes, al triunfo, a la fortuna, a la aventura, a cuanto se supone que de positivo pueda ofrecer la vida, un mundo abierto a todo y en el que se podía hablar abiertamente de todo. En contraste con ese panorama de realizaciones expuestas a la luz del sol, lo que más me importaba del mundo cuyo centro lo constituía el 41 de Jaime Piquet, era de carácter secreto, realidades que parecían destinadas -la escritura, el sexo- a cobrar cuerpo sólo en la sombra, fenómeno asociado, se diría, a mi apellido materno, Gay, no menos afectado en la vida cotidiana de la familia por el silencio. Un mundo al que regresaría a finales de septiembre: el olor a madreSelva, a flores y hojas mustias del jardín y, nada más entrar en casa, a humedad, a cerrado, a tapicería vieja y, como en hilachas, un tenue tufillo a gas, manifestación material todo ello de un ambiente asociado a la rutina del curso entrante, cosas de las que tenía por costumbre no hablar con nadie. El contraste entre uno y otro ámbito no hacían sino dar realce a una realidad que todo niño aprende pronto: hay cosas de las que se puede hablar y cosas de las que no se puede hablar. Si en casa se eludía en lo posible toda referencia al apellido Gay era por no remover una herida que permanecía viva por encima de los años transcurridos: la muerte en un bombardeo de mi madre, Julia Gay, un rechazo similar, aunque con papeles trocados, al que sin duda perdura en la mente de los familiares de las víctimas de

Hiroshima, ante el nombre de *Enola Gay*, es decir, el nombre con que había sido bautizado el avión que dejó caer la primera carga nuclear. Los valores vinculados al apellido Goytisolo nunca fueron antagónicos respecto a los vinculados al apellido Gay, por lo mismo que no puede decirse que lo sea la luz del sol respecto a la de la luna. No obstante, mi adolescencia y juventud pueden resumirse en un intento continuado por reconciliar unos con otros, por hacer aflorar los rasgos propios del apellido Gay y moverlos hasta hacerlos coincidir con los que son propios del apellido Goytisolo.

Si el campo propiciaba toda clase de fantasías aventureras y, posteriormente, una pasajera afición a la caza, Torrentbó nunca fue un sitio que me invitase a escribir; era más bien, muy al contrario, como si allí, por alguna condición del lugar, los impulsos creadores quedaran relegados a un segundo término hasta después del verano. Algo parecido sucedía con las chicas, y no porque mis deseos se viesan atemperados, sino porque el estímulo generado por mis musas particulares carecía allí de equivalente. En el propio Torrentbó, el número de chicas se reducía a tres, tres hermanas que pasaban parte del verano en una finca vecina; por otra parte, eran mayores, de edad superior no sólo a la mía sino, al menos una de ellas, también a la de Pepe. Este hecho, unido al de que el resto del verano lo pasaban en un pueblo de playa, donde sin duda se hallaba su verdadero núcleo de amistades, daba pie a que si solían jugar al ping-pong y pasear con nosotros fuese por puro aburrimiento, para hacer más llevadera su estancia en Torrentbó, que muy probablemente veían como un lugar de destierro al que se hallaban condenadas por una despótica decisión del padre. Nuestra compañía servía por lo demás de tapadera a los encuentros del todo inocentes que la mayor mantenía con un pretendiente que cada tarde se acercaba secretamente en su moto, un hombre menudo con complejo de hombre menudo que al parecer no gozaba de las simpatías del presunto déspota, animadversión que, conociendo al cursi enguantado aquél, me resultaba ya entonces más que razonable. De las tres hermanas, me atraía en especial la segunda, Maruja, que, a diferencia de las otras, era morena, rasgo peculiar al que tal vez haya que remitir una afirmación de la propia personalidad de por aquel entonces que, posteriormente, ha distado mucho de verse reflejado en la práctica: el anuncio, hecho a quien quisiera oírme, de que yo prefería las mujeres morenas. Pero la realidad era que esas salidas con nuestras vecinas nunca me divertieron, y cuando tío Leopoldo estaba con nosotros prefería pasear en su compañía, y años después, hasta con mi padre, por no hablar ya de mis largas caminatas monte a través, acompañado tan sólo de los perros.

Veranear en una finca como la de Torrentbó suponía una relevancia social que, a ojos de quienes veraneaban en los pueblos de los alrededores, tan sólo los ocupantes de unas pocas villas de recreo de similar solera ochocentista podían alcanzar. De ahí que visitar nuestra casa se convirtiese de vez en cuando en motivo de excursión para los veraneantes de Caldetas y Arenys, conocidos de la familia y amigos de amigos, que se presentaban formando fatigadas columnas sin previo aviso, de modo que había que ofrecerles refrescos e improvisar una merienda en la terraza. Sin embargo, la misma excursión que para ellos significaba a lo sumo una forma de romper la rutina veraniega, se convertía para nosotros en obligada necesidad cada vez que se planteaba devolver una

visita o simplemente ir a la playa. Las excursiones a Caldetas me resultaban muy poco estimulantes debido a que diversos compromisos familiares copaban allí nuestras posibilidades de relacionarnos con la gente, y lo habitual era que una serie de chicas de la edad de las primas y como ellas poseídas de esa animación monjil un poco artificiosa propia de mujeres resignadas de antemano a la soltería, asumieran el papel de interlocutor exclusivo: ni siquiera el mar me decía gran cosa, tan soso, salvo en las proximidades de un pequeño promontorio rocoso donde abundaban los moluscos. Para el caso, mucho más interés despertaba en mí la colonia veraniega de Arenys de Munt, dado que, aunque inevitablemente mayores que yo, contaba con chicas de gran atractivo. El contacto con los de Arenys de Munt, pese a ser más irregular a causa de la mayor distancia, se vio muy facilitado gracias al éxito que Marta, libre del marcaje de las simpáticas solteronas, no tardó en alcanzar entre algún que otro chico; aunque Marta siempre me había parecido una mujer realmente guapa, el hecho de que pudiera ser objeto de deseo sexual no dejó de sorprenderme. En lo que a mí se refiere, el momento culminante de nuestra relación con toda esa gente hay que situarlo en la función de variedades que la colonia veraniega organizó en un teatro del pueblo. El público estaba formado no sólo por veraneantes sino, principalmente, por gente del lugar, comerciantes y pequeños campesinos de posición desahogada que compartían del todo mi entusiasmo por los números tipo *revista* que incluía la función, a cargo de las principales bellezas de la colonia, chicas ataviadas como coristas, no mucho más recatadas, en definitiva, de lo que por aquel entonces la Censura permitía a los profesionales. Un silencio paciente y hasta corteses aplausos finales premiaban a los intérpretes con fama de graciosos cuando repetían en escena los mismos números que en las reuniones soltaban a la primera oportunidad, chistes, poemas estrambóticos, escenificaciones: sus números. Pero cuando aparecían las chicas, las ovaciones comenzaban incluso antes de que empezase a sonar la música. Las exhibiciones más jaleadas suscitaron un clima de emulación entre la primera estrella -la hija de un conocido banquero, una rubia exuberante que poseía ciertas nociones de danza-y las restantes chicas del conjunto, que ponían, no ya todo su corazón, sino su cuerpo entero en el logro de un mayor lucimiento personal, y sólo una rotunda caída de telón pudo impedir que el espectáculo, tras múltiples repeticiones, prosiguiera indefinidamente. Uno de los organizadores, situado a un lado -aunque él, probablemente, ni tan siquiera advertía mi presencia-, comentó con mal disimulada rabia, que un éxito como aquél no iba sino a despertar la envidia de la gente del pueblo, que en invierno celebraba su propia fiesta, y que, como él no estaba dispuesto a dejarse arrastrar por este tipo de piques, la fiesta no iba a repetirse nunca más; pero, a todas luces, no era precisamente el temor a las envidias lo que había llevado a tomar tan drástica determinación a un joven abogado comprometido formalmente con una de las coristas voluntarias que más aplausos había levantado en el público. Lo cierto es que aquellas chicas revelaban una beligerancia a la que yo no estaba acostumbrado, con sólo decir, por ejemplo, que tal o cual chico *se había puesto pesado*: y ese matiz en el léxico era ya para mí algo del todo nuevo en la medida en que lo que hacía la chica al hablar así era proclamar su éxito, en que lo que realmente significaban sus palabras era que había

logrado provocar en el chico la reacción deseada. Un concepto completamente distinto al de *ser un pesado*, que era el calificativo que aplicábamos, sin ir más lejos, a uno de los pretendientes de Marta, un personaje al que toda la familia, empezando por mi padre, encontraba extremadamente ridículo.

Fue por esa época cuando cobré conciencia de que el sentido crítico propio de mis observaciones era lo que comúnmente se entendía por sentido del humor. Sólo que ese sentido del humor es reconocido por los demás cuando se manifiesta públicamente, y yo no lo manifestaba públicamente, yo me callaba, igual que me callaba, sea por timidez, sea por simple cautela, la mayor parte de mis observaciones y juicios cuya perspicacia podía herir la susceptibilidad de más de uno. Hasta el momento ni siquiera lo había reflejado en mis escritos, y la posibilidad de hacerlo, de salvar esa laguna, de introducir esas dotes de observación en mis incipientes relatos, me distanció por completo de las prosas poéticas escritas hasta entonces, al tiempo que otorgaba una dimensión totalmente nueva a cualquier obra concebida y desarrollada de acuerdo con tales criterios. El juicio que me había merecido, pongamos por caso, la función organizada por los veraneantes de Arenys de Munt, las reflexiones a las que me había llevado, ¿no enriquecían el relato sucinto de lo acontecido hasta convertirlo en otra cosa? ¿No darían entidad literaria a lo que hubiera podido reducirse a mera reseña o crónica de sociedad? ¿No serían capaces de iluminar un acontecimiento trivial revelando significados ubicables muy por encima de cualquier clase de trivialidad? Y ese sentido del humor, ¿no sería tan sólo la envoltura ocasional de una forma de percepción superior? El descubrimiento puede hoy parecer obvio, pero a mí nadie me había puesto sobre la pista. Por otra parte, el encadenamiento de conclusiones no terminaba ahí. Muy al contrario: lo que se me estaba revelando era que la piedra de toque de la escritura residía, no en lo que se contaba -la intriga, la anécdota, el argumento-, por muy correctamente que estuviera escrito, sino en que eso que se contaba fuese contado de la única forma que permitía transmutar el texto en algo más que mero enunciado: bajo esa luz. Esto es: que la clave significativa de lo que se cuenta reside, de hecho, en cómo se cuenta. Una conclusión que no carecía de aspectos decepcionantes ya que, teóricamente y contrariamente a lo que siempre había supuesto, cabía en lo posible que fuera más gran escritor aquel que en la práctica no había salido de su habitación, que aquel que conocía por propia experiencia las aventuras que yo aspiraba a vivir. Algo que había que asumir, y que asumí, sin renunciar, pese a todo, a ninguno de los proyectos aventureros que abrigaba por aquel entonces. Supongo que es en ese conflicto entre actividad creadora y acción donde habría que buscar las raíces de mi espontánea tendencia a la impuntualidad, que aún en la actualidad debo esforzarme en corregir. Ese cálculo del tiempo que media entre dejar la pluma y llegar al punto donde tenemos la cita, un cálculo que íntimamente sabemos irreal, pero que, llevados de la impaciencia, llegamos a dar por bueno en nuestro deseo de conjurar el intervalo, de volatilizar el fastidioso tiempo muerto.

Paralelamente a esa evolución en mis planteamientos literarios, si ya en las postrimerías de mi vida de colegio empecé a ser capaz de dominar mi timidez lo bastante como para abordar a esas criaturas para mí tan misteriosas que eran las chicas, hacia la época en

que rompí con Blanca empecé a comprobar que el mejor remedio contra la timidez reside, como es hasta cierto punto lógico, en el recurso a su contrario: el descaro. Tal averiguación no hizo sino convencerme de hasta qué punto hombres y mujeres se desconocen mutuamente, hasta qué punto, en materia sexual, cada parte tiende a suponer que la otra se halla poseída de impulsos y deseos idénticos a los propios; pero, en líneas generales, el resultado práctico de semejante aprendizaje fue excelente.

Hasta el extremo de que, simultáneamente, tuve que aprender también a interrumpir a tiempo una relación poco satisfactoria, a cortar; o mejor, a evitar que tal situación llegase a producirse. Eso fue lo que sucedió, por ejemplo, con una compañera de primer curso de Derecho: se trataba de una chica simpática y divertida, de modo que, aunque poco atractiva, solía charlar con ella tanto en el bar como a la salida; hasta que caía en la cuenta de que los restantes compañeros de curso empezaban a considerarnos algo así como novios y tuve que cortar bruscamente. Si antes, hasta vencer mi timidez, el paso que más me había costado dar era el que separa la simple amistad de la aventura, no estaba dispuesto a que ahora esa relación en plan de amigo, y sobre todo una serie de detalles que eran cuestión de pura cortesía, pudieran ser interpretados de otra forma. Por lo general, iniciada la aproximación a la chica que pudiera interesarme y establecida una corriente de simpatía entre ambos, evitaba el estancamiento que la propia naturaleza de esa corriente puede propiciar, y delimitaba claramente el terreno del juego que me proponía jugar con alguna pregunta tan amistosa como inesperada. ¿Qué es lo que te gusta más de un hombre? ¿Eres aún virgen? ¿Eres lesbiana? El recurso acostumbraba a dar resultado, reafirmandome en la idea de que si yo abrigaba sentimientos libidinosos, ellas, aunque diferentes, no podían ser menos, del mismo modo que sus necesidades fisiológicas eran tan imperiosas como las mías. Tales realidades que algunas chicas -sin duda más en aquella época que en la actualidad- parecían negar, no ya con su actitud, sino hasta con su porte, eran asimismo negadas por más de un compañero, víctima de la imagen subyacente de mujer-santuario que obviamente le había sido inculcada, figura ante la cual casi todo revestía el carácter, más que de simple falta de respeto, de violación sacrílega. Esa brusquedad de planteamiento, unida a mi aspecto de buen chico, sorprendió probablemente a más de una, dejándola sumida entre la confusión y el desconcierto, de forma similar a como hoy día puede verse sorprendido ese joven *yuppie* que, tras haber corrido lo suyo, decide un día sentar cabeza y casarse con una niña bien de la que, por más que sepa que trabajó de modelo publicitaria, ignora que por intermedio de una compañera había trabajado también, logrando sacarse un sobresueldo de fábula, para uno de esos prostíbulos de lujo que proporcionan menores mediante cita concertada por teléfono, y ahora, escapados ambos del banquete, ya en la intimidad del hotel, se ve agradablemente cautivado por la soltura con que la antigua novia y actual esposa se maneja, asombro que se trueca en alarma cuando ella le pregunta ¿quieres que te haga un beso negro?, tan simpática como pícara la sonrisa, además de inocente.

Incluso una experiencia poco grata, no por penosa perdía su condición de experiencia. Ésa fue al menos mi valoración final de lo ocurrido tras la visita que Javier me hizo a Torrentbó acompañado de dos hermanas amigas suyas, Julia y Mary, manicura y

peluquera, respectivamente. Javier sabía que, aún sin entusiasmarme, mis preferencias se inclinaban por Julia, y así, a media tarde, mientras él se retiraba con Mary, yo propuse a la hermana darnos un paseo. La conduje junto a una fuente y allí la tomé en mis brazos con la mayor delicadeza posible. Al desabrocharle la blusa y soltar el sujetador, ella empezó a gemir, como próxima a un irreprimible orgasmo. En esa creencia, arrecié en mis caricias mientras la desnudaba también de cintura para abajo, hasta advertir que aquello, más que un orgasmo, era un ataque de nervios, si no de epilepsia. Procuré calmarla, tranquilizarla, hacerla volver en sí, en tanto que por un instante vislumbré al viejo Domingo, un aparcero de la finca al que antes había visto trabajando en las proximidades, contemplándonos ahora semioculto tras un matojo, en silencio, luciendo una sonrisa de regocijo de oreja a oreja. Regresamos hacia la casa no bien ella empezó a recuperarse; con palabras propias de un bolero, pero no por ello insinceras, me dijo que Javier, a sabiendas de que ella le amaba, se había propuesto humillarla, no tanto por haberse ido con la hermana, cuanto por haberla descartado de forma tan ostensible. Me pidió que no les contara lo que había pasado, es decir, que no había pasado nada, deseo al que me atuve cuando nos reunimos con la otra pareja, dando a entender que todo se había desarrollado satisfactoriamente. Javier y Mary parecían de excelente humor, y los cuatro brindamos por una pronta repetición de la escapada. Sólo cuando se fueron reparé en que la colcha de la cama que habían utilizado tenía una pequeña mancha de sangre sucia.

Capítulo III

Estratos y transparencia. A unos tres kilómetros del mar, en un repecho del contorno montañoso, entre eucaliptus y pinos. Sólo que ese mar, aunque idéntico en coloración al igual que el cielo, no era el Mediterráneo sino el Pacífico. Y, no obstante, bastaron unos instantes de visión, unidos al influjo del aroma a eucaliptus del aire, para concluir que en mi vida había encontrado un lugar tan parecido a la terraza de la casa de Torrentbó como ese motel llamado «El Encanto» situado en la periferia de Santa Bárbara, California. Los dos o tres días que pasé en ese motel fueron de gran desazón y sueño agitado, como si, en consecuencia con el nombre, me hallara yo bajo la influencia de un encantamiento. Tal estado de ánimo venía sin duda propiciado por el hecho de que mi maleta había ido a parar a otro aeropuerto, y ese extravío del equipaje no hacía sino recordarme la pérdida, con carácter mucho más definitivo, de la casa de Torrentbó. Una venta irremediable que tres años antes me había tocado firmar precisamente a mí.

Aunque la casa de Torrentbó haya sido y siga siendo el escenario habitual de mis sueños más significativos, el paisaje circundante, ese paisaje más parecido al de Santa Bárbara que al de cualquier otro punto de la costa mediterránea española, francesa o italiana que yo conozca, nunca ha sido uno de mis paisajes preferidos. De chico, durante los veranos, mis pasos me llevaban instintivamente a los fondos más frondosos del valle o, mejor aún, al otro lado del contorno montañoso, a la umbría, donde la orientación norte garantizaba las características propias de un paisaje húmedo, oscuros bosques de encinas gigantescas, altos álamos, espesos helechos. Sólo cumplidos ya los veinticinco años, cuando elegí Viladrau, se diría que al azar, de entre las diversas localidades apropiadas por razones de clima, para convalecer de un sembrado tuberculoso que me afectaba ambos pulmones, comprendí el origen de esa preferencia. Viladrau es el pueblo en el que mi familia buscó refugio a los pocos meses de comenzar la guerra civil, y a él se refieren mis primeros recuerdos precisos; hay otros que, de ser propiamente recuerdos, habría que considerar anteriores, pero sus perfiles se confunden con los que suelen caracterizar un sueño. Sea como fuere, durante esa segunda estancia en Viladrau, descubrí que, si del pueblo para abajo el paisaje era como el que yo buscaba en Torrentbó -álamos, castaños, encinas-, saliendo del hotel monte arriba, era todavía más atractivo: prados, arroyos, bosques de robles y de hayas y, por encima del límite superior al de los abetos, picos desnudos de toda vegetación. Los cuatro meses que duró mi segunda estancia en Viladrau transcurrieron bajo el signo de la inquietud y fue el mismo acrecentamiento de la ansiedad lo que me indujo a dar por terminada mi convalecencia en ese lugar. Tras las primeras nevadas, me convertí, entre semana, en el único cliente del hotel, y en el curso de mis paseos a la fría luz, las huellas de mis pisadas se entremezclaban a las dejadas el día anterior. Por la tarde, cuando de nuevo emprendía el regreso al hotel, solía ser rebasado por un motorista con la cara cubierta por un

pasamontañas. Observé que eso sucedía con independencia del camino que yo hubiera tomado, viniera de donde viniera. En una ocasión, al salir de un bosque de hayas, escuché el ruido del motor cada vez más próximo: me oculté detrás de un tronco.

Para entonces, en contraste con ese paisaje de montaña, ya había hecho mía la belleza del paisaje costero clásicamente mediterráneo. Es decir, un paisaje como el que sin duda conocieron griegos y romanos: no una cala bordeada de pinos y jardines, sino una costa rocosa, con olivares y viñedos escalonados, salvo que el carácter abrupto del terreno o la violencia del viento impidan toda clase de cultivo. De hecho, este tipo de paisaje me gustó desde el principio, desde que, aprovechando las vacaciones de mi primer curso de carrera, el centrarme directamente en Cadaqués y Rosas no me tomara más tiempo, conforme a la prontitud con que se impone lo que es obvio, que el de echar una primera ojeada de reconocimiento. ¿Impronta cultural o hilachas de la memoria? Porque lo cierto es que durante el primer verano de mi vida había estado en un paisaje muy similar, el de Llansá, justo al otro lado del cabo. Pero mi estancia allí tuvo que ser muy corta, ya que mi ama de cría, a quien posiblemente no le divertía el lugar, se empeñó en que con el mar se le retiraba la leche, y ambos fuimos llevados a Barcelona, a la villa de los abuelos Gay, situada a dos manzanas de la nuestra.

La palabra mar, como no deja de ser lógico en quien, como a mí, le importa no menos lo que se ve por debajo del nivel del agua que lo que queda por encima, el paisaje interior no menos que el exterior, se ha ido asociando progresivamente a la palabra trópico, ambientación recurrente, a fin de cuentas, de una buena parte de mis lecturas de infancia. Pero si en esos libros no se hablaba de los fondos marinos -algo, por otra parte, que sólo descubrí al llegar a Cadaqués, ya que en las aguas de Caldetas nada hay que ver-, tampoco daban una idea exacta de lo que hoy es para mí el trópico. Tal vez por ello, y por el impacto visual de las fotografías y, sobre todo, del cine, el trópico ha venido a ser sinónimo de color, sensualidad, holganza y vida fácil, esto es: de paraíso. La realidad, resultado de la combinación de ese color con el carácter constante de las condiciones climáticas, sólo alterado por el hecho de que llueva o no llueva, es a mi entender mucho menos risueña. Si la lluvia pasa fácilmente de ser benéfica a ser catastrófica, la microbotánica y microzoología convierten con facilidad no menor las aguas vivas de los ríos en líquido insalubre, y el verde permanente de la vegetación es tan inseparable de la desfoliación permanente como la exuberancia lo es de la putrefacción. En ningún lugar como en el trópico todo signo de vida no es sino la envoltura de un signo de muerte. Exactamente lo contrario de lo que sucede con los desiertos de arena o las desolaciones polares, donde todo se halla definido con nitidez, sea en su belleza, sea en su horror, por ya ni mencionar los climas sometidos al riguroso ciclo de las estaciones.

Los recovecos de la locura. Si no guardo especial apego al paisaje de Torrentbó, menor es aún en el recuerdo mi aprecio por el barrio en que nací, Tres Torres. Situado entre Barcelona y el suburbio residencial de Sarriá, Tres Torres, con sus calles amplias y villas ajardinadas, respondía en su diseño a la visión optimista que la burguesía barcelonesa podía hacerse de sus necesidades en los años veinte. El cordón umbilical que le unía al centro de la ciudad era una línea de metro llamada, por reminiscencias del pasado, el *tren de Sarriá*, y el nombre de la estación correspondiente, que terminó por dar nombre al barrio, se debe a que, cuando fue construida, el número de *torres* existente -que es como en Barcelona se llama a las villas- era exactamente de tres.

Por aquel entonces, el trazado de las calles se hallaba interrumpido por diversos barrancos y eran numerosos los terrenos por edificar usados como campos de fútbol o aprovechados como viveros de plantas de jardín y como huertos de flores, uno de ellos justo al lado de casa. No obstante, las villas construidas cuando la topografía del barrio mostraba todavía su natural relieve, antes de que el trazado de las calles se viese del todo completado, solían ser de mayor entidad y de jardín más extenso que las que se fueron construyendo después. Una de aquéllas, a la que llamábamos *la casa del general Orgaz*, fue en la inmediata posguerra residencia de la máxima autoridad militar de Barcelona; era una de las de más presencia, y ceremonias como el relevo de la guardia no hacían sino incrementar su atractivo. Mi preferida, no obstante, era la que quedaba justo enfrente de casa, al otro lado de la calle, a mis ojos un verdadero palacio; sus propietarios apenas si daban señales de vida, *gente muy rara* según mi padre, expresión que sólo años más tarde supe que servía de velo a la presunta implicación de algún miembro de esa familia en un asesinato que años antes había conmocionado al país, *el crimen de Ricardito*, uno de esos asuntos en los que ingredientes como el chantaje y el homosexualismo no hacen sino popularizar el escándalo. Había dos villas, en cambio, que antes que gustarme me inspiraban cierta aprensión y, cuando tenía que pasar por delante, apretaba el paso. Una de ellas, contigua a la nuestra mediante camino, había sido construida por un hombre enriquecido durante la guerra gracias, según se decía, al estraperlo. Su ruina fue sin embargo tan vertiginosa como su éxito, y una mañana apareció colgando de la ventana del cuarto de baño, ahorcado con el cinturón del batín; su entierro, con seis caballos negros empenachados y cocheros con casaca dieciochesca, fue para mí definitivo en más de un sentido. La otra casa maldita, dos puertas más allá en dirección opuesta, pertenecía al padre de un amigo de Pepe, un hombre de carácter jovial que -me contaron-, después de tomarse un helado, murió repentinamente. Lejos de todo rechazo, no obstante, ninguna casa me intrigaba tanto como «Villa Capricho», un edificio de color rojo oscuro, con un gato de porcelana blanca en el tejado que contrastaba con el tono igualmente rojo de las tejas; situada junto a la casa del alemán que yo tenía por espía, se comentaba que

su dueña era la querida de alguien importante, pero la verja no permitía visibilidad alguna y yo nunca alcancé a ver de ella más que un perfil dentro de un coche.

Nuestra casa, un edificio de inspiración francesa con techos revestidos de pizarra, constaba de dos plantas y una buhardilla. Respondía a un planteamiento arquitectónico que tuvo escasa aceptación en España, tal vez por hallarse a mitad de camino entre el piso y el chalet, ya que agrupaba tres apartamentos en una sola construcción, cada uno con su respectivo jardín. Así, mientras la propietaria ocupaba la primera planta, a nosotros nos correspondía la planta baja, un garaje y un cuarto trastero al fondo del jardín. La propietaria, para nosotros *la señorita Ester*, mantenía un trato muy estrecho con mis hermanos basado en una común afición a los tebeos, que ella leía con apasionamiento ya que, a su juicio, estaban llenos de malintencionadas alusiones personales. Un día, a la vuelta del parvulario, Pepe y Juan me contaron muy excitados que la habían llevado al manicomio porque estaba loca. La noticia no me entristeció pues, como persona, la encontraba muy entrometida; pero podía parecerme cualquier cosa menos loca. Le guardaba incluso cierto resentimiento desde que un día me vio jugando con la manilla suelta de una puerta como si de una pistola se tratase, y me preguntó qué estaba haciendo. A ver esa pistola, dijo. No bien la tuvo en su poder, la zambulló en su bolso. Confiscada, dijo; que un día se estropea una puerta y te encuentras sin repuestos.

De toda la familia, la persona con la que tenía más relación por aquel entonces era la abuela. No sólo me leía los libros que yo aún no sabía leer, sino que, aparte de acompañarme al parvulario, me acompañaba también, dócilmente, a dondequiera que se me antojara, por lo general alguna dulcería o algún quiosco en el que me hacía comprar tebeos. Un día, cuando yo iba ya al mismo colegio que mis hermanos, fue internada en una casa de salud mientras yo me encontraba en clase sin que se me hubiera dicho nada de antemano. A diferencia de lo que pasó con la señorita Ester, no hizo falta ambulancia; había marchado al sanatorio por su propio pie, acompañada del abuelo. Tampoco su caso tenía nada en común con el de la señorita Ester, ya que los síntomas principales de su trastorno consistían en frecuentes fases de amnesia y estados de confusión acerca de su contorno inmediato, de forma que más de una vez anduvo extraviada por el barrio, quién sabe si debido a que había olvidado que la esperábamos en casa o a que no recordaba cuál era el camino, sin que haya que excluir el rechazo a la irrevocable ausencia de quienes no la estaban esperando. También padecía una verdadera obsesión relacionada con el hambre pasada durante la guerra civil, que la impulsaba a hacer acopio de toda clase de restos de comida. Y como las cartillas de racionamiento habían sido puestas a su cargo, la impresión de haberlas perdido la atormentaba, como en una pesadilla, de forma constante. Su agravamiento fue muy rápido, fielmente reflejado por una progresiva dejadez en el vestir y un abandono personal que se traslucía en su propia fisonomía. El argumento decisivo para su internamiento fue, no obstante, el descubrimiento de que se hallaba aquejada de tuberculosis ósea. De eso no me enteré hasta años más tarde, al comentar, incidentalmente, que era una lástima que por aquella época *la casa del general Orgaz* no hubiera sido transformada aún en casa de salud, mucho más conveniente para

la abuela.

Relación afectiva de similares características, si bien se prolongó durante bastantes más años, era la que me unía a Eulalia, la mujer que había entrado a servir en casa al poco de morir mi madre. La llamábamos Lilius, y la actitud de reserva y recato que cultivaba respondía a una realidad, ya que su vida representaba una sucesión de secretos que había que descubrir paulatinamente, por más que, cada vez, como si de una muñeca rusa se tratase, reapareciese la personalidad un tanto infantil del principio. Yo sabía, por ejemplo, que su verdadero nombre era el de Julia y que, puesto que su apellido era Santolaria, mi padre y ella habían convenido que fuese llamada Eulalia, pues para él, es de suponer, tendría algo de traumático seguir utilizando en casa el nombre de mi madre sólo que referido a otra persona. También sabía que antes de haber servido en casa había servido en casa de una hermana de mi padre, tía María, pero tardé años en enterarme de que su hermano, el joven con bigote y calva incipiente que acudía a visitarla de vez en cuando, no era en realidad su hermano sino su hijo, un hijo que por fuerza tuvo que nacer cuando ella era poco más que una niña. Tampoco llegué a sacar consecuencias hasta bastantes años después del contraste entre la sequedad con que trataba al José y las contenidas efusiones que me prodigaba, para mí naturales en la medida en que me tenía acostumbrado a ello, de modo que sólo el hábito me impedía advertir que, para Eulalia, su verdadero hijo era yo. Una relación de tipo materno-filial que si por parte de ambos se mantuvo siempre informada, en lo que a mí respecta nunca fue de carácter recíproco, ya que yo tenía muy claro que ella no era mi madre y, con los años, muy al contrario, iba a ser yo el que terminaría cuidándola como si de una niña se tratase, especialmente a partir del momento en que se puso de manifiesto que era epiléptica. Por pura casualidad me encontraba en casa cuando le sobrevino el primer ataque; avisado por el abuelo, corrí en busca de un médico al sanatorio instalado en la antigua *casa del general Orgaz*. Contra mi impresión inicial -un envenenamiento-, el rápido diagnóstico del médico -ataque de epilepsia-, ayudaba a esclarecer determinados aspectos de la personalidad de Eulalia. Latentes no menos que la enfermedad era alguna que otra faceta de su vida privada, cuestiones a las que, sin embargo, no parecía haber dedicado más tiempo que el que le permitían sus misteriosas salidas de los domingos por la tarde, cuando abandonaba la casa como de incógnito: el arrendamiento de un colmado para su hijo, la casa que se había comprado cuando le tocó la lotería, hecho del que no teníamos ni la más mínima idea, así como la boda del José -a la que no asistió-, o el que un buen día aludiera a la existencia de un sobrino, esto es, a un nieto. Si con las mujeres que en ocasiones venían a ayudarla en el trabajo doméstico, como Dora, la asistenta, se mostraba severa, con los hombres -el jardinero- era invariablemente coqueta. Esa severidad la hacía extensiva a cuantas antiguas sirvientas pudieran venir a visitarnos y, muy en especial, a las nodrizas, *la María Gorda*, ama seca de Pepe, y María, mi ama de leche. Los dramas que pudiera contar esta última -la muerte de sus dos hijos, mi hermano de leche y una niña, ambos de tuberculosis- no inclinaban a Eulalia a una particular clemencia, ni alteraban a sus ojos, la condición de rival de la otra, una rival a la que había que mantener a raya a toda costa. Lo peor que podía decir el ama, en este sentido, era precisamente lo que repetía en cada

visita: que ya no le quedaba otro hijo que yo, una pretensión de la que Eulalia se creía en la obligación de defenderse y defenderme.

Por lo demás, acostumbrado al trato con la abuela, la compañía de Eulalia, tan silenciosa, no me resultaba demasiado estimulante. En alguna ocasión me había pedido que la acompañase en sus compras por el barrio, pero yo me aburría al no saber de qué hablar con ella y pronto dejé de hacerlo. El único lugar de cierto interés era la lechería, ya que en la parte de atrás había una vaquería que me recordaba a la de Torrentbó. En la misma calle, frente por frente, existía un pequeño establo que daba albergue al rebaño de ovejas que solía pastar en los descampados de los alrededores hasta que el propio desarrollo urbano terminó por hacerlo inviable; el pastor era un hombre menudo, enjuto, curtido, con ese aire de lunático casi consustancial a la gente de su profesión. Más o menos por aquellos días, en la Calle Mayor de Sarriá recuerdo haber sido testigo de un incidente que asimismo se diría propio de otra época: el caballo que tiraba de un carro cargado de ladrillos había resbalado y, dobladas las patas delanteras, por más que intentaba incorporarse, volvía a perder pie. De entre los mirones salió de pronto un tipo huesudo, desgarrado, de cabellos grises escapando a mechass de la gorra, probablemente también carretero, y poniendo una lona bajo los cascos del caballo, le ayudó a levantarse. En medio del silencio general que se hizo de súbito, gritó en catalán, antes de eclipsarse, que mejor que empedrando las calles, sería que se gastaran el dinero comprando judías para los pobres. La situación me sumió en el desconcierto, no tanto por la identidad de ese sujeto colectivo implícito que debiera comprar judías, cuanto por su insistencia en que lo que se comprara fuese concretamente judías.

Generalmente realizaba mis incursiones exploratorias junto con algún compañero de clase o con Paquito, aunque no me importaba realizarlas solo, la forma, en definitiva, de que la realidad estuviese más de acuerdo con lo que imaginaba. Pero había sitios, como las cuevas y recovecos de los barrancos o los pozos y galerías de la red de alcantarillado en construcción que imponían lo suyo, y era preferible explorarlas en grupo. Lo mismo podía decirse del cementerio y su desdibujado contorno, tanto más cuanto que el camino que había que tomar orillaba el alto muro de la parte trasera de una villa contigua a la nuestra, y los hijos de los propietarios, dos chicos algo mayores que yo, eran *enemigos*. La propietaria, en opinión de mi padre, estaba algo neurasténica, pero fueron los chicos, no ella, quienes una tarde, percatados de nuestra presencia, empezaron a arrojar al tuntún, por encima del muro, grandes pedruscos sobre quienes componíamos La Banda del Cangrejo. Yo atisé por la cerradura de una pequeña puerta y, al verles aproximarse de puntillas, introduje el cañón de la carabina de aire comprimido por el agujero y disparé; se oyeron exclamaciones de pánico y, cuando volví a mirar, nuestros enemigos se habían esfumado. Riesgo similar entrañaba colarse en el jardín del matrimonio alemán que había alquilado el piso anteriormente ocupado por la señorita Ester. También de ella decía mi padre que era un poco neurasténica, pero peor que neurasténico era su *Harry*, un galgo ruso de instintos criminales que terminó por asesinar a la canosa perrita de lanass de unos vecinos. Temible por su velocidad, era por suerte un perro muy cobarde. Para vengarnos de las veces que nos había hecho correr, una mañana vacié la pólvora de una

bengala al pie de la verja del jardín, metiendo la mano, y cuando *Harry* se abalanzó a morder, la encendí con un fósforo. Las incursiones de reconocimiento que prefería reservar para mí solo tenían por escenario, justamente, este tipo de lugares: los jardines, azoteas, trasteros y garajes de los vecinos. Y así, cuando en casa jugábamos al escondite, me convertía en prácticamente inencontrable. El ideal de la invisibilidad.

Latens deitas. Fue tal vez mi aversión al colegio, el contraste que para mí supuso respecto al parvulario, uno de los factores decisivos en el temprano desarrollo de mis dotes de observación: intuir la realidad de una persona al margen de toda apariencia, al margen de cuanto dijera o dejase de decir, una facultad cuyo mero ejercicio no hacía sino desarrollar todavía más mi capacidad de percepción y hasta de adivinación. Por aquella época tenía el convencimiento de que me era posible advertir en una persona, con sólo mirarla, si la muerte le rondaba de cerca. Llegué a esta conclusión tras la muerte de un compañero de clase, al darme cuenta de que, pese a no habérmelo formulado, sabía de antemano que iba a morir, debido a algo en común que tenía con un amigo de Juan muerto el año anterior, un algo muy difícil de precisar y que sólo sabría describir, por analogía, como una *sombra* en el rostro. La muerte del compañero de Juan, Manuel Cusí, nos fue evocada con todo detalle por el hermano Vicente desde el punto de vista de la salvación de su alma: la conciencia desesperada de que iba a morir, el arrepentimiento de los pecados cometidos, la inmensa sensación de paz que le invadió tras recibir los santos óleos. Muy distinto fue el caso de José Ventura, el compañero de clase atropellado por un tranvía, un tipo más bien avieso al que apenas llegué a tratar: se nos hizo ir a la capilla para rezar por su alma, dándonos a entender que siendo como era un mal chico y habiendo muerto de forma repentina, salvo que hubiese sabido hacer buen uso de un eventual instante de lucidez, lo más probable era que se hubiese condenado.

Lejos, muy lejos, quedaba ya el ambiente que reinaba en el Parvulario San Ignacio, donde había transcurrido mi anterior vida escolar. Situado en una travesía de Jaime Piquet, varias manzanas más arriba, ocupaba la totalidad de un pequeño edificio y disponía de un patio trasero para los recreos. La enseñanza corría a cargo de dos profesoras de aire virginal, quién sabe si debido a su condición de hermanas de un conocido predicador jesuita; las canas que lucía la mayor me inducían, no obstante, a descartarla como virgen, convencido de que las vírgenes no podían ser sino jóvenes. Supongo que, además de letras y números, algo de religión nos enseñarían, pero no guardo ningún recuerdo especial a este respecto. El número de alumnos no sobrepasaría en mucho la veintena y el hecho de que casi todos viviéramos en la vecindad, facilitaba el que, a la salida, los recreos se prolongaran por todo el barrio. Allí llegué a sentirme a mis anchas y, salvo los primeros días, siempre acudí a clase de buen grado. Hay un recuerdo particularmente nítido asociado a esa época: mi regreso a casa marchando marcialmente en mangas de camisa, cantando por lo bajo, contemplando mi propia sombra alargada por el sol de la tarde. Mi primera observación consciente de que el sol de la tarde produce ese efecto, de que aquella sombra que iba por delante era la mía, de que estaba cantando y de que me sentía satisfecho.

El cambio que supuso mi entrada en el colegio La Salle fue enorme. Los chicos que

llenaban el aula a la que fui asignado, todos ellos desconocidos, multiplicaban por tres o por cuatro el alumnado global del parvulario, y el número 1148 bordado sobre el bolsillo de mi bata no hacía sino potenciar la sensación de magnitud hostil. De ahí las formulaciones, las filas, el silencio, los recreos entendidos como desfogue obligado a golpes de silbato, la iglesia, la confesión de los miércoles, la comunión de los jueves, el olor como a ropa usada de los corredores desnudos, las alineaciones de retretes al fondo del patio, semejantes en su concepción a las letrinas militares o carcelarias. Sólo que mientras no recuerdo haber soñado jamás que me encontraba en la cárcel o haciendo la mili, el colegio fue durante años escenario recurrente de alguna de mis pesadillas, representación misma de la soledad y el abandono. En este sentido, el punto que mayor aversión me producía era la iglesia, con la luz del sagrario brillando en la penumbra, y, sobre todo, con aquellas imágenes, una Virgen rolliza de la que se nos decía que era nuestra madre, y una especie de cadáver de rasgos afeminados bajo las barbas que, más llagado que propiamente herido, se nos aseguraba que era Dios. No era en realidad un problema religioso, un problema de fe, es decir, de falta de fe, ya que, a diferencia de mis hermanos, yo jamás formé parte de ninguna clase de organización piadosa, tipo Acción Católica o Congregaciones Marianas. Era, fundamentalmente, un problema de libertad: cuanto podía interesarme de la vida, las aventuras que pretendía correr, las chicas con las que ansiaba salir, las cosas que escribía y que no podía enseñar a nadie, los deseos, las ideas, las emociones, las ocurrencias más espontáneas, en una palabra, todo, pertenecían a un mundo, no ya ajeno al colegio, sino respecto al cual el colegio como sistema, como organismo, representaba su negación radical. Las enseñanzas que recibía no podían ser más explícitas: había una línea divisoria y cuanto para mí era verdaderamente importante quedaba al otro lado de la línea. Yo, en consecuencia, también tenía mi sitio al otro lado de la línea, y fingir que la ignoraba, que desconocía incluso la existencia de esa línea, era no sólo el aspecto más penoso de mi vida escolar, sino la causa de que, en ocasiones, me sintiera realmente miserable.

¿Qué impulsa a un hombre a dedicarse a la enseñanza media? ¿El deseo de realizar en otros lo que no pudo realizar en él mismo? ¿De suscitar en los pequeños la admiración que en él habían suscitado sus propios profesores? ¿De convertirse en autoridad máxima de un ámbito cerrado a la vez que seguro, en el que, hornada tras hornada de pupilos, terminará por ser una especie de institución, cada vez más próximo, según pasan los años, a la edad mental del alumno, una pizca más infantil cada curso? Lo cierto es que, fueran frailes o seglares, no guardo un recuerdo especialmente bueno ni tampoco especialmente malo de ninguno de ellos, tanto menos conflictivos, por lo general, cuanto más débil fuese su vocación pedagógica, cuanto más se ajustase su función a una rutina, a un medio pasajero de ganarse la vida en años difíciles. Con el tiempo, y pese a que mi línea de conducta se atenía de un modo instintivo a la norma número uno de la mili -pasar inadvertido-, así como al principio táctico más elemental -ver sin ser visto-, terminé por crearme cierto prestigio tanto por mis redacciones como por mis notas en Historia, Geografía y Ciencias Naturales. Las Matemáticas y el Latín, por el contrario, se enseñaban reducidos a puro ejercicio de memoria, desprovisto el latín de su verdadero

soporte: el valor del texto. Si el distanciamiento caracterizó mi relación con los profesores, tres cuartos de lo propio puede decirse de la relación con mis compañeros de clase; únicamente con los años, gracias al descubrimiento de ciertas afinidades más que por verdadera amistad, me fui franqueando con unos pocos. Así, Jorge, que compartía mi interés por la lectura y por las chicas, la sola relación de aquella época que todavía perdura. O Ángel Gamboa, con sus ensueños aventureros, cuya incipiente puesta en práctica impulsó a sus padres a trocar en régimen de internado su anterior condición de alumno externo. Pese a ello, provisto de una pistola que llevaba por si acaso, se escapaba por las noches, y en una ocasión, al no serle posible volver al dormitorio, se metió en el aula, donde fue encontrado a la mañana siguiente durmiendo la mona sobre un montón de batas. Su lema era vivir poco pero intensamente, objetivos ambos que acabó alcanzando merced a un deterioro físico paralelo a sus correrías, ora en la marina mercante, ora en el Congo, ora en Sudamérica, hasta que el hígado dijo basta. Lo que nos unía, lo que tanto él como Jorge, como Pedro, como yo y algún que otro amigo teníamos en común, era una cuestión de actitud, una postura que, con todos los matices propios de cada caso, suponía un completo rechazo de todos los valores que representaba el colegio. Esa aproximación entre descreídos fue advertida por los profesores y, juzgada probablemente nociva, hicieron lo posible por separarnos a unos de otros. Pero tal intento de dispersión sólo podía dar resultado en el aula, donde bastaba que nos cambiasen de pupitre, no en el patio ni al finalizar las clases, y el efecto fue más bien contraproducente, pues la sensación de acoso contribuyó a unirnos más, como sucede en las películas con los componentes de una banda cuando se ven sometidos a persecución. Lo que nunca hice, sea por demasiado obvio, sea por demasiado complejo, fue sondearles acerca de la raíz de tal actitud, intentar esclarecer si sus motivos tenían algo que ver con los míos. Formularles, por ejemplo, mis propios planteamientos, la aceptación de que si tantos aspectos de la vida que me atraían significaban ir al infierno, habría que ir al infierno. Un riesgo que ni tan siquiera merecía tal consideración mientras no me fuera posible creer en su existencia, carente de la entidad real de determinadas enfermedades contagiosas como la sífilis y la tuberculosis que, con todo, tampoco estaba dispuesto a que modificaran mis planes para el futuro. Pues si la imagen de la divinidad creadora, a la vez colérica y sorprendentemente propicia a la autoinmolación -el cadáver llagado- que se me había intentado inculcar, era para mí escasamente convincente, menos aún lo era ese infierno material además de espiritual que esa divinidad había ideado. Y estaba claro que cada confesión mal hecha, cada comunión sacrílega, añadía los agravantes del perjurio y la reincidencia, a la larga condena de mis pecados. El sentimiento resultante, lejos del de culpa, era más bien de condena. Condena referida, no al infierno, sino a la simulación a la que me hallaba obligado a ajustar mi conducta tantos cuantos años durase mi permanencia en el colegio.

Un estado de ánimo ubicable en el extremo opuesto, por ejemplo, al de Terrades, el primero de la clase así en cuestión de notas como de prácticas piadosas. Mi relación con él fue siempre mínima, ya que, personalmente, lo tenía por una especie de débil mental. Ayer comí miel, me dijo en una ocasión. ¡Era tan buena! Su sonrisa radiante, su mirada

no menos radiante, eran expresión misma de la perfecta armonía del universo, algo de lo que sin duda había cobrado conciencia al asimilar esa miel: flores y flores ofreciendo su polen a abejas matemáticamente organizadas para elaborar dulzuras dignas del propio cielo, de cuya existencia eran la prueba más tangible. La misma cualidad irradiante con que otra vez, durante el recreo, al percatarme de que, con el movimiento, su cuerpo parecía crujir, me explicó que, bajo la camisa, llevaba papeles de periódico, la mejor y más asequible forma de abrigarse, una nueva muestra de la providencia divina; sólo años después supe que su falta de recursos económicos, sin duda entre otras razones, le había hecho acreedor de una beca del colegio desde el comienzo de sus estudios. ¿Incidía de algún modo ese gesto de generosidad, entendido como una manifestación más de la divina providencia, en su posterior vocación religiosa? La noticia se nos comunicó a comienzos del último curso: no veríamos aquel año a Terrades, ya que, ante la evidencia de que tenía vocación, había entrado en el seminario. La forma en que fuimos informados tuvo algo en común con la notificación de la muerte de tal o cual compañero, misterio de gozo ya que no de dolor, pero no por ello menos trascendente. Y, bien mirado, la cualidad seráfica que irradiaba Terrades incluso en fotografía, tenía algo en común con la sombra a la que antes me he referido, característica de los difuntos Ventura y Cusí: el negativo de esa sombra. Un rasgo también perceptible en determinada iconografía religiosa, especialmente la jesuítica -San Luis Gonzaga- y en la representación idealizada que el realismo socialista suele ofrecer de sus héroes más modélicos.

Mi padre tiene un Packard. A diferencia de lo que sucedía en el barrio o, en mayor medida, en Torrentbó, en el colegio, donde nadie conocía a nadie, no podía decirse que existieran categorías o distingos de clase entre los alumnos. En determinado momento, un tal Montéis, compañero de clase años atrás, vino a contarme que su familia y la mía se hallaban relacionadas a través de remotos lazos de parentesco indirecto; el mensaje implícito era el de que ambos pertenecíamos a lo que se entiende por *buena familia* y que, en consecuencia, lo lógico sería que fuéramos amigos. Pero sus explicaciones me remitieron al habla chismosa de esas tías lejanas de cara empolvada y pelo con aspecto de peluca, un lenguaje y unas maneras que no podían inspirarme más que repulsión, y di por obvio que nada teníamos en común. Sin embargo, no era sólo cosa mía: el concepto de clase social no era tenido allí en consideración, tanto más cuanto que, punto arriba, punto abajo, la gran mayoría de nuestras familias pertenecía a la clase media. Ni siquiera el dinero contaba demasiado. Si los padres de algún alumno eran muy ricos, no tardaba en saberse, a veces por detalles tan nimios como la merienda que se traían de casa, compuesta no ya de panecillos de estraperlo sino, además, de alguna marca de chocolate difícil de encontrar incluso en el mercado negro. El signo más revelador, no obstante, era el coche del padre; en especial, un último modelo americano. O que el alumno utilizase una estilográfica de determinada marca, o alguno de los primeros bolígrafos que se veían o que en su casa tuvieran una Frigidaire. O que, con motivo de las diversas colectas organizadas, la cuantía de sus aportaciones encabezara siempre la lista de donativos. Todo eso le distinguía sin duda de los demás, pero en modo alguno le situaba por encima ni le hacía acreedor de especial popularidad. Los motivos del prestigio que, como en cualquier otro lugar, parecían gozar determinados compañeros de clase discurría por otras sendas. Tenía importancia -a esa edad siempre la tiene- la presencia física, una presencia agradable, despejada, risueña, así como una natural elegancia. Pero, sobre todo, la atracción que despertaban determinados alumnos en sus compañeros de clase era una cuestión de actitud, de desenfado, de seguridad en sí mismo, rasgos basados, en última instancia, en su dominio de determinado tipo de conocimientos. Así, por ejemplo, no ya conocer la pieza musical que se iba a poner de moda, sino tenerla en disco. Y ese disco, interpretación correcta de la pieza musical, la *única* correcta, oírlo en el *pick-up* que había que tener, la marca correcta, asimismo única. Y si la piezaailable era un ritmo nuevo, saber *ya* bailarlo, ser capaz de enseñar a los demás cómo se bailaba. Y lo mismo en cuanto se refiriese a determinados deportes, natación, náutica, tenis, patinaje, y a otras actividades: ir, no ya al cine, pongamos por caso, sino a la bolera. Todo eso estaba vagamente relacionado con las chicas, sólo que no en el mismo sentido en que yo entendía tal relación, y en cuanto al resto, la escenificación o decorado, que más que propiciar el contacto erótico parecía diluirlo, me apasionaba tanto como a un sordo la

música. De ahí que si dado mi campo de preocupaciones, me resultaba imposible convertirme en centro de uno de esos círculos de iniciados, tampoco intenté jamás integrarme en ninguno de ellos.

El barrio, muy al contrario, materializaba a mi escala -la escala de un niño- la valoración social del apellido, esa abstracta pertenencia, en palabras de mi padre, a una *excelente familia conocida en toda Barcelona*. Eso de conocerse, bien es verdad, no tenía nada de particular en el barrio, donde todo el mundo conocía a todo el mundo; pero no menos cierto era que no todo el mundo gozaba de esa aura de respeto que nos acompañaba a los de casa dondequiera que fuéramos. Un aura que para mí perdía cualquier eventual valor gratificante no bien adivinaba en ella cierta referencia implícita, por mínima que fuera, a la muerte de mi madre, situación que no hizo sino agravarse tras la muerte de mi abuela. Esas alusiones parecían especialmente irreprimibles en los comerciantes de la zona, y por buena que fuera la intención y sincero el sentimiento de condolencia, yo veía en ellas la marca de la desgracia, un sambenito que afectaba a los vivos no menos que a los muertos según se abatía sobre la familia. De ahí que, en mi rechazo, evitase esos lugares, sea solo, sea acompañando a Eulalia de compras. El prestigio del apellido, por otra parte, era un hecho, no por desproporcionado en más de un aspecto menos real, producto sin duda de la confluencia de una serie de factores apreciables en el origen de más de un mito, especialmente las que suelen crearse en torno a un forastero a su llegada a un lugar: la leyenda que rodea a una personalidad como la del bisabuelo, un hombre importante relacionado con gente importante, cuya voluntad de asentamiento en Barcelona viene subrayada por el hecho de que mientras elige la plaza de Cataluña, el punto más céntrico de la ciudad, para levantar su casa, manda edificar uno de los panteones más elegantes del cementerio de Montjuich, dos hitos o jalones cuya sombra no dejaría de proyectarse a ojos de la sociedad barcelonesa sobre sus descendientes.

Con todo, hasta donde alcanza mi recuerdo, la evidencia de que algo estaba cambiando en esa sociedad barcelonesa, se imponía por sí sola. Las nuevas villas que iban siendo construidas en el barrio no pertenecían a *familias excelentes ni conocidas en toda Barcelona*. Se trataba, muy al contrario, de personas cuyo origen humilde y hasta oscuro contrastaba con la importancia de sus fortunas, y si bien las nuevas villas no tenían la solera ni la presencia de las construidas antes de la guerra civil, el tren de vida de sus propietarios no era ni remotamente comparable al de los antiguos vecinos que, por regla general, se encontraban en situación económica similar a la nuestra: patrimonio estacionario, cuando no disminuido, y creciente falta de liquidez. Y si esa merma en los ingresos erosionaba inevitablemente un patrimonio cuya falta de crecimiento era ya en sí misma un signo de decadencia, la impresión de declive no hacía más que acentuarse por simple comparación con la holgada abundancia que exhibían los nuevos vecinos. No cabía presumir, además, que esos nuevos ricos eran forzosamente estraperlistas, gente enriquecida turbiamente durante la guerra civil o en la inmediata posguerra, tipos de los que se decía que antes empujaban un carretón en el mercado, o que la esposa había sido verdulera o vendedora de pescado. No, no era posible justificar el propio declive con este

género de explicaciones toda vez que la mayor parte de esas nuevas fortunas se habían creado simplemente aprovechando las nuevas oportunidades que ofrece una situación cambiante, fruto de una peculiar perspectiva para la que suele estar más dotado el que nada tiene que el que se halla habituado a que las cosas -el dinero entre otras- discurra por los cauces de siempre. Así, los Plaza, que compraron una villa de las de antes de la guerra a dos puertas de casa, para luego derribarla y construir en su lugar una de peor gusto pero más de acuerdo con su nuevo estatus: el de un pequeño impresor que, puesto a editar, se hace rico gracias al éxito de *El Coyote* y, tras la compra del fondo editorial de Janés, se convierte en uno de los principales del país. Ejemplos como ése, los que ofrecía el barrio, no eran sino reflejo de lo que estaba sucediendo en toda Barcelona, donde fortuna y apellido de prestigio habían dejado de ser conceptos superpuestos, y el círculo de *buenas familias* empezaba a parecerse a uno de esos peñascos de la costa que, cuando sube la marea, queda reducido a mero escollo difícil de distinguir entre la revuelta espuma. Para mí, en lo que a nuestra familia se refiere, la piedra de toque fue la pérdida del coche. No ya el DKV de mi padre, que él ni podía ni quería volver a conducir, dada la persistencia de la imagen de mi madre sentada en el asiento contiguo: el viejo Cadillac, un sedán como el de las películas ambientadas en los años de la prohibición, del que disponía, al igual que del chófer, en su condición de gerente de la fábrica. Al dejar el cargo, no vio motivo alguno para seguir manteniendo un coche y un chófer y, mientras en el barrio se veían cada vez nuevos y más numerosos modelos -el Packard era el de mayor empaque-, nosotros nos quedamos sin el nuestro.

El traslado a Torrentbó a comienzos de cada verano, si siempre resultaba emocionante, fue cobrando el aire de una aventura progresivamente anacrónica. El recorrido que años atrás realizábamos en coche, acompañados por un sidecar y un camión de la fábrica para los equipajes, se desdobló en un primer trayecto en tren y, a partir de la estación, donde nos esperaban dos tartanas, un segundo tramo, a paso cansino de caballo, hasta la Masía Gualba. Una vez instalados, la falta de coche suponía un evidente factor de aislamiento tanto respecto a nuestros vecinos como a las colonias veraniegas de los pueblos del contorno, distancia más moral que física que, por una cuestión de edad, probablemente afectó a mis hermanos en mayor medida que a mí. Si no me importaba y hasta casi prefería emprender incursiones exploratorias a solas, también me gustaba acompañar a los trabajadores al campo, especialmente cuando la siega y la vendimia, y nunca me faltaron compañeros de juego entre los hijos de las familias campesinas de los alrededores. El hecho de que la mayoría de ellos se expresaran mejor en catalán que en español nunca creó una barrera de separación, ya que para mí el catalán constituía un elemento más del paisaje: en el campo se hablaba el catalán y en la ciudad, el español. El comportamiento de los veraneantes, gente de ciudad que pasaba los veranos fuera de la ciudad, no hacía sino corroborar esa idea, con su empeño, a veces patético, tanto por el acento como por las expresiones, en hablar un español lo más distinguido posible. Las ventajas de tener un invitado, fuera un amigo, fuera el hijo de algún amigo de la familia, eran escasas, como no tardé en comprobar, ya que nuestras actividades solían limitarse a pasar revista a mis lugares predilectos y no siempre nuestras respectivas sensibilidades se

manifestaban del todo coincidentes; el único recurso seguro era mostrarles el pasadizo secreto, una gruta que descubrí tras echar abajo un tabique que sonaba a hueco en la parte más profunda de la bodega, salida de emergencia construida sin duda durante las guerras carlistas y convulsiones sociales del siglo XIX; la galería era estrecha y larga y, cegada a pocos metros del comienzo, su verdadera extensión se captaba mejor a partir de la salida, a bastante distancia de la casa. Por lo demás, encontrarme como me encontré con que un compañero de clase veraneaba en Caldetas significó una sorpresa que nada tuvo de agradable, ya que establecía un nexo de unión entre dos mundos que yo prefería mantener totalmente separados.

El caso de mis hermanos era muy distinto; si para mí, las ocasionales visitas de sus amigos representaban más bien un fastidio, para ellos no tardó en resultar una solución insuficiente. Su deseo era escapar, mantenerse lejos el máximo tiempo posible, de forma que se las arreglaban para permanecer en Barcelona bajo cualquier pretexto o para ser invitados a casa de algún amigo. Hasta que finalmente Pepe -ya José Agustín- anunció que sólo volvería cuando pudiera hacerlo al volante de su propio coche. La falta de correspondencia entre prestigio social y realidad material, la peculiaridad, o mejor, rareza, del modo de vida impuesto por las características de la finca, jugó un papel a todas luces decisivo en la formación del sentimiento de incomodidad, si no de vergüenza, que les poseía. Nuestra piscina, por ejemplo, nada tenía que ver con las que se construían entonces, con filtro y revestimiento de azulejos, y a ellos probablemente les sonrojaba el asombro que pudiera suscitar en el visitante. Yo, en cambio, habituado a sus características, casi que la prefería tal cual: larga, profunda, con peces de colores, de difícil acceso salvo por la escalerilla de entrada debido a las piedras puntiagudas que la bordeaban, presidida por un torreón que, aparte de dar cobijo a las llaves de paso, completaba el efecto de foso de un castillo que probablemente había inspirado su diseño; y si no hubiera cambiado el sabor vegetal de aquellas aguas por el habitual sabor a cloro de las piscinas, no dejaba de ver en aquel contorno almenado una garantía contra las serpientes que tanto abundaban en las balsas de la zona. Pero el mayor anacronismo de la casa lo constituía la inexistencia de cuartos de baño en el sentido moderno del término. Para un total de diecinueve habitaciones no había más que dos retretes y un pequeño lavabo cuya función inicial era la de servir para llenar los jarros de agua que abastecían los lavabos de mesa antes existentes en cada dormitorio, unos trastos que nosotros habíamos decidido mandar al desván. Como era norma en las casas de la época en que fue construida, tampoco había ducha. La costumbre de mi padre y de tío Leopoldo de orinar contra los troncos de los árboles próximos a la terraza, obedecía probablemente a un hábito de su propia infancia, resultante de esa falta de cuartos de aseo; una costumbre, por cierto, a la que no me costó ningún trabajo adaptarme.

El contraste de nuestras costumbres con las del resto de la sociedad, no hacía sino acrecentarse, eso estaba muy claro. Pero la contrapartida, el tipo de mentalidad que yo veía consustancial a las piscinas con sabor a cloro y el último grito en cuanto a cuartos de baño, era algo hacia lo que yo me sentía del todo ajeno. La Masía Gualba nada tenía en común con los chalets al uso: sus dependencias agrícolas contaban con cuadras,

vaquería, pocilgas, jaula de gallinas y conejos, pero, de hecho, gallinas, ocas y patos circulaban libremente por el contorno de las edificaciones, y los graznidos y cacareos y el ladrar de los perros constituían la habitual música de fondo del paraje; de noche, el sonido predominante en todo el valle era el croar de las ranas. Para mí, a comienzos de cada verano, no había mejor recibimiento que los primeros ladridos de los perros, avistar sus siluetas destacadas en lo alto de la terraza como si ya supieran quién llegaba en la tartana antes de salir brincando a nuestro encuentro.

La dificultad de precisar un comienzo. No resulta sencillo discernir hasta qué punto hechos concretos como el final de mi vida escolar, mi ruptura con Blanca o mis primeros escritos dignos de consideración literaria, imprimieron mayor énfasis a mi acentuada tendencia a desarrollar una conducta atípica, o fueron su natural consecuencia. Por otra parte, más que el eslabonado de una cadena en la que toda causa es a la vez efecto, parece interesante indagar las circunstancias que se hallan en el origen de esa tendencia, algo que, a falta de datos exactos relativos a un pasado remoto, sólo cabe detectar examinando los rasgos en común que por aquel entonces pudieran presentar las manifestaciones de esa conducta atípica. El momento, por ejemplo, en que son abandonadas determinadas posturas y afirmaciones de principio, establecidas en su día al objeto de facilitar la definición de la propia personalidad, sea ante los demás, sea, sobre todo, ante uno mismo, para ser sustituidas por otras actitudes igualmente personales, pero asentadas en su comprobación práctica, en su verificación, prescindiendo por completo de que tal cambio nos aproxime a la opinión más generalizada o, por el contrario, nos sitúe contra corriente. Así, en el terreno de la pintura, mi preferencia por Goya, que no me había cansado de proclamar, y mi escaso aprecio por El Greco, debido, probablemente, a su temática religiosa; una valoración que comenzó a modificarse durante mi último verano de colegial, tras un viaje a Madrid, El Escorial, Toledo, Aranjuez y La Granja, del que volví a casa con mi antiguo favorito relegado a un tercer puesto, por detrás de El Greco y, más todavía, de Velázquez. Un cambio que no era sino la expresión más plástica del que en mí se estaba produciendo respecto a tantas otras cuestiones, empezando por las mujeres, el tipo que a uno le gusta, rubia, morena, de grandes pechos, aniñada, con aire de vampiresa, requisitos que tienden a ser mantenidos ante los compañeros y que, más que representación de la mujer ideal, son representación de uno mismo, preferencias que la propia vida sexual se encargará con el tiempo de vaciar de contenido. Justamente por esas fechas afloró, o mejor, se afianzó, el atractivo hasta entonces decantado que sobre mí podía llegar a ejercer un tipo de belleza con algo de basto o primitivo, próximo no tanto a Hedy Lamarr cuanto a Yvonne de Carlo. Esas caras como recogidas sobre sí mismas que parecían asomar tras el pelo ondulado en un vano intento de encubrir la boca abultada, los pómulos salientes, la significativa mirada que atisba entre las pestañas, como temerosas de que se trasluzca la intensidad de sus apetitos más profundos. Junto a esta clase de descubrimientos, la evidencia que se iba imponiendo según se enriquecía mi vida erótica, acerca de la imposibilidad de encontrar en la mujer, en la medida en que más variable que el hombre además de diferente, un denominador común de conducta.

De hecho, el final de mi vida escolar supuso el comienzo de un período en el que, se diría, la vitalidad reprimida durante nueve años tuvo ocasión de emplearse a fondo. Si en

la época del parvulario había explorado los secretos del barrio, ahora era la ciudad entera la que estaba a mi alcance, incluidas todas las tentaciones contra las que habían intentado prevenirnos en el colegio, mundo, demonio y carne; esto es: la realidad, una realidad en la que yo me movía como pez en el agua. Si en la universidad no había tardado en hallar unos pocos amigos cuyas preocupaciones, coincidentes en casi todo con las mías, no tardarían en fraguar en un concreto proyecto de actividades políticas, paralelamente, como si de forma inconsciente evitara mezclar distintos aspectos de mi personalidad, en compañía de otros amigos y amigas rastreaba Barcelona a la busca de recovecos y rincones *de interés*, tan alejados por lo general de los insulsos distritos residenciales como de las aburridas barriadas obreras. Típico recoveco *de interés* lo constituía la casa de Cris, un hombre que ponía tanta imaginación en la vida cotidiana que difícilmente iba a poder aplicarla además a la escritura, como probablemente hubiera sido su deseo. Producto de esa inventiva eran las reuniones que, secundado por Adela, su esposa, celebraba en su casa los domingos por la tarde, una fiesta a la que cada invitado solía contribuir con alguna que otra botella y algo para picar, sin más requisito que el de ser amigo de algún habitual. Los habituales era gente de vida más o menos bohemia, frustrada de alguna manera en sus ilusiones, al igual que la del propio Cris, por la guerra civil. A ese núcleo fundacional se unía un número creciente de jóvenes con inquietudes artísticas y literarias, y el clima de confraternización reinante solía verse potenciado por la diversidad y abundancia de alcoholes en circulación. Yo era, si no me equivoco, el más joven de los celebrantes, y con frecuencia el más osado en mis aportaciones a la liturgia de ese *happening* en que, para desesperación de los vecinos, terminaban por transformarse las veladas. Una tarde, enfrentado a la fotografía de un grupo de personas, basándome en analogías fisonómicas respecto a Ventura y Cusí, adiviné quién de entre los que en ella aparecían había muerto. En otra ocasión, bauticé a un estudiante marroquí allí presente, Abdel Halek, advirtiéndole que a partir de aquel momento, dado que el sacramento había sido administrado según los cánones y que yo estaba capacitado según la Iglesia para hacerlo, técnicamente debía considerarse católico. En líneas generales, mis conocimientos acerca de otros recovecos existentes en la ciudad, así como acerca de las bebidas alcohólicas, se ampliaron considerablemente en casa de Cris. Pero, más allá de esas nuevas experiencias, había un hecho que me mantenía en estado de euforia poco menos que permanente: mis progresos en el terreno de la escritura y, más concretamente, en el de la narrativa. Creía haber dado con las claves de la realidad y cada vez me parecía más obvio que el gran instrumento para expresarla, y para expresarme a través de ella, era la novela. Nada había enriquecido ni estaba enriqueciendo tanto mi conocimiento de la realidad como la lectura de determinadas novelas, y en virtud de ese mismo principio, las novelas que yo escribiera iban a iluminar la realidad personal de cuantos, en el futuro, fuesen a leerlas.

Capítulo IV

Una visita. Me hallaba en el diván de la galería, probablemente leyendo. Había otros familiares sentados aquí y allá, cada uno concentrado asimismo en su lectura, pero cuando sonaron los golpes en la puerta de la terraza fui yo el que acudió a ver qué pasaba. Fuera, como a un metro del umbral, aguardaba mi padre. Vestía un traje de pana que yo no recordaba haberle visto, aunque similar a la clase de ropa que le gustaba llevar en el campo, tipo uniforme de guardabosques. Pero lo que más llamaba la atención de su aspecto era la barba, una barba corta y blanca como la que el abuelo Antonio lucía en su retrato, algo que en el caso de mi padre estaba totalmente fuera de lugar; y ello hasta el punto de hacerme dudar acerca de cuál de los dos era, ya que, aparte de la barba, incluso sus rasgos tenían más de un punto en común con los del abuelo. Su estatura, en cualquier caso era superior a la de mi padre. Sin esconder mi sorpresa, le invité a pasar en los términos más calurosos que acerté a encontrar. No lo hizo; ni siquiera el ademán de adelantar un pie. Se limitaba a mirarme, sin sonreír ni dar muestras de especial afecto. Y cabía pensar que, más que verme, su idea era la de dejarse ver, hacerme saber su presencia antes que comprobar la mía.

No deja de ser curioso que a los rasgos del abuelo Antonio no se sumaran los del bisabuelo Agustín, el fundador, la figura a la que en última instancia se remitía el prestigio de los Goytisolo. El papel del abuelo Antonio, nacido en Cienfuegos, Cuba, y casado en España con Catalina Taltavull, también hija de indiano, fue más bien el de consolidar el asentamiento de la familia en Barcelona. En este sentido, más que Torrentbó, su gran realización fue trasladar el centro de gravedad de la familia a la prolongación de Vía Layetana, a lo que en medios familiares era conocido por el *chalet árabe* o palacete del abuelo, una importante villa de finales del pasado siglo remotamente inspirada en la Alhambra. Una obra condenada de antemano a ser liquidada por sus diez hijos, ninguno de ellos en situación de hacerla suya compensando económicamente a los otros, tal y como hizo mi padre respecto a Torrentbó. La continuidad probablemente hubiera sido posible de existir alguna clase de empresa familiar vinculable de algún modo al mantenimiento del palacete, pero esa condición no se daba en la familia; si el abuelo Antonio era un abogado que nunca llegó a ejercer profesionalmente, la totalidad de sus hijos había elegido asimismo profesiones liberales: dos médicos, un químico, un abogado y un ingeniero.

Nada más opuesto a una vida como la suya, eminentemente sedentaria, que la que había llevado el bisabuelo Agustín. Nacido en Lequeitio, Vizcaya, emigró a Cuba impulsado claramente por dos motivos: el clima de guerra civil entonces imperante que culminó con la primera sublevación carlista, y algún problema familiar cuya naturaleza exacta desconozco, ya que dejó atrás algún que otro hermanastro, presumiblemente por parte de padre. El origen de su fortuna es oscuro; el caso es que a los pocos años poseía

ya importantes plantaciones de caña de azúcar. Los pasos siguientes fueron construir una refinería de zafra, una línea de ferrocarril que trasladara el azúcar desde el ingenio hasta el puerto de Cienfuegos y comprar un barco de carga. La celeridad de esa trayectoria ascendente nada tiene de fenómeno único; muy al contrario, ésa fue la suerte de muchos indianos y la causa de que tanta gente emigrase, buscando en América las oportunidades que España parecía negar. Lo singular de su caso reside en el aspecto de huida hacia delante que tiene su carrera, siempre reinvertiendo en el negocio emprendido antes que consolidando su fortuna sobre la base de la diversificación y el reparto de riesgos. ¿Le interesaba el dinero en sí, el dinero considerado como fenómeno acumulativo? Hay razones para ponerlo en duda, si bien resulta difícil adivinar cuál era entonces el objetivo que se había fijado. Realizó frecuentes viajes a Europa, Estados Unidos y diversos países sudamericanos. Contrariamente a lo que es habitual en un indiano, a la hora de volver a la península en busca de asentamiento, no eligió Lequeitio ni punto alguno de Vizcaya, sino Barcelona, una ciudad que por aquel entonces atravesaba un momento de gran auge. Su residencia en Barcelona, inicialmente secundaria respecto a la de Cienfuegos, se convirtió en residencia principal con la instalación en ella de doña Estanislao -así se la llamaba en medios familiares-, su esposa, nacida en Trinidad, Cuba, y venida con el encargo, o tal vez el pretexto, de seguir de cerca los estudios de sus hijos varones. Fuera del matrimonio, el bisabuelo tuvo otros hijos, blanco uno de ellos, en La Habana, mulatos los demás, en Cienfuegos. Sin embargo, la gran abundancia de negros que se llaman Goytisolo -lo escriben con Z, Goytizolo- en el área de Cienfuegos se debe a que, tras la abolición de la esclavitud, fueron muchos los antiguos esclavos que adoptaron el apellido. De toda su descendencia, únicamente el abuelo Antonio permaneció definitivamente en España. Se diría, no obstante, que la sombra de Agustín se alarga incluso hasta el matrimonio de éste, ya que abuela Catalina era hija de José Taltavull, un socio y amigo del bisabuelo, de origen menorquín, que había centrado sus actividades en el área de Santiago, la provincia más oriental de la isla.

Los principales elementos que suele requerir la formación de un mito están presentes en la figura del bisabuelo Agustín. Lo que no parece tan claro es que ese mito sea razón suficiente para explicar el aura que posee el apellido aún actualmente, incluso para quienes lo llevan en grado relativamente lejano.

Fechas, números, nombres. Cuando yo nací, mi padre tenía alrededor de 50 años, una edad próxima a la que tengo en la actualidad. Mi madre tenía 35. La diferencia de años entre ambos era, así pues, considerable. Una diferencia que se calibra mejor si se tiene en cuenta que ella había nacido en vísperas del presente siglo, poco antes de la muerte de abuela Catalina; y para entonces mi padre tenía unos 14 años. Mi impresión de haber crecido entre viejos tiene, en consecuencia, una base real, pues si bien no guardo recuerdo consciente de mi madre, sí lo guardo de sus padres, abuelo Ricardo y abuela Marta, que tenían 66 y unos 60 años, respectivamente. Mi padre y mi abuelo materno se llevaban apenas 17 años.

Mi madre se casó a los 19 años, y su matrimonio duró otros 19, un período temporal que gravita, se diría, tanto sobre ella como sobre mi padre incluso en su expresión numérica, ya que su primogénito nació en 1919. Abuela Catalina murió también relativamente joven, aunque con más partos de por medio y, precisamente, a consecuencia de unas fiebres puerperales que siguieron al último de ellos. A juzgar por las pinturas y fotografías, existía entre ambas mujeres cierto parecido físico o, para ser más precisos, tenían un aire en común, algo que nada tiene de llamativo si se tiene en cuenta que el vínculo entre ambas lo estableció mi padre a impulsos de una obvia afinidad electiva fundada, justamente, en la familiaridad de ese aire. La principal diferencia entre ambas estriba en que si la belleza de mi madre está al margen de cualquier consideración de lugar y tiempo, abuela Catalina parece salida de una ilustración inglesa decimonónica. Y es que, de hecho, si por parte de padre pertenecía a una antigua familia de Mahón, la familia materna, aunque de no menos solera en Menorca, era de origen inglés, resultado de un matrimonio mixto que se remite al período de la presencia británica en la isla. Los palacios de una y otra familia se hallaban situados casi frente por frente en el casco antiguo de la capital, hoy afectado por la decadencia que habitualmente se cierne sobre todo centro histórico. Y, como ese casco antiguo y esos palacios, el espíritu aventurero que les había caracterizado, trocado con el tiempo en mera afición al azar -especulación bursátil, juegos de casino-, a modo de única alternativa a un declive económico aceptado con la misma fatalidad con que suele admitirse la vejez. La finca matriz de los Taltavull se llama Santa Ponsa y se encuentra en las proximidades de Alayor, en el centro de la isla. Franqueada la cerca exterior, según nuestro coche avanzaba a lo largo de una amplia avenida bordeada de pinos, levantaron el vuelo una serie de niños y niñas próximos a la adolescencia que se hallaban jugando totalmente desnudos. Se trataba, al parecer, de los hijos del masovero, al que divisamos manipulando el motor de un coche en el interior de un almacén. Tía Josefina no tenía coche y cuando quería llegarse al pueblo se hacía llevar en el del masovero, aunque prefería ir en tartana. La casa carecía también de luz eléctrica y de teléfono, y el agua

corriente procedía de un ingenioso sistema de aljibes. Asistida por una dama de compañía, tía Josefina nos recibió poco menos que terminando de cambiarse de ropa, sorprendida, sin duda, por una visita que no había forma de haberle anunciado; parecía de excelente humor, poseída de esa especie de excitación propia de la persona que vive aislada ante cualquier acontecimiento que irrumpa en la monotonía cotidiana. El interior del edificio principal, con sus gruesos muros y pesados muebles que destacaban contra el blanco de las paredes, era de una sobriedad digna de un convento y en nada desmerecía del peculiar contorno ajardinado, de los mascarones de proa que adornaban los paseos entrecruzados, procedentes de los veleros que habían pertenecido a la familia.

Josefina Taltavull tiene algo más de cien años; con ella se acaba la línea materna de la familia de mi padre. En la misma situación se encuentran los dos apellidos de mi madre: los Gay más directamente emparentados se terminaron con tía Montserrat, muerta pocos años después que el abuelo; los Vives se habían terminado con abuela Marta, que sobrevivió casi veinte años a su hermano Ramón, muerto sin descendencia. Los Gay tenían en común con los Vives la pertenencia al mismo tipo de burguesía urbana dedicada a profesiones liberales y, más concretamente, a las que se derivan de la carrera de Derecho: abogados, notarios, magistrados; también en ambos casos y en grado más lejano, militares. Si Vives es un apellido de origen valenciano, Gay, el único de mis apellidos propiamente catalán, es, con toda probabilidad, de origen francés, resultado de la emigración que se produjo hacia España en Francia durante los siglos XVI y XVII; la «y» no existe en catalán. Tampoco la «y» existe en vasco, y en el caso de mi apellido Goytisoló, su introducción se debe a una decisión personal del bisabuelo Agustín, en consonancia objetiva, se diría, con la ortografía castellana.

El año es un período temporal fijo de carácter irrepetible. Los chinos, no obstante, consideran que es posible agrupar los años en ciclos equiparables a los períodos temporales de carácter rotativo, días, semanas, meses. Y, de acuerdo con determinadas pautas, es posible hablar de ciclos climatológicos o de ciclos históricos, eras y edades. El número que sirve de expresión a un año concreto, 1935, por ejemplo, será tan sólo válido respecto al calendario convencionalmente aceptado en la hora presente. Así relativizado, y diluido su contexto por el paso del tiempo, adquiere un valor referencial semejante al de un nombre propio, dato aleatorio en la medida en que desvinculado de lo que la persona es, a diferencia de lo que sucede con los apellidos. Más expresivos resultan los elementos rotativos de una fecha, el día de la semana y del mes, la hora del día, a los que cabe atribuir una función similar a la de los apellidos, relacionados como están con las fases lunares y las estaciones, aspectos tradicionalmente decisivos en la determinación del carácter fasto o nefasto de ciertos días. De acuerdo con tales criterios, marzo, el mes en que yo nací, merecería sin duda la calificación de nefasto para mi familia materna, período de muerte además de período de nacimiento.

Liquen seco. Una sucesión de volúmenes elásticos, de figuras formadas por rombos en blanco y negro que se agrandaban para luego achicarse bruscamente y, a partir de un solo punto, empezar a dilatarse de nuevo. Globos: globos de goma que se agigantaban y encogían. Uno de ellos, finalmente, pareció fijarse y, más que crecer y reducirse, empezó a definirse poco a poco hasta coincidir con la silueta del abuelo. A mi lado, un cirujano de cráneo pelado y cara de mono me miraba con atención. Así como bajo la mascarilla, mientras el cloroformo hacía su efecto, la sensación era de que mi cuerpo se aflojaba, de que moría, ahora, recién despierto, la impresión dominante era de extrañeza y fatiga como tras un largo viaje que me devolviera a un mundo no sólo distinto del que había abandonado sino también del que yo recordaba; paradójicamente, sólo el dolor de garganta y la imposibilidad de hablar, en la medida en que significaban que mis amígdalas habían sido extirpadas, me remitía convincentemente a la realidad. Esa silueta del abuelo -una silueta sin rostro- es idéntica a la que recuerdo de cada mañana, cuando yo me dirigía al colegio, y él y la abuela llegaban a casa tras asistir a misa de ocho. También lo recuerdo en traje de baño de lana negra intentando enseñarme a nadar en la playa de Caldetas. En esa misma playa, sólo que otro día y algo más lejos, había estado a punto de ahogarme al perder pie incomprensiblemente, y la sensación de ver que el cielo se me escapaba entre burbujas, fue similar a la que experimenté al empezar a percibir el efecto de la anestesia; pero en aquella ocasión quien me acompañaba era Eulalia, no el abuelo. Por lo demás, la imagen del abuelo Ricardo que se ha superpuesto a cualquier otra es la que corresponde a sus últimos años: un hombre de corpulencia doblegada por la edad, que avanzaba deslizando los pies a pasos breves y apresurados, por delante sus ojos de un gris liquen, a la vez humildes y tenaces.

De la abuela recuerdo asimismo únicamente la figura, una figura encorvada, descuidada tanto en el atuendo como en la presencia física, el moño gris perpetuamente a medio deshacerse. Si recuerdo sus rasgos es sólo gracias a una foto tipo carnet tomada en esa época, una cara de expresión absolutamente anonadada, sin asomo de alegría ni esperanza en su enfrentamiento a lo irremediable. Un estado de ánimo traducido en rasgos físicos que no dejaba de ajustarse a lo que por aquel entonces era su vida. Una vida cuya primera parte transcurrió entre augurios de felicidad, como para mejor acentuar el contraste con el signo de la tragedia que había de regir la segunda parte. Más que el domicilio propiamente dicho, el centro en torno al cual había girado su juventud, fue por lo visto, al igual que para mi madre, la villa que el bisabuelo poseía en Pedralbes, una casa con mirador, con jardín, con campo de tenis, con huerto, con bosque de pinos. Su domicilio en Barcelona, contiguo al de los Gay, era muy próximo al de los Goytisoló y al de los Taltavull, dos familias cuyas respectivas escrituras siempre fueron confiadas al notario Vives. Unos lazos de relación que sin duda gravitaron sobre su propio matrimonio

y, posteriormente, sobre el de su hija con mi padre, vínculos establecidos entre gente que se conocía y apreciaba.

En el último cuarto de su vida, las cosas cambiaron bruscamente. Un proceso que también comenzó en esa villa de la calle Panamá, en Pedralbes, con la muerte de su hermano Ramón, para seguir con la de su nieto primogénito, la de sus dos hijas, y culminar con la suya propia en una casa de salud aquejada de tuberculosis ósea. En el centro de ese período, la guerra civil, vivida en Barcelona junto al abuelo, que les afectó muy directamente tanto en lo que a violencia como a privaciones se refiere. Pasados los peores momentos, ya en la inmediata posguerra, como si el pensamiento de que nada peor pudiera ya sucederle debilitase sus defensas, la depresión, la dejadez, la amnesia y una creciente obsesión por el hambre y la miseria, se apoderaron progresivamente de su personalidad y transformaron su conducta. Ocultaba en una cómoda papeles de envolver y bolsas de estraza, ovillos de cordel, fruta, rodajas de pan, y obsesionada por una serie de obligaciones autoimpuestas, salía a la calle con viejas zapatillas de estar por casa y ropa vieja teñida de negro, con ansias de hacer cola, de traer el pan y cuantos alimentos nos correspondiera de acuerdo con la cartilla de racionamiento. Cuando la modista le confeccionaba algún vestido -recuerdo uno con lunares y otro con estrellitas, seleccionados sin duda con el fin de atemperar los rigores del luto-, había que sustraerle a escondidas las prendas viejas, ya que ella se empeñaba en guardarlas. Aparte del abuelo, yo era la persona con la que tenía mayor trato; nuestras relaciones fueron siempre muy estrechas debido, en gran medida, a que ella solía acceder a todos mis deseos, acatando de buen grado una voluntad con frecuencia tiránica. Sólo en una ocasión, ante mis reproches por haberse saltado un párrafo del libro que andaba leyéndome en voz alta, se plantó repentinamente de rodillas y con los brazos en cruz. ¿Quieres que te pida perdón así?, decía. Yo la obligué a levantarse de inmediato, más incómodo que avergonzado. Lo que sí me avergonzó, en cambio, más que su modo de ser o su aspecto, a los que ya me había acostumbrado, fue su muerte. Dale un abrazo muy fuerte al abuelito, me dijo Marta una mañana, cuando yo volvía del colegio: la abuela ha muerto. Y luego, la ropa y zapatos teñidos de negro, los brazaletes negros, las visitas de familiares y amigos, las inevitables preguntas de los compañeros de colegio, todo eso me produjo un intenso sentimiento de vergüenza cuya raíz ni yo mismo sabía explicarme.

Las relaciones entre ella y el abuelo, por lo que pude apreciar, fueron siempre buenas, aunque sin duda había gran número de temas acerca de los cuales evitaban hablar. Ella destacaba a menudo la coincidencia de pareceres entre ambos, el hecho de que él dijera lo que ella estaba a punto de decir, por ejemplo, como buscando apoyo en la mayor fortaleza de abuelo Ricardo. Y es que si algún rasgo caracterizaba especialmente al abuelo era el de la entereza, una entereza que a su vez era producto de la confluencia de un temperamento sereno y una mentalidad estoica. Habiendo soportado las mismas desgracias que abuela Marta y hasta algunas más -la muerte de ella, la de sus hermanos Víctor y Laureano y la de la esposa de éste, así como la de María Teresa, su sobrina preferida-, nada fue capaz de alterar en lo más mínimo sus hábitos de cada día: la misa de ocho, las horas y más horas de lectura, el excelente apetito que, de modo infalible,

ponía de manifiesto cada vez que se sentaba a la mesa. Una manera de ser que a una persona como mi padre, no menos metódico pero muy nervioso y de gran emotividad, difícilmente podía aceptar, toda vez que, para él, tal actitud sólo cabía explicarse como una inconcebible muestra de dureza, de insensibilidad de ánimo. Que una serie de azares encadenados hubiera obligado a vivir bajo un mismo techo a dos personas tan distintas suponía una verdadera prueba para ambos, pero la realidad era que nosotros representábamos la única descendencia directa del abuelo, y no servía de mucho que mi padre no se recatara en lamentarse: nada iba a impedir que viviera en la forzada compañía del abuelo mayor número de años que los que había vivido con mi madre. El abuelo, en cambio, jamás acusó recibo de la manifiesta hostilidad de mi padre, tal vez íntimamente compensado por el afecto con que era tratado tanto por nosotros como por Eulalia. Era como si prefiriese considerar la actitud de mi padre como una rareza sobre la que fuera preferible no discutir. Se limitaba a aguantar en silencio, con el mismo espíritu de sacrificio con que acataba la saludable dieta impuesta a toda la familia por mi padre, quien, con su fobia a las grasas animales, productos derivados del cerdo, embutidos y conservas, le privaba a perpetuidad de alguno de los manjares que más podían apetecerle. El contraste entre dos personalidades tan distintas se manifestaba incluso en sus respectivos dientes: mientras mi padre, exasperado por los problemas dentarios, optó en un arrebato por la dentadura postiza a una edad relativamente temprana, el abuelo conservó toda su vida, intactos y sanos, los dientes de leche.

La discreción del abuelo era tal que, de hecho, es muy poco lo que he llegado a saber de los Gay propiamente dichos, sin lugar a duda la rama de la familia para mí más desconocida. Fue el abuelo Ricardo quien me trajo a Barcelona por primera vez después de la guerra civil -la silueta del gabán negro-, y a los pocos días fui llevado de visita a casa de tío Laureano. Pero la mayor parte de la información que tengo acerca de sus antepasados se la debo más a Montserrat Gay que a él. Sus evocaciones personales se referían preferentemente a los años de infancia y juventud; la época en que, debido a las epidemias que se abatían sobre Barcelona, era enviado al campo con su ama de cría, por ejemplo, o su aceptable dominio de la esgrima, cosas que él podía suponer que eran susceptibles de interesarme y que efectivamente me interesaban. Según mi padre, abuelo Ricardo era hombre de fuertes tendencias pederastas, y cuando había niñas o niños en casa, le vigilaba estrechamente. Tal vez esa vigilancia le inhibiera, pero el caso es que jamás advertí en su comportamiento, estuviera presente o no mi padre, prueba alguna de esas tendencias. ¿Cabe en lo posible con todo, que respondieran a una realidad? Su parecido físico con Thomas Mann sería el principal indicio afirmativo, dado el carácter hermético de sus sentimientos. Los gestos, como las palabras, se prestan a toda clase de interpretaciones. Horas antes de morir, tras la visita del médico, en una de mis habituales aproximaciones tranquilizadoras, le comenté la lata que para él debía de suponer el que su recuperación llevara camino de ser tan lenta. Desde la almohada me miró con ojos risueños. Guapo, te quiero mucho, dijo.

Dudas y decisiones. De niño, contemplando como ahora el brillo de la arena mojada por el despliegue de las olas en la playa, en otra playa, había llegado a la conclusión de que las estrellas tenían que ser algo parecido: una multitud de pequeños cuerpos visibles en la oscuridad de la noche gracias a la luz de la luna. La idea le pareció tan genial que no comprendía que a nadie se le hubiera ocurrido antes. Luego supo que el estado de la cuestión tenía poco que ver con lo que había supuesto, que las estrellas venían siendo estudiadas desde la antigüedad, que muchas de ellas tenían incluso nombre propio al igual que las constelaciones, esos dibujos imaginarios que las estrellas configuran según la época del año; él mismo aprendió a distinguir unas cuantas. Por aquel entonces imaginaba que las estrellas eran los únicos aspectos visibles de cuerpos de tamaño muy superior, el equivalente de ese punto luminoso que advertimos de noche en la distancia y que puede pertenecer tanto a una importante mansión como a la más humilde de las moradas. La mayor o menor intensidad de la luz indicaría en tal caso el grado de viveza de la fuente luminosa antes que una mayor o menor lejanía, algo que difícilmente podía variar dado que las estrellas se ven prácticamente idénticas desde todas partes. No obstante, la idea inicial, la similitud entre el cielo estrellado y un puñado de arena mojada tirado al aire, conservó su atractivo a través de los años, y por ese motivo, a diferencia de tantas otras ocurrencias de la infancia, había permanecido intacta en su memoria. De hecho, uno de sus primeros ejercicios de redacción, escrito más para sí mismo que para ser mostrado a nadie, tomaba como pretexto esa similitud. Pues el aspecto realmente estimulante de la idea no era el puñado de arena que pudiera estar en el origen del cielo estrellado considerado en sí mismo, sino la cantidad ilimitada de cielos estrellados, de puñados de arena, que cabían en la playa de Ostia, en esa sola playa que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Tiró un guijarro al mar, lo más lejos posible, sin saber exactamente por qué lo hacía. Caminó a lo largo de la orilla, sobre la arena endurecida por la humedad, entre aleteos de gaviotas que, tras unos metros de carrerilla, levantaban el vuelo a su paso mirándole con estúpido espanto. Hacia media playa, junto a los botes varados, unas cuantas mujeres sentadas formando corros parecían seleccionar el pescado según tamaños. Los misterios de las faenas pesqueras: se diría que nadie hacía nada en concreto, que los pescadores se pasaban el día matando el tiempo, y de repente aparecían las barcas con las redes cargadas de pesca. Y ahora, cuando la jornada podía darse por acabada, era precisamente cuando algún que otro pescador solitario se hacía a la mar, probablemente en busca de alguna especie cuya pesca se viera propiciada por la calma del atardecer.

Se sentó sobre la borda de un pequeño bote aislado de los restantes. Era consciente de que la causa de su nerviosismo, o mejor, de su ansiedad, era la sensación de estar perdiendo pie, de dilapidar su tiempo y su talento en una sucesión de fiestas y actividades

mundanas en las que, imprescindible, se diría, para amigos y amigas, víctima de su propio brillo, no sabía despedirse sin haber aceptado cada vez nuevos compromisos. Llevaba meses sin escribir y, ¿cuántas semanas sin ni tan siquiera haberse ensimismado en sus reflexiones o, como ahora, haberse ido a pasear para pensar según su costumbre, para madurar proyectos, para hacer planes relativos a su propio futuro? Era todo un aspecto de su personalidad que en los últimos tiempos parecía haberse esfumado, y la simple formulación de tal realidad producía en él una sensación similar a la de un profundo cansancio, a la vez que mal humor e irritación consigo mismo. ¿Esclavo del sexo? Una necedad que más de uno podía terminar dando por cierta. ¿Qué sabían ellos de sus dudas, de sus propósitos de hacer compatibles acción y meditación, la carrera pública y el cultivo de las letras?

Temor subsidiario era el de verse aquejado a la larga de una impotencia sexual prematura, si, como decían algunos, tal era el precio que había que pagar por los excesos juveniles, esas seis u ocho veces que hacía el amor en el transcurso de una noche, como si a cada hombre correspondiera un determinado número de orgasmos y, cuanto más aprisa los gastara, antes agotase el cupo. La relación sexual, por otra parte, era casi la única posible con las jóvenes de su edad. A diferencia de los muchachos, a los que por lo general se sentía vinculado por preocupaciones comunes y, en ocasiones más contadas, hasta por el sentido del humor, nada de lo que parecía interesar a las chicas le interesaba a él; era casi como si vivieran en un mundo que no fuera el suyo, como si no hablaran el mismo idioma. Un contraste tanto más llamativo cuanto que con las casadas solía entenderse a la perfección, aunque sólo fuera por su sentido práctico, superior en algunos aspectos al de los hombres, algo que, en las mujeres de la joven generación, había que dar poco menos que por desaparecido. Lo único que estaba por ver era si éstas terminarían pareciéndose a sus antecesoras una vez se hubieran casado, o si más bien el cambio en su sistema de referencias las iba a mantener diferentes.

Emprendió el regreso, estimulado por el efecto positivo del paseo. Una experiencia que se prometió repetir más a menudo.

Luna. Las fotos recogen la visita de un numeroso grupo de chicos y chicas al Monasterio de Poblet; por su atuendo, se diría que fueron tomadas entre 1915 y 1920. Durante años supuse que se trataba de fotos relacionadas con la familia de mi mujer, vinculada desde siempre a la restauración del monasterio. Sólo en fechas recientes, al revisar las fotos con el propósito de comprobar hasta qué punto había cambiado el lugar, entonces en estado ruinoso y hoy reconstruido, me llamó la atención la única figura de la serie considerada aisladamente, tal vez por ir a caballo: un jinete con barba, de cierta edad, elegantemente vestido, cuyos rasgos me eran familiares. Y tuve que hacer abstracción del contexto para darme cuenta de que se trataba de José M.^a Vives y Mendoza, el notario Vives, mi bisabuelo materno. A partir de ahí, examinando una por una las figuras de aquel grupo que exploraba los claustros, coronaba las murallas o se asomaba a los oscuros interiores, no tardé en descubrir el rostro de tía Consuelito. ¿Correspondería a la imagen de mi madre la de alguna de aquellas jóvenes demasiado interesadas en lo que veían para mirar a la cámara? El lugar y su contorno, que me habían impresionado vivamente ya en mi primera visita, cuando cumplía mi servicio militar en un campamento situado a no más de cincuenta kilómetros, adquirieron desde ese momento una nueva profundidad de campo.

Fue por esa misma época cuando advertí asimismo que la foto en que tía Consuelito aparecía más agraciada era, en realidad, una foto de mi madre. La confusión no tiene nada de extraño, ya que no guardo recuerdo consciente de ninguna de las dos, pese a que sí recuerdo, en cambio, acontecimientos anteriores a la última vez que vi a cada una de ellas. Mi madre murió el 17 de marzo de 1938 y tía Consuelito en la inmediata posguerra, consumida por la acción combinada de una tuberculosis renal y un fuerte trastorno depresivo. Pero el velo de olvido las afecta a ambas por igual; no es preciso ser un psicólogo para hacerse cargo de que ese velo no es más que una forma de rechazo defensivo del niño que era yo por aquellas fechas.

Desde mi infancia que estoy habituado a escuchar los comentarios de quienes conocieron a mi madre, palabras por lo general de un entusiasmo que, torpemente expresado, raya en la bobería. Casi todos pertenecen al género contemplativo: su belleza, la inteligencia que irradiaba. Mayor interés tienen para mí los que revelan rasgos de carácter. La vez que, estando embarazada -probablemente de mí-, tomó el tren de Sarriá y, al observar que nadie le cedía el asiento, optó por sentarse en el suelo, consiguiendo que todos los caballeros que había en el vagón se levantaran de inmediato balbuceando disculpas. O la vez que en Torrentbó, en lugar de ir de compras al pueblo con las restantes cuñadas, delegó en la doncella entregándole la lista. Mira que si no compras personalmente siempre te engañan con el cambio, le advirtió una de las cuñadas. Es que eso es precisamente lo que quiero: que me engañen. Salidas que, al margen de belleza o

inteligencia, denotan genio o, si se prefiere, temple decidido. Aspectos de la personalidad que no recoge la foto, ocultos tras la sonrisa de ese rostro que aflora en la penumbra, entre los pinos de la villa de Pedralbes.

Recientemente, inducido con toda probabilidad por el carácter evocativo de estas páginas, tuve un sueño en el que yo recordaba algo ya soñado que, siempre dentro del sueño, había terminado por cobrar realidad. Se trataba de dos cartas de mi madre. La primera de ellas era más bien una breve nota escrita en una hoja como de bloc, en la que me decía que había buscado en mi anterior domicilio sin que le hubiera sido posible encontrarme. Lo curioso, no obstante, era que el error no tenía relación con el cambio de nombre de la calle en que yo había nacido, antes Jaime Piquet y ahora Pablo Alcover. En el segundo mensaje, pegado a un papel más basto que le servía de soporte como si fuera un telegrama, me indicaba sus señas, la casa de unos familiares o amigos de los que yo nunca había oído hablar. Me dirigí de inmediato a la dirección que me daba, situada en un barrio de chalets con aspecto de apenas haber cambiado en los últimos cincuenta o sesenta años, un barrio imaginario, pero de casas y jardines similares, justamente, a los que pueden verse en torno a la parte alta de Escuelas Pías, calles algo lóbregas al oscurecer. La gente que salía al jardín para hablar conmigo me contaba que ella había tenido que marcharse. Decepcionado, les dejé no obstante una carta con el fin de que se la hicieran llegar; en ella exponía mis grandes deseos de verla y, como para celebrar el encuentro, le proponía que nos fuéramos de viaje a Roma, Milán, Viena y Grecia. No sabría decir el porqué de tan extraño itinerario, ya que el único de los lugares mencionados que conozco es Roma. Pero la cuestión era que ahora, cuando ya casi había olvidado todo ese asunto, recibía una nueva carta suya anunciándome su inminente llegada. Me eché a llorar de alegría. Me desperté con los ojos llenos de lágrimas.

Vivacidad de la cigala. Si no consigues que venga Junio, me ha dicho Decia, tampoco vale la pena que vengas tú, dijo Basilio Rufo. Tomando al pie de la letra las palabras de Decia, que es como hay que tomarlas, eso no significa que le dé igual que yo vaya o no vaya, sino que quiere tenerte a mano. Más aún: que el motivo de esas fiestas sin motivo que Decia organiza porque dice que son las mejores, eres tú. Y la verdad es que parece lógico que ésta supere a cualquier otra anterior porque eso es lo que cada vez consigue. Decia sabe contagiar su excitación a los invitados y todos terminan por superarse. No hay otro secreto. Te ruego, así pues, que no dejes de venir. Piensa que estará Fulvia.

Junio lamentó el hecho de que la condición de hermano de Decia hiciese inevitable la presencia de Aquilino, esa especie de escultura viviente que sólo le quitaba el ojo de encima para contemplarse a sí mismo en cuantos reflejos se le ofrecieran. Hierático el gesto y vacía la mirada, sólo hablaba para preguntar, con voz nasal y carente de entonación, cuestiones que a todas luces le eran indiferentes. ¡Qué emocionante!, comentaba a veces, sin molestarse en fingir no ya emoción alguna sino incluso que hubiera escuchado siquiera la respuesta. No te preocupes por Aquilino, dijo Basilio Rufo; le diré a Albano que se ocupe de él, a ver si también tiene el nabo de alabastro. Además, ¿quién te dice que Aquilino y Decia son hijos del mismo padre?

Basilio Rufo parecía encontrarse de humor inmejorable. A su entender, la actitud de las mujeres había mejorado sensiblemente por dos motivos. En primer lugar, la presencia habitual de prostitutas y gente de teatro tanto en las fiestas como en los baños públicos, las había llevado, no ya a emular su conducta, sino a sobrepasarlas en oficio, imaginación y decisión. Y, en segundo, el haber comprendido que eran sexualmente innecesarias al hombre, las había hecho asimismo más arrojadas, dispuestas a rivalizar con el hombre en todos los terrenos. Claro está que también hay una cuestión de actitud por parte del hombre, añadió. La clave de tu éxito, Junio, reside en que siempre pareces estar tomando distancias, indiferente a que la relación se diluya. Es entonces cuando ellas empiezan a obsesionarse. A la estricta Fulvia sólo le hace falta que esta noche no le hagas demasiado caso para que sea tuya. Si crees que me equivoco no tienes más que decirlo.

En lo que no estoy de acuerdo es en eso de que la rivalidad que se establece entre las mujeres sea el principal motivo que las impulsa en su forma de actuar, dijo Junio. Y argumentó que, por otra parte, el espíritu de rivalidad que parece regir el comportamiento de las mujeres no se limita a disputarse hombres o a imitar a prostitutas. Son muchas las casadas de relevante posición social para las que el primer rival no es otro que el propio marido. No existe mayor estímulo para una adúltera, especialmente si es una mujer ya madura, que decirle que nadie en Roma haría caso al senador si no fuese por ella, que, de los dos, es ella la que verdaderamente cuenta. Una confesión de tales características, para ella un triunfo más que un mero halago, la hace sentirse embriagadoramente segura

de los recursos que domina a la vez que ávida de nuevas emociones, renovada.

De hecho, hacía ya muchos años que prostitutas y no prostitutas, casadas o no casadas, habían dejado de pertenecer a mundos diferentes; lo que en tiempos de Augusto podía ser causa de escándalo, hoy ya no escandalizaba a nadie. Sólo unos pocos hipócritas que proclamaban su fidelidad a la moral antigua, una moral que en la práctica eran los primeros en vulnerar, y un reducido grupo de fanáticos pertenecientes a sectas poco menos que secretas, rechazaban hoy día el cambio producido en las costumbres de la sociedad romana. Las mujeres saben hoy que su verdadero placer reside en hundirse en el placer del hombre, en el orgasmo del hombre. Un placer de oscuro origen y límites difusos como los de un torbellino, pero que sería inútil pretender alcanzar sin contar con el hombre. Ése ha sido su principal descubrimiento, la piedra de toque de los cambios que apreciamos: la fusión oscura. Algo que poco tiene que ver con el placer que pueda producirles la relación con otra mujer, como poco tiene que ver con el que los hombres alcanzan a procurarse entre sí. En este sentido, nada preocupa más a la mujer que la falta de respuesta adecuada por parte del hombre, una erección inconsistente, una eyaculación precoz. Conocen sobradamente que, de encontrarse una vez en tal situación, la culpa puede ser del hombre, pero que, si se repite con varios, es en ellas donde hay que buscar el fallo. A diferencia de ellas, el hombre no sabe fingir, y el verles esforzarse infructuosamente adquiere para una mujer el valor de un veredicto condenatorio al que intentará sustraerse a toda costa.

Aceptada la validez general de esa realidad, cabía encontrar tantos particularismos como romanas hubiera. Desde las típicas contradicciones femeninas, ser sometidas y someter, sentirse imprescindibles y no saber prescindir del ser amado, ser su confidente y amigo y estar al mismo tiempo por encima, ser a la vez iguales y muy diferentes, hasta la necesidad de singularizarse en determinado aspecto, de ajustarse a una pauta de comportamiento que las haga fácilmente definibles. Es decir: elegir un papel determinado y adecuar a él su conducta. Ser, por ejemplo, la mujer lista, independiente, desenvuelta, que tiene una verdadera debilidad por los afeminados. O la mujer cuya vida está marcada por el drama, al igual que las heroicas matronas del pasado que aún siguen siendo propuestas como modelo. O la mujer terrible, de refinada perversidad. Verse a sí mismas, en suma, como personajes históricos.

Ahora bien: ¿quién podía asegurar que las romanas de la antigüedad eran realmente tan distintas de las de ahora? ¿Y los romanos? ¿Qué certeza había de que un Catón o un Mario difirieran en algo de tantos senadores de hoy día? Basilio Rufo, con sus fases y sus transmutaciones era un hombre insólito, ciertamente más insólito que la mayoría de esas mujeres que tanto parecían intrigarle. Pero, ¿no era él mismo el primero en remitirse al pasado cuando afirmaba que, en la mejor tradición romana, padecía el mal de los césares, a imagen y semejanza del gran Alejandro? Esos arrebatos, esos impulsos incontrolables que le llevaban a comportarse como una prostituta, para, luego, una vez superados, reintegrarse a sus quehaceres habituales como si nada hubiera pasado. Verdaderos arrebatos de locura que, por ajenos a su personalidad, sólo cabía considerar como producto de una configuración astral determinada o efecto de alguna clase de

bebida o elixir o, más en general, a la ingestión continuada de algún tipo de alimento - hongos, fruta o acaso tubérculos- susceptible de trastornar su mente de igual modo que algo de lo que algunas tribus germanas acostumbran a consumir tiene que estar en el origen de la debilidad sexual que caracteriza a los hombres, flojos y triviales, y fáciles, por lógicamente ansiosas, las mujeres. La principal diferencia residía en que lo que en los germanos se manifestaba con carácter permanente, en Basilio Rufo respondía más bien a ciclos, crisis periódicas, hecho que dificultaba todavía más identificar el factor desencadenante. Si no con los astros o con un filtro, ¿no podría guardar relación su comportamiento con la longitud del cabello? Pues, cuando menos en una ocasión, la crisis había coincidido con un corte de pelo, tras el regreso a Roma de su centuria. Pero, en tal caso, ¿qué papel había jugado el corte de pelo, el de causa o el de una consecuencia más? Idéntico a sí mismo en lo físico, se diría que Basilio Rufo había logrado duplicar su personalidad: ser él mismo a la vez que otro. El caso es que a Junio le costaba reconocer en ese otro a su compañero de estudios y ejercicios, devotos ambos, como la mayoría de sus compañeros con inquietudes, de los ideales de sobriedad y valor atribuidos a los Gracos. Tal vez tuvo algo de sintomático el que si bien ambos rechazasen entonces a Tíbulo, Basilio Rufo apreciase al disoluto Catulo.

El grado de trastorno que Basilio alcanzaba en sus momentos de crisis, adquirió todo su relieve la noche en que Junio le vio entregarse a la masturbación de un musculoso mastín de pelo liso y brillante, propiedad de los anfitriones, para, tras continuar estimulándole oralmente, hacerse penetrar por su rosada y nudosa verga. Y es que el mujeriego un tanto brutal que solía ser habitualmente, se convertía, llevado de súbito por un arrebató, en una especie de mujer no menos brutal, ansiosa de ser poseída simultáneamente, en presencia de todos, por tres amantes, por lo general esclavos, de entre los que siempre seleccionaba algún nubio. Durante una velada, Junio había captado un irreprimible deje de crispación así en la mirada como en la comisura de los labios de Valeria Heladia, no tanto por los actos que estaban presenciando, cuanto por el hecho de verse convertida en prometida del protagonista de un espectáculo público, precisamente un aspecto de la cuestión que Basilio Rufo parecía considerar imprescindible. ¿Cómo iba a reaccionar de otro modo Valeria Heladia si, en el caso del mastín, aunque el ánimo de los perros sea distinta de la nuestra, el animal dio evidentes muestras de confusión una vez terminado el coito? Sólo el trastorno en que le sumían sus arrebatos era capaz de ofuscar la mente de Basilio Rufo hasta el extremo de impedirle reparar en que todas las mofas de las que solía hacer objeto a Albano para diversión de quienes se hallaran presentes, eran fácilmente trasladables a su propia persona, no menos propia de un cómico su forma de comportarse que la del dócil Albano, Albano Crisóstomo como era su costumbre llamarle.

Las conclusiones respecto a sí mismo a las que Junio había llegado, con todo y ser dos años más joven y tener más cerca, en consecuencia, la relativa indiferenciación propia de la adolescencia, no podían ser más contrapuestas. El trato con un elevado número de mujeres le había ayudado a definir lo que en ellas buscaba, no a buscar otras cosas. Y si en el curso de una fiesta, ver a una joven invitada, para él desconocida, una joven de

físico labiado, amando a otra muchacha, le había excitado escasamente, al día siguiente, en los baños, otro tanto le sucedió cuando un hombre situado en la grada inmediatamente inferior le dirigió una sonrisa por encima del hombro, la boca enmarcada en vello como si de un coño se tratase. Situaciones susceptibles de hacerle sentirse espiritualmente afín a aquel otro curioso ser que asimismo creyó vislumbrar en los baños, un cuerpo falto de pene pero también de pechos, rara especie de hermafrodita negativo que, probablemente, lejos de pertenecer a la vez a uno y otro sexo, habría que considerar ajeno a ambos. Al otro día, se encaró con Basilio Rufo. ¿Por qué en ocasiones, le dijo, te haces el maricón si no eres maricón? Basilio le miró con desconcierto. Así es en efecto, dijo. Y durante una larga temporada se vio libre de toda clase de rapto.

El vientre del horno. Visto desde cierta distancia, mi padre era un hombre de una gran presencia. Enjuto, de rasgos precisos y cabellos blancos, de genio, peinados hacia atrás, cualquier prenda que llevara le caía bien. Desde más cerca, y aunque se hubiera vestido, como solía decir, *para salir a la calle*, no era difícil apreciar algún que otro lamparón en el traje o la falta de un botón, o un puño de camisa deshilachado, pero nada de eso afectaba la impresión general inicialmente causada. Cuando iba de estar por casa, fácilmente ofrecía la típica imagen de profesor chiflado, un tipo de descuido personal que, lejos de ser asimilable a cierta dejadez, era fruto de la peculiar forma con que se desenvuelven las personas distraídas. Al parecer, siempre fue lo que se entiende por un distraído, y mi madre defendió reiteradamente ante la familia su derecho a ser distraído; lo que también resulta probable es que, al quedar viudo, la soledad contribuyese a que los signos de descuido tuviesen a veces ribetes de desaliño. A ojos de mis hermanos, tales peculiaridades, unidas a sus personales expresiones de afecto, le convirtieron en una figura estafalaria más que simplemente extravagante; si yo no pensaba lo propio, será, supongo, porque ellos lo juzgaban con ojos de visitante, mientras que a mí la convivencia cotidiana me permitía considerarlo en el debido contexto. Su léxico, el hecho de que al expresarnos su afecto siguiese hablándonos como cuando éramos niños y, sobre todo, como *antes* se hablaba a los niños -hijo de mi corazón y mis entrañas, me da coraje verte preocupado, se me parte el alma, y frases así- no era, a mi entender, una manifestación de teatralidad, sino la única forma en que sabía expresar su cariño una persona de otra época de carácter particularmente vehemente; un hombre que vivía con el alma en vilo, en permanente estado de tensión. Como en el caso del abuelo o el de Eulalia, también en éste, el haber vivido con ellos bajo el mismo techo más tiempo que mis hermanos, y el que esos años fueran precisamente los finales, me permitió sin duda un conocimiento más ajustado de los verdaderos rasgos de una personalidad acaso desvirtuada por las apariencias.

Mi relación con él experimentó diversas fluctuaciones. Inicialmente, muy estrechas; él es, probablemente, la persona con mayor presencia en mis primeros recuerdos de Viladrau. Mi madre acababa de morir y él se recuperaba de las complicaciones postoperatorias que le habían mantenido en cama tras la extirpación de un pulmón infectado a consecuencia de una neumonía; así que yo, seguramente muy orgulloso de la confianza que eso suponía, me convertí en el compañero habitual de sus primeros paseos al sol, el sombrero calado, una mano cerrada sobre las solapas alzadas del abrigo. En años posteriores, evocó frecuentemente esa época con nostalgia y hasta con un tanto de autocompasión, cuando, como él decía, yo era su lazarillo. En Barcelona, al reintegrarse él al trabajo y comenzar yo mis estudios, la relación se hizo más rutinaria. Elemento ritual de esa rutina era el informe que cada tarde, a la vuelta del colegio, le brindaba

acerca de las novedades del día. Me escuchaba con satisfacción tendido sobre la cama, agitando con una cuchara una infusión de manzanilla de aspecto lechoso debido al magnesio en polvo que solía añadirle; sin duda consideraba esperanzadoras mis buenas notas en Ciencias Naturales y Química. En sus últimos años, la relación volvió a ser más estrecha, pero durante el período intermedio, en la época de mis actividades políticas clandestinas, los enfrentamientos verbales llegaron a ser de gran dureza. ¿Quién ordenó el bombardeo en que murió mamá?, le decía sabiendo de sobras que no dejaba de ser un golpe bajo. ¿Quién me metió en la cárcel? Había además por mi parte un reproche no por formulado menos subyacente: su responsabilidad objetiva en la merma del patrimonio familiar. Luego, como de común acuerdo, como si ambos hubiéramos llegado al mismo tiempo a la conclusión de que no merecía la pena seguir discutiendo o, incluso, como si hubieran dejado de interesarnos nuestras respectivas posturas, las discusiones cesaron del todo. Para entonces, por otra parte, mi papel en la casa, al igual que el suyo, el del abuelo y el de Eulalia, se habían invertido: yo era el cabeza de familia, el que cuidaba de ellos, el que tomaba cualquier decisión que fuera más allá de la compra diaria. Y en ocasiones, tras unos simples días de ausencia, llegué a ponderar y experimentar en toda su justeza el valor de una de sus expresiones favoritas, aquello de *partirse el alma*: la iluminación escasa, las humedades, la calefacción insuficiente, la soledad y el silencio de tres ancianos, cada uno recluido en su rincón.

La Anónima, que es como, para abreviar, llamaba mi padre a la empresa por él fundada, de la que era gerente y principal accionista, tenía para mí dos facetas muy diferenciadas: la fábrica y el despacho. La fábrica era un lugar nauseabundo además de aterrador, como corresponde a una factoría en la que eran procesados los cadáveres de diversos animales, principalmente vacunos y equinos, a fin de transformarlos en abonos orgánicos y piensos compuestos. El hedor que desprendían los cuerpos de las reses a la espera de entrar en la cadena, los rugientes hornos enrojecidos, las grandes calderas y, sobre todo, el humo de las altas chimeneas, empezaba a resultar inaguantable ya en las proximidades del recinto de la fábrica. El despacho, en cambio, situado en la planta principal de una casa propiedad del abuelo Ricardo en el cruce de Paseo de Gracia con Aragón, me resultaba atractivo en más de un concepto, pero, en el fondo, debido a su carácter de tapadera, fachada suntuosa de una industria de la que me hubiera avergonzado hablar en el colegio: mencionando el despacho me ahorrraba innecesarias referencias a la fábrica. Me gustaba el despacho propiamente dicho de mi padre, con su mobiliario de caoba, y también la sala general, con sus pupitres de contabilidad, los archivadores, las máquinas de escribir, que daban una sensación de dinamismo que se echaba de menos en los restantes departamentos de la oficina. Un punto que nunca dejaba de visitar, ya que cada vez me regalaban algo, era el almacén, un pequeño cuarto interior lleno de papel, blocs, libretas, tinteros, gomas de borrar, lápices, algunos de ellos de color azul en un extremo y rojo en el otro. También me atraían los balcones desde los que cada año presenciábamos un desfile militar. En una ocasión fue presidido por Franco desde una tribuna que se hallaba situada justo debajo. Todo el mundo quería verle, pero a mí, más que su figura, me interesaba el espectáculo de la guarda mora, especialmente

tras la caída de un jinete, al resbalar su caballo en el adoquinado: el turbante, con un casco puntiagudo en el centro, rodó más de quince metros dejando al descubierto un cráneo pelado.

Cuando mi padre dejó la Anónima, me preocupaba la posibilidad de que, si en adelante íbamos por el despacho, ya no fueran a regalarme libretas y lápices. Sólo que, por motivos que entonces nadie se tomó el trabajo de explicarme, no volvimos a poner los pies en el despacho. Y es que la jubilación, lejos de significar el inicio de un período de calma en la vida de mi padre, supuso un incremento progresivamente acelerado de sus actividades. En parte, porque tal actitud era la que correspondía a su modo de ser, y en parte, porque íntimamente necesitaba algún éxito espectacular que le resarciese, o cuando menos distrajese, de los sinsabores pasados. Todos sus intentos resultaron fallidos, y si en un principio cada resultado adverso parecía servirle de acicate para probar de nuevo en otro campo, en sus últimas iniciativas parecía conformarse con una perspectiva de futuro, pensando sobre todo en sus hijos, que le redimiera de la impresión de fracaso generalizado que le poseía. Si el resto de la familia se arruinaba por pura inercia vegetativa, en la medida en que sus rentas perdían poder adquisitivo, él, al pasar a la ofensiva, al adoptar una actitud dinámica, a semejanza del desdichado que se agita vanamente en arenas movedizas, vio reducirse su fortuna a un ritmo muy superior. La realidad es que las cosas no podían haberle ido de otra manera, ya que, por buena que fuese la idea de la que había partido, su puesta en práctica fracasaba irremediablemente, siendo como era su temperamento el opuesto del que requiere ser un hombre de negocios, faltándole como le faltaba el adecuado instinto, similar al que lleva al sabueso debidamente entrenado a no dejar escapar la presa. Se equivocó al vender, acaso por despecho, sus acciones de la Anónima para invertir en valores cotizables en bolsa, mucho más sujetos a la inflación. Se equivocó al construir una serie de chalets en los terrenos de la abuela Marta en Pedralbes, llevándose las obras el valor del suelo. Se equivocó al creer que iba a ser posible comercializar un fertilizante bacteriológico que había conseguido desarrollar en el Laboratorio, como él llamaba al centro de experimentación que se apresuró a crear cuando dejó la Anónima. Y, además de equivocarse, se dejó estafar, al igual que los restantes socios, por el gerente de un negocio del que había sido promotor, ubicado en Extremadura, que combinaba la idea matriz de la Anónima -aprovechamiento de los despojos de las reses-, con la función de matadero y fábrica de conservas. Pero si al acabar la guerra civil malvendió el chalet de Puigcerdá por el simple hecho de que lo había construido pensando en mi madre y no quería volver a verlo, las casas y valores que hubo que vender posteriormente sirvieron apenas para ir cubriendo los agujeros dejados por cada empresa fallida o, simplemente, para ir viviendo, de acuerdo con un proceso -se diría que interminable- de quebranto moral a la vez que económico. Por esa época, además, me enteré de algunos detalles de su salida de la Anónima, que tuvo cierto aire de jubilación anticipada: el consejo de administración había llegado al convencimiento de que se podía ganar más dinero vendiendo en el mercado negro los cupos de gasóleo de que disponían que utilizándolo en la fábrica, una opción a la que mi padre se había opuesto. Su idea de que se había perdido todo sentido moral en el mundo

de los negocios puede parecer ingenua si se tiene en cuenta que en el origen de gran parte de las fortunas no es difícil encontrar el rastro de alguna maniobra poco clara. Pero no deja de ser exacto que en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, en el mundo entero, la empresa, fuera del género que fuese, dejó de ser el objetivo último del empresario para convertirse en mero instrumento en el logro de un nuevo objetivo: el dinero en sí, un objetivo en aras del cual hay que estar dispuesto a volatilizar, caso de ser necesario, la propia empresa. Lo grave, a su entender, era que esa pérdida del sentido moral propia de los nuevos ricos se hubiera contagiado a gente que *antes* lo tenía.

En el curso de sus últimos años abandonó incluso la redacción de los artículos que luego solía dictar a Marta en el jardín. Pasaba temporadas cada vez más prolongadas en Torrentbó, y coleccionaba las plantas y los insectos de la zona. Pero cuando estaba en el jardín, más que pensar en sus artículos, parecía simplemente meditar. Sus artículos, aunque siempre de carácter científico, se referían a temas relativamente variados, desde el *ciclo vital* o la *función clorofílica* hasta las alteraciones observadas en la flora y fauna locales tras un incendio forestal o el resultado de sus experimentos en el Laboratorio. Pero el último que probablemente escribió, no sólo no fue publicado por la revista que habitualmente lo hacía -órgano de un Instituto Químico regido por los jesuitas-, sino que le valió una reprimenda a causa de sus tesis peligrosamente evolucionistas. La amonestación le afectó profundamente, sobre todo porque no veía ninguna clase de conflicto entre la evolución y la fe, y sin duda inhibió ulteriores intentos especulativos. No creo que perdiera su fe cristiana, pero, curiosamente, el futuro de su alma parecía serle cada vez más indiferente. El sentimiento que a todas luces le dominaba era de fatalidad, la sensación de que nada volvería a ser igual que antes; si a su padre le había tocado vivir las consecuencias de la guerra de Cuba, a él le había tocado vivir la guerra civil y sus consecuencias. En más de una ocasión subrayó el carácter inexorable de la pasión de Cristo. Hay gente que parece señalada por el destino, me dijo una vez. Es decir: gente destinada a los sinsabores, a los fracasos, a la desgracia. Sentado en el jardín, con el sombrero y el abrigo puestos, su recapitulación le llevaba a concluir que al menos podía estar orgulloso de sus cuatro hijos. Lo que tan callada como serenamente ponía en el otro platillo de la balanza resultaba obvio: la muerte de su mujer y de su primogénito, su enfermedad, sus posteriores fracasos personales, la desaparición -como suele suceder a todo aquel que ronda los ochenta- de la inmensa mayoría de los seres con los que había mantenido alguna clase de relación, una larga lista sin duda encabezada por los nombres de los huéspedes del panteón familiar. Un desfile de imágenes donde, a modo de ilustración de su concepto de ciclo vital, las figuras entraban y se salían de campo sin que se alterase nada substancial del decorado. Un mundo del que hasta cierto punto la Anónima se erigía en metáfora, con su fábrica en la que los cuerpos de las reses iban siendo tragados de uno en uno por la caldera del horno para verse convertidos en piensos y fertilizantes y servir de alimento a otros animales, a plantas que alimentaban a su vez a nuevas remesas de reses. La muerte como fuente de vida. Sí, no el panteón: la fábrica.

Capítulo V

El estuario. Cuando me dieron la noticia de su muerte -todo lo escueta que puede ser una noticia dada por teléfono-, la primera impresión fue de incredulidad. ¿Ella, muerta? En mi vida pensé que pudiera llegar a escuchar eso, tan escasa era la relación entre una cosa y la otra. Sólo después, ya en camino hacia aquí, pensé que esa falta de relación se debía tal vez a su propia familiaridad, a un tipo de proximidad similar a la que une un árbol de ribera con el río, demasiado habituado aquél a verse reflejado en el agua para que una súbita crecida, sumada a un vendaval como el que hemos vivido estos días, pudiera serle ajena en el momento de verse abatido. Precisamente, al venir hacia aquí, pasé por las inmediaciones de Royan, un lugar al que ella solía ir por vínculos familiares. No me detuve a conocer el sitio ni veo razón alguna para que en el futuro lo haga.

Pero, antes de extenderme acerca de lo que las mujeres han representado en mi vida -ella sería sólo un ejemplo, si bien más esclarecedor que otros-, permítame centrarme en lo que he creído ver en este lugar, una ciudad que ha tenido que ser totalmente reconstruida tras los bombardeos realizados por los ingleses durante la Segunda Guerra Mundial, cuyo objetivo era la base alemana de submarinos y su inmediato contorno. Lograron inutilizarla, pero no destruirla y, de hecho, aunque carente de utilidad, nadie piensa ya en destruir esa base. La ciudad ha sido reconstruida, al igual que el puerto y los astilleros, y hay un puente que es el más largo de Europa. El significado que tienen hoy día un puerto y unos astilleros, no es el que tuvieron y, probablemente, nunca volverá a serlo. No obstante, el principal problema de esa ciudad que más que europea parece americana, no es éste: el principal problema sigue siendo la base, y del uso que de todas esas hectáreas de hormigón armado se haga, dependerá en gran manera lo que vaya a ser de la ciudad. Una base de submarinos. Perdóne mi insistencia, pero creo que por cuidadosamente que un hombre haya reconstruido su propia personalidad contra los embates más diversos, hay cosas que ni él acertaría a explicarse si se prescinde de la base de submarinos que subyace en lo más profundo de la conciencia.

A primera vista -y ahora no hablo de los hombres en general sino de mí mismo-, bien pudiera parecer que la atracción que sobre mí han ejercido las mujeres desde la adolescencia, por no decir desde la niñez, era de carácter netamente sexual, o mejor, la respuesta a una necesidad netamente física. Poco era, en efecto, lo que acerca de la sexualidad sabía en aquella época. Y sin embargo, ya que en algunos casos ni tan siquiera había llegado a mediar palabra, ¿qué otra cosa podía atraerme de ellas aparte de su físico? Mi posterior y paulatino conocimiento de la sexualidad femenina, más que ayudarme a definir los rasgos característicos de esa atracción, me llevó a matizar las diferencias que desde el punto de vista sexual separan a una mujer de otra. Se trataba de un descubrimiento tan rico en seducciones que durante años relegó a un segundo plano cualquier otra cuestión, de forma similar a como un cazador suele poner escasa atención

en el paisaje que acoge tanto a su persona como a la intuida presencia del animal que busca. Si siempre me había parecido una necedad oír hablar *del hombre* o *de los hombres* en lo que a sexualidad se refiere, como si se tratase de un mecanismo producido en cadena, idénticos todos a cualquier otro de la misma serie, hablar de *mujer* o *de las mujeres*, me resultaba más descabellado todavía. Y eso no ya porque la sexualidad de una mujer acostumbre a ser distinta de la de un hombre, sino porque casi igual diferencia puede darse entre la sexualidad de una mujer concreta y la de otra mujer concreta. Hasta el punto de que bien cabe preguntarse si la palabra orgasmo, de significado inequívoco en el hombre, responde al mismo contenido cuando se aplica a una mujer y, sobre todo, si lo que una mujer determinada entiende por orgasmo tiene exactamente ese valor para cualquier otra o, por el contrario, supone una experiencia poco menos que contrapuesta.

El progresivo descubrimiento de esos matices que distinguen a una mujer de otra, suele prolongar durante años un problema característico de la adolescencia que, a veces, jamás llega a desaparecer del todo. Me refiero al conflicto entre el sentimiento de veneración que la imagen de determinada chica despierta en el adolescente y los deseos de contenido netamente sexual que ese adolescente quisiera convertir en actos, a impulsos de una tan clara como imperiosa atracción física. ¿Cabe en lo posible que una mujer de belleza tan luminosa, no ya acceda, sino que encuentre placer en una serie de actos que algunos no dudarían en considerar aberrantes y, por tanto, en cierto modo, degradantes? Una duda que no por despejada cada vez, en la práctica, a los primeros tanteos, deja por ello de replantearse en cada nuevo comienzo de una relación erótica. Su origen hay que remitirlo a la conciencia propia de la civilización cristiana, de la que sin duda es consustancial, y el problema no hace sino agravarse en razón directa al poso dejado por los principios religiosos en los que el individuo pueda haber sido educado. Esa dificultad inicial de dirigirse al otro sexo, común a hombres y mujeres, es fácilmente localizable en la mayor parte de los casos de homosexualismo, ya que respecto al propio sexo, la aproximación discurre por un terreno en apariencia más familiar.

En toda relación erótica que no sea eminentemente episódica, cuando no casual, tiende a producirse un fenómeno de sugestión equivalente a un enamoramiento. Hay un momento en que la convicción de estar algo enamorado es casi absoluta. La existencia de esa convicción favorece enormemente la buena marcha de la relación iniciada, y la aparente falta de correspondencia por parte de ella, o alguna dificultad ajena a la voluntad de ambos, facilita, cuando no propicia, una fijación obsesiva próxima a la ofuscación, susceptible, en virtud de la misma fuerza con que brota, de ser contagiada a la otra parte. Se establece entonces una relación llena de gestos, símbolos, silencios, palabras clave, inmovilidad, todo sucediendo como bajo un gratificante baño de sol, dos cuerpos tendidos el uno junto al otro, cegados, se diría, por un mismo y único resplandor. Mecanismos que se desencadenan súbitamente, de gran capacidad perturbadora, y que sólo cuando quedan atrás muestran hasta qué punto, en razón de la misma facilidad con que son superados, su carácter es efímero y artificioso. Y es que la sugestión, una vez identificada como tal, se ve sometida a un proceso inverso al que presidió su formación, y el mismo empeño que se puso antes en crearla se pone ahora en desmontarla y

olvidarla lo antes posible, en buscar y encontrar cuantos motivos nos faciliten la tarea, tanto si la mujer de la que creímos llegar a estar enamorados parece prestarse a convenir que todo fue un equívoco, como si, con fastidiosa terquedad, se resiste a ello. La ofuscación desaparece con la misma ligereza con que en el valle se levanta la niebla matutina.

Ese factor obsesivo que observamos en la dinámica creadora, se encuentra asimismo presente en la dinámica creadora de la escritura; a él habrá que remitir sin duda el carácter compulsivo de ésta. Escritura y dinámica amorosa comparten también más de un punto de semejanza con la enfermedad, como ella tocados a la vez por cierto grado de casualidad y cierto grado de fatalidad, especialmente cuando existe en el individuo cierta predisposición a contraerla. Tal es el caso de la tuberculosis, la enfermedad por antonomasia hasta hace pocos años. Yo me salvé gracias a la penicilina, que no había sido inventada cuando, en poco más de una década, la tuberculosis acabó con las vidas de mi hermano Antonio, tía Consuelito, tío Eusebio, Ramón Vives y su hermana, es decir, mi abuela, por sólo citar los nombres que me son más próximos. Hoy día, la tuberculosis se cura, pero otras enfermedades están ocupando su lugar. ¿Y las alergias, otro mal respecto al que mi predisposición es sólo comparable a mi capacidad de recuperación? ¿No deja de ser, por otra parte, una forma de alergia a determinados aspectos de la realidad el simple hecho de escribir?

En la explanada del puerto al anochecer. Nada tenía de particular que la presencia de un recién llegado llamase de inmediato la atención entre gente habituada a encontrarse cada noche en las mismas reuniones, especialmente si pertenecía a una familia conocida y si su estancia en la ciudad revestía un carácter más o menos oficial. Lo nuevo, para Junio, era que antes de que se cumpliera la primera semana de su estancia en Alejandría, tras haberse dejado ver unas pocas veces en los círculos frecuentados por soldados y funcionarios romanos, se viera de pronto tan solicitado. De hecho, en menos de una hora, sin tiempo siquiera para ambientarse, había recibido cinco ofertas de compañía, gente dispuesta a guiarle por la ciudad, a mostrarle cuanto había que ver, a satisfacerle en cuanto él deseara. *A tu entera disposición*, parecía ser la fórmula en uso para esas circunstancias, ya que a ella se recurrió en los cinco casos. De ese modo, Junio se encontró yaciendo, casi sin saber cómo, con una joven egipcia, en cuya compañía permaneció hasta el alba. Más que elegir, habría que decir que fue elegido, puesto que ella, sin demasiado disimulo, le había tomado por los genitales en mitad de la fiesta, saliendo así al paso tanto de las proposiciones rivales ya hechas como de las que eventualmente pudieran seguir lloviendo sobre Junio.

La firmeza de la joven para actuar con semejante determinación vino propiciada por la maniobra de un afeminado, un efebo también egipcio, que, como ignorándola, había intentado tener un aparte con Junio. Verás, joven romano, había dicho, cómo puedo complacerte en todo igual que una mujer; aventajando con mucho a una mujer, me atrevería incluso a prometerte. Ella soltó una carcajada cantarina, descarada. Cruzó el índice sobre la boca del afeminado. Tú sabes de sobra que eso no es cierto, le dijo; basta mirarte para poder afirmar que hay cuando menos dos características físicas en mi cuerpo de las que tú careces. Y la única de tu triste cuerpo que yo no tengo, la tiene también Junio, y estoy segura de que le basta para hacer con ella lo que más le plazca. Fue en ese momento, como para dar mayor realce a sus palabras, cuando asió suavemente los genitales de Junio.

A la mañana siguiente, al salir del edificio en el que el alto mando había establecido su cuartel general, Junio se topó casualmente con el afeminado. Mira, le dijo, no vayas a pensar que busco otra cosa: lo único que quiero es advertirte de que ella es una confidente. Así que, cuando estés con ella, cuida lo que dices; yo no hago más que avisarte. De forma no menos casual, Junio se topó después con una joven perteneciente a la comunidad griega que, la víspera, no bien fueron presentados, se le había ofrecido como guía. Quedaron, en principio, en volver a verse por la noche. Pero aquella noche, resueltas, se diría, a no ceder terreno a nadie, tomaron la delantera otras dos jóvenes que asimismo le habían abordado la víspera, una griega de cabello rubio y una muchacha judía llamada Verónica. Las dos griegas eran mujeres de gran atractivo, especialmente la

de la mañana. Algo había en ella, no obstante, que resultaba poco grato; una cuestión de expresión, probablemente, que hacía de su rostro encarnación misma de la tragedia. Y toda la feminidad que el efebo egipcio había sabido dar a su figura, contrastaba en la griega con la naturaleza viril de sus rasgos.

Ni la advertencia del afeminado ni un simple afán de cambiar, influyeron en la decisión de ni tan siquiera esperar la llegada de su amiga egipcia para decantarse por Verónica. Fue la luz que captó en la mirada de Verónica, algo que inexplicablemente le había pasado inadvertido la noche anterior, lo que no le dio opción: una luz tan vivaz como irónica, tan saludable como extremadamente libidinosa. La egipcia, a su lado, era de un hieratismo que la hacía parecer como salida de alguna de sus antiguas pinturas; más que moverse, cabía decir, cambiaba de postura, y su sexualidad, como desglosada en situaciones, correspondía a lo que en cada momento cabía esperar de una mujer como ella. Todo lo contrario, en este sentido, a Verónica, que ni parecía atenerse a modelo alguno, ni, caso de habérselo propuesto, su misma espontaneidad, con un toque de crueldad, propia de cuanto es silvestre, le hubiera permitido conseguirlo. El aspecto saludable, el factor salud reflejado en un cuerpo, era algo que Junio valoraba muy alto: la belleza enfermiza que algunas mujeres se complacen en cultivar, más allá del temor a posibles contagios, le repelía en sí misma, por entenderla asociada a trastornos tanto físicos como de carácter. La experiencia le había llevado a observar que cuando se dan esta clase de trastornos que afectan al conjunto de la persona, sus síntomas son detectables hasta por el aspecto de los excrementos. En este sentido, desconfiaba no menos de las mujeres estreñidas que de las que padecen diarrea. Por el contrario, un excremento grueso, consistente y liso, era garantía casi infalible de ausencia de manías y de una sexualidad fogosa. El resultado del brío intuido en Verónica, fue acertado no ya aquella primera noche en la que ni tan siquiera llegaron propiamente a dormir, sino tantas cuantas veces yacieron juntos durante la estancia de Junio en Alejandría.

Cuando Junio comentó las revelaciones acerca de la condición de confidente de la egipcia que le había hecho el afeminado, Verónica se echó a reír. Lo que no te habrá dicho, dijo, es que si ella es confidente del Senado, él es confidente imperial. Había prestado sus servicios en la residencia del gobernador y, si ahora no lo hace, es por no levantar sospechas; por más que, si no tuviera otro trabajo, ya me dirás de qué iba a vivir. Sólo sería lógico que siguiera con su antiguo trabajo si se dedicase además a espiar también al gobernador.

Y no es él persona con el temple necesario para hacer frente al riesgo de ser descubierto y sometido a tormento.

Si el afeminado no había vuelto a insistir en sus intentos de aproximación, no era éste el caso de las dos jóvenes griegas, en quienes, ni el hecho de verle salir regularmente con Verónica parecía haber hecho mella. Tampoco era el caso de la egipcia, que en una ocasión riñó, si bien amistosamente a Verónica: ¿te parece bien guardártelo para ti sola?, le dijo. Y una de las griegas, la trágica, dijo por su parte a Junio: si todos los romanos son como tú, Roma no es lo que nos han contado. ¿Es que no te apetece cambiar de mujer aunque sólo sea de vez en cuando?

Se encontraban no bien se ponía el sol, cuando la explanada del puerto se llenaba de gente que salía a tomar el fresco y en los puestos de los comerciantes instalados al amparo de la muralla se encendían los primeros candiles. Según se aproximaban el uno al otro, las pupilas de Verónica parecían recoger el desorden de la crin de un caballo al encabritarse.

Aspectos. En la elección de una mujer desde un punto de vista erótico, en el hecho de haberla preferido a otras, hay una motivación no siempre fácil de razonar en la medida en que ni tan siquiera coincide con una socorrida cuestión de gustos. Ése sería el caso de mi relación con Lola durante un curso de verano en Santander, a comienzos de mi vida universitaria. Al poco de mi llegada, empecé a interesarme por una estudiante inglesa, aunque una chilena mucho más atractiva pronto me llevó a reorientar mis movimientos, al tiempo que me veía obligado a dar constantes esquinazos a una italiana que me perseguía, penosamente empeñada en parecer más joven de lo que realmente era. Y sin embargo, en cuanto conocí a Lola, una chica de Santander también algunos años mayor que yo, que asistía a los cursos en calidad de simple oyente, me olvidé de las demás. Solía ir acompañada de una tía de cabellos blancos y de un primo jorobado, también de cierta edad, que la esperaban amablemente en cualquier rincón del ámbito del Palacio de la Magdalena cada vez que yo invitaba a Lola a tomar algo. Fue en el curso de una de nuestras charlas ante una cerveza cuando, aparte de enterarme de que tenía un novio médico en Bilbao que acudía a verla cada fin de semana, advertí que mi interés por ella era abiertamente correspondido. Pero, ¿qué hacer, escoltada siempre como iba por la tía de cabellos blancos y el primo jorobado? Recuerdo mi última oportunidad, ya hacia finales de curso: estábamos tendidos en el césped del parque, aislados por la niebla entre los pinos. Por aquí, Ramón, me parece que es por aquí, oí de pronto decir a la tía, mientras su silueta y la del jorobado surgían de la niebla a escasa distancia. No nos vieron; ni tan siquiera podían saber que estábamos allí. Su mera proximidad, no obstante, me hizo desistir de ir todo lo lejos que hubiera deseado, y el toque de ironía que caracterizaba la expresión habitual de Lola, casi una sonrisa, quedó ya definitivamente fijada en el ámbito de lo inexplicable. ¿Se habría sentido tan frustrada como yo? ¿Había fallado también su determinación en el momento oportuno? ¿A qué venía tanta escolta? Meses después conocí a M.^a Antonia y, al mostrarme sus dibujos y pinturas de por aquel entonces, me causó viva impresión un óleo que representaba una mujer abrazada a un hombre: la mujer era Lola, una Lola tal vez más dramática que la que yo recordaba. El hecho se ha repetido posteriormente: M.^a Antonia pinta o dibuja la cara de una mujer a la que no conoce; quien la conoce soy yo.

Las relaciones eróticas deseadas por ambas partes y sin embargo no consumadas, es decir, experiencias similares a la de Lola, no por infrecuentes han sido únicas. No cabe duda de que, en cierto modo, la dificultad actúa de acicate. Tal es el caso del atractivo que para mí han tenido determinadas lesbianas, supongo que, entre otras razones, por el hecho de conocer su lesbianismo, al que es inherente una especial cualidad en la fisonomía. La única ocasión en que intenté vencer esa dificultad, estaba convencido de que podía lograrlo, pero, por mucho que tanto ella como yo nos esforzamos en alcanzar

el éxito, el resultado fue infructuoso para ambos. Algo parecido les sucede, por poco sinceras que sean consigo mismas, a las mujeres que se empeñan en seducir a un homosexual, acaso también seguras de conseguir la conversión que otras no han conseguido.

Lo acostumbrado, no obstante, en el despliegue de mi vida erótica, era soslayar las cuestiones que pudieran suponer una traba y aprovechar cuantas oportunidades se me ofrecieran de acostarme con toda mujer mínimamente atractiva que se pusiera a mi alcance. La cantidad de mujeres que pudiera llegar a seducir me importaba en el mismo sentido en que a un cazador le importa el número de piezas cobradas. Y me importaba también la calidad, tanto en lo que se refiere a la persona elegida como a la relación en sí, a que esa relación terminase representando un triunfo para ambos. Es decir, que la mujer fuese -de nuevo en términos de caza- un ejemplar valioso y, en ese sentido, un trofeo digno de envidia; y en cuanto a la relación sexual, mi objetivo era que la mujer llegase al orgasmo al mismo tiempo que yo, y que esa coincidencia, lo más intensa posible, se repitiera el mayor número de veces posible en cada encuentro, hasta -también en lo posible- quedar ambos exhaustos. Mis creencias al respecto eran muy firmes y mi disposición y capacidad para llevarlas a la práctica no solían plantearme mayores problemas. Me sentía muy seguro de mí mismo, y fue tal vez esa seguridad lo que me mantuvo al margen de las competiciones amoratorias que tendían a establecerse entre algunos de mis amigos: cuántas veces, durante cuánto rato, etc. Se trataba, en definitiva, de saber quién lo hacía mejor, y comúnmente se intentaba sonsacar un juicio de valor a alguna chica que, para su incomodidad, se viera convertida en fiel de la balanza, por haberse acostado con más de uno de los jóvenes en liza. Personalmente, las cuestiones de este tipo no sólo no me interesaban sino que me resultaban positivamente molestas, al igual que las confesiones relativas a las peculiaridades eróticas de tal o cual chica y, por lo general, evitaba acostarme con las que se prestaban a este género de juegos. Semejante clase de confidencias me parecía humillante, no ya respecto a ellas sino, sobre todo, respecto a mí mismo, desde el momento en que venían a constituir una especie de prueba que se aportaba ante el temor de no ser creído.

El papel jugado por el alcohol en todo esto era considerable. Por una parte, facilitaba como ninguna otra cosa el hecho de encontrarse en la cama con la mujer deseada y, en ocasiones, hasta con alguna no tan deseada. Por otra, si los comienzos resultaban inevitablemente algo embarullados, tras descabezar un primer sueño, con la resaca a favor, la obstinada entrega conducía, abrazo tras abrazo, a una especie de competición con uno mismo de la que siempre salía con la impresión de haber ganado. Tanto es así, que más de una vez, si bien nunca tomé en consideración la equivalencia establecida por Leonardo entre semen y seso licuado, sí llegó a preocuparme el juicio de Flaubert que vinculaba la prematura impotencia que padecía a sus excesos juveniles. En todo caso, me decía, antes de haber pecado por defecto, habrás pecado al menos por exceso.

A Fulvia. Recibirás esta carta por medio de un mensajero de absoluta confianza. Con ello quiero decirte que es ésta la segunda carta que te mando desde mi llegada de Alejandría y que si la anterior te llegó con retraso o simplemente no te llegó, no es por culpa del correo, sino por la intromisión de algún agente de vigilancia, vete tú a saber al servicio de quién. La situación, a este respecto, no es peor que en Roma, pero sí más complicada; tanto, que a veces resulta incluso divertida. En Roma, si descubres un delator, ni tienes que molestarte en preguntarle para quién trabaja. Aquí, por el contrario, es lo primero que conviene saber. Hazte cuenta de que, en el seno de una población mayoritariamente egipcia, hay dos importantes comunidades -judía una, griega la otra- que se odian mutuamente con el beneplácito y, probablemente hasta con la colaboración, de nuestras autoridades imperiales. Los enfrentamientos y desórdenes son frecuentes y nunca suele aclararse quién fue el que tiró la primera piedra.

En mi anterior carta creo haberte hablado de Verónica, una joven judía tan inteligente como sensible que, a todas luces, intenta ganarse mi confianza. Pues bien: sea por honestidad de carácter, sea que su perspicacia la llevó a deducir que mi misión de legado no era la tapadera de ninguna otra misión de carácter secreto, el caso es que hace pocos días me confesó su condición de confidente imperial. Gracias a ella he sabido que en el mismo caso, si bien a través del gobernador, se encuentra Yanno, un afeminado muy conocido en la ciudad que también pretendió ganarse mi amistad, así como una egipcia cuyo nombre es Isadora, si bien los informes que ésta realiza son por cuenta del Senado. Idéntico equilibrio es el que se da entre dos muchachas de la comunidad griega que me abordaron al poco de mi llegada: confidente imperial la primera, llamada Climene, y senatorial Társila, la segunda, aparte, sin duda, de ser ambas informadoras de los jefes de su propia comunidad. Pregunté a Verónica si no era ella, asimismo, informadora de su comunidad, la judía, y me aseguró que no, que para los fariseos, la casta dirigente, ella era poco menos que una puta, en virtud de su voluntad de vivir de acuerdo únicamente con sus propias convicciones. Creo que es sincera, si bien no veo que encaje ni de lejos en la secta de carácter sofista a la que dice pertenecer.

Cabe la posibilidad, desde luego, de que, a la vez que confidente imperial, lo sea de los de su secta. Le pregunté al respecto y ella lo negó rotundamente. Por lo que se ve, además, la gente de su secta no puede mentir, y yo ya la he pillado más de una vez en alguna que otra mentira de esas que todos decimos a diario por una mera razón de comodidad o de cortesía. Este hecho parece confirmar mi opinión de que los lazos con los de su secta son irrelevantes, ya que incluso tal tipo de mentiras se considera entre ellos inaceptable. De cualquier forma, Verónica no es una fanática, y los de su secta son fanáticos. Te aseguro que, para el caso, comprendo mejor la soberbia intolerante de los fariseos. Los fariseos, por otra parte, no realizan ninguna clase de proselitismo; lo único

que pretenden es que se les deje adorar en paz a su dios, poseedor único de toda la verdad. Y esos fanáticos, en cambio, tienen como objetivo primordial el proselitismo, ya que aceptan en sus filas a cualquiera, por degradante que sea su condición. Según Verónica -y en sus labios era toda una advertencia-, su número, en Roma, es muy superior al que imaginamos. Y en eso reside su peligrosidad: si los zelotes de Judea fueron, y probablemente siguen siendo, una amenaza por su belicosidad, éstos lo son por su mansa proliferación, que se extiende como la sarna por los confines más remotos del Imperio. Sus creencias son algo que ni comprendo ni creo que valga la pena comprender: para ellos, se diría, la muerte es el momento más importante de la vida. Y desafían nuestra autoridad en busca del martirio, ya que están convencidos de que su alma, no bien abandone el cuerpo, entrará directamente en un paraíso. Invirtiendo el orden de los hechos, se dicen entonces perseguidos, y justifican así el carácter secreto de sus repugnantes ritos. Con la exaltación de un dios único, parecen no querer enterarse de que nuestros dioses no son sino aspectos de lo desconocido, de las fuerzas superiores que rigen la vida del hombre. El resto, leyendas piadosas.

A diferencia de los judíos, los griegos no plantean ninguna clase de problema. Con ellos te sientes como en familia. A fin de obtener determinados suministros, he tenido que tratar con Crisóstomos, un viejo comerciante que asegura haber conocido a la familia de mi madre durante los años que pasó en Gades. Me habló con entusiasmo tanto de la ciudad y de su hermosa bahía, como de la gente. Por la nostalgia de su tono, llegué a la conclusión de que en la raíz de ese entusiasmo palpitaba el recuerdo de una satisfactoria relación amorosa; había que oírle, vigoroso anciano de culo sin duda como una olla de puro hollado.

Contrariamente a lo que muchos creen, las costumbres son en Alejandría mucho más recatadas que en Roma. Supongo que tal forma de disposición al exceso es consecuencia de la abundancia de jóvenes de ambos sexos procedentes de África, Grecia o Asia que ejercen la prostitución en Roma. Pero, en su lugar de origen, o cuando menos en Alejandría, el grado de desenfreno en las costumbres anda muy por debajo del de Roma, donde, más que la relación con una persona, interesan los actos, realícense con esa persona o con cualquier otra. ¿Seré yo, acaso, el único para quien, en el fondo, no existe más que una sola persona?

Caliente, caliente. A mis diecisiete años, la iniciación sexual en un prostíbulo era la norma. En el período de la guerra civil la situación había sido distinta y muy pronto iba a volver a serlo. Pero si en la inmediata posguerra los chicos habían sido educados en el principio de que la novia, cuando llegaran al altar, debía ser virgen, las chicas, por su parte, carecían tanto de la más elemental información relativa al sexo como, en la práctica, de cualquier clase de facilidad para obtenerla. Y si ahora la prostitución se ha convertido principalmente en un recurso para personas con algún problema físico o psíquico, entonces jugaba un importante papel en la educación sexual de los chicos que, indirectamente, había de beneficiar también a las futuras novias. Personalmente, el hecho de pagar por tener una relación sexual, me parecía humillante, y no precisamente para ella, sino para mí, y dejé de frecuentar los prostíbulos en cuanto encontré otro género de soluciones. Tal sensación de disgusto gravitó incluso en mi trato con Toni, por peculiar que fuera, en la medida en que yo no era propiamente un cliente. La había conocido en Casa Emilia, uno de los prostíbulos más tradicionales de la ciudad, de acuerdo con el diseño, se diría, de los pintados por Toulouse-Lautrec; tras repetidas visitas al salón, la seleccioné por sus rasgos extremadamente sensuales, de un exotismo que yo asociaba al de las mulatas y que sólo años después descubrí como más próximo al de las mujeres malayas. A la vez siguiente, le propuse ya verla fuera de sus horas de trabajo, ir a un hotel donde no nos halláramos sometidos a los condicionamientos del lugar; ella aceptó. A partir de ese primer encuentro fuera del prostíbulo, mucho más satisfactorio, Toni se negó a cobrarme. De ella sólo sabía que era de Cádiz; ni siquiera me parecía probable que se llamase realmente Toni. Pero en su compañía aprendí a entender el sexo como una especie de abismo de cuyo fondo sólo se emerge tras una momentánea disolución de la individualidad, un estado que no había alcanzado anteriormente y que sólo he vuelto a alcanzar con contadas mujeres. En una ocasión, tendida boca abajo sobre las sábanas, realzando el culo, me miró sugerente. ¿A ti no te gusta lo que se guarda *pa* el novio?, dijo. Sus aficiones sodomíticas nunca han dejado de intrigarme. ¿Le complacía ofrecermelo de vez en cuando algo que parecía considerar particularmente valioso? Desde entonces he concedido un crédito muy relativo a cuantas teorías y lugares comunes he podido escuchar acerca de la sexualidad femenina, ya que la clave no reside en la localización física del placer, sino en las fantasías personales desarrolladas conforme a un modelo previamente adoptado. Y esos modelos son tan variados como igualmente válidos, no menos el de recatada esposa o el de ninfómana, que el de la mujer que lo que busca en el otro cuerpo es una boca, un sexo y unos pechos como los propios. Este tipo de fantasías se dan igualmente en el hombre, si bien, generalmente, más vinculadas a actos que a situaciones. El final de mi relación con Toni se impuso por sí solo. Una noche la invité a cenar a un restorán probablemente más modesto que los que ella solía

frecuentar: no sabíamos de qué hablar. Lo último que se me hubiera ocurrido era preguntarle qué había hecho durante todo el día.

Mi relación con Toni no constituía ni mucho menos un caso aislado. A gran parte de mis salidas en grupo se apuntaba con frecuencia alguna prostituta amiga de alguien, o chicas de conjunto de algún espectáculo, o modelos y maniquíes para las que el alterne era un aspecto más de su oficio.

Una de ellas, Maruja, fue contratada en una ocasión por Dalí -entonces acompañado permanentemente por un travesti llamado Amanda-, que deseaba presenciar cómo era penetrada de diversas formas por el dueño del bar al que solíamos acudir cada noche, el Stork Club, un musculoso ex matón profesional que sabía caer simpático a la gente. Tanto ella como una chica llamada Marisa, estuvieron en casa más de una vez, cuando, tras la hora de cierre, ya no había en la ciudad otro sitio al que ir. Marisa, que trabajaba en un cabaret, hizo un *striptease* en la salita, y de pronto nos dimos cuenta de que ya era de día; mientras les acompañaba hasta la puerta del jardín, Eulalia me hizo saber que estaba despierta abriendo con cierta brusquedad una persiana. Camino del coche, algo deslumbrados por el sol, Marisa propuso a Ricardo que fuera su chulo. Pero era justamente ahí donde se establecía una diferencia entre las mujeres más o menos profesionales ocasionalmente invitadas y las chicas del grupo, por más que el trato entre unas y otras fuese en apariencia totalmente abierto. Con las chicas del grupo cabía una aventura, con las profesionales, no. Esa aventura, durase días, meses o años, solía ajustarse a un esquema general, con variantes tan sólo en las cuestiones de matiz. Así, el encuentro: un primer contacto cuyo eventual éxito, antes que discretamente silenciado, ambas partes se esforzaban en proclamar lo más enfáticamente posible. Ese entendimiento tendía entonces, por su propia naturaleza, a hacerse oficial, en la medida en que todo en la pareja funcionaba a la perfección; parecía obligado en esa fase, como para destacar la cohesión existente entre ambos, que cada uno hablara en primera persona del plural. Y, finalmente, la crisis, por lo común relacionada con la aparición de otra o de otro. Ni que decir tiene que, normalmente, el entendimiento distaba mucho de ser todo lo perfecto que se había pretendido, pero eso sólo se reconocía después. Por otra parte, a una mujer suele costarle más que a un hombre reconocer una relación poco satisfactoria, debido, probablemente, al temor de que el fallo sea considerado un fracaso personal; lo habitual es que únicamente se atreva a reconocerlo cuando el hombre le ha fallado del modo más absoluto. No dejaba de ser curioso, en otro orden de cosas, que en todo ese prieto tejido de historias entrecruzadas, la palabra amor pareciese haber entrado en desuso.

Crear situaciones de fuerte contenido erótico requería, desde luego, una atmósfera propicia. Pero el factor más importante, creo yo, era la predisposición personal. ¿Una especie de fiebre? Yo diría más bien de marea, con sus fases conocidas de antemano, la crecida que se ve venir, el momento de pleamar y el refluo; tal y como podemos desde aquí apreciarlo en las coloraciones rubias, grises y azules del estuario. Al margen de ello y de la utilización de los recursos más tradicionales, como el alcohol o la música de fondo adecuada, yo tenía una marcada tendencia a forzar el ambiente con manifestaciones de

carácter un tanto exhibicionista y agresivo: saltar de una ventana a otra, apagarme un cigarrillo en la mano, atravesarme la piel del cuello con un imperdible. De hecho, una especie de anuncio de mi disposición a jugar a fondo la ocasional aventura. El exhibicionismo verbal, al que a veces también recurría, tenía un valor esencialmente provocativo. Hablar a una mujer, por ejemplo, como los hombres hablan entre sí, precisiones y comentarios en materia sexual que, si cuando no hay mujeres delante se consideran normales, a oídos de una mujer resultan más desconcertantes que simplemente procaces. Observaciones que yo sabía de sobras que más bien incomodaban a cualquier chica, y que sin embargo tenían la virtud de predisponerlas a la relación íntima de un modo para ellas mismas inesperado.

También el alcohol ha supuesto, alguna que otra vez, un recurso antes exhibicionista que estimulante. Así, una noche, tras consumir el alcohol puro con soda, perdí el conocimiento y no volví a recuperarlo hasta pasadas dos horas. Sin tanta contundencia, es decir, sin caer fulminado para luego despertar asombrosamente despejado, el hecho se ha repetido en más de una ocasión, siempre asociado al humo súbitamente mareante de un habano y a la vida social propia de un cóctel o de una celebración que, especialmente si están motivados por algún acontecimiento literario, sólo soporto haciendo un gran esfuerzo. El único punto común a diversas experiencias de este tipo es la existencia previa de un estado de tensión.

La leona. El misterio de Basilio Rufo, sus ciclos: hombre inteligente, valeroso y enérgico y, como tal, uno de los más respetados jefes de la guardia pretoriana. Hijo primogénito de una influyente familia, si bien el padre, senador, le faltó tal vez prematuramente, y la madre, mujer de carácter antojadizo, dejó su educación en manos de siervos y tutores libertos. Su prometida, Valeria Heladia, hija de un cónsul también prematuramente muerto en el desempeño de su cargo, era mujer envidiada por todos, bella, despejada de mente y comprensiva hasta más allá de todo límite, inigualable en su serena paciencia. Basilio y ella formaban la pareja más compenetrada de Roma en circunstancias normales, dinámicos y divertidos en la relación con su círculo de amigos. Pero eso sólo sucedía cuando tal normalidad no se veía rota por el comportamiento del propio Basilio Rufo, tras un período de aproximación mutua y convivencia que estabilizara sus relaciones. Pues si algo había que las desequilibrase era el distanciamiento, la interrupción de esa convivencia, el alejamiento al que la vida de campamento obligaba a Basilio Rufo; como si la consiguiente abstinencia sexual generase toda clase de fantasías y de impulsos desviados. ¿Tendría alguna relación esa forma de reaccionar con aquella tendencia, que tan bien recordaba Junio, a ponerse feo y hacer muecas que horrorizaban a los adultos cuando ambos eran chicos? El caso era que, cada vez que Basilio Rufo volvía del campamento se producía una crisis, y sólo después de haber desahogado su imaginación materializando sus fantasías, tras haber amenizado las ferias por él organizadas protagonizando sus trípodes, pentágonos y coronaciones, después de haber logrado ser una mujer entregada públicamente a esclavos y libertos, parecía recuperar la perdida cordura. En aquella ocasión, en cambio, todo pareció discurrir por cauces distintos, y llegó del campamento relajado y de buen humor, como si las bromas de las que Albano había sido objeto hubieran bastado para despejar las perturbaciones que le acompañaban otras veces.

Te aseguro, Junio, que pocos de los que estaban presentes olvidarán lo que han presenciado, una historia que probablemente exagerada, conocen ya todos en el campamento, y que, con el tiempo, muchos jurarán haberla presenciado personalmente en lugares más diversos. Escucha, pues: le dije a Albano que se habían cruzado apuestas acerca de su capacidad amatoria y que yo había apostado por él en el sentido de que le veía capaz de superar a cualquier contrincante. Se trataba, le dije, de que convirtiera su culo en coño, según tenía por costumbre, y se dejara penetrar hasta por un límite máximo de cien soldados, o de que, si así lo prefería, fuera su boca la protagonista, y paladeara la virilidad de igual número de soldados. Bien sabes, Rufo, que lo primero es imposible, me dijo Albano, sinceramente acongojado, ya que nunca creo haber sido penetrado por más de cinco consecutivos, así que, a fin de que no pierdas tu apuesta y la confianza que en mí has depositado, elijo la segunda opción. De inmediato se formó una

larga hilera de voluntarios y Albano se pasó casi tres horas paladeando vergas, hasta que le venció el cansancio, sin haber alcanzado, pese a hacerlo a ratos de dos en dos, la treintena.

Es una leona, vosotros no le conocéis bien, iba yo diciendo a modo de estímulo durante todo ese tiempo, palabras que a buen seguro le halagaban, al igual que las bromas de los soldados que esperaban turno o simplemente miraban. ¡Capullo Trémulo!, exclamaban algunos a fin de darle ánimos. ¡Boca de Averno! ¡Culo Florido! Y yo comentaba: eso es lo que se llama un tipo con agallas; nunca vacila en enfrentarse al número de hombres que sea preciso. Es que no sé qué me pasa, decía Albano, desdeñoso a la vez que locuaz, todavía entre jadeos. No bien me ven, todos los hombres se empeñan en lo mismo.

Yo le había advertido que era obligado no desperdiciar una sola gota de licor viril. Aparte de que así evitas ser descalificado, le dije, ese licor es el alimento de los héroes por antonomasia, cuando menos de Hércules en adelante. ¿Por qué te crees, si no, que era tan fuerte?

El halo de la luna. ¿Dónde situar el reclamo que una persona tiene para otra, al filo de un atractivo que nunca es enteramente físico y de un espíritu cuyos grandes rasgos, de primera intención, tan sólo somos capaces de intuir? El hecho de que la persona cuya atención ha sido despertada, por poca que sea su perspicacia, haya acertado, esto es, que el reclamo responda a una realidad, es tanto más llamativo cuanto que entre hombres y mujeres el mutuo desconocimiento es grande, y la validez del juicio que un hombre pueda merecer a otro hombre o una mujer a otra mujer, pierde parte de su garantía cuando se refieren al sexo opuesto. Aunque el hombre posea menor capacidad y sin duda posibilidad de disimulo que la mujer, ésta no verá por ello facilitada la tarea de entender debidamente los mecanismos mentales del hombre; mucho más proteica, tenderá a proyectar sobre ese hombre que tiene enfrente sus propios deseos o, en su lugar, temores. Los antiguos expresaron a la perfección, en el mito de Tiresias, hasta qué punto eran conscientes de las diferencias que separan a uno y otro sexo, empezando por las que median entre sus respectivas formas de orgasmo. Si para un hombre, en una mujer de reconocido éxito mundano, ese éxito supone un estímulo añadido, para una mujer, por mucho que se empeñe en afirmar lo contrario, ganarse a un hombre que está con otra - automáticamente convertida en rival- supone casi siempre un factor decisivo de decantamiento. El reclamo, en este caso, más que en el hombre, habrá que situarlo en la relación de rivalidad que se establece entre los tres. Intrigas de esta clase formaban el entramado básico de la convivencia diaria entre amigos y amigas en mis años de juventud. Y son más que escasas las personas que, gracias a su capacidad de entrega no menos que a su capacidad de exigencia, han sabido mantenerse por encima de rivalidades a su entender meramente adjetivas.

La localización del atractivo físico de una mujer siempre ha residido en áreas que no están, en sí mismas, directamente relacionadas con el sexo. Así, ojos, voz, pelo, rasgos característicos de la persona que, pese a carecer -a diferencia por ejemplo de la boca- de esa relación directa, inciden decisivamente sobre la atracción erótica. También, elementos como risa y sonrisa, o la expresión de la cara cuando ella está distraída, que suelen ser reveladoras en lo que a su actitud ante la vida se refiere, sea de seguridad y aplomo, sea de inseguridad y desamparo, actitudes una y otra susceptibles, según el caso, de dar pie a un proceso de aproximación erótica. Su rápida captación del código de esa aproximación es sin duda la mejor respuesta, algo que puede lograr si tal facultad está en su naturaleza, por falta que ande de experiencia. En otras palabras: la transmutación del sexo en ademán. Ni que decir tiene que los mismos rasgos susceptibles de ser factores de atracción, considerados negativamente, son factores de rechazo. Una risa chillona, una voz que se engancha, una mirada vacía.

En torno a finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta, se produjo un cambio

en las costumbres de la sociedad española que repercutió muy especialmente en el comportamiento sexual tanto de los hombres como de las mujeres. Lo que pocos años antes aparecía como un caso aislado -mi caso- se convirtió rápidamente en regla. Las jóvenes -antes que los jóvenes, diría yo- acertaron, de buenas a primeras y en su conjunto, a descubrir el sexo, arrastrando con su ejemplo a mujeres, principalmente casadas, que por el simple hecho de ser algo mayores, se enteraban de pronto que habían desperdiciado un tiempo precioso. Y, con la decisión que otorga el sentimiento de haber sido víctimas de un engaño, así como una mayor experiencia, no tardaron en competir con las jóvenes de la nueva generación, a las que con frecuencia aventajaban gracias a los recursos y libertad de movimientos de que gozaban. Este hecho era particularmente apreciable en lugares como Cadaqués, dada su condición de pueblo en el que todo termina por saberse. Pero lo que sucedía en Cadaqués no era más que un reflejo de lo que sucedía en Barcelona, el reflejo de un escaparate que recoge otros escaparates. Y el principio de aprovechar cuantas oportunidades se presentaran que había presidido mi conducta se vino abajo por exceso de oferta. La relación sexual selectiva se impuso definitivamente, tanto por mi falta de interés a esas alturas respecto al número de piezas cobradas, como por mi resistencia a convertirme a mi vez en ejemplar valioso exhibible en la panoplia de alguna seductora profesional. El fenómeno de la sugestión amorosa solía repetirse conforme al esquema habitual, y la relación establecida con, llamémosle Cristina, reproducía las características de la relación mantenida con, llamémosla Blanca, aunque, cada vez, si cabe, por menos tiempo, con menor convicción.

Caso totalmente distinto fue el de, llamémosla Irene. Una relación iniciada por teléfono con verdadera desgana por mi parte, aceptada como uno de esos compromisos que surgen en el curso de un viaje. Lo último que me esperaba era encontrarme con una mujer como Irene, con la que se estableció un entendimiento instantáneo, anterior incluso a las primeras palabras que cruzamos. Más que de entendimiento habría que hablar de reconocimiento, el reconocimiento mutuo de dos seres que son idénticos. Una relación entre dos personalidades coincidentes es sin duda más fácil que entre dos personalidades complementarias. Y también más tajante. En la medida en que su mecanismo mental era idéntico al mío, supo formular lo que yo me resistía a formular: la imposibilidad, dados nuestros respectivos contextos personales, de seguir adelante con nuestra relación. Irene no necesitaba despertador, ni tan siquiera lo tenía, ya que era capaz de despertarse a la hora que se hubiera propuesto.

Valeria Heladia: un tropiezo. Fue la noche en que Junio se acostó con Valeria Heladia lo que marcó el inicio de un paulatino distanciamiento respecto a Basilio Rufo. La situación había sido provocada por el propio Basilio Rufo, quien les llevó a su lecho, se tendió junto a ellos y desnudó sus cuerpos. Valeria Heladia, quiero que conozcas a Gayo Junio, mi mejor amigo, como a mí mismo; Gayo Junio, quiero que conozcas a Valeria Heladia tal y como yo la conozco. Ambos estaban algo ebrios y la relación sexual se realizó casi como uno de tantos juegos. Pero, ¿estaba igualmente ebrio Basilio Rufo o más bien fingía estarlo mientras les contemplaba como se contempla a dos muchachos practicando lucha? Eso es, había dicho con alegría un tanto forzada: el calor y la dureza son las dos cualidades que más aprecian las mujeres en el despliegue de nuestra virilidad. Y también, a modo de broma: lo único que les falta a las mujeres para ser superiores a nosotros es un pene. El caso es que había un toque de tensión no ya en su sonrisa sino en su mirada, algo que no contribuyó a disipar la sensación de incomodidad que poseía a Junio, no menos, probablemente, que a Valeria Heladia. ¿Cuál hubiera sido, por otra parte, la reacción de Fulvia, de haber estado presente en la fiesta?

No obstante, si este hecho tuvo el valor de un hito en la relación de amistad que unía a Junio y a Basilio Rufo, considerado en su contexto, no era sino un motivo más del hastío que se apoderaba de Junio, que le hacía sentirse cada vez más alejado de la vida social romana. Lo que en el curso de una fiesta cualquiera o de las ferias organizadas por Basilio Rufo tanto parecía excitar a los invitados, a él le producía accesos de tedio y hasta de disgusto que debía esforzarse en disimular. La duda era Basilio, saber si a Basilio no le sucedía otro tanto, dado que, si alguna vez parecía llevado a un estado similar al de trance, era cuando podía dar rienda suelta al trastorno que cíclicamente le dominaba, como si, más que por sus actos, se hallase dominado por sus fantasías. Pasada la crisis, cuando buscaba la compañía de Valeria Heladia para con ella escapar al agobio de las bromas y chismes habituales, resultaba inevitable preguntarse qué podía hallar de atractivo en el cuerpo de aquellos siervos y gladiadores a los que se entregaba con el fervor de una voluntaria víctima propiciatoria.

En definitiva, tampoco había una diferencia de grado tan llamativa entre sus fantasías y alguna que otra práctica erótica que súbitamente se ponía en boga, como la técnica cuyo conocimiento permitía que dos hombres penetraran simultáneamente a la misma mujer, cuestión de encontrar la posición adecuada en intrincado abrazo. Prácticas a las que las jóvenes romanas se entregaban como si de una competición se tratase, celebraciones en las que, por otra parte, había sido aceptada la participación de prostitutas y esclavos, intrigadas las jóvenes, más que simplemente estimuladas, respecto a las prostitutas, en su ignorancia de si éstas hacían las cosas por dinero o porque les gustaba hacerlo. Costumbres en las que, al igual que en el afeminamiento cada día más frecuente entre los

muchachos, Tácito distaba mucho de ver una manifestación de salud de la sociedad romana, un juicio en el que probablemente llevaba razón.

Al margen de cuál fuera el corazón del problema de Basilio Rufo, de los trastornos que pudieran aquejarle, la sensación que poseía a Junio de estar representando permanentemente un papel, de puro al margen que llegaba a sentirse en relación al círculo de sus amistades, era algo que, incluso de forma diluida, sólo se atrevió a exponer a Fulvia, y no sin temor de no ser correctamente entendido. Similarmente, necesidad de fingir un entusiasmo que no sentía ante cuanto la gente habitualmente manifiesta entusiasmo, espectáculos, celebraciones, homenajes y demás acontecimientos sociales de relevancia. Una artificialidad en el comportamiento que sólo se veía alterada en contadas ocasiones, todas ellas con motivo de la exaltación sincera casi siempre vinculada a la verificación de un triunfo personal.

Acomodare corpore vestum. No creas que pretendo halagarte, Fulvia, si te digo que tú eres lo único que echo de menos en Roma. La simple brisa de alta mar se basta, casi parece, no bien la costa se ha perdido de vista, para despejar las tristes reflexiones que en Roma me abruman, y levantar mi ánimo lo suficiente como para hacer frente a la rutina diaria con la alegría recuperada. El pensamiento me aproxima sorprendentemente a los lugares que ya conozco, como Alejandría, que ahora se me figura haber abandonado ayer, y me hace imaginar los que no conozco, el misterioso Mar Rojo, Judea, Siria, sitios de los que no tengo otro dato que lo que de ellos me han contado.

La compañía de Tácito durante una buena parte de la travesía, ha supuesto para mí un estímulo añadido, ya que no me sentiría más identificado con su pensamiento si fuera él una creación mía o, dicho con más modestia y realismo, si fuera yo creación suya. Lo cierto es que sus consideraciones me llevan con frecuencia a planteamientos que yo nunca me había hecho, y eso en los ámbitos más diversos; desde la incidencia del precio excesivamente alto de los esclavos en el descuido de las fincas y la decadencia de la agricultura, hasta los problemas que afectan actualmente a las herencias y a la repercusión de esos problemas en la progresiva falta de interés de los romanos por la suerte de sus descendientes.

A su entender, la moral privada ha dejado de ser superior a la moral pública, y este hecho le merece una valoración muy negativa. Malo es que pocos hombres públicos se hallen limpios de corrupción, apropiación indebida y cohecho; peor aún que similar despreocupación se haya extendido al horizonte de gran parte de las familias romanas, que se limitan a vivir al día. En virtud de una especie de fenómeno imitativo, los vicios introducidos por los emperadores a partir de Tiberio se han extendido a la totalidad del cuerpo social, y en las fiestas de las grandes familias no menos que en las de los nuevos ricos, han sido introducidos libertos y hasta esclavos, así como gladiadores, prostitutas y gente de teatro. El ideal del hombre, Junio, me dijo, sería sin duda que la mujer que amamos tuviera dos cuerpos: el uno para darnos hijos, el otro para compartir placeres. Lo malo es que la síntesis a la que hemos llegado no es, no ya ideal, sino ni tan siquiera deseable: esposas que son prostitutas. Y si digo que es malo, lo digo, no para referirme al hecho en sí, a la disipación de fuerzas y talento que tal situación supone, a la reducción del objetivo de la propia vida, tanto para mujeres como para hombres, sino a sus consecuencias en los órdenes más diversos, incluidos los que afectan a la moral pública y a la actividad política, ya que todo se halla íntimamente relacionado, ya que todo es causa a la vez que efecto.

Tomemos, por ejemplo, la inseguridad política, superior a la inseguridad callejera, como bien lo demuestra el hecho de que la gente suela temer más al guardia que al criminal. Así vemos que la culpa está en el guardia, pero también en la gente. Y si la

gente no reacciona como es debido, veremos que la causa está en la defectuosa educación recibida, una educación manifiestamente incapaz de formar moralmente a nadie. Por otra parte, no es sólo el contenido del conocimiento -esto es, su ausencia- lo que falla, sino también el estilo con que ese conocimiento es expresado. Hace sólo unos años nos sentíamos orgullosos del estilo nuevo que habíamos forjado frente al tradicional, al de Cicerón, y veíamos en la asimetría expositiva lograda la más expresiva fuerza creadora. ¿Qué podemos decir hoy de nuestros jóvenes, de la capacidad retórica que día tras día ponen de manifiesto? Pues lo peor no es que no sepan escribir, sino que ni tan siquiera sepan hablar con un mínimo de elocuencia. Y hasta la pronunciación, la propia fonética del idioma se está viendo alterada, y con ella, incluso el timbre de voz. A este paso, el habla de los romanos pronto será otra.

Capítulo VI

A Fulvia. Espero que, a la llegada de esta carta, tú y todos los tuyos estéis bien tanto de salud como de ánimo. En casa, todos bien, si exceptuamos las molestias que la naturaleza produce en la mujer entrada en la cuarta década de su vida, molestias que mi madre se resiste a aceptar, con un rechazo que inevitablemente supone un alto costo en mal humor, que no es la única en sufrir. Vista la situación, he decidido prolongar mi estancia en Ostia un par de días más, ya que mi presencia parece calmarla, no sólo cuando estoy a su lado, sino que también, en su recuerdo, durante cierto tiempo después de mi partida.

Si nuestra salud es buena, no puede decirse lo mismo, lamentablemente, de nuestro estado de ánimo; la desgracia que de un tiempo a esta parte parece ensañarse con Roma impide que, en el curso del día, el sentimiento de pesar no prevalezca sobre cualquier otro. El motivo principal de tal sentimiento ha sido la noticia de que Basilio Rufo fue asesinado apenas dos semanas antes de mi regreso. Se sabe, como ya es habitual, que sus ejecutores eran soldados y que lo hicieron de noche, interceptándole cuando regresaba a casa, en el camino bordeado de olivos que discurre por la propiedad familiar. No se sabe, en cambio, de quién partió la orden ni, a decir verdad, tiene demasiada importancia. La estocada infamante que entre las nalgas recibió su cadáver tendido boca abajo es ya en sí misma una rúbrica. Tampoco se conocen y tampoco importan ya las razones que puedan haber provocado semejante crimen. Sólo la curiosidad me impulsa todavía a preguntármelo. ¿Se habría convertido tal vez en sospechoso de conspiración un hombre como Basilio Rufo, que si había elegido ser soldado antes que aspirar a una carrera de mayor significación política fue por su voluntad de no dar orden a sus subordinados que no hubiera recibido previamente de sus superiores? ¿Se quería castigar con su muerte una conducta moralmente reprochable? Cabe incluso considerar una tercera opción, mezcla de las dos anteriores: que su desenfreno sexual -que jamás interfirió la alta estima de que gozaba en la guardia pretoriana- fuera interpretado como una forma de emular a los césares y, llegado el caso, de soñar en suplantarlos, haciéndose así reo de un crimen netamente político. Podría reforzar esta explicación la realidad de que, si bien Rufo no era hombre de conspiraciones, tampoco lo era de adulaciones, y eso, en determinados círculos ya es motivo de sospecha más que suficiente. Seguro de tu dolor, le hice ya partícipe del de ambos a Valeria Heladia cuando pasé por Roma; el temple que la distingue le ha hecho reaccionar de forma tal que, en todo momento, la serenidad se impone en ella a cualquier acceso de desconsuelo u odio.

La relación entre los sueños de Basilio y su desenfreno sexual, existe; sólo que no sería yo el que los vinculara con ambiciones de poder de ninguna clase. Recuerdo a este respecto que, en una ocasión, me confesó que cuantos actos realizaba en sus trastornos los había soñado previamente, de forma que en sus fiestas no hacía sino poner en

práctica lo que previamente había presenciado en sueños, por lo general cuando se encontraba en el campamento. El carácter de tales sueños siempre me ha sorprendido, ya que difieren grandemente de los míos, que, más que carácter de anuncio -caso singularísimo-, suelen referirse a mi pasado, sea remoto, sea próximo, aunque con frecuencia los nombres de las personas no correspondan a sus rostros, y las extravagancias sexuales haya que remitirlas a la época en que ya deseaba a las mujeres sin poseer, no obstante, experiencia real alguna. Y es que, habitualmente, la indiferenciación sexual propia de la adolescencia, desaparece cuando se establece un trato regular con mujeres. Únicamente los onanistas, las personas que, lejos de abandonar una práctica propia de la infancia, persisten en ella, se ven llevados por su imaginación al terreno de lo inalcanzable y, frustrada la posibilidad de hallar el desahogo sexual adecuado, se entregan con frecuencia a fantasías y obsesiones enfermizas, peligrosas no sólo para él sino para cuantos le rodean. Por otra parte, el carácter incontinente y precipitado de sus orgasmos hace difícil y hasta indeseada una relación sexual estable con otra persona, convirtiéndose en un factor de aislamiento que tarde o temprano repercute en la personalidad y el comportamiento. Con frecuencia me he preguntado si no sería ése el problema de fondo de Basilio Rufo. Y es que los espectáculos que montaba cuando algún acceso perturbaba su mente, los había incubado durante sus estancias en el campamento, y sólo el trato regular con Valeria Heladia lo devolvía a la normalidad, igual que cuando tras un chaparrón escampan las nubes.

A falta de augurios nefastos o de sueños significativos, pienso consultar a una pitonisa griega que, por la fama alcanzada en Roma, hace innecesario el viaje a Delfos. Hay que concertar la cita con anticipación -tanto es su éxito-, pero como el asesinato de Basilio Rufo no ha sido la única mala noticia recibida, estoy a la espera de conocer en qué fecha podrá atenderme en su consulta. Corren malos tiempos, y desearía saber si la desgracia que se abate sobre Roma es susceptible de afectarme también a mí. Y es que la otra mala nueva, aunque llegada de lejos, no por ello ha dejado de herir mis sentimientos, ni de hacerme meditar acerca de algunos aspectos y de algunos usos de la vida pública romana a los que tal vez estamos en exceso habituados. Se trata de Verónica, una joven judía de la que ya creo haberte hablado anteriormente, pues mi amistad con ella data de la primera vez que visité Alejandría en calidad de cuestor militar. Una mujer con las dotes de inteligencia, sensibilidad y capacidad de decisión que caracterizan a las mujeres de su raza que no acatan el papel sumiso que las tradiciones les atribuyen, una actitud independiente que ineludiblemente la enfrentaba a las jerarquías de su comunidad, así como a las sectas sofistas y fanáticas. Sólo que no ha sido nadie de su comunidad, sino el gobernador, quien mandó arrestarla y someterla a tormento, inducido sin duda por algún delator. Lo que en este caso se desconoce es el contenido de la acusación, así como su resultado, es decir, si fue hallada culpable o inocente. Lo único seguro, que fue vendida como esclava a un comerciante númida, no aclaró demasiado las cosas en un sentido o en otro. Este detalle me hace confiar, no obstante, en que sus verdugos no se encarnizaron de forma irreparable con su cuerpo, guiados por la idea de que el precio pagado por el númida se hubiera resentido si la mercancía que le iban a ofrecer estuviera

deteriorada. Lo que sí averiguaron es que su verdadero nombre no era Verónica sino Susana. Pero, ¿es eso un delito? También yo soy conocido por un gentilicio que no es el de mi padre sino el de mi padre adoptivo. Y ella, precisamente por su condición de judía, tal vez estaba interesada en utilizar un nombre que la desmarcase de una gente tan conflictiva. Si al ser informado de los hechos me pregunté, de primera intención, que quién podía desearle algún mal a una persona como ella, pronto tuve que convenir que tanto a ella, como a ti, a mí o a cualquiera, hay montones de enemigos cuya existencia en ocasiones ni tan siquiera sospechamos, que sin lugar a dudas nos lo desean. Lo grave, no obstante, no es que exista el deseo, sino que pueda ser satisfecho con tanta facilidad.

Quisiera tener noticias tuyas lo más pronto posible. Ninguna, sin embargo, como tu propia presencia en Roma.

La entrevista. También en una reciente entrevista salió a colación el tema de los tres hermanos. Una cuestión que no por inevitable deja de resultarme incómoda, no menos, me imagino, que a ellos, especialmente a Juan, ya que José Agustín es por naturaleza más hablador; de ahí que, usualmente, tienda yo a zanjar el asunto con algún juicio de carácter general. En esa ocasión, sin embargo, tras la publicación conjunta de tres entrevistas realizadas por separado, cuyo contenido, más bien errático, revelaba importantes contradicciones en las respectivas respuestas de cada uno, la pregunta era poco menos que obligada. Yo mismo, por más que ya esté habituado, no dejo de sorprenderme a veces al leer determinadas declaraciones de mis hermanos. Y lo que más llama mi atención no se refiere a las discrepancias que puedan darse acerca de hechos y acontecimientos reales, comprobables objetivamente, pero que alguno parece haber olvidado, o incluso, que considera de carácter imaginario; lo que más llama mi atención es el contraste entre las interpretaciones que da cada uno a otros hechos cuya realidad nadie cuestiona, es decir, la falta de comprensión del fenómeno que con ello alguno de nosotros pone de manifiesto. Pues el problema es, no ya de conveniencia, sino de significado, de entender ese significado antes que de modificarlo a voluntad, como si de un hilo argumental de ficción se tratase.

De hecho, esas discrepancias relativas al mundo familiar son las únicas susceptibles -en la medida en que se refieren a una experiencia común- de que cada uno se sienta personalmente atañido cuando surgen, ya que las diferencias en cualquier otro terreno, siendo como somos tan distintos, se dan por supuestas. Tal disparidad de posturas respecto al medio familiar no ha existido siempre; no existía, por ejemplo, en los años de infancia y adolescencia. Tampoco puede decirse que la postura propia de cada uno haya sido siempre la misma. Así, mi actitud hacia ese medio no ha hecho sino suavizarse con el paso del tiempo, según la reticencia inicial se iba trocando en comprensión. La de Juan, en cambio, ha experimentado la evolución inversa, y el tono ya de por sí acre que la caracterizaba, dio paso bruscamente a una actitud de rechazo radical cuando empezó a trasladar a la familia reproches equivalentes a los que años antes, en sus obras de ambientación marroquí, había proyectado sobre España. José Agustín, por su parte, como si deseara reparar el deterioro causado por Juan en la imagen de algunos miembros de la familia, les ha ido atribuyendo una serie de rasgos que, si carentes de toda base real, representan, a sus ojos, una especie de eximente, de pliego de descargo. La principal diferencia entre la posición de uno y otro radica en que, si la de Juan respondía a un objetivo, la de José Agustín no, como no sea, en su misma gratuidad, el de alcanzar un difuso sentimiento de autodisculpa.

Las relaciones entre hermanos, al no tener carácter electivo como las de pareja, ni estar condicionadas por la dependencia o el antagonismo de las paterno-filiales, suelen diferir

considerablemente de un caso a otro, más irregulares y variables en su planteamiento, más sometidas a altibajos en su desarrollo. De ahí que esas relaciones puedan discurrir de un modo a la vez distante y cordial durante toda la vida. Aunque también hay hermanos estrechamente vinculados por lazos de genuina amistad. O, por el contrario, separados con enconada hostilidad por motivos en apariencia tan fútiles que no cabe entenderlos más que como expresión remota, consciente o no, de recónditos celos de infancia. En nuestro caso, contra lo que a primera vista pudiera parecer, la relación ha sido siempre escasa, en parte por diferencias de carácter y en parte por razones objetivas. Estas últimas ejercieron un influjo decisivo en el curso de mis primeros años, cuando nuestras respectivas edades creaban distancias insalvables que nos aislaban a unos de otros, ajenos por completo a ese espíritu de equipo, cuando no de tribu, que suele darse en el seno de determinadas familias, especialmente si son numerosas. Ni siquiera acontecimientos que, aunque con matices diferenciadores, nos afectaron a todos, la muerte violenta de nuestra madre por citar el más obvio, propiciaron un acercamiento; muy al contrario: convertido tácitamente en tema tabú, más bien contribuyó a ahondar el vacío que separaba a uno de otro. Aunque su desaparición había sido teóricamente asimilada, una cosa es la aceptación del hecho en sí y otra muy distinta la identificación de sus repercusiones indirectas en los terrenos más diversos del comportamiento. En la práctica, nunca hemos hablado de este tema ni de problema alguno de fondo relacionado con el ambiente familiar en el que crecimos. El problema sólo surgió después, a partir de juicios formulados a posteriori, tras la muerte de cuantos, aparte de nosotros, habían formado parte de este ambiente.

Tradicionalmente, donde hay varios hermanos, el papel principal corresponde al mayor, al primogénito. Sólo merced a la imaginación popular se ha creado una tradición paralela en torno a la figura del menor, del benjamín, que en gran número de narraciones y leyendas se constituye en verdadero héroe de la historia, en salvador de sus hermanos, cuando no del pueblo entero. Tal subversión de los papeles oficialmente establecidos responde principalmente al afecto que en toda familia suele rodear al menor de los hijos, al pequeño, una figura que, conforme un significativo vuelco en la valoración jerárquica, es convertida en *el rey de la casa*. En nuestra vida familiar, ninguno de tales esquemas llegó a ser propiamente válido. Si por un lado jamás me sentí arropado por la consideración de rey de la casa, quién sabe si debido a que la coincidencia de mi aniversario con el de la muerte de nuestra madre hacía de la fecha una fecha funesta, por otra, José Agustín no era sino un falso primogénito, y tal equívoco por fuerza tenía que afectar la estabilidad de su posición. El verdadero primogénito había muerto a los ocho años de edad, y Marta, la segunda, llevaba tres a José Agustín, un Primus que, desde cualquier punto de vista era un Secundus, cuando no un Tertius. Y si de un *rey de la casa* puede hablarse, el papel correspondería sin duda a Juan, pues aunque yo sea el menor definitivo, el Firmus, también él fue *el pequeño* durante los cuatro años que separan su nacimiento del mío. Si José Agustín nació al poco de morir Antonio y la tristeza producida por esa muerte gravitó sin duda sobre su primera infancia, Juan, nacido tres años después, dicharachero, divertido y de ojos que a mi padre le hacían

pensar en los de mi madre, se convirtió en el preferido de ambos. Había nacido, además, una noche de Reyes, hecho que indudablemente contribuyó a reafirmar su singularidad, tanto a ojos de la familia -lleva el nombre de Melchor, además del de Juan y el de Ramón- como, en particular, a los suyos propios. Lógicamente, mi aparición no podía sino contrariarle, y cuentan que su primera reacción al verme fue darme un buen pellizco para comprobar *si era de carne*. A los pocos meses, según mi ama de cría, una de mis piernas tuvo que ser escayolada a consecuencia de una torcedura producida mientras jugábamos en el jardín.

¿Son intercambiables los papeles tradicionalmente atribuidos a cada hermano de acuerdo con el orden en que han ido naciendo? A mi entender lo son, tanto más cuanto que esos papeles no suponen otro condicionamiento que el que convencionalmente se les quiera otorgar. Así, en más de una ocasión me ha correspondido el papel de *mayor* simplemente porque había que tomar tal o cual decisión que nos atañía a todos y yo asumí la responsabilidad de hacerlo. Más importancia que semejante atribución de papeles suelen tenerla determinadas reglas generales de fácil comprobación, como el hecho de que los hermanos menores conozcan mejor a los mayores que éstos a aquéllos, toda vez que llevan observándoles mucho más tiempo. Otra regla general altamente ilustrativa es la que se deriva de la correlación entre las fotografías de cada hermano a lo largo de los años y los cambios o la ausencia de cambios en su personalidad eventualmente registrados. Mientras Marta y yo, por ejemplo, somos perfectamente reconocibles en cualquier punto de esa serie de instantáneas que reflejan el paso del tiempo, idénticos los rasgos en sus líneas maestras a los de la primera infancia e idéntica la involuntaria inexpresividad que tanto exaspera a los fotógrafos, en José Agustín lo más permanente es su tendencia a la sobreactuación, a interpretar un personaje determinado que varía según el caso. Y en lo que se refiere a Juan, lo que aflora es, no una personalidad, sino cuatro o cinco, que se suceden consecutivamente, dificultando la identificación de una imagen cualquiera con cualquier otra perteneciente a períodos anteriores.

Delfos (fragmento). El significado de la predicción no podía ser más oscuro. Una oscuridad sin duda premeditada, toda vez que la pitonisa no era capaz, probablemente, de dar mayores precisiones, como tampoco lo es el estratega cuando interpreta el mapa de un territorio que desconoce. Decir que la tierra que pisaba Junio se vería iluminada por un sol salido del oeste, ni tan siquiera dejaba en claro si se trataba de un vaticinio personalizado, o si, a través de Junio, hacía referencia al destino de Roma. Por otra parte, con independencia de la identidad del destinatario, que el sol saliera por occidente no constituía forzosamente un mal presagio. ¿No podría ser señal, acaso, de todo lo contrario, esto es, de un renacimiento? Los augures se equivocaban a veces, por más que luego sólo fueran recordados sus aciertos. ¿Habían estado acertados, por ejemplo, al asimilar la aparición simultánea de tres soles a otros augurios en verdad nefastos, como la súbita presencia de un ave negra sobre el Capitolio o los temblores de tierra, anuncios, a su entender, del régimen de tiranía que iba a suponer la llegada del nuevo príncipe? ¿No podrían significar los tres soles que, pasado precisamente este período de tiranía, el sol de Roma iba a brillar aún por tercera y tal vez última vez desde su fundación? Al igual que ante los sueños, ante un acontecimiento de cualquier género había que huir de las interpretaciones excesivamente literales, tener conciencia de que una mala cosecha era, en principio, simplemente una mala cosecha. Es decir: que una mala cosecha, más que un signo de algo, es el resultado de una serie de factores que nada tienen de prodigioso, salvo que sea justamente en ellos donde se registró el prodigio. Un terreno peligrosamente próximo al de las supersticiones populares, de especial arraigo entre los campesinos. Una salamandra cae en el recipiente de la leche y muere un niño. El salivazo de la salamanquesa, que provoca la caída del pelo. El de los sapos, aún más venenoso, especialmente si son sapos de panza amarilla. Y las púas de los erizos y la maldad destructora de los topos. Pues, del mismo modo que el árbol preferido por el campesino es el que ha convertido en leña, la práctica totalidad de animales no comestibles que le rodean resulta ser dañina. Y así, siendo dañinos, pueden matarlos, que es lo que el miedo que padecen, fundado en la ignorancia, les impulsa a hacer. Inútil será pedirles que observen a la libélula saliendo de su envoltura o a la mariposa de la crisálida, cuando ni comprenden que la misma abeja que produce miel sea capaz de picarles, aunque al hacerlo muera. Ven tan sólo una abeja, no la colmena. ¿Qué reacción cabía esperar de ellos ante un sol que sale por occidente? Decirles que si nada termina

Fragmento (comúnmente denominado «La Columna Trajana»). En pocas ocasiones se había sentido tan seguro de algo -en definitiva de sí mismo- como aquella tarde en casa de Drusila, en el curso de una de esas veladas que la anfitriona gustaba organizar con la participación de interlocutores cuidadosamente seleccionados. Se diría que según Junio exponía sus ideas, éstas cobraban entidad propia y, más que representación de un objeto, eran el objeto representado, así de tangible. La sensación que le poseía de haber encontrado su propia voz mientras Drusila le escuchaba inmóvil, las manos contra la cara como si pretendiera exprimir los años acumulados en sus rasgos, entre dos mechas de cabello gris. No estaba seguro de que ni Drusila ni los restantes invitados le hubieran entendido, como tampoco la propia Fulvia, cuando se expresó en similares términos durante la visita que habían hecho a Valeria Heladia, predispuesta como estaba, llevada de una fe sin límites, a dar por bueno cuanto él dijera. De hecho, y pese a ser fruto de largas reflexiones las ideas expuestas, sólo al exponerlas ante Drusila parecieron acabar de cobrar cuerpo, para quedar definitivamente fijadas, precisadas en su exacto alcance cuando, al volver a casa, las transformó en texto escrito. Una escritura que tenía poco que ver con el acto de escribir, no ya para uno mismo, sino para un público determinado, a la manera de los oradores.

El hallazgo de la propia voz, una voz que, lejos de ser dominada, se impone, domina y, a su dictado, la mano escribe. Había llegado a este punto tras un largo período de estudio del pensamiento pitagórico; pero no era consecuencia del pensamiento pitagórico, al que sólo se había aproximado en su búsqueda de una alternativa a las limitaciones de la filosofía estoica. Ante todo, la convicción de haber estado tanteando una nueva forma de expresión, un tipo de creación literaria distinta de cuantas hasta entonces parecían haber sido ensayadas. En suma, llegar a expresar con palabras lo que filósofos, historiadores, retóricos, dramaturgos y poetas no acertaban a expresar: algo que sea, no imitación de la realidad, sino expresión autónoma de esa realidad, un algo, que en ocasiones, y con otro lenguaje, determinados pintores han logrado en sus frescos. Obvio, en semejante planteamiento, el papel clave de la metáfora, esencia misma del lenguaje literario, que procede por analogía, frente al pensamiento filosófico. Necesidad también, a diferencia de lo que sucede en la formulación filosófica, de distinguir el concepto de significado del de mensaje, ya que ese lenguaje literario tiene un significado pero no es un mensaje, ya que tal expresión literaria carece de un destinatario concreto y el valor de su contenido no es unívoco, previo no ya a su autor sino a la propia escritura.

Una singularidad a la vez irrepetible y susceptible de trascenderse a sí misma. Equiparable, si se quiere, al orgasmo, como pretendía Basilio al hacer una realidad de sus ensoñaciones sexuales, sus pentágonos, sus coronaciones, pero en modo alguno confundible con el orgasmo ni tan siquiera en su modalidad más profunda, la fusión

amorosa. El impulso que en un caso conducía a la creación de un ámbito objetivo, en el otro podía conducir a la disolución del alma, al trastorno, en quien, asumidas todas las similitudes, no supiera distinguir una forma de trascendencia de la otra.

Componer un relato en forma de intercambio epistolar donde uno de los interlocutores fuera ficticio y el otro, el propio Junio. ¿Sería menos real por ello, para un eventual lector, la ficción resultante? ¿No haría de ese eventual lector referencia real última del conjunto, a la vez que parte integrante de la ficción?

Los tres soles (párrafos finales, probablemente, del Libro III). Las esperanzas puestas en el nuevo príncipe habían llegado cuando todo en Roma parecía ser señal de declive. Empezando por el concepto mismo de Roma, un imperio cuyos límites debían coincidir con los del propio mundo. ¿Era ésta verdaderamente la mejor solución no ya para los pueblos bárbaros sino para la propia Roma? Pues empezaba a ser evidente que en provincias asimiladas hacía largos años se estaba produciendo una reacción localista de carácter reductor por lo rústico y recesivo que era aquel reaflorar de costumbres primitivas y por los dejes dialectales de su lenguaje, que alteraban tanto la recta pronunciación como hasta los rasgos de la fisonomía de las gentes y la justeza de sus maneras. No había que viajar a provincias fronterizas para comprobarlo; en algunos casos, ese rebrote de tosquedad y torpeza era observable en provincias bien próximas. ¿Pasaba de ser algo más que una ilusión pensar que algún día tanta pieza heterogénea se iba a soldar en un todo coherente?

Había un hecho indiscutible: los mejores hombres, los dirigentes más capacitados en los terrenos más diversos, desde el militar hasta el de las letras, provenían hoy de las provincias. Pero eso, más que un elogio de las ciudades provinciales, era un descrédito más que añadir a la lista de vicios endémicos que distinguían a la ciudad de Roma, cuya capacidad corruptora se incrementaba en razón directa al grado de proximidad, por lo que los primeros en sucumbir eran sus propios hijos. Inútil, ni que decir tiene, el intento generalizado, tanto por parte de las viejas familias patricias como de los comerciantes enriquecidos, de escapar al contagio instalándose en el campo y restablecer así la antigua convivencia del pueblo romano con la naturaleza: la corrupción les acompañaba, y sus villas y mansiones no hacían sino acentuar, por contraste, la decadencia de la vida rural, un ámbito del que, por otra parte, no sabían una palabra. La agricultura, que en el pasado había constituido la riqueza más sólida de Roma, era hoy una actividad esencialmente enferma, y tanto los propietarios que en el campo no buscaban sino esparcimiento, como los siervos, a cuyas manos había sido confiado el cultivo de la tierra, degradaban sus vidas, al compás, se diría, de la degradación de los cultivos.

El papel negativo de los siervos en lo que al campo se refiere, donde, aferrado cada uno a su trozo de terreno, practicaban una agricultura poco más que de subsistencia, era equiparable al de los esclavos en el conjunto de la sociedad romana. Y no porque su precio los convirtiera en un bien de lujo, por encima de las posibilidades de muchos amos, sino porque ese elevado precio, y aunque no existiera una relación causa-efecto, constituía un fenómeno paralelo a su creciente protagonismo en actividades de todo género, que les otorgaba, en la práctica, poderes superiores a los de muchos ciudadanos libres. El buen funcionamiento, no ya de la economía sino de la sociedad, no podía dejar de resentirse de sus tretas, sus astucias, las malas jugadas y zancadillas que, insolidarios y

mal intencionados, se hacían los unos a los otros, guiados todos ellos por la intuición de que los fallos de los demás les beneficiaban ante los amos, y de que, más que una tarea bien realizada, lo que les favorecía era que esa tarea se prolongase, que permaneciera pendiente de ser completada el máximo tiempo posible. Más aún: la convicción de que su interés personal residía en que las cosas fueran moderadamente mal a sus amos, ya que así su papel se crecía, siempre que la situación no se agravara hasta el punto de que corrieran el riesgo de ser vendidos a unos amos acaso peores o, sencillamente, menos manejables; el ideal, que los amos sean viejos, sin familia próxima y que dependan del esclavo en la medida en que no sepan una palabra de la función que a cada uno le ha sido encomendada. Cuando un esclavo se muestra obsequioso en demasía es preciso recelar ya que con tal actitud compensa alguna mala pasada que nos ha hecho o que nos piensa hacer. Jugarretas en cierto modo irremediables, consustanciales a su condición como las flatulencias dignas de una vieja yegua puedan serlo a la persona excesivamente aficionada a las legumbres.

Un panorama general sombrío en el que no faltaban aquí y allá puntos de luz. Sólo que esa realidad vivificada por el juego de luces y sombras que se ofrecía ante Junio, era una incitación a jugar no tanto el papel de autor cuanto el de personaje, especialmente ahora que escribir había dejado de ser sinónimo de conspirar. Dar expresión escrita de esa sociedad romana en una semblanza centrada en las fuerzas que hacían aflorar esas luces y esas sombras, impulsos que sobrepasaban el ámbito de la persona concreta, personas concretas que no tenían por qué coincidir forzosamente con la figura que detenta el poder ni con la de sus representantes oficiales. ¿Qué importancia tenía que tal o cual acontecimiento fuese atribuido a Pisón, Claudio, Agripa o Mesala? Los nombres de las personas eran intercambiables como lo eran sus actos. Lo verdaderamente interesante era la fuerza que había movido a un hombre que respondía a tal o cual nombre a realizar precisamente ese acto.

Lo cierto era que la velocidad con que se producían nuevos acontecimientos tras el asesinato de Domiciano y el clima de incertidumbre en que se producían, actuaban sobre Junio más como acicate que como freno. Una precipitación de novedades tanto en el terreno público como en el privado que, si a muchos acobarda, a otros dinamiza hasta extremos próximos al trastorno, al delirio de grandeza. La peligrosa impresión de que su nombre circulaba en las altas esferas, de que, para bien o para mal, se estaban tomando decisiones que le concernían. Impresiones, por otra parte, a las que la realidad daba respaldo, como bien lo atestiguaba el hecho de que le hubiera sido propuesto el cargo de procónsul en Asia, un nombramiento que, sin duda, unía la gloria a un alto grado de riesgo. Pero no había opción. ¿Cómo dar expresión escrita de esas intrigas tanto políticas como domésticas sin haberlas conocido personalmente? Tampoco había permitido que el consejo de Apolodoro, el sirio, inhibiera su conducta cuando le dijo: guárdate, Junio, de las mujeres que rondan la cuarentena, tras cuya sonrisa receptiva no suele esconderse sino el rencor y el odio que se derivan de los fracasos obtenidos, de los éxitos que ya nunca obtendrán. Había consultado con Vicia, la astróloga de ojos ni gris ni ámbar, como de ciega de puro claros, y tal vez por ello más convincente y más precisa que sibilas y

pitonisas: su horóscopo había sido favorable. Que el sol, así pues, naciera del poniente.

Vestidos y papeles. Mis primeros recuerdos apenas guardan relación con mis hermanos, cuya presencia, más que elemento visual, es simplemente un dato que conozco. Sé que Pepe se está deslizando en trineo por una pendiente nevada o que Juan me acompaña en alguna incursión exploratoria en busca de las armas y los objetos de todo tipo que aquellos días solían encontrarse en las proximidades de las casas abandonadas por civiles y militares republicanos en su retirada. Esos recuerdos se sitúan, durante la guerra civil y meses inmediatamente posteriores, en Viladrau, un pequeño pueblo de montaña. Mi propia presencia es poco más que la de una cámara fotográfica que recoge impresiones preferentemente visuales. El cabello rubio de Marta, por ejemplo, a la que reconozco entre un grupo de chicas que pasean. O la imagen de mi padre en cama, conectado a un sistema de tubos y botellas, de apariencia similar al gota-a-gota, que le drenaba el pulmón; o también mi padre en sus primeras salidas a la calle, con el sombrero y el abrigo puestos, protegiéndose el cuello con las solapas alzadas. O la visita de los abuelos, preparando el regreso a Barcelona, y la de un alto empleado de la fábrica, que trajo unos discos con los himnos que cantaban las tropas nacionales. Hay recuerdos, más hilvanados, que revelan la transformación de un grupo de refugiados en una especie de colonia veraniega. Por lo general se trata de impresiones desvinculadas de cualquier clase de sentimiento. Lo más parecido a un sentimiento era el recelo que me inspiraba un comercio próximo a la plaza de la iglesia, a partir del momento en que me enteré de que la esposa del propietario, el Resio, había muerto. Y, más fugaz pero más intensa, la sensación de sorpresa que me produjo, tras haber hecho bascular hacia atrás mi silla y dar con la cabeza contra el suelo del comedor, ver cernirse sobre mí un círculo de caras que me miraban con espanto.

Tampoco figuran mis hermanos en mis primeros recuerdos de la casa de Jaime Piquet. Sólo sé que me siguen mientras inspecciono el piso abriendo una puerta tras otra. Con parecida claridad recuerdo mi exploración del jardín y del contorno exterior. Junto al cementerio, Marta se ocultó tras una esquina y únicamente reapareció sonriendo al comprobar el susto que me había provocado al hacerme creer que me encontraba solo. Más inquietante resultó mi primera visita a Torrentbó tras el final de la guerra: la galería estaba llena de pollitos minúsculos y una mujer extremadamente pálida surgió del fondo del pasillo. Mi padre me dijo que me mantuviera lejos de ella, ya que estaba tuberculosa, por lo que habría que desinfectar la casa; se trataba de la suegra del administrador y, efectivamente, para cuando volvimos, tanto ella como su hija habían muerto. Es indudable que mis hermanos no andaban lejos, pero el recuerdo corresponde al de experiencias desarrolladas en solitario.

En líneas generales, la reducida presencia de los hermanos en mis primeros recuerdos refleja fielmente el grado de relación que mantuvimos durante la infancia. Con Pepe sólo

empecé a tener cierto trato cuando yo andaría ya por los dieciséis o los diecisiete años gracias a nuestra común afición a la caza. Con Juan, al ser menor la diferencia de edad, hubo más relación durante los primeros años, pero aunque con frecuencia saliéramos de paseo, ni a él le divertía mi compañía ni a mí la suya. En una ocasión, dando una vuelta por Torrentbó, me mostró un paraje próximo a la casa, un frondoso recoveco del bosque, al que él había bautizado con el nombre de El Jardín de Alá; yo no comprendí qué le encontraba de especial, ya que el sitio no tenía nada en común con lo que yo entendía por un refugio. El nacimiento de una prima propició el que fuera él quien me iniciara en los secretos de la reproducción sexual: el tío había soltado un liquidito en el *pipí* de la tía, que estaba junto al culo; los niños nacían al cabo de un tiempo por el agujero del pipí. Supongo que yo debía de ser muy pequeño, porque la explicación, aunque extravagante, no me interesó demasiado y no le di más vueltas al asunto. De hecho, aparte de las horas de las comidas y, en verano, de alguna que otra excursión, el único motivo de que los cuatro hermanos nos reuniéramos de vez en cuando lo constituían los juegos de mesa: naipes, parchís, una especie de *monopoly* llamado *palé* y el *ma-jong*. Juan era un pésimo perdedor y, cuando no perdía, Pepe se las arreglaba para hacerle llorar con sólo enarcar significativamente las cejas y dirigirle sonrisas malignas. Si habitualmente nos trataba con el desdén con que el mayor suele dirigirse a los peques, en Juan encontraba una especial vulnerabilidad y cuando, sin necesidad siquiera de ensañarse, lograba que su víctima reclamase a gritos la ayuda de nuestro padre, lleno de satisfacción le llamaba acusica. Y le recordaba que, de niño, era gordito, y que ceceaba, imitándole en su ceceo al decírselo. Eraz palpizota, decía.

Con todo, en aquella época, la relación entre Marta, Pepe y Juan era más estrecha que la de cualquiera de ellos conmigo en la medida en que, cuando menos, compartían recuerdos anteriores a la guerra civil, de los que yo quedaba al margen. También por razones de edad quedé al margen del desenmascaramiento del chófer de nuestro padre; es decir: la comprobación de que se había apropiado de algunas piezas de la cubertería de plata, hecho que Pepe y Juan pudieron atestiguar presentándose por sorpresa en su casa a la hora de comer, una operación que por aquel entonces me pareció deslumbrante y que sentí mucho haberme perdido. Si la relación entre ellos no se hizo más estrecha, supongo que fue porque a Pepe le gustaba jugar al fútbol y pertenecía tanto al equipo del barrio como al del colegio, mientras que Juan, en cambio, nunca practicó otro deporte que el patinaje, en el Skating Club, los domingos por la mañana, principalmente por una cuestión de alterne social. Juan estaba iniciándose en el dandysmo y lo que más le preocupaba era que su vestimenta -chaqueta y pantalón de golf de franela gris perla, calcetines y corbata de color granate- estuviera en consonancia con la de sus amistades. Al entrar en la universidad, no tardó en constituirse en centro de un nuevo círculo de amigos, progresivamente intercomunicado con el de José Agustín, quien, por su parte, era ya asiduo de una serie de fiestas y puestas de largo organizadas por diversas familias de nuevos ricos. Y no pasó mucho tiempo sin que Marta, hasta entonces algo descolgada, se integrase también en la vida social de sus hermanos, de la que el palco en el Liceo se convirtió pronto en piedra de toque. Me satisfacía verles arreglarse para salir -

ellos de *smoking*, ella de largo, luciendo las joyas de nuestra madre-, pero nada más alejado de cuanto entonces pudiera atraerme personalmente que este tipo de experiencias y ni cuando tuve edad para vestir de etiqueta se me ocurrió acompañarles ni una sola vez. También me interesaba lo que pudieran contar al día siguiente, toda vez que aportaban precisiones relativas a un mundo para mí desconocido y no tenía yo motivo alguno para poner en duda la veracidad de sus palabras. No me arriesgaría a afirmar lo propio respecto a lo que pudieran contar a sus amigos y amigas acerca de sí mismos y de la familia en general. Años atrás me había chocado que, al encontrarnos Juan y yo en un cine de barrio con un compañero de su clase, Juan le dijera que nuestra idea era la de ir al Kursaal, donde daban *La Policía Montada del Canadá*, pero que cuando telefoneamos para reservar asiento nos dijeron que no había sitio, y, mira, nos dio pereza seguir buscando en la cartelera; es decir, una historia en la que no había ni una palabra de verdad y que no tenía otro objeto que el de compensar el posible desdoro que en su estatus pudiera causar el haber sido visto en un cine de barrio. En lo que concierne a José Agustín, sobre todo a partir del momento en que se fue a estudiar a Madrid, su habitual espíritu de contradicción, unido a su tendencia a meterse en líos, le llevaban frecuentemente a situaciones en las que los límites entre realidad y fantasía, dentro de una generalizada atmósfera de exageración, se hacían en verdad imperceptibles. Yo escuchaba sus aventuras mientras se peinaba meticulosamente ante el espejo; si la rectitud de la raya trazada no era impecable, la trazaba de nuevo.

Acaso parezca a primera vista que las diferencias entre el modo de ser de cada hermano no han hecho sino agrandarse con el tiempo. Tal impresión es no obstante engañosa: las diferencias han existido siempre; lo que ha cambiado es la escala, el ámbito en que según la edad se han ido manifestando. Para apreciar su verdadera naturaleza, hay que tener en cuenta que, a la diversidad de nuestros respectivos caracteres, es preciso añadir la diversidad de la incidencia de determinados acontecimientos sobre esos caracteres ya de por sí diversos. Así, cuando se habla o escribe acerca de los tres hermanos, resulta poco menos que obligado evocar el influjo que la muerte de nuestra madre pudo tener sobre cada uno de nosotros. El hecho es incontestable, pero también lo es el que, lejos de constituir un caso poco menos que único, millones de contemporáneos nuestros, judíos, rusos, polacos, alemanes, ciudadanos del país que sea, han sufrido pérdidas similares cuando no peores. El especial realce que parece adquirir en nuestro caso se deriva exclusivamente de la consideración de la huella que el hecho, siendo como somos escritores, puede haber dejado en nuestras respectivas obras. Ahora bien: mientras la repercusión directa, patente por ejemplo en gran parte de los poemas de José Agustín, no plantea problema alguno en virtud de su misma presencia explícita, la incidencia indirecta es ya otra cosa, y hay extremos que, en ocasiones, hasta al crítico literario más avezado le pasan inadvertidos. Se trata de incidencias equiparables en todo a cualquier otro rasgo de la personalidad, ajenos en este sentido a un análisis puramente literario. Esa incidencia, es decir la fuerza con la que el hecho en sí afectó a cada uno, se acentúa en orden inverso al de edad, esto es, en orden inverso a la capacidad de comprensión por parte del niño de lo que la muerte significa; en este sentido, la incidencia más intensa, la

repercusión más profunda, me correspondería a mí. Un orden que se altera substancialmente en lo que se refiere a la muerte de Antonio, el primogénito, otro acontecimiento que afectó fuertemente a toda la familia, por más que ni siquiera sea conocido fuera de ese ámbito familiar. Es indudable que esa desaparición aumentó, por ejemplo, aunque en grado menor que la de nuestra madre, el protagonismo de Marta, que tenía entonces tres años, al convertirse de golpe en la mayor. Su repercusión sobre Pepe, cuyo nacimiento casi coincidió con la muerte de Antonio, fue por el contrario muy negativa, ya que por fuerza tuvo que notar bien pronto que no iba a ser él, con su llegada, quien hiciera olvidar a mis padres al hijo muerto. Me atrevería incluso a afirmar que es imposible comprender la vida y obras de José Agustín pasando por alto este hecho, la historia, en definitiva, de un niño que buscó llamar la atención y hacerse querer a fuerza de ser travieso. En lo que se refiere a Juan, Antonio fue simplemente una molesta sombra que en cierta manera empañaba su posición de hijo preferido; no es preciso ser un psicoanalista para interpretar la atracción que siempre despertó en él la figura de Ramón Vives, el tío-abuelo que actuó de agente de contagio al transmitir, antes de su propia muerte, el bacilo de Koch que, en forma de meningitis tuberculosa, se iba a cobrar la vida de Antonio. En lo que a mí respecta, nacido siete años más tarde, el único sentimiento que experimento al contemplar en las fotos su semblante de rasgos despejados, la inteligencia que brilla en sus ojos claros, es no haber tenido ocasión de llegar a conocerle.

En círculos familiares era poco menos que un lugar común la idea de que a Marta, en casa, le había tocado hacer de madre de sus hermanos a la temprana edad de catorce años. Tal vez contribuyó a ello el influjo de los estereotipos del cine entonces en boga, películas como *Mujercitas*, actrices como Shirley Temple y Judy Garland. Pero lo cierto es que tal impresión no respondía a la realidad ni siquiera en el caso en que más podía haberse notado, que era el mío. Ese papel respecto al más pequeño lo hizo suyo otra Marta, la abuela, con sus lecturas y su compañía, y posteriormente, guardando las distancias tal y como correspondía a una sirvienta, Eulalia. Marta se limitó a asumir el papel más o menos interesado de administradora de la economía familiar. Eso no significa que incluso ese papel de madrecita teórica no supusiera una verdadera conmoción en la vida de una persona que, como ella, hasta entonces, había estado jugando a vaqueros y a otros juegos más propios de chicos que de chicas. Me atrevería incluso a decir, por su forma de pasarme la mano por el pelo cuando había invitados, un gesto forzado y artificioso, que se le había llegado a crear cierta inhibición afectiva.

Sería no obstante completamente erróneo concluir, no ya que ese trato más bien distante me hacía desdichado, sino incluso que fuese a parecerme chocante o injustificado; para mí, faltó como me hallaba de cualquier referencia que pudiese recordar, la relación era del todo normal, y hasta podría decirse que apreciaba ese tono frío que la caracterizaba aunque sólo fuera por el contraste que significaba respecto a los achuchones y expresiones de cariño que con tan fastidiosa frecuencia me prodigaban las señoras relacionadas de algún modo con la familia. De hecho, Marta y yo nos llevábamos bien, y el resultado de que ella nunca hubiera intentado imponerse ni entrometerse en mi

vida no es otro que el de que yo no recuerde conflicto alguno que nos enfrentara por aquellas fechas. Y resultado de que, recíprocamente, yo tampoco me metiera en sus cosas, que por otra parte carecían de interés para mí, fue el hecho de que la aparición de chicos que la rondaban, de pretendientes, de novios, me pillara completamente por sorpresa. Tal vez pudo influir también en semejante reacción la realidad de que durante años la había visto salir fundamentalmente con las primas y alguna que otra amiga predispuesta a la soltería, de modo que, por inercia y pese a que obviamente era una mujer atractiva, me había ya habituado a considerarla al margen de cualquier relación sexual. Las únicas fantasías suyas de carácter erótico de las que hasta entonces tenía noticia se reducían a dos postales descubiertas por mis hermanos, que Pepe convirtió en recurrente motivo de burla. Una de ellas, escrita por la propia Marta y dirigida a sí misma, simulando ser una amiga francesa que la recordaba desde algún lugar de la Costa Azul, revela, en el fondo, una gran soledad. La otra, una foto dedicada de un actor italiano, creo que Rosano Brazzi, o tal vez Massimo Girotti, no es más que la respuesta a una previa petición de autógrafo. Única chica en una familia de chicos, su carácter reservado no la predisponía precisamente a confidencias. Paralelamente, su condición de mujer me impedía tocar ante ella ciertos temas de los que no hubiera tenido inconveniente en hablar con mis hermanos. Ella y yo, en consecuencia, nunca llegamos a tratar problemas íntimos y su personalidad sigue siendo para mí, en gran medida, la de una desconocida.

La dualidad que había presidido los años escolares de Pepe -los amigos del barrio, los amigos del cole- se mantuvo, aunque referida a otros contenidos, tras su entrada en la universidad y, sobre todo, a partir de sus cursos de estudio en Madrid, donde el trato con universitarios hispanoamericanos, escritores en potencia casi todos, reavivó su interés por la literatura. Y de igual modo que antes había intentado conciliar colegio y barrio, fútbol y puestas de largo, ahora intentaba conciliar su vocación poética con la natural tendencia a iniciarse en el mundo de los negocios que se respiraba en los círculos familiares de sus amigos de Barcelona. Como si el alejamiento físico le invistiera de cierta autoridad, la relación de triunfos propios, cuando volvía por casa, iba estrechamente ligada a su voluntad de entrometerse en todo y mangonearlo todo, los hábitos de la familia, los novios de Marta, la conveniencia de que también yo estudiase Derecho. Pero el blanco predilecto de su espíritu chinchoso lo constituían las primeras novelas de Juan, de las que se complacía en destacar, leyendo de viva voz, algunas de sus incoherencias sintácticas y semánticas. ¿Qué quería decir *El Mundo de los Espejos*?, preguntaba con sarcasmo, aludiendo al título de una de esas novelas que había merecido un premio para jóvenes narradores. ¿Cómo podía llevar alguien una magnolia en el ojal o sumergirse en la ducha? Y con el mismo júbilo que antaño ponía en su hostigamiento de hermano mayor a un hermano menor, no paró de ensañarse en la novela, que él llamaba *El Mundo de los Pellejos*, hasta que el propio Juan juzgó preferible darla por olvidada. Con similar decisión se propuso remozar la casa, limpiarla, como él decía, de cochambre. Como primera medida, tras la compra de nevera, lavadora y algunos electrodomésticos que por aquel entonces empezaban a introducirse en el mercado, ordenó retirar algunos pesados

muebles de caoba y chicaranda, que él consideraba armatostes, y sustituir los elementos del cuarto de baño, dignos de un anticuario, por sanitarios, grifería y azulejos propios de un apartamento de la costa. También dispuso de parte de su herencia, que nuestro padre nos había donado en vida, para comprarse su primer coche, algo que a sus ojos había adquirido un valor equiparable al de una tarjeta de presentación. El difícil equilibrio entre poesía y mundo de los negocios había terminado por hacerse extensivo a todos los órdenes de su vida, y del mismo modo que en el fondo le enorgullecía recurrir en ocasiones a la documentación acreditativa de que era oficial del Ejército, esto es, alférez de complemento, llevado sin duda por la fascinación que siempre le han producido los uniformes, musolinianos en la infancia, castristas o soviéticos en fechas más recientes, del mismo modo, le decía, se las arregló para compaginar aventuras amorosas con noviazgo y boda convencionales en una época en la que, para quienes éramos tan sólo unos años más jóvenes, semejantes distingos estaban fuera de lugar. Asociado a oscuros negociantes relacionados con la construcción en su papel de joven cabeza de familia con voluntad de prosperar, a la vez que miembro activo del grupo de poetas de Barcelona, la contradicción convertida en regla, el reconocimiento explícito de sus méritos no menos que su capacidad de despertar admiración seguían configurando su horizonte, las pruebas de afecto que necesitaba. Más que dado a la fantasía pura, era persona entregada a la exageración y a esa modalidad de fantasía que supone en sí misma una locuacidad excesiva. Eso no quita que algunas de sus historias, bien hechas públicas -pretender que nuestro padre era un hombre de izquierdas de toda la vida o que vivía de una modesta pensión-, bien contadas en privado a Juan y a mí en sus años de adolescencia -haber sorprendido a nuestro padre y a Eulalia haciéndose arrumacos en la cocina de Torrentbó-, me parezcan escasamente verosímiles, desde cualquier punto de vista, para toda persona que conociese mínimamente a la familia. Aparte del período en que manifesté una fugaz afición a la caza, la relación entre ambos fue siempre irrelevante; enterarse de que también yo escribía fue sin duda para él una sorpresa, aunque lo mismo hubiera sucedido con cualquier otra clase de habilidad, ya que, a sus ojos, yo debía de ser una especie de extraterrestre. Su actitud a este respecto, no obstante, siempre fue de aliento, quién sabe si a modo de contrapeso de las ambiciones literarias de Juan, a quien en definitiva había dedicado lo que probablemente fue su primera canción, *a la orilla del río Juanito llora*, un estribillo que, se diría, nunca dejó de canturrear interiormente.

Lejos de tender al equilibrio o conciliación de contrarios, acomodando la personalidad a cada situación concreta, Juan ha procurado siempre ser radicalmente consecuente con la posición adoptada frente a la realidad circundante, por más que esa posición haya cambiado reiteradas veces en el curso de su vida, de acuerdo con una peculiar dialéctica basada en la fuerza propulsora del rechazo. No es que no existan para él dos principios antagónicos en cualquier orden de cosas; muy al contrario, esos principios existen, y su deber consiste precisamente, al tiempo que abraza uno de ellos, en rechazar el otro tajantemente, sin concesiones, componendas ni matices de ningún género, en tanto, cuando menos, que no decida abrazar uno nuevo. Así al menos ha procedido hasta donde alcanza mi memoria, pasados los años de su primera infancia, cuando además del

pequeño era el preferido de la casa y disfrutaba de una situación enturbiada apenas por Pepe, más un fastidio que una amenaza; ningún otro hermano tiene motivos para añorar una niñez tan maravillosa como la que él tuvo. Su dandysmo del período escolar, su tendencia a la exquisitez, a tratarse sólo con los alumnos más selectos, tuvo algo de reacción dolorida respecto al desbarajuste de un hogar irremediabilmente asociado a la desgracia, transformado en triste parodia de lo que había sido, del mismo modo que las felices referencias que ambientaron los años de anteguerra poco tenían que ver con el racionamiento y las miserias callejeras de la posguerra. En su época universitaria, el acceso a los círculos y salones literarios -doña América, Mercedes Llorac- de la Barcelona de entonces, le convirtió en un esnob además de dandy, bajo el influjo añadido de la vida no menos que de la obra de sus autores favoritos, particularmente Gide, un tipo de vida que, elevado a la categoría de ejemplo, representaba la negación, en cierto modo, de la que había llevado hasta la fecha. Y si esa fase había supuesto una ruptura total con sus antiguos amigos de colegio, la fase siguiente, esto es, su decisión de abrirse camino en París con dos novelas publicadas en España por toda tarjeta de presentación, no habría de tardar en llevarle, en la medida en que sus actividades se veían acompañadas por el éxito, a romper por completo cuantos lazos le recordaban su anterior presencia en el mundillo literario barcelonés. Son varios los amigos suyos de esa época que me han expresado su desconcierto e indignación tras la áspera acogida dispensada por Juan a raíz de algún ocasional encuentro; ignoran que el problema no reside en ellos, en que ellos no hayan hecho nada para merecer semejante trato, sino en su mera pertenencia a un área del pasado de Juan que éste ahora rechaza, o mejor, que quisiera que ni tan siquiera hubiese existido. De hecho, durante la mayor parte de su período parisino, el principal si no único nexo de unión con su propio pasado era yo, y eso hasta el punto de que una simple conversación entre ambos en el curso de alguno de mis frecuentes viajes a París le permitía reducir al mínimo su paso por Barcelona en sus viajes al sur de España. Más que hablar de literatura, lo que yo hacía era ponerle al corriente de cuanto sucedía en casa, en la ciudad, en el país. Las relaciones entre ambos eran mucho más estrechas de lo que jamás lo fueron las de cualquiera de nosotros con José Agustín, y ni siquiera nos distanciamos, aunque empezáramos a vernos con menor frecuencia, cuando dio por oficialmente iniciado su período marroquí. Ese nuevo viraje en su vida vino propiciado tanto por la impresión de que en París había tocado techo, una impresión como de sofoco que acudió a exponerme expresamente a Cadaqués, como por la influencia de la figura de Genet, encarnación emblemática del nuevo cambio que proyectaba imprimir a su personal trayectoria, una ruptura más radical que las anteriores desde el momento en que el rechazo se centraba esta vez sobre sí mismo, sobre la totalidad de su pasado, mientras la imagen del orfelinato genetiano emergía como privilegiado punto de partida. Yo había conocido a Genet años atrás, precisamente en casa de Juan, y me había parecido de una personalidad tan interesante como, en agudo contraste, faltas de interés son para mí sus obras. Recuerdo que preguntó a Juan acerca de lo que yo hacía. *Il fait de la politique*, le dijo Juan sin vacilar más que un instante. Semejante respuesta fue para mí altamente reveladora, ya que si en aquel entonces no

sólo había publicado mi primera novela sino que esa primera novela había recibido el premio que iba a ser el de mayor prestigio del país, se daba el caso, por otra parte, de que aunque anduviese metido en actividades políticas clandestinas contra el franquismo, nada más remoto a mis intenciones que dedicarme a la política en el futuro. Pero lo decisivo era que Juan conocía perfectamente ambos extremos. ¿Por qué, entonces, contestar ante mis narices con una afirmación que sabía falsa? Por la sencilla razón de que le resultaba enojoso entrar en explicaciones.

Desde su peculiar punto de vista, el escritor, el hombre predestinado a la gloria, sea en el ámbito literario, sea en cualquier otro, era él. Y ello, a su modo de ver, en virtud de un principio objetivo, de un aura casi tangible que forzosamente debía convertirle en centro de la atención general en cualquier tipo de circunstancia. A eso se refería, supongo, cuando hace pocos años afirmó que siempre se había movido bajo la convicción de que las cosas iban a salirle forzosamente bien, y el caso es que los hechos le han dado la razón si como fruto de esa buena estrella entendemos el protagonismo y la notoriedad alcanzados a lo largo de su vida en las situaciones más dispares, desde su primera infancia, que es donde habría que situar el origen de tal convicción, hasta su período marroquí, pasando por los años escolares, los círculos literarios barceloneses, la época parisina o experiencias aparentemente tan poco propicias como la mili, una situación en la que se granjeó una gran popularidad entre oficiales y tropa. Más que de cualidad personal habría que hablar de actitud, de una actitud que cabe denominar *delfinista* en la medida en que parece ser fruto de un título, de una prerrogativa, una prerrogativa equiparable a la que es propia de un *delfín*, algo que los demás están obligados a acatar, una especie de presente en virtud del cual personas y cosas son puestas a su disposición como por ley natural. De ahí lo que él entiende por estrategia personal, su tendencia a tratar a la gente con la que se relaciona en función de su utilidad, tan convencido de que ellas y ellos son conscientes de que su deber es serle útiles, que habitualmente consigue que accedan a lo que se les pide incluso sin saber muy bien por qué lo hacen. Y cuando eso no sucede, el mecanismo de rechazo, convertido una vez más en fuerza motriz, se encarga de propiciar un nuevo ámbito, una nueva base de partida, si bien, lejos de buscar en el distanciamiento la transparencia, con su forma de situarse en el horizonte de toda referencia, más bien oculta y ahuyenta. Nada de ello ha sido obstáculo para que en ese mundo en blanco y negro del que se ha constituido en delfín, su afecto hacia mí sea sincero, con todo y ser consciente de las interferencias que yo, por el simple hecho de ser su hermano, podía producir en el diseño de su personal estrategia. Su andar, como si temiera llegar tarde, se ha hecho más apresurado con los años, mientras, ojo avizor, se asegura bien de dónde pone los pies mediante fugaces miradas de soslayo.

Será que los recuerdos traen más recuerdos, y que esos otros recuerdos más recónditos suscitan sueños. Así descubro, en la parte trasera del jardín de Pablo Alcover, una pequeña construcción que hasta el presente no había acertado a ver. Forzando la cerradura, mis acompañantes y yo descubrimos una gran cantidad de ropa -trajes de chaqueta, abrigos, levitas, vestidos de mujer- así como de cartas familiares escritas en tinta sepia, todo en perfecto estado. La decepción ante el hecho de que la casa de Pablo

Alcover ya no existe no fue suficiente para contrarrestar la alegría del descubrimiento.

El águila (carta de destinatario desconocido y cronología incierta, si bien todo parece indicar que forma parte del Libro III). Me parece probable que, del mismo modo que hablar de sueños propicia tener nuevos sueños, mi reciente visita a Delfos haya producido un efecto similar. El caso es que ayer soñé que un águila despuntaba tras la línea de una loma y, bañada por el sol, se cernía y agrandaba hasta que yo me percataba de que su cuerpo tenía algo de humano, al igual que la efigie -efigie más que rostro-, sin perder por ello la inexpresividad propia del águila. Yo intentaba vanamente llamar su atención, pero aquel hombre-águila, con el sol a su favor, siguió su vuelo ganando nuevamente altura. Al día siguiente, por segunda vez en mi vida, mi camino se cruzó con el de Tácito. ¿Se referirá a su persona el sueño del Águila? ¿Estará tal vez llamado Tácito a regir los destinos de Roma?

Lo cierto es que parecía cansado. Claro que los prodigios cansan y él procedía de las tierras situadas al sur del Mar Rojo que los antiguos conocían por Azania, donde los prodigios se dan en abundancia. Entre otros, un monte de cumbre nevada similar a los picos que los Alpes nos prodigan, con la particularidad de que aquél brota de un territorio tan tórrido como estéril. La impresión de fatiga, que sólo se traslucía cuando se hallaba distraído, desaparecía por completo en cuanto, como si se espoleara a sí mismo, iniciaba cualquier clase de actividad. Pero, al comparar nuestros respectivos puntos de destino, él al Eufrates, yo a Judea, el ademán de fatiga fue a todas luces irreprimible. Y es que, a su entender, si la frontera con los partos constituía el principal problema externo de Roma, Judea era nuestro principal problema interno. ¿Qué generación de romanos no había conocido alguna revuelta judía, un pueblo de gentes que sólo dejaban de luchar entre sí cuando no acertaban a encontrar otro enemigo? Ilustró su opinión con un ejemplo que no me podía resultar más próximo: si mi padre había muerto en combate cuando yo contaba apenas tres años y, en razón de mi corta edad y de la amistad que le profesaba, Cornelio Escipión me tomó por hijo adoptivo, tan sólo dos años más tarde sería él quien muriera, también en tierras de Judea. Tácito era conocido de ambos y, si bien no podía sino elogiar el gesto de Cornelio Escipión, subrayó las grandes cualidades de mi padre, al que sólo la muerte prematura pudo apartarle de mayores glorias. Familia y república son dos instituciones muy diferentes, dijo, y lo que es bueno para ésta no tiene por qué serlo para aquélla. Inversamente, entre las diversas clases de parentesco que existen, el exigido por la sucesión al frente del Imperio guarda mayor relación con la afinidad anímica que con los lazos de sangre. Cuando en la figura del príncipe se dan los rasgos requeridos, éste sabrá hacer honor al puesto por encima de cuales hayan podido ser las fuerzas que le han llevado al poder y de que la buena o mala fortuna hayan acompañado sus actuaciones anteriores. Es en las virtudes de la persona donde, junto a la voluntad de los dioses, se encuentra la explicación última de cuanto acontece. Y es que si no es posible hablar de

una Historia imparcial es porque los acontecimientos son habitualmente desvirtuados ya cuando se producen, tanto en lo que se refiere a los verdaderos antecedentes como al modo en que se desarrollan.

Cuando terminó de hablar había anochecido y el fuego de las antorchas rutilaba en las aguas del puerto. A tu edad, Junio, me dijo, sufrí un pasajero período de confinamiento.

Contrariamente, sin duda, a los deseos de las personas que allí me habían enviado, aquella estancia en una isla apenas habitada fue una de las épocas más fructíferas de mi vida. Prácticamente todo cuanto he realizado y hasta algunas cosas que me quedan por realizar tienen su germen en aquellos días de alejamiento y soledad.

Los cuatro elementos. Las diferencias respecto al modo de ser de cada uno de los hermanos difícilmente pueden sorprender a todo lector eventualmente iniciado en astrología que esté al tanto de nuestras respectivas fechas de nacimiento. ¿Qué cosa más natural, si se tiene en cuenta que uno es Libra y el otro Aries, que uno es Capricornio y el otro Piscis? Más aún: que cada uno de esos signos se halla asignado a un elemento simbólico distinto, aire, fuego, tierra y agua. Supongo que si ese lector iniciado es un verdadero experto, invirtiendo los términos del planteamiento, será incluso capaz de deducir el signo a partir, en cada caso, de los rasgos de carácter. De algo similar fui testigo en Cadaqués hará casi tres décadas, cuando uno de esos expertos fue adivinando, entre otras cosas, no sólo el signo de cada uno de los presentes, sino también su ascendiente. Aquél fue mi primer contacto con la astrología, una materia cuya fundamentación teórica siempre me ha parecido insuficiente, pero que, desde el punto de vista empírico, los conocimientos al respecto de mi amiga Lisa me han demostrado en numerosas ocasiones hasta qué punto merece ser tomada en consideración. Tampoco a un experto en genética podría extrañarle la diversidad de reacciones que determinado acontecimiento produce en diferentes personas unidas por lazos de sangre. Tal diversidad, en lo que se refiere a los cuatro hermanos, tiene su reflejo en aspectos mucho más visibles que los rasgos de carácter; aspectos perceptibles de inmediato por cualquiera como puedan ser los rasgos físicos, ese perfecto reparto combinatorio que se da, por ejemplo, en el color del cabello y de los ojos, rubio y oscuros en Marta, negro y oscuros en José Agustín, negro y claros en Juan, rubio y claros en mí.

Por mucho que algún que otro hecho concreto pueda haber distanciado en ocasiones a un hermano de los restantes, donde más se han puesto de manifiesto las líneas que definen el perfil de cada uno es en las distintas versiones de nuestro pasado común que cada uno ha ido ofreciendo a través de los más diversos medios de comunicación. Me parece importante subrayar el carácter público de esas diferencias, ya que sólo a partir del momento en que adquirieron ese carácter, lo que antes, cuando nos reuníamos, hablábamos tranquilamente, se convirtió de pronto en materia de conversación que era mejor soslayar. El fondo de la cuestión, sin embargo, no es reductible a una mera disparidad de puntos de vista: si inventar una realidad sólo me parece propio de un texto de ficción, interpretar erróneamente algo me parece un fallo incluso en un contexto de ficción, ya que el principal aliciente de la inventiva se cifra en su capacidad de perfeccionar la realidad. Pero en lo que concierne a nuestro común pasado familiar, el hecho de que no esté yo de acuerdo con algunas revelaciones de Juan, supuestamente relativas a su vida privada, no significa que dé por buenas las puntualizaciones alternativas prodigadas por José Agustín de manera poco menos que obsesiva. Como si los rasgos que definen el medio familiar en que nos criamos -una familia acomodada de

ideas moderadamente conservadoras- tuviese algo de vergonzoso, José Agustín parece haberse propuesto salvar su memoria por el procedimiento de atribuir a nuestros antepasados una serie de anécdotas totalmente faltas de base que, más que justificar a nadie, delatan el deseo de justificarse a sí mismo. Ese paso de lo meramente exagerado a lo ya claramente inventado se fue haciendo patente a raíz de nuestra paulatina entrada en contacto con los círculos literarios internacionales, y muy especialmente con motivo de mi encarcelamiento por razones políticas, como si las noticias de la prensa relacionadas con nuestro apellido potenciaran al máximo su natural tendencia a interpretar actuaciones decisivas. Desde entonces, con altibajos, su dificultad en precisar los límites de la realidad se ha desarrollado paralelamente a sus ansias de simetría, pulcritud y nitidez de líneas que presiden todos los órdenes de su contorno personal más inmediato. Si en más de una ocasión me ha contado como de cosecha propia una historia que yo le había contado previamente o ha convertido una conjetura mía en noticia que le han dado como segura, el carácter gratuito además de sistemático de su forma de alterar los hechos induce a pensar que cuando afirma haber visto algo de color blanco, lo que ha visto era en realidad de color negro.

Mire usted: fantasías las tiene todo el mundo, desde ensueños eróticos hasta cosas que quisiéramos hacer o haber hecho o dicho, pero que no hicimos. Cosa distinta es contárselas a otros dándolas por reales y terminar uno mismo creyendo que lo son. Con Juan, conversando a solas, eso no me ha sucedido nunca. Si a veces no me parecía demasiado exacta alguna que otra reseña autobiográfica, sólo tras leer diversos escritos y relaciones destinadas a perfilar el personaje por él inventado, empecé a considerar las peculiaridades de su caso. En privado, como digo, nunca me había venido con fantasías. Y tuvo que ser un amigo común, al decirme lo que le pasa a Juan es que es un mitómano, quien me descubrió un aspecto de su conducta que yo no podía conocer: el que ante mí no se le ocurriese alterar la realidad -nos conocíamos demasiado- no significaba que no fabulase ante terceros, gente que, según fuera el grado de relación existente o su sentido crítico, podía creer sus palabras o, por el contrario, ponerlas en tela de juicio. Otra diferencia que cabe establecer entre las respectivas actitudes de mis hermanos acerca de nuestro pasado en común es la de que mientras el discurso de José Agustín es variable, acomodado en cierta medida a la personalidad del interlocutor, el de Juan es constante, encaminado siempre a personalizar los rasgos que le brindaban diversas figuras, empezando por la de Don Julián. En alguno de sus escritos, por otra parte, al aplicar ese discurso al ámbito familiar, se produjo un cruce entre sus recuerdos personales y su personal lectura de mis obras. Juan es un escritor en cuyos libros, autor, voz narradora y protagonista se superponen por completo en un solo personaje, y la creencia de que yo hacía otro tanto, cosa que dista mucho de ser cierta, le llevó a confundir determinados pasajes de esas obras con experiencias pertenecientes a mi pasado y, en consecuencia, también al suyo. Me atrevería incluso a decir que esos aspectos familiares son todo lo que supo ver: anécdotas que, a su juicio, o bien desconocía, o bien debía de haber olvidado, y que ahora se le ofrecían a modo de fructífera cantera de la propia memoria, una cantera de la que podía extraer el material

que quisiera para su propio uso, frecuentemente en forma de líneas enteras transcritas literalmente. Una apropiación de voces de otros, principalmente poetas, que siempre ha realizado con la naturalidad de un monarca absoluto que dispone de sus dominios, es decir, sin ser ni tan siquiera consciente de ello. La sucesión de estilos que, de acuerdo con el paso del tiempo se aprecia en sus libros, está en completa correspondencia con la paralela superposición de personalidades que, conforme a una peculiar dialéctica de contrarios, ha llevado a quien de niño se manifestaba como el rey de la casa, a transformarse en principal enemigo de ese reino, un reino donde, a su entender, es incomprensiblemente ignorado. Me parece sintomático en este sentido, el carácter obsesivo, propio de una fijación, que para él parecen tener determinados episodios históricos, como por ejemplo la ejecución de Nicolás II y toda su familia, el zarevich incluido. O el texto inscrito en la lápida de Hellín, al que con tanta frecuencia se ha referido, una inscripción similar a la de tantos otros monumentos a los *caídos* que puntean el país, conmemorativo, en este caso, del asesinato de unos *caballeros* a manos de la *horda roja*. Esto es: el heredero de la Corona renuncia a su anterior rango y se pone al frente de las hordas.

Las mutaciones experimentadas por los hermanos son sin duda observables en la personal trayectoria de cada uno, pero se reflejan asimismo en las relaciones mantenidas con el resto de la familia y con los respectivos círculos de amigos. En este sentido, si José Agustín mantiene alguna que otra relación con amistades de juventud, Juan no mantiene ninguna con personas vinculadas a cualquier período que no sea el presente. Por lo que a mí respecta, si conservo una amistad de colegio, la de Jorge, es porque nuestros caminos han seguido encontrándose a lo largo de los años. Y respecto a mis amigos de la época universitaria, Octavio, Joaquín, Álvaro, Ricardo, poco importa que pasemos tiempo sin vernos: al encontrarnos se diría que reanudamos una conversación recién interrumpida. Algunos de ellos -relativizada la diferencia de edad con el paso de los años- han sido asimismo amigos de mis hermanos durante largas temporadas. ¿Pudo influir en ello el conocimiento de que nosotros constituimos el núcleo fundador del partido comunista en la universidad de Barcelona? El caso es que a sus ojos gozábamos de una indudable autoridad moral, y tanto Juan como José Agustín me informaban puntualmente de sus respectivas actividades políticas, no muy al tanto de que yo las había abandonado ya antes de ser encarcelado. El riesgo implícito de lo que hacíamos actuó sin duda de aglutinante en aquella época respecto a mi grupo de amigos. Pero lo cierto es que nos unía no sólo la clandestinidad en sí, sino, por encima de todo, el ser partícipes de las mismas inquietudes en los más diversos órdenes de la vida. La clandestinidad supuso, eso sí, un elemento más a compaginar con otros, escritura y sexo, por ejemplo, por más que el conflicto entre acción y contemplación, entre aventura y creación, lejos de bloquear facultades, actuaba de acicate, de estímulo añadido en todos y cada uno de los terrenos.

Capítulo VII

Poniente en Oriente. Durante mi reclusión en la cárcel de Carabanchel, pasé cinco semanas en régimen de aislamiento en una celda enteramente vacía. Aupándome a pulso hasta el cristal de la ventana y en tanto mis fuerzas me permitieran aguantar en tan incómoda posición, podía divisar en la distancia Madrid y, con especial nitidez, la fachada oeste del Palacio de Oriente, realzada sobre el Jardín del Moro. Hace unos años, en el curso de la recepción ofrecida por la Casa del Rey a escritores y artistas con motivo del aniversario de la muerte de Cervantes, me sentí atraído hacia uno de los balcones abiertos de par en par al radiante despliegue de oros que ofrecía el exterior: desde la inmediata fronda del Jardín del Moro y de la Casa de Campo, los distantes edificios que se alzaban al fondo y los altos cielos, hasta la propia fachada del palacio, sus relieves, los rostros de la gente asomada a otros balcones, todo aparecía tocado por el oro, oro verde, oro rojo, oro negro, oro blanco. Lo que no se divisaba era la inconfundible estructura de la cárcel, sin duda hoy oculta por edificios de más altura.

Probablemente, no era yo el único en evocar determinados aspectos del pasado. Podría incluso decirse que, académicos aparte, la mayoría de los invitados había tenido sus más y sus menos con el anterior régimen político. De ahí que al encontrarse unos con otros en la Plaza de Armas, en el vestíbulo, en las escalinatas o en cualquiera de los salones del palacio, fuese frecuente el intercambio de una sonrisa cómplice, mitad de triunfo, mitad de resignación, cuando, a decir verdad, no había motivo ni para una cosa ni para otra. Aquello, más que reminiscencia de vida cortesana, era sencillamente un acontecimiento social encaminado a reconciliar a la Corona con representantes de la cultura española: no un arco de triunfo ni horcas caudinas para antiguos revolucionarios. Cada año echaba en falta la presencia de alguien, y sólo entonces me enteraba de que, mientras yo me encontraba en otra parte del mundo, ese alguien se había ido al otro mundo. Curiosamente, siempre resultaba que a esa persona que echaba en falta, entre otras que también pudieran haber muerto, el año anterior había estado a punto de dirigirle la palabra sin decidirme a hacerlo, probablemente por timidez, como si de alguna forma intuyera que se hallaba ya más cerca del cielo que de Madrid.

Los invitados de más edad, por lo general académicos, eran los más cumplidores. En algún caso, el mismo esmero con que era cuidado un traje que también tendría sus años, delataba estrecheces cotidianas; aunque los canapés supusieran para esa persona un festín, su conducta morigerada, su sobriedad en el comer no menos que en el beber, revelaban, por otra parte, su determinación de que tales estrecheces pasaran en lo posible inadvertidas. Los protagonistas de la mayor parte de las anécdotas que pudieran producirse, no eran, contrariamente a lo que siempre parecía temer el personal de protocolo, las jóvenes de aspecto revoltoso y provocativo, sino los no precisamente jóvenes bebedores compulsivos que, al día siguiente, confundiendo cantidad con calidad,

achacarían su reseca al carácter escasamente selecto de las bebidas servidas. Los más solitarios, los ganadores o ganadoras de algún reciente premio literario, que se sentían acaso algo desambientados, y alguna actriz folclórica a la que su misma presencia aparatosa parecía mantener a distancia.

Lo habitual es que la recepción constituya tan sólo un punto de partida y que, tras buscarse o rehuirse, formando grupos de composición algo aleatoria, los invitados continúen la fiesta por su cuenta durante toda la noche. Tras abandonar discretamente el palacio, mis amigos y yo vimos engrosado nuestro grupo con algunos rostros a veces difíciles de situar, aunque el don de la ebriedad que nos unía, a modo de impulso armónico, hiciese el hecho en cierta medida irrelevante. Desperté en la habitación de mi hotel, tendido sobre la cama, completamente vestido y con la estimulante proximidad de una mujer de gran belleza como último recuerdo de lo sucedido la noche anterior. Un par de llamadas telefónicas me aclararon el resto: no había pasado nada, que era lo mejor que podía pasar dadas las circunstancias.

La Etrusca. Voy a intentar satisfacer, Junio Escipión, tus ansias de conocer qué acontece por Roma, acrecentadas sin duda por la distancia. Lo que se dice y hasta lo que se piensa suelen expresar lo que realmente pasa en Roma mejor que cualquier enumeración de acontecimientos, ya que dicha enumeración viene asumida por la interpretación que de ella se desprende, y nada como el contraste de las opiniones de dos o más personas para enriquecer un juicio. Me remitiré, así pues, al relato de lo hablado en el curso de una velada en casa de Fabio Justo, palabras que acertó a repetirme con toda precisión uno de los allí presentes, un reducido por lo selecto número de invitados entre los que se contaban Cornelio Tácito, Plinio y Firmo Saleyo. Se excusó mi informador -excusa que hago mía- de no haber estado atento al nacimiento del tema inicial del diálogo. Aparentemente, la presencia de una mujer de gran belleza, a la que llamaban La Etrusca, demasiado alejada para hablar con ella directamente y demasiado próxima para no sentirse hechizado de inmediato, le impidieron estar al tanto acerca de cómo había surgido la argumentación desarrollada por Tácito.

Creía mi informador que Tácito establecía una comparación entre la expresión literaria y la expresión artística, cuando cayó en la cuenta de que de lo que realmente estaba hablando era de la muerte. Si el arte permite, decía, que del cuerpo del que muere nos quede la representación de su cuerpo, sea en forma de retrato, sea en forma de escultura, ni el más consumado de los artistas conseguirá reflejar gran cosa de su espíritu. De éste permanece tan sólo lo que pueda haber hecho, sus realizaciones y la huella que incluso de un modo no tangible ha dejado en el que fue su mundo cotidiano: el orden conforme al cual organizó la casa, el paisaje que inventó al adecuar sus propiedades de acuerdo con el personal sentido estético, la sensación de vacío en que deja a sus allegados más próximos. Pero nada de eso lo perpetúa, ya que son cosas destinadas a durar lo que alcance el recuerdo de los otros. Y es aquí donde interviene el arte de narrar, ya que, al igual que sólo desde la altura de un monte nos haremos cargo de las peculiaridades del paisaje circundante, sólo desde cierta distancia se perciben también las líneas de actuación que informaron la vida de una persona, los trazos precedentes que confluyen en su figura a la vez que los que de ella se derivan, una tarea de percepción a la que únicamente el escritor sabrá dar expresión vívida.

Toda relación de carácter profundo con otra persona supone un mutuo proceso de conocimiento, un proceso de afinamiento y acoplamiento del uno al otro similar al de dos árboles que crecen juntos, dijo Tácito. Pues bien: ese proceso de aproximación que se da, aunque de forma distinta en su manifestación, tanto en la amistad como en el amor, es asimismo el que se establece entre el escritor y la materia literaria por él creada, así como respecto a las figuras que la protagonizan. Tal relación y no otra cosa es lo que ha impulsado desde siempre al hombre a escribir, sea cual fuere el género por él elegido o, si

se prefiere, el género que, como un ave que se posa mansamente sobre nosotros, se ha impuesto a su voluntad, desde los poetas épicos y líricos más arcaicos a los trágicos y satíricos, desde los historiadores hasta los oradores y autores de escritos de costumbres. Lo único que cambia de un caso a otro es, no la realidad final, sino el lenguaje que da expresión a esa realidad.

Cambio asimismo relevante es el que se produce, no según los géneros, sino, con el paso del tiempo, en el gusto, no menos en el del autor que en el de sus oyentes, de forma que lo que antaño se erigía en modelo puede hoy causar fatiga. Acorde con ese cambio es el del propio planteamiento literario, así se trate de un poeta como de un historiador. ¿A quién se le iba a ocurrir hoy en Roma escribir *La Eneida*? Y, en lo que se refiere a los historiadores, ¿no se ha insistido en demasía en el protagonismo de los príncipes, como si sus avatares personales pudieran explicarlo todo? Ciertamente es que el talento del historiador puede hacer del retrato del príncipe una semblanza de la sociedad entera, ya que con frecuencia es aquél signo avanzado de las transformaciones que se producen en ésta. Pero príncipe y república son dos cosas muy diferentes, y centrarse excesivamente en el papel del príncipe supone desperdiciar el tiempo en rituales y protocolos carentes de significación. Todos sabemos hasta qué punto el verdadero protagonismo de los acontecimientos, recae con frecuencia, a espaldas del príncipe, sobre personas apenas conocidas por el ciudadano. Este hecho, el carácter secreto o, si se prefiere, anónimo, de los verdaderos agentes de la Historia, permite incluso pensar en una variante del género que, partiendo de seres de ficción, llegase a ofrecer un fresco de la realidad mucho más expresivo y ajustado a los hechos que cualquier crónica oficial. La clase de realidad que nos brinda, en definitiva, un poema de Safo, cualquier diálogo platónico o una sátira de Horacio. Es posible que no muy distante fuese el objetivo del malogrado Petronio, pero, de ser así, su propósito se vio desbaratado por la escasa significación de una buena parte del material reseñado. Y así como el cabello cano, a semejanza de la tierra, se oscurece al ser mojado, así, de modo semejante, el talento del narrador estriba en realzar lo que narra tanto por el modo en que lo hace como por los elementos que selecciona. Los recursos de que dispone son muchos, empezando por el de introducir la voz narradora en la narración.

El hilo de la argumentación nos ha llevado imperceptiblemente del ser individual, la persona, a un ser colectivo: Roma. Pero, ¿puede hablarse con propiedad de seres transpersonales, diferentes de la mera adición de individuos? Yo creo que así es y que su existencia explica muchas cuestiones que de otra forma carecen de respuesta. No creo, sin embargo, que éste sea el lugar ni el momento para extenderse al respecto sin grave riesgo de ser a duras penas comprendido. Diré, simplemente, que al hablar de seres transpersonales no me estoy refiriendo a colectividades como la ciudad o el propio Imperio. Roma, por ejemplo, es una ciudad perfectamente susceptible de ser considerada en el tiempo, con la que sus habitantes pueden indentificarse en mayor o menor grado. Pero, ¿qué interés o valor aporta semejante obviedad? En cuanto al Imperio, la cuestión únicamente se complica debido a que muchos de sus ciudadanos no tengan tal vez demasiado claro si se les está hablando de una sola cosa, de un todo, o de la acumulación

de cuarenta y cinco provincias.

Una novela para transformar el mundo. Si los cuatro amigos que creamos en la universidad de Barcelona una organización vinculada al partido comunista por primera vez desde la guerra civil no tuvimos percances más serios con las autoridades, fue en parte debido a la suerte y, en parte, a que nuestras actividades nunca alcanzaron la trascendencia que hubiéramos deseado. De ese grupo inicial, que luego no cesó de seguir extendiéndose, el que no pasó por la cárcel, fue como mínimo agredido por algún grupo de policía paralela o detenido en un momento u otro para ser puesto en libertad a las pocas horas. En tales circunstancias, teniendo en cuenta el desigual reparto de riesgos - todos para nosotros, ninguno para la policía-, no es raro que nos sedujera la idea de equilibrar ese reparto con el paso a la acción directa, dispuestos a hacer cuanto hubiera que hacer y aceptando de antemano todas sus consecuencias. Pero la dirección del partido rechazó siempre esta clase de planteamientos -en caso contrario tal vez no estaría yo aquí ahora-, consciente de que nos faltaba la infraestructura adecuada, fresco aún el recuerdo del escarmiento recibido la última vez que se intentó algo parecido, al finalizar la Segunda Guerra Mundial. El partido propugnaba la llamada *vía pacífica*, es decir, las movilizaciones de masas, una tarea a la que nos aplicamos no sin escepticismos, ya que nuestra posición en favor del recurso a la violencia se basaba, justamente, en la escasa predisposición luchadora que, a falta de un factor detonante, percibíamos en la sociedad civil. Tras el estruendoso fracaso de dos llamamientos consecutivos a la huelga nacional, que venían a confirmar la nula voluntad por parte del pueblo a participar en acciones susceptibles de interferir su incipiente prosperidad, decidí abandonar toda clase de actividad política; el compromiso moral que me había llevado a vincularme al partido comunista en razón de que, como bien proclamaba la propaganda oficial, era la antítesis del franquismo, supuso apenas tres años de militancia activa. Pero tomar mis distancias respecto a ese compromiso y, más abiertamente, respecto al gran mito del siglo XX, la Revolución, era tan sólo deshacer una parte del equívoco, ya que, a decir verdad, en ningún momento había hecho mía la ideología marxista. La otra parte del equívoco residía en el hecho de que, al luchar contra el franquismo, había estado luchando íntimamente en favor, no de la instauración de una sociedad comunista, sino del restablecimiento de unas libertades democráticas que consideraba consustanciales a toda sociedad digna de ser vivida. Ahora bien: al margen de ese carácter necesario, también en lo más íntimo de mis pensamientos, distaba mucho de ver en ellas una especie de receta milagrosa capaz de poner remedio a los males inherentes, no ya a esa sociedad enferma, sino al propio mundo. Peor aún: en cierta medida suponía una falacia, un maquillaje similar al aplicado por los especialistas de pompas fúnebres en su pretensión de dar apariencia de vida a un cuerpo inane. Y todo eso no me era posible expresarlo con la debida precisión, discursivamente, a través, por ejemplo, de la formulación conceptual de

un ensayo literario. Las limitaciones propias de ese género las había experimentado personalmente en un artículo sobre la *caza de brujas* del senador McCarthy, que había mandado por esa época a un concurso periodístico sin mayor éxito que el de haber sido seleccionado. El vehículo adecuado para dar expresión matizada a todas esas áreas oscuras de la vida que subyacen a cualquier planteamiento político, de las que todo planteamiento político o ideológico son únicamente una faceta más, se llamaba -a estas alturas ya lo sabía- novela. El descubrimiento, largamente gestado, no había sido sin embargo fácil, ya que una cosa es estar familiarizado con la escritura desde la infancia, y otra tener facilidad para escribir. Muy al contrario, cada día de trabajo tenía para mí, por aquel entonces, algo de manifestación epifánica, de iluminación, que debía ser propiciada con los adecuados ritos.

El compromiso político, mientras duró, introdujo una verdadera cuña en mi vida íntima, hasta entonces dominada por dos áreas de preocupación de por sí difíciles de compaginar en la medida en que análogas: la escritura y el sexo. Pero, al mismo tiempo, aportó a mi vida un elemento nuevo, la acción, por el que siempre me había sentido atraído, en su clásico papel de contrapeso a la contemplación. Con todo, ni las actividades clandestinas ni menos aún las cuestiones ideológicas podían constituir por sí solas la base de una verdadera amistad, y el hecho es que el abandono de tales actividades no afectó en nada mi relación con gente que además compartía mi interés por cosas tan dispares como la lectura y el cine o la vida nocturna y las mujeres. Pero si hubiera que buscar un denominador común a todos nosotros, más que en el peculiar sentido del humor propio del grupo, los guiños y sobreentendidos que genera toda convivencia, lo situaría en la similar actitud reticente ante dos aspectos de la vida tan capitales como puedan serlo el matrimonio y el trabajo o, si se prefiere, ante la familia y el empleo como objetivos prioritarios. Una mentalidad, en otras palabras, que disociaba la vida en pareja o el tener hijos del deseo de fundar una familia, y el interés por el trabajo de la consideración de éste como un medio de ganarse la vida; algo que si aún hoy día puede sonar a poco convencional, por aquel entonces representaba la innovación más absoluta en lo que a costumbres se refiere. Su resultado práctico no podía ser otro que el de una vida errática en más de un sentido y alguna que otra crisis de identidad previa a todo brusco cambio de rumbo, rasgos que de una u otra forma son apreciables en el personal itinerario de cada uno de nosotros, Joaquín, Octavio, Álvaro, Ricardo, yo mismo. En ocasiones, si el cambio terminaba afectando justamente a cuestiones como el matrimonio o el empleo, podía adquirir un carácter definitivo. Así, Jaimito, que, tras convalecer de una tuberculosis, como un San Agustín arrepentido de su anterior vida disoluta, se entregó a la vida conyugal y a la militancia política con tal fervor de converso tardío que acabamos por perderle de vista.

Otro rasgo común a cuantos formábamos el grupo fue la tendencia a extender las relaciones de amistad hacia gente algo mayor que nosotros, con la que nos unía todo un mundo de referencias generales, y sólo excepcionalmente hacia gente de menor edad, cuyas referencias eran otras. Pero, curiosamente, a semejanza de lo que me sucedió con mis hermanos, lo que en un principio pudiera parecer una relación de tutela de los

mayores respecto a los menores, no tardó en discurrir en sentido inverso, como si nuestra mayor decisión ante los más variados aspectos de la vida, no reducible a una mera cuestión de reciprocidad, nos concediese una autoridad moral superior a la suya. De ahí la ironía de que a José M.^a Castellet le llamásemos el Maestro. O el hecho de que, pese a que Carlos Barral fuese mi primer editor, personalmente siempre me entendiera mucho mejor con Jorge Herralde, no en vano nuestra afinidad de puntos de vista se remonta a los años escolares. Las relaciones de dependencia suelen acabar mal en razón de su misma unilateralidad, y eso es lo que le sucedió a Juan con Octavio durante el exilio de éste en París, o a José Agustín con Ricardo, en cuyo taller de arquitectura trabajó unos cuantos años. Buena muestra de esa fluidez de trato nos la ofrece el hecho de que Jaime Gil de Biedma, Vicente Aranda y Salvador Clotas vivieran en un edificio diseñado por Ricardo; la coincidencia de amigos comunes llevó al portero a renunciar finalmente a saber a casa de quién iban esta vez unos visitantes cuyas caras conocía de vista.

Amistad, compañerismo y comunicación intelectual, de poco servían, no obstante, cuando, una vez más regresaba a la escritura, sea directamente, sentado frente a mis papeles, sea en el curso de largos paseos a solas, caminatas que, hasta donde alcanzan mis recuerdos, siempre me han ayudado a meditar. Algo que nada tenía que ver con el tópico desafío de la página en blanco y mucho, en cambio, como en la relación erótica, con la irreducible subjetividad de lo que no puede ser hecho más que por uno mismo. Mis ideas acerca de la novela, o mejor, acerca de la obra que me traía entre manos, diferían considerablemente de las ideas al respecto de mi editor, Carlos, para quien la novela era una especie de curioso artificio cuyo autor, haciendo exhibición de la máxima agudeza posible, tenía por tarea convertir en fiel reflejo de la sociedad en que vivía por medio de las peripecias de la intriga. Para el propio Gil de Biedma, mejor conocedor del género, las obras de escritores como Henry James o Foster representaban el prototipo de lo que había que entender por novela. Es más que probable que tanto el uno como el otro apreciaran en Proust principalmente los aspectos más costumbristas y que, en el fondo, considerasen a un Joyce, a un Faulkner, escritores tan fastidiosos como excéntricos. Un concepto de novela relativamente extendido entre los poetas, restrictivo tanto en lo que se refiere al alcance de su contenido como a sus formas de expresión, como si temieran, se diría, ver invadido el terreno propio de la poesía. Para ellos, literatura era sinónimo de poesía, un género no sólo más antiguo sino también de rango superior a la novela, en la ignorancia, a mi entender, de que si se hablaba de crisis en relación a la novela mientras que no se hablaba de crisis en relación a la poesía, era debido, sencillamente, a que la poesía, más allá de toda crítica, se hallaba en vía muerta. Su antigua función, estaba yo convencido de ello, había pasado hacía ya tiempo al ámbito de la novela. ¿Qué era la poesía contemporánea, en el mejor de los casos, sino una selección de palabras bonitas carentes de verdadera significación?

Pero todo eso eran cuestiones que me parecía inútil sacar a debate, toda vez que el único ejemplo relativo a las posibilidades de expresión y trascendencia que yo veía en la novela se referían, no a un modelo existente, sino a un proyecto, el mío, y tenía mis

razones para sospechar que cuando se viera convertido en realidad, la mayoría de los lectores iban a considerar únicamente sus aspectos más anecdóticos conforme a los criterios convencionales. En otras palabras: que la cuestión estaba no sólo en la escritura sino también en la lectura, en la disposición con que cada lector hiciera frente a la obra. El caso es que podía leer con mayor o menor aprecio las obras que iban publicando otros escritores coetáneos, los conociera o no personalmente, pero muy pocas llegaban a interesarme y con ninguna era capaz de identificarme del todo, palabras que sobraban, precisiones irrelevantes, experimentos formales inanes, cuando no insoportablemente farragosos. El fondo del problema se centraba con frecuencia en la teoría literaria, en lo ajenos que eran mis planteamientos a los presupuestos de tal o cual tendencia entonces en boga: ni yo les concedía el menor crédito, ni mi obra, en consecuencia, era clasificable de acuerdo con ninguna de ellas. Por contrapuestas que fueran, coincidían en ignorar el aspecto de la novela que más podía interesarme: la consideración de la novela como forma de conocimiento y, en este sentido, como algo susceptible de transformar el mundo.

VL. Supongo que no representará una sorpresa para Firmo Saleyo que manifieste mi más completa coincidencia en lo que se refiere al problema de las fronteras del Imperio, un problema insoslayable a la vez que carente de solución. La única defensa efectiva de esos límites reside, más que en su consolidación, en su expansión constante de forma tal que, rebasadas las fortificaciones construidas provisionalmente, los nuevos pueblos conquistados, en la medida en que asimilados a nuestras costumbres y a nuestra forma de vida, se constituyan en escudo protector de Roma. De hecho, pueblos que en el pasado supusieron un constante foco de rebeldía en las Galias, en Hispania, en Britania, son hoy, no ya fieles aliados, sino nuestra principal reserva tanto por la piedad y entereza de sus hombres, como por el grado de desarrollo económico y cultural alcanzado, que en nada desmerece del de los itálicos. Y no hablemos ya de los soldados originarios de tales provincias, ya que no sé qué sería de nuestras legiones de no ser posible contar con los provinciales. Vemos, así pues, que la asimilación es un proceso que, a la vez que a Roma, beneficia a los pueblos que si en otro tiempo fueron bárbaros debido a las costumbres que les eran propias, dejaron de serlo no bien aceptaron la superior forma de vida que les era ofrecida, consustancial a nuestra presencia hegemónica. La permanente ampliación de fronteras, la conquista de nuevos territorios, es, en consecuencia, garantía de paz y estabilidad tanto para nosotros como para los pueblos que en ellos habitan. El fondo del problema, no obstante, consiste en que nuestros actuales límites coinciden ya prácticamente, por lo que sabemos, con los del mundo habitable. Y, sin embargo, también a esas áreas inhóspitas debe alcanzar nuestro poder, trátase de la gélida Germania o del desierto nómada, a fin de que sus pobladores, llevados por sus hábitos nómadas y su instinto de rapiña, no caigan en la tentación de invadirnos. Su sometimiento es nuestra única forma de defensa. Sólo que, ¿hasta dónde? El diseño de la columna que en honor de Trajano ha ideado Apolodoro es todo un símbolo: una espiral que recoge los más diversos aspectos de las campañas realizadas contra los dacios. Pero una espiral no tiene por qué tener ni principio ni fin propiamente dichos. Porque, detrás de los dacios están los sarmatas, y detrás de éstos, los partos.

Discrepo, no obstante, de Firmo Saleyo en lo que se refiere al orden de prelación de los problemas que se le plantean hoy a Roma. Firmo Saleyo parece destacar éste, el de las fronteras, por encima de los restantes y, desde un punto de vista militar probablemente lleva razón. Pero no la lleva si partimos de un planteamiento más de fondo, el de la sociedad romana considerada en sí misma, ya que los problemas que la aquejan provienen, no de fuera, sino de dentro, de su propio seno. Y, al afirmar eso, no me estoy refiriendo particularmente a los esclavos, siervos y libertos de origen cada vez más heterogéneo, germanos, sirios, africanos, que viven hoy entre nosotros. Ciertamente es que el amo cree ser su dueño, cuando con frecuencia sería más exacto afirmar que, por

dejación, son ellos los que poseen al amo. La popularidad alcanzada por Epicteto es en este sentido reveladora, y con ella el fatalismo triunfa sobre el ejercicio de la voluntad y el ejemplo de los antepasados. En justicia, mal se le puede reprochar al esclavo una dejación cuya responsabilidad recae enteramente sobre el amo. Como su escasa predisposición a trabajar: ¿qué podemos decir al respecto? Sabemos que la mayoría de los servidores, sean esclavos o libertos, centran su atención, antes que en el trabajo, en el trueque, en el apaño, en la chapuza, en favores hechos a costa del amo, que es de quien lo han aprendido. Se diría que lo que entendemos propiamente por trabajo, es decir, el trabajo productivo, resulta para ellos humillante, en especial si hay alguien que saque beneficio de tal actividad, por mucho que también a ellos les corresponda algún tipo de provecho o recompensa. Ahora bien: ¿qué ejemplo de otro género se les ha ofrecido, ahora que las fortunas se crean con tanta rapidez gracias a la especulación, la usura y el trato de favor antes que por el trabajo y el esfuerzo personal constante? ¿Educamos de otro modo a nuestros propios hijos? Conceptos como trabajo, esfuerzo, inventiva, ni tan siquiera forman parte del panorama que se les brinda. Y si hace pocos años preocupaba el creciente influjo de los provinciales en los asuntos de Roma, mi preocupación hoy, provincial yo mismo a la vez por nacimiento y por línea materna, es la de que un cambio en las costumbres similar al que se ha producido en Roma no tienda a repetirse en todas y cada una de las ciudades de provincias, donde el empeño que más atrae a los jóvenes es el de venirse a Roma a engrosar la gran masa de ciudadanos ociosos. Otra costumbre que, siguiendo el ejemplo de Roma, empieza a cundir en las ciudades de provincias, es la de adoptar hijos, y con la misma ligereza con que se ha estropeado a los hijos propios se adopta a los de otro, no menos pervertidos en su formación por nodrizas, siervos y tutores. Especialmente, el influjo de los tutores, por lo común de origen griego, es con frecuencia tan nefasto en lo que se refiere a las costumbres como en la antigüedad, tras la victoria de Alejandro sobre los persas, lo fue para los griegos verse contagiados por los hábitos, lujos y atuendos de aquellos a quienes habían vencido. Lo que constituía una excepción para las trescientas familias que durante siglos formaron el núcleo germinal de la república es hoy la norma.

Similares reproches cabe hacer a las mujeres, ya que son muy pocas las que en la Roma de hoy guardan algún parecido con la imagen de romana que con tanto esfuerzo individual y colectivo supieron crear sus antecesoras, ganándose así una posición en la sociedad que no encuentra equivalente en ningún otro pueblo conocido. Si junto con el placer, el poder que dimana de la riqueza constituye su principal objetivo, la preocupación por el peinado centra habitualmente su actividad cotidiana: asegurarse de que sus cabellos son debidamente recogidos hasta configurar esa mezcla de seta y coliflor que, por algún motivo, creen que les favorece, sin que nadie haya osado hasta el momento decirles lo contrario.

La pregunta. ¿Hay alguna clase de relación entre escritura y enfermedad? No ya en el acto en sí de escribir, entendido como impulso irreprimible, sino, a semejanza de la fiebre, en su consideración de síntoma de alguna dolencia psíquica o incluso física, reacción defensiva del sujeto afectado más que simple desahogo. El hecho de que escribir sea un actividad que con frecuencia va asociado a determinadas enfermedades, como la tuberculosis, ciertas alergias o una predisposición neurótica, no permite establecer, sin embargo, una relación genérica ni, menos aún, de causa-efecto. En el fondo, es la oscuridad de sus orígenes lo único que permite avanzar hipótesis en tal dirección, una oscuridad sólo equiparable al ámbito propio de la sexualidad y de las fantasías sexuales, no menos próximas, si escarbamos en sus recovecos, al concepto de enfermedad. A fin de cuentas, las agresiones a las que mi salud ha tenido que hacer frente, han sido, hasta la fecha, las propias de los tiempos que corrían y de mi propia edad: problemas gástricos y hepáticos en mis años universitarios, en justa correspondencia con la vida desordenada, los excesos y los nervios de aquel período, un cuadro clínico que preparaba el camino a la difusión del bacilo de Koch en los pulmones y, consecuentemente, a un estado anímico de ansiedad y de depresión que se prolongó durante los meses que siguieron a la convalecencia; mi capacidad de recuperación siempre ha superado, por fortuna, a mi facilidad para caer enfermo, aunque si la tuberculosis me hubiera afectado tan sólo unos pocos años antes, cuando no existía una medicación resolutive, es indudable que, al igual que tantos familiares por línea materna, no hubiera sobrevivido. Pero cuando más cerca estuve de la muerte fue durante el coma alérgico provocado por la intolerancia, para mí desconocida, con que mi organismo reaccionó ante determinado grupo de antibióticos. ¿Cómo habría que denominar el resultado, contrarrestado a tiempo, de aquella inyección que empezó a serme administrada en Nueva York, enfermedad o accidente? ¿Hasta qué punto es posible separar enteramente una cosa de la otra? No cabe relacionarlas, por ejemplo, en el vuelco de la tartana de cuando era niño, ni en el accidente de ascensor en el que, ya de adulto, estuve a punto de perder el brazo, o en el salto que, tras caer de talones, me dejó sin habla durante varios minutos, una de las experiencias más desagradables de mi infancia. El papel de la casualidad es en cambio menos claro en determinados accidentes de coche, al igual que en las dos ocasiones en que he estado a punto de ahogarme, al adentrarme demasiado cuando aún no sabía nadar y, hace pocos años, desoyendo toda advertencia, al pasear al pie de unos acantilados en Tahití mientras subía la marea. ¿No tienen algo en común con la enfermedad semejantes muestras de exceso de confianza, o mejor, las raíces de ese exceso de confianza? Sin duda que lo tienen, y es en ese sentido lejano, a modo de analogía, que, al menos en lo que a mí concierne, puede hablarse de la escritura como si de una enfermedad se tratase.

Para empezar, la necesidad que siempre he sentido de escribir nada tiene que ver con el deseo compulsivo de confesarse, observable, por el contrario, en otros escritores. Desde mis primeros relatos he procurado distinguir siempre claramente la voz narradora, corresponda o no a la del protagonista, de la del autor, y las contadas veces en que no ha sido así, el objetivo de esa ficción no era otro que el de incrementar el efecto de distanciamiento. Si hasta en las obras de carácter autobiográfico el autor debiera ser capaz de considerarse un personaje más de la historia que está contando, en las novelas, cuando se da el caso de que el autor desea ser identificado con el protagonista y no se atreve a reconocerlo, limitándose a insinuárselo al lector como con un guiño, el resultado, material crudo, invertebrado, suele ser una lamentable mezcla de autocompasión y jactancia vergonzante. En el extremo opuesto de esta clase de planteamientos, mi personal empeño me ha llevado a objetivizar mis preocupaciones personales en una estructura formal que informe la materia narrativa y encauce el fluir del relato. Claro que para el partidario de equiparar escritura y enfermedad, esa resistencia mía a plantear abiertamente problemas o experiencias personales no será sino una confirmación más de su tesis, ejemplo a lo sumo de una variedad especialmente sofisticada.

Muchos son los críticos, sin embargo, que han creído detectar en mis obras elementos de carácter autobiográfico. Aciertan en la medida en que conozco la educación propia de un colegio religioso, el partido comunista o la cárcel, pero se equivocan al olvidar que, más que de experiencias personales, se trata de experiencias colectivas, comunes a la mayor parte de los jóvenes con inquietudes de mi generación. Ni puede hablarse, así pues, de experiencias personales propiamente dichas, ni el uso que de ellas hago tiene otro valor que el puramente instrumental: el objetivo no es contar una experiencia personal, sino utilizar esa experiencia aparentemente personal para contar otra cosa. El mismo uso, en definitiva, que suelo hacer de elementos de relato tales como lo que convencionalmente se entiende por intriga o por personajes, elementos del relato que para mí no tienen otra consideración que la de simples materiales utilizados en la construcción, más que del argumento, de su transfiguración en el significado último de la estructura narrativa. ¿Qué relevancia tiene habitualmente el físico de tal o cual personaje, que vistan de una forma o de otra, que se tomen una copa, que enciendan un cigarrillo, que digan ¡hola! o simplemente que charlen, si esa charla, de carácter ambientador, carece de una significación que vaya más allá de su propio enunciado? Una cosa es que el autor lo sepa, que sepa incluso cómo eran los padres de determinado personaje o cuál es su signo astrológico, y otra que no ahorre al lector semejante fárrago. El que yo necesite con frecuencia conocer este tipo de detalles nada significa, ya que si lo necesito es sólo para mi buen gobierno; el más importante de esos detalles sin duda es, por su valor fundacional, el nombre del personaje, aunque ese nombre se reduzca a una simple letra inicial y por más que, desde el punto de vista del lector, en el acto de leer, esa transcendencia se haya desvanecido, del mismo modo que el comensal sólo alcanza a advertir en el plato el resultado indiferenciado de una serie de manipulaciones que para el cocinero son, una por una, capitales. La irrelevancia de lo anecdótico frente al peso de cuanto es verdaderamente significativo se aprecia con especial nitidez en las obras de

carácter autobiográfico, donde, incluso al margen de su mayor o menor grado de sinceridad, las páginas más interesantes suelen corresponder a la infancia y adolescencia, los años en los que el narrador alcanza a ser lo que es. Cuanto acontezca posteriormente dependerá de la conjunción de ese modo de ser con las más diversas peripecias que, por mucha que sea su trascendencia histórica, se ganarán el interés del lector en la medida en que el narrador sea capaz de expresarse a sí mismo al tiempo que acierta a expresar de forma convincente el significado de la anécdota.

La escritura nunca ha significado para mí, ni un oficio como cualquier otro, ni una especie de pasatiempo. Incluso cuando escribir se aproxima a lo que entendemos por placer, no tiene sentido equiparlo a una actividad lúdica; tampoco, aunque tenga algo de oficio, es propiamente un oficio. En lo que a mí concierne, su papel es equivalente al que para otros representa la ciencia, la religión o la ideología, y no deja de ser revelador el que se convirtiese en mi actividad principal precisamente cuando me desentendí de toda actividad política. Ahora bien: si en ese oficio que nunca consideré un oficio tuvo una importancia decisiva la intuición -presente ya en mis primeros escritos de adulto- del papel ordenador de la estructura en el relato, la formación del estilo, que es como decir de mi propia voz, fue mucho más paulatina. En la estructura narrativa vi siempre, y a ello me apliqué casi a tientas desde el principio, la clave de la significación de la obra y, en tanto que uno de los más perfectos medios de progreso en el conocimiento, la posibilidad de convertir esa obra en una verdadera *imago mundi*. La conquista del estilo, un estilo propio, inconfundible, no es aislable, por otra parte, del papel atribuido a la estructura, de la que no deja de ser un aspecto más, acaso el más manifiesto. Bajo esa estructura subyace habitualmente un esquema numérico que organiza la materia narrativa. Si empecé recurriendo al número 7 de un modo algo mecánico, el 9 no tardó en revelármese como excepcionalmente útil, así como, eventualmente, el 6 y el 12 y, para obras menos extensas, el 5. El 5 posee asimismo un excelente valor organizativo en artículos y ensayos breves. El fundamento de ese valor organizativo no difiere demasiado del que hace que el número de actos de determinada obra de teatro sea 5 en lugar de 3, o de que el número de versos del soneto sea exactamente 14. En cifras romanas, tales valores resultan aún más visualmente explícitos: IX, V, XI, XII, VI, etc. Caso distinto, en cambio, es el del metro y la rima en poesía, donde el valor fonético priva sobre cualquier otra consideración, ya que la armonía se encuentra en la propia realidad del idioma. Así, incluso en prosa, una frase de once o nueve sílabas en español, inglés o italiano, si los acentos están bien repartidos, sonará gratamente al lector, en especial si se trata de un título. En cuanto a la rima, responsable de innumerables ripios, siempre me pareció que sólo estaba justificada en contadísimas ocasiones; a ella le debo, supongo, mi temprano abandono del cultivo de la poesía. ¿Por qué habían de rimar las palabras? La creación de un estilo tiene algo en común con la forma en que se establece una amistad entre dos personas: cuando se es recién llegado en alguna parte, hay una tendencia natural a relacionarse con el vecino, con el que está más cerca, una relación que luego se mantiene por la simple razón de que es ya un conocido, hasta que conocemos a otros y nos damos cuenta de que con el amigo inicial no tenemos nada en común y nos perdemos

mutuamente de vista. También puede darse el caso de que ni tan siquiera lleguemos a entrar en contacto con la persona potencialmente más afín, por cerca que haya estado de nosotros, o que cualquier imponderable nos desvíe de un campo de actividad o de conocimiento que sólo después lamentaremos haya quedado de lado; lo que me sucedió con la literatura latina, por ejemplo, una materia que en mis años escolares nadie acertó a enseñarme con la relevancia que se merece. Pero ese margen de azar no existe en el ámbito de la creación literaria, donde todo verdadero escritor termina encontrando su propia voz.

Uno de los errores más extendidos tanto en lo que se refiere a la literatura de ficción como a las obras de intención autobiográfica o testimonial, consiste en cifrar la importancia de la obra en el interés objetivo de los hechos que se reseñan: que el tema *pegue*, que los secretos que se revelan sean trascendentales, que las intimidades que se confiesen resulten desgarradoras. Y eso no es así, por más que el favor del gran público parezca confirmarlo, o justamente debido a ello. La clave última de una narración se encuentra, no en el eventual gancho del asunto narrado, sino en el narrador, en su capacidad de trocar la anécdota supuestamente más anodina en un texto tan rico en su expresión como profundo en su significado. Un problema, no de información sino de comprensión o, si se prefiere, de conocimiento. No hay momentos estelares, ni grandes temas, ni protagonistas privilegiados, héroes o heroínas especialmente cualificados, trátase de nobles o de proletarios, transcurran sus vidas en barriadas obreras o en mansiones aristocráticas. La escritura se abate sobre la realidad a modo de una red en la que todos los nudos son igualmente necesarios respecto a la función que le está encomendada. Si la expresión es afortunada, el valor testimonial, sea en el terreno de las confidencias íntimas, sea en el de la evocación de un ambiente, de un medio social, de una familia, de una ciudad, de un lugar, de una época, se dará por añadidura. El logro de esa expresión acertada es causa frecuente de un equívoco: pretender repetir el éxito de la experiencia trasladando los aspectos más formales del modelo a un contexto que no es el apropiado. Como ese cronista de sociedad de Barcelona que, abrumado por el chaparrón de chismes y escándalos acuñados en Madrid, París, Marbella o Montecarlo, que trae a diario la prensa del corazón, se preguntaba con desconsuelo dónde está la *jet-set* de Barcelona, sin caer en la cuenta de que ese gran mundo barcelonés sencillamente no existe, toda vez que quienes hoy día cuentan con recursos suficientes para desempeñar tal papel, prefieren no hacerlo, en parte por un reverencial temor al fisco y en parte por la falta de maneras que les caracteriza y de la que son conscientes, tan propia de una sociedad provinciana. Ejemplo extremo en su modalidad más cotidiana de semejante carencia de modelo al que ajustar la propia conducta, es el que ofrecen con su sola presencia determinadas barcelonesas de clase media que, en sus ansias de parecer cosmopolitas sin dejarse llevar por todas esas locuras sexuales comúnmente atribuidas a las mujeres mundanas, creen haberlo logrado sin otro dolor de cabeza que el de elegir ropa y encontrar el peinado que les va, ese corte de pelo en forma de medio hongo o media coliflor, según sea o no con ondas, adoptado siguiendo el insidioso consejo de algún peluquero homosexual, que es lo que se ve que hora está de moda, ya ves.

A nadie puede sorprenderle mi falta de integración en el mundo literario, tanto en el terreno de las relaciones personales como en el de ese panorama de continuas revelaciones novelísticas, rápidamente equiparadas por la crítica a las de los más grandes creadores, o de la constante sucesión de teorías acerca de la novela. ¿Qué me importaba a mí todo eso? ¿Qué tenía todo eso que ver conmigo? Porque es posible que la novela, como género tan vinculado a la imprenta, se vea pronto desplazado por un tipo de narrativa más vinculada a los actuales medios de comunicación, pero el impulso creador que desde sus orígenes presidió el desarrollo de la novela es perfectamente asumible por las futuras formas de expresión. Cuando empecé a escribir, basándome en mi experiencia de lector, en lo mucho que habían llegado a influir en mí determinadas obras, veía yo en la novela un instrumento de comprensión del mundo superior a la filosofía o la ciencia por su capacidad de referirse a la vez a lo abstracto y lo concreto, una especie de arma secreta superior incluso a los textos religiosos en la medida en que su vigencia se mantenía intacta con el transcurso del tiempo sin precisar el recurso a la fe como justificación última de las aparentes incongruencias propias de éstos. Y, en el terreno personal, la escritura se convertía en el instrumento liberador por excelencia, toda vez que su ejercicio significaba una profundización en el conocimiento de uno mismo no menos que en el del mundo, en el de ese yo, principal protagonista, a fin de cuentas, del conocimiento transformador. Es decir: un ejercicio de conocimiento equiparable al aseo personal o al ejercicio físico, de cumplimiento casi supersticioso, realizado a diario incluso en las circunstancias más adversas, tales como la mili o la cárcel. Pero, estamos derivando, alejándonos del tema. ¿Cuál era la pregunta?

Un áspid en la cama. Plinio se mostró de acuerdo, señalando que la culpa de los césares no debía ser utilizada en ningún caso para enmascarar las responsabilidades del Senado. Nada más erróneo, dijo, que engañarnos a nosotros mismos dando por sentado, aunque sólo sea por comodidad, que cuanto de malo pudiera ser achacado a Domiciano o a cualquiera de sus antecesores, se produjo contra la voluntad del Senado o a costa suya. Bajo esos césares, el Senado jamás jugó el papel que teóricamente le correspondía jugar: el de institución suprema ante la que los cónsules debían rendir cuentas de su mandato. Si tal imagen respondió a una realidad en el período republicano, hace ya décadas que los propios senadores fueron los primeros en restarle toda validez. Su adulación cómplice ha sido notoria y su predisposición a colaborar con el César escondía tanto el temor a la pérdida del propio patrimonio como al apetito del patrimonio ajeno. Detrás de gran número de juicios, órdenes de exilio y confinamiento, así como de asesinatos, encontraremos la codicia satisfecha de un instigador próximo al Senado. La práctica totalidad de los senadores, por otra parte, han desempeñado anteriormente cargos oficiales, ¡y es tan fácil enriquecerse en el cumplimiento de una misión oficial! El Senado que hemos conocido y el que durante tantos siglos rigió los destinos de Roma, tienen en común una sola cosa: el nombre.

A lo que su interlocutor respondió: así es, en efecto; todo senador que se gloria de pertenecer a una institución que supo mantener la pureza republicana bajo la tiranía de los césares, miente. Los ideales que, de creer sus palabras, encarnaba el Senado, se hallan muy lejos de lo que verdaderamente fue la realidad cotidiana durante ese período. Sucede, sin embargo, que la defensa de los principios que teóricamente representaba el Senado era una forma de atacar al tirano de turno, y con tanta frecuencia hemos ensalzado tales principios que nosotros mismos hemos terminado por creer en su vigencia. La realidad, no obstante, la conocemos todos: la corrupción se ha extendido durante esos años hasta tal extremo que ha entrado a formar parte del cargo, y a nadie le sorprende hoy día que un hombre, a lo largo de la carrera que le ha llevado al Senado, se haya enriquecido, desde que fue cuestor, en todas y cada una de las funciones que ha desempeñado; si algo pudiera causar asombro sería que no lo hubiera hecho. ¿Quién de nosotros, a decir verdad, ha estado enteramente limpio de ella? Fruto de esa corrupción ha sido el silencio que más que la elocuencia ha caracterizado las actividades del Senado durante ese período. Callar, a cambio de los beneficios personales obtenidos, mientras otros obtenían los suyos.

Lo más nefasto de la corrupción, con todo, no es que se produzca en círculos próximos al poder, como ha señalado Plinio al referirse al Senado. Hay modalidades de corrupción que parecen consustanciales al poder político, como el favor al amigo y hasta el acto de magnanimidad natural carente de contrapartida, y en este sentido es posible que hayan

existido siempre. Los efectos verdaderamente nefastos de la corrupción sólo se hacen visibles cuando, a partir del cargo público salta ésta al conjunto del cuerpo social; cuando, como en Oriente, se integra de tal forma en la vida cotidiana de la sociedad entera que, si fuera suprimida un buen día, se produciría una parálisis de actividades y toda clase de negocio dejaría de funcionar. Peor signo que un senador, un cuestor o un cónsul corruptos, es el del liberto que delata o el del esclavo que traiciona a su amo, también a cambio de una recompensa. Os doy ejemplos que se dieron en tiempos de Domiciano y que todos conocemos. Pero si algún día tales casos aislados se convirtieran en habituales y lo que es excepción se asentara aquí a manera de norma, ese día podríamos afirmar que Roma estaba liquidada. Una situación que sólo cabe solucionar invirtiendo la espiral del proceso, a sabiendas de que moralizando la vida pública se moralizará subsidiariamente la privada, lo que significa que ha de ser el César el primero en dar el ejemplo.

Con el final de la tiranía que en mayor o menor grado, de acuerdo con el capricho del César, nos ha oprimido durante tantas décadas, de forma que ninguno de nosotros llegó a conocer jamás un régimen más libre, con ese final, con la libertad de la que ahora gozamos, parece evidente que la moral del pueblo romano ha cambiado, que desde la caída del tirano esa moral no ha hecho sino elevarse. Son esas libertades recuperadas las que ahora permiten que se haga justicia y que el enriquecimiento injusto y la corrupción sean como mínimo denunciados, con lo que el margen de arbitrariedad y amenaza que pesaba sobre la vida del ciudadano se ha reducido grandemente. Pero lo que nuestras libertades no nos pueden garantizar es el final de las intrigas y las conjuras que tienen por objeto hacerse con el control del poder político. ¿Cómo impedir lo que, en virtud de su propia naturaleza, es de carácter secreto? Lo único que la ley puede garantizar es que, si tales conjuras fracasan, quienes en ellas participen sean castigados. Pero, ¿y si triunfan?

Jamás olvidaré la escena que presencié en el Capitolio durante una de mis cada vez más espaciadas estancias en Roma. Un hombre acababa de ser interceptado por la guardia ante las gradas del Templo de Júpiter con un cuchillo de grandes proporciones oculto entre sus ropas. Recuerdo la sonrisa jocosa que abría su rostro mientras se dejaba maniatar sin oponer resistencia, consciente sin duda de que iba a ser sometido a tormento, pero como asumiendo que la expectación despertada entre los mirones respondía a una completa comprensión de sus motivos personales. Y no era Domiciano su objetivo, hay que tenerlo bien en cuenta. El objetivo era Trajano.

Capítulo VIII

Un pequeño punto de la pantalla del radar. La filmación empezaba en el propio aeropuerto. El padre de familia pedía permiso a la empleada del mostrador que controla el acceso a la sala y salía de nuevo al largo corredor. Una vez fuera, cámara al hombro, filmaba el mostrador, las siglas de la compañía aérea, el número de la sala, el del vuelo, el destino y la hora de embarque. De nuevo dentro, sin dejar de filmar, barrido de la sala de espera hasta dar con la familia, sonriéndole desde los asientos del fondo; entonces, aproximación en *travelling* al grupo, tres o cuatro chicos y chicas de entre unos ocho y dieciocho años, la mayor, se diría que casi hermana de la madre, un notable parecido que sin duda convenía a ambas. Claro que, de hecho, la filmación también podía haber empezado antes: al abandonar el piso, por ejemplo, o en la calle, junto a un par de taxis, las maletas alineadas en la acera. O incluso al llegar al aeropuerto, y después, ya en el vestíbulo, haciendo cola ante el mostrador correspondiente. Pero yo no le vi hasta la sala de la puerta de embarque, y luego, una vez más, en el momento de subir al avión, saludando desde la empinada escalera, mientras un empleado llamaba la atención al padre de familia, ya que, sin dejar de filmar, se alejaba en exceso caminando hacia atrás. Y, sin duda alguna, en pleno vuelo transcontinental, después de la cena pero antes de que apaguen las luces para la película, realizará la toma de aproximación al grupo de caras sonrientes a lo largo del pasillo, algo que acaso tendrá que repetir hasta que los viajeros dejen de interponerse inopinadamente al levantarse para ir a los servicios. Tal vez ignore que, según y cual sea su país de destino, la cámara de vídeo empezará a crearle problemas con las autoridades locales nada más aterrizar, en el control de aduana, y no sospechará ni remotamente hasta qué punto el cuidado de esa cámara condicionará decisivamente su libertad de movimientos durante todas las vacaciones, dada la necesidad de protegerla, no ya de los ladrones, sino también de factores de riesgo naturales como el sol, el agua de mar, la arena, etc. Eso sí: en la piscina del hotel, en la playa, durante un paseo en bote, gracias a esa maldita cámara irá levantando acta de lo que han sido sus vacaciones en tan exóticos parajes. De esta manera, con sólo callarse que al final ya estaba harto de todo, de la comida, de las diarreas, de ver tantas cosas, de tanto mendigo y tanto vagabundo, que estaba sencillamente harto y que sólo ansiaba volver, con sólo callarse algo que probablemente olvidaría al encontrarse de nuevo en casa, en cuanto estuviera efectivamente de vuelta, podría invitar a familiares y amigos y pasarles el vídeo, el objetivo final de su viaje a las Bahamas o a Tahití o a las Seychelles, en la medida en que así quedaba constancia de que él lo había filmado, prueba irrefutable de su triunfo tanto en el terreno económico como en el social, algo así como la buena estrella que remata una vida marcada por el éxito y los logros personales. Porque si lo importante del viaje era el regreso, lo importante del regreso era poder mostrar el vídeo de lo que había sido el viaje. Y la proyección de ese vídeo, o mejor, el vídeo en sí,

constituía una especie de símbolo, de ceremonia con valor de consagración. En mis años escolares, a modo de máximo elogio de una residencia, de un paisaje, de una chica, era costumbre exclamar ¡de película! Hoy, la expresión se ha hecho realidad, y el que ha triunfado en la vida filma su propia película, testimonio de ese triunfo, en calidad de autor a la vez que de protagonista.

La medida de semejante cambio nos la ofrecen las transformaciones experimentadas por la ciudad, por cualquier ciudad, y aún en mayor medida, por el campo. Pues si son pocas las ciudades que, aparte de su centro histórico, caso de que haya sido respetado, resultan hoy identificables para quienes las conocieron en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, más profunda ha sido todavía la mutación sufrida por el campo, tanto en lo que se refiere a sus aspectos paisajísticos, a cultivos y labores, como a la vida de los propios campesinos, una especie hoy en vías de desaparición. Aquellas mañanas de Torrentbó con urracas y sol, urracas vistosas y aleteantes, su canto cascado llegando desde los campos más próximos, como si celebraran la abundancia de frutos en sazón. O al anochecer, cuando yo me iba a conversar con los jornaleros mientras cenaban bajo las higueras; hacia la mitad de la cena había que encender la luz exterior y de inmediato aparecían dos o tres salamanquesas prestas a cazar mariposas nocturnas. Supongo que si hoy día dejo encendida la luz del baño en la casa de campo, en otra casa de campo, será para permitir a las salamanquesas de ahora empezar tan puntualmente como las de entonces su caza de mariposas nocturnas, idénticas unas y otras en su acechante inmovilidad. Por lo demás, ni hay ya campesinos en Torrentbó, ni lo que antaño fue campo es hoy otra cosa que paisaje semiurbanizado.

Sería sencillo culpar ahora de la pérdida de Torrentbó a José Agustín: a diferencia de nuestro padre, no necesitó que nadie le embaucara para embarcarse en un negocio ruinoso, que si de entrada supuso trocear el paisaje, al poco había de suponer vender incluso la casa a fin de saldar las deudas contraídas. Una casa, por otra parte, en la que ya nada tenía que ver con la ideada por el abuelo, en la que cada cosa respondía a una función específica. En un intento de adaptarla al gusto actual, las reformas de José Agustín la convirtieron en una especie de conglomerado de apartamentos de medio pelo, como si el impulso constructor de la familia, que había reaparecido en cada generación a partir del bisabuelo, hubiera terminado por convertirse en su propia parodia. Pero si, al igual que mi padre, se había metido en negocios sin contar con el capital necesario y sin poseer el fuste propio de un hombre de negocios, más que causante del estropicio, José Agustín formaba parte de ese estropicio. Para cuando empezó a poner en práctica sus planes, el paisaje estaba ya cercenado por diversas obras de urbanización y la agricultura había sido prácticamente abandonada en toda la zona; contribuir en lo que pudiera al desarrollo de esa doble tendencia era para él sinónimo de contribuir al progreso. Para una persona como él, obsesionada por alcanzar la normalidad propia del hombre de la calle, es decir, su coche, su piso provisto de toda clase de electrodomésticos, su mobiliario de línea escandinava en madera clara, sus reproducciones de El Bosco, para una persona así, introducir similares signos de prosperidad en el ámbito familiar, terminar con la cochambre que para él suponía el carácter anacrónico de la Masía Gualba, así como las

miserias inherentes a la actividad campesina, constituía sin lugar a duda todo un logro. Poco amigo de pasear por pasear campo a través, probablemente ni tan siquiera cayó en la cuenta de que en adelante ya no iba a ser posible seguir haciéndolo; un entramado de calles rodeaba la Masía Gualba y pasear por ellas tenía el mismo atractivo que llegar a los pueblos vecinos siguiendo la carretera. Claro que si consideramos caminar como un deporte para cuya práctica, al igual que para el *jogging*, existen prendas y calzado especiales, esas calles pueden ser consideradas como magníficas pistas y José Agustín se convierte en un adelantado de las formas de vida hoy en boga, algo que en cierta manera responde a la realidad. En este sentido, no es que José Agustín no advirtiera el valor de símbolo que la finca tenía para la familia: lo advirtió con toda claridad y, en la medida en que lo juzgaba anacrónico, intentó a su manera ponerlo al día. Una finca rústica, en tiempos del bisabuelo, era el bien raíz por excelencia y, aparte de la más segura de las inversiones, constituía un distintivo social casi tan importante como las características de la residencia en Barcelona o el panteón familiar. Se daba por descontado que toda familia socialmente considerada tenía su finca y lo único que había que precisar era su localización, extensión y peculiaridades. La nuestra era relativamente extensa para una zona que siempre había gozado de gran aprecio debido a la suavidad de su clima. El planteamiento que le había dado el abuelo se basaba sin duda en la idea de que los aspectos residenciales no debían primar sobre los propiamente agropecuarios; de ahí las plantaciones de cítricos, los viñedos, los lagares, la vaquería, los bosques de alcornoques, dedicados a la explotación del corcho, actividades todas ellas estrechamente controladas, tal y como cabe esperar de un indiano que traslada a España el modelo que había conocido en Cuba. Sólo después de su muerte, al no interesar a ninguno de los hijos ocuparse de la finca y ser confiada su explotación a masoveros y aparceros, aparecieron los primeros signos de decadencia. A nuestro regreso, acabada la guerra, dos manantiales de agua destinados al riego se habían perdido, de las plantaciones de naranjos quedaba apenas una muestra y el sistema de canalización de agua se hallaba deteriorado en la mayor parte de los tramos. Y ese deterioro, extensivo a todos los órdenes, ya que pese a las reparaciones parciales ordenadas por mi padre, terminó por repercutir en el riego del jardín y el abastecimiento de agua de la propia casa, es lo que José Agustín quiso contrarrestar a su modo, como si el mal residiese en la idea originaria, en el planteamiento del abuelo, y no, por el contrario, en el olvido de ese planteamiento. La tendencia a urbanizar paulatinamente las áreas próximas a las grandes ciudades es un fenómeno que se ha producido en todas partes y, en consecuencia, aplicar ese principio al caso de Torrentbó es sólo hasta cierto punto un error personal de José Agustín; por aquel entonces aún se sabía poco acerca de los desastres que suelen acompañar a toda proliferación prematura y caótica de terreno urbano. No obstante, se equivocaba al creer que urbanizando una finca rústica iba a enderezar el declive del patrimonio familiar, ya que lo único que consiguió fue precipitar ese declive. Y no advertir que con sus iniciativas no hacía sino dar realce al declive económico y social que, a partir del bisabuelo se había acentuado a cada generación, era en realidad un síntoma más del declive. Si la equivocación de mi padre había sido meterse en negocios olvidando que era

un científico, José Agustín, en quien la personalidad de abogado emprendedor se superpuso siempre a la de poeta, cometió la misma equivocación, y sus consecuencias nos afectaron a todos. Su temperamento nunca fue el de un hombre de negocios y, por más que creyera serlo, nunca llegó más allá de representar el papel de negociante, y eso hasta demasiado bien, con la misma dosis de sobreactuación que le hubiera caracterizado en cualquier otro papel. Durante años, en medios familiares, prevalecía la certidumbre de que su vocación era la de marino, una profesión de gran raigambre en la familia de mi abuela paterna; supongo que el equívoco no tenía otra base que alguna afirmación suya hecha al azar, a partir acaso de la afición a los uniformes y de cierta tendencia a la teatralidad que siempre le han distinguido, las escenografías musolinianas en la adolescencia, las castristas ya de adulto.

La pérdida de Torrentbó me afectó en grado no menor que la de un familiar muy próximo cuyo certificado de defunción hubiera tenido que firmar con mi propia mano. Especialmente la casa, ambientación habitual de mis sueños; aún ahora suelo soñar que la recorro, generalmente de noche, comprobando las modificaciones realizadas por sus nuevos dueños, gente amable que, pese a haberme colado yo como de hurtadillas, sin haberles pedido ninguna clase de permiso, parecen comprender mi presencia y me aseguran que cuidan de todo como es debido. Las escasas veces en que sueño que la finca es todavía nuestra, la casa aparece tal y como era antes de cualquier reforma. Esa persistencia en los sueños de la casa tal y como era antes de cualquier transformación es significativa en más de un sentido. Por una parte, revela mi personal fijación respecto a determinados hechos y determinadas personas relacionados de alguna manera con esa imagen. Por otra, hay que considerar que las transformaciones sufridas por la Masía Gualba son sólo un reflejo de las transformaciones experimentadas en el mismo período por la sociedad española en general y la barcelonesa en particular. José Agustín no era consciente de que las metas que se había fijado nada tenían que ver con las que en su día pudo haberse fijado el abuelo; que, lejos de actualizarlas, estaba haciendo suyas las aspiraciones de la clase media, de la pequeña burguesía y hasta de la clase obrera: una segunda residencia, un coche para acceder a ella, un paisaje suburbano como telón de fondo. Sus ansias de romper con los mitos familiares, de poner fin al deterioro y la cochambre por el procedimiento de como mínimo parecer normal, de convertirse en un hombre de la calle como cualquier otro, sólo podían concluir con la transformación de lo que había sido excelente finca agrícola en un arrabal urbano. Por similares razones, sus ilusiones de rehacer el patrimonio familiar sin tener ni madera de hombre de negocios ni el capital necesario, no podían conducirle más que al fracaso. Como para Juan, como para mí, su ámbito era el propio de la escritura, no el mundo de los negocios.

Aceptar, o cuando menos percibir, las mutaciones del mundo circundante tiene algo en común con saber asimilar la edad, el paso del tiempo sobre nosotros. Ambos procesos no son, por otra parte, independientes, y el cambio acelerado en todos los órdenes característicos de nuestra época, a la vez que daba lugar a nuevas realidades, ponía a prueba nuestra capacidad de captar la incidencia de esas nuevas realidades sobre nosotros mismos. Las innovaciones que de forma crecientemente acelerada se han ido

produciendo en los terrenos más diversos en lo que va de siglo son sin duda de mayor entidad que los producidos en los veinte precedentes, pero una cosa es la constatación del hecho y otra que la sociedad lo haya asumido. Las reacciones personales suelen ser, en efecto, imprevisibles, similares a las de esa mujer que había organizado su vida en torno a la atracción física que generaba en los hombres y de buenas a primeras se encuentra con que tal atracción empieza a decaer de forma inequívoca y, lo que es peor, irreversible, y confusa, desconcertada, deambula ensimismada hasta que una palabra oída al azar, una palabra como por ejemplo, radical, desencadena en ella todo un proceso vertebrador: ¡radical!, ¡eso es lo que será de ahora en adelante!, una radical de la especie que sea, bien en el terreno ideológico, bien como activista en el seno de tal o cual causa o movimiento, pero radical, no ya un mero objetivo cuanto el nuevo gozne de toda una existencia. También cabe en lo posible que la realidad de los cambios sea sencillamente rechazada y la persona se comporte entonces como si nada hubiera sucedido, a semejanza de ese poeta en ruinas cuyas palabras, en otro tiempo significativas, prodigadas una y otra vez, de año en año, terminan por convertirse en ritornelo vano, en enunciado huero, en consonancias y ruinas no menos penosas que gratuitas. Pocas cosas prueban mejor hasta qué punto los tiempos cambian que el hecho de que el viejo debate relativo al papel de las malas compañías del niño en el cole, susceptibles de torcer la supuestamente benéfica educación recibida por parte de sus profesores, a modo de complemento de lo que directamente recibe de los padres al calor del hogar, se ha esfumado ante la evidencia de que, hoy por hoy, el influjo más fuerte de cuantos se abaten sobre el chico proviene del televisor.

Durante años creí que mis amigos y yo habíamos sido los primeros en romper esos distinguos entre buenas y malas compañías, entre buenas y malas costumbres, revolucionarios en el terreno de la moral a la vez que en el de la política. Sólo con el paso del tiempo, retrospectivamente, me fui dando cuenta de que las chicas, las beldades del barrio en primer término, nos habían ganado por la mano en lo que a ponerse el mundo por montera se refiere; el que los chicos de su edad, para ellas unos críos, ni nos hubiéramos enterado, no tenía otro motivo que su preferencia por los hombres hechos y derechos. Con los años, a ritmo de goteo, la combinación de chismorreos y pacatería que distingue a la sociedad barcelonesa, permitió, no obstante, ir conociendo los detalles del escándalo personal provocado por la conducta de todas y cada una de las musas que, cuando chico, habían protagonizado mis deseos. Fugarse en un barco como polizone, juntarse con hampones, unirse a una comunidad psicodélica, casarse con un carnicero o con sujetos socialmente indeseables, establecer récords adulterinos hasta forzar una separación conyugal, las mujeres se adelantaron ciertamente a los hombres en la tarea de hacer saltar la pátina moral impuesta por Franco a la sociedad española, parecida, aunque menos duradera, a la que la reina Victoria impuso a la Inglaterra de su época. No habían de pasar muchos años para que lo único que escandalizara o se considerase como mínimo de mal gusto, fuera escandalizarse por algo, para que la propia palabra escándalo volviera a ser sinónimo de armar jarana, de alterar el sueño de la gente que duerme con bullicio noctámbulo. Como aquella noche en Cadaqués, a mediados de los años sesenta,

cuando una adecuada combinación de alcohol y vitalidad colectiva propició multitud de adulterios y rupturas de pareja, un intento de suicidio y la caída de un coche al mar; una noche que hubiera podido costarme cara por mi insistencia en jugar a ser el hijo de Guillermo Tell, ya que yo creía haber vaciado el cargador de un rifle contra las vigas y resultó que aún quedaba la bala del diablo en la recámara. En conjunto, el desarrollo de la fiesta fue fiel reflejo de las convulsiones que estaba experimentando la sociedad en el ámbito de las costumbres; pasadas esas convulsiones, la norma que señala los límites del escándalo había desaparecido y, en cierto modo, las cosas volvieron a su cauce, un cauce que poco tenía que ver con el de antes. Incluso los estereotipos anteriormente en boga tendieron a desdibujarse, el de la mujer que ve agravios sexuales por todas partes porque lo que le pasa es que es una histérica, el del hombre que va por el mundo como obcecado buscando alguna clase de receptáculo para su pene en ristre porque no es más que un pedazo de bruto; difícilmente encontraremos ya figuras que se ajusten a esos perfiles como no sea en las páginas de los periódicos y hasta el abuso de simbolismos fálicos ha terminado por convertir la palabra en sinónimo de cuanto es oblongo en su forma. Es probable que tal proceso de normalización en las relaciones sexuales no se haya desarrollado sin cierta merma en la imperiosidad del deseo, no menos en la mujer que en el hombre, y que, comparativamente, el sexo haya perdido el protagonismo que tuvo años atrás, actos que algunas personas parecen realizar como quien masca chicle o practica gimnasia, dos cuerpos unidos por la común voluntad de masturbarse. Paralelamente a ese cambio de actitud se ha producido una mayor incidencia de la moda no ya en el erotismo sino en el ejercicio de la misma sexualidad. De la promoción de determinadas partes del cuerpo, las pantorrillas, los labios, los muslos, los pechos, las nalgas, se ha pasado a la promoción de actos: intercambio de parejas, amor en grupo, homosexualismo masculino y femenino, sodomía, sexo oral. En líneas generales, podría decirse que la genitalidad directa, lo que antes se entendía por acto sexual, ha perdido terreno paulatinamente en favor de otras formas de sexualidad. Y si por una parte, todos esos cambios de actitud en las relaciones de la pareja pueden haber contribuido a inhibir a chicos y chicas de naturaleza tímida en la medida en que la falta de experiencia aumenta la inseguridad en uno mismo y viceversa, por otra, el adicto a las diversas formas de prostitución, distinto del antiguo cliente de un prostíbulo, más obsesivo que el de antes, ha visto cómo la transformación del oficio en tarea de especialistas le facilitaba las cosas, permitiéndole elegir de acuerdo con sus particulares aficiones mediante una especie de inequívoco catálogo: masajes de todo género, lluvia dorada, beso negro, fetichismo, sadomasoquismo en sus más diversas variantes, fantasías puestas en práctica, onanismo mental resuelto en el desamparo de un orgasmo real.

La entrada de la moda en el terreno sexual, la conversión del sexo en artículo de consumo, es la expresión, en el más íntimo de los terrenos, de un fenómeno general cuya manifestación de mayor relevancia no es otra que la paulatina consolidación del dinero como valor supremo, como bien, no ya de cambio, sino como bien por antonomasia. En los años de la posguerra, la figura del nuevo rico, de la persona que había hecho fortuna rápidamente, era sinónimo de escasa honorabilidad, desprecio no exento de despecho y,

en ocasiones, hasta de envidia. El dinero, por otra parte, tampoco era entendido entonces como un fin en sí mismo, sino, antes bien, aparte de principal mecanismo de reinversión en el propio negocio, como único medio de poder mantener el adecuado tren de vida, los gastos de la residencia principal, las fincas, la villa de veraneo, los viajes, las joyas, las obras de arte. A la generación de nuevos ricos de la posguerra, de los llamados estraperlistas en la creencia de que habían hecho su fortuna merced al mercado negro, han sucedido al menos dos oleadas de fortunas de nuevo cuño, y en cada una de ellas ha destacado con progresiva nitidez el papel del dinero como objetivo final del negocio, con entera independencia de las características de ese negocio. Lo que cuenta es que la cifra de beneficios sea lo más elevada posible, no que esa cifra resulte necesariamente tan elevada gracias a la calidad del producto. Porque lo importante no es la calidad del producto en cuestión, sino que ese producto, por lo general como resultado de una acertada campaña publicitaria, se venda, se ponga de moda, y, a lo que las ventas empiecen a flojear, se procura poner de moda un nuevo producto. Por otra parte, el dinero correspondiente a esos beneficios tampoco será invertido ya en residencias tipo palacio, grandes fincas u obras de arte como no sea con fines especulativos. Las grandes fortunas de hoy, especialmente en Barcelona, requieren residencias acordes con los tiempos que corren, es decir, protegidas por los más modernos sistemas de seguridad y tan suntuosas como de apariencia discreta, toda vez que lo llamativo no hace más que traer problemas con el fisco. ¿Qué hacer entonces con el dinero? Pues más dinero. Dinero susceptible de reproducirse, de producir más dinero mientras uno duerme, un ideal que tradicionalmente ha encontrado en el temperamento catalán el más proclive de los cómplices: ese buen burgués de boca corta y recta como la ranura de una hucha, de una baldufa, una boca por lo general entreabierta, que destaca peculiarmente en esa cara de mejillas infladas y flojas a causa de las singularidades de la fonética catalana, con sus vocales abiertas y sus consonantes explosivas, como de alguien que hablara y comiera patatas al mismo tiempo. Con los años, la vida irá imprimiendo en su rostro un rictus que por ser casi una sonrisa, resulta más bien inquietante, como de iguana o efigie asiria, dándole cierto aspecto de lo que en ocasiones es realmente: un bandido. En consonancia con el físico, sus pedos, que intentará disimular con una tosecilla y un aire de respetabilidad distraída, suelen ser extremadamente retorcidos, fruto no tanto de la diarrea cuanto del estreñimiento.

En lo que a su personalidad se refiere, el prohombre catalán se distingue de sus paisanos por el hecho de que la concentración en su persona de rasgos genéricos alcanza el grado de quintaesencia y eso le convierte en ser emblemático. Emblemático y también problemático. Pues problemático es pertenecer a un país situado tan secretamente en los intersticios del entramado social que, más que un país, semeja a veces una secta de carácter iniciático: orígenes míticos; desarrollo nacional siempre realizado bajo la apariencia de otra cosa, lo que equivale a una presencia en la Historia como de incógnito; revelación de ese desarrollo, de sus rasgos diferenciales individuo por individuo; abrazar la causa mediante un acto de fe que se diría propiciado por la gracia divina; renovación periódica de ese acto de fe con una meditación lo más constante posible que aleje de la

mente otras materias perturbadoras: tales son sus principales características. Respecto a sus antepasados, el prohombre actual explota comercialmente -por más que en lo más íntimo le repugnen las aficiones estéticas que aquéllos parecían profesar, mientras, en llamativo contraste, potencia los defectos que les caracterizaban elevándolos a la categoría de virtudes ejemplares, empezando por ese ambiguo a la vez que desmedido amor a la tierra que, como el abrazo del oso, es susceptible de acabar con el objeto de sus efusiones. Semejante continuidad respecto al pasado se debe no tanto al idioma que le es propio, a lo sumo una especie de guiño, de contraseña que les permite identificarse unos a otros, cuanto a su especial idiosincrasia desarrollada en torno a un importante rasgo diferenciador: su forma de afirmar los pies sobre el terreno que pisa, un terreno que sabrá pisar con acentuado pragmatismo, dando por tácitamente establecido que, en el fondo, lo que cuenta es la pela. Es decir: un modo de ser que, a diferencia del común de los condicionamientos individuales o colectivos, no obedece a un lazo sanguíneo, a factores étnicos, culturales o lingüísticos, sino, antes bien, a una adscripción de suelo, al hecho de que gran parte de los que lo pisan, sea cual fuere su procedencia, se contagia, por así decir, como si de tierra irradiada se tratase, fenómeno a todas luces sin precedentes que se remonta, más que simplemente a milenios, a la prehistoria. Sólo el distanciamiento creará la ilusión de que para él es tan vital lo irrelevante, lo transitorio, lo variable, esto es, el idioma en el que habitualmente se expresa: la lógica satisfacción, según vuelve a casa, sea en avión, sea en coche, ante las palabras familiares que llegan de aquí y de allá a sus oídos, el paisaje que le recibe, la rotulación de ese paisaje, todo como concertándose para que poco a poco le embargue la sensación de que en breve tendrá la dicha de poder hablar otra vez en su lengua, es decir, de establecer una relación a todas luces mucho más estrecha respecto a las cosas, de un mayor realismo, una lengua en la que, a diferencia de otras, cuando nombras algo parece que lo estás viendo, de disfrutar, en suma, una vez más, del privilegio de volver a casa cuando esa casa es en sí misma un privilegio. En cierto modo, justa compensación del mal que con tanta frecuencia le aqueja, agobiado como suele ir por el hecho de que lo que para cualquiera resulta sencillo, para él no lo resulta: la necesidad de explicar cada vez lo que uno es, de dónde viene, a dónde va, siempre con los problemas inherentes de ser oriundo de un país tan recóndito como el que lleva a cuestas. Y luego, la incompreensión de la gente. ¡Que alguien se sorprenda de que todo un médico se eche a llorar al ser informado por la enfermera de la aparente insolvencia del paciente, o de que todo un abogado bese la mano del cliente al pillar al vuelo el importe del talón que se le tiende para agradecer sus desvelos! ¿No son acaso seres humanos? ¿Se les ha de negar el derecho de expresar sus sentimientos como mejor les plazca? Hablar de culto al dinero es no haber entendido una palabra del fenómeno o, a lo sumo, haberse quedado en la superficie. Así, contemplar a un obeso abogado y a su no menos obeso cliente al finalizar una entrevista en la que ha sido diseñada una gran operación financiera: la pausa que se crea justo antes de despedirse, ambos balanceándose levemente, mirándose mudos de hito en hito, los rasgos flojos, la expresión ausente, como dos boxeadores en estado *groggy* que se toman un respiro repechados el uno contra el otro. Reacciones que pueden sorprender al

extraño, por fuerza insuficientemente habituado o advertido de las peculiaridades de la sociedad catalana, de forma que, ignorante de la existencia real de este tipo de personas, no acierta a decidir si debe tomárselo en serio o si se trata tan sólo de una representación que le han montado en su honor. Algo similar al desconcierto de esa esposa moderadamente adulterina que, en el transcurso de un cóctel, cree captar la conversación de tres o cuatro sesentones conocidos de toda la vida, redomados mujeriegos que acaso deslenguados por el vaso ambarino que enfría sus manos, comentan entre sonrisas pero con toda crudeza, de forma terminante, que eso de las tías está muy bien, pero que lo serio, lo definitivo, -¡eso son palabras mayores!- es un chico, un mancebo, un efebo o como quiera que lo hubieran llamado: la desorientación, la confusión, la sensación que le embarga de haber ido vendida toda la vida; la falta de pistas previas, la debilidad de su situación, el cambio en la visión del mundo resultante para nuestra bregada heroína.

Bien, eso los prohombres de una sociedad opulenta, los estandartes de la burguesía barcelonesa. Pero, ¿y los demás, el ciudadano medio, el hombre de la calle, los operarios de esa sociedad opulenta? Réplicas en miniatura del modelo.

El mensajero. La desazón que al despertar me produjo lo que estaba soñando, las palabras de Gayo Cornelio, muerto hará pronto veinte años, pero hablándome como hace cuarenta, cuando era yo quien rondaba los veinte, con una gravedad de tono que, en contraste con su habitual afable ironía, sólo empleaba si las circunstancias parecían aconsejar que las relaciones con un sobrino dieran paso al trato con un hijo, asumiendo la sustitución del padre ausente, esas palabras, así como las imágenes que habían desvelado y, sobre todo, la inquietud resultante, no fueron sino anuncio de lo que iba a ser el día que despuntaba. Una impresión parecida, sólo que en este caso de carácter premonitorio, a la que suscitó en mí, años atrás, un sueño que tuve a orillas del Mar Rojo. Una pesadilla poblada de monstruos, en los que aquellos parajes infernales son pródigos; añadir más precisiones acerca de su contenido sería inventar, ya que lo soñado se borraba de mi memoria según despertaba, igual que la estela que deja tras de sí una nave se desvanece en la distancia. Y es que, paralelamente, al ir cobrando conciencia de la realidad, se me imponía con toda exactitud la situación en la que me hallaba: en un pequeño campamento, a orillas del Mar Rojo, a escasa distancia de donde, la víspera, una unidad de la legión con base en Judea, había interceptado una caravana de judíos, hombres, mujeres y niños que intentaban ganar Egipto. A nuestra llegada, el exterminio había concluido, pero el hedor a sangre, entrañas abiertas y cuerpos y cabellos quemados parecía haberse adherido tanto a mis ropas como a las del resto de la comitiva. Debo admitirlo: intenté vanamente conciliar el sueño de nuevo, sumirme otra vez en la pesadilla de la que acababa de salir tan mojado de sudor como si del propio mar hubiera salido.

A diferencia de entonces, volver a la realidad fue esta vez un alivio, cuando menos inicialmente. Pues Gayo Cornelio no podía haberse expresado con mayor claridad: no me decía que desconfiara de Crispo Caprino, advertencia probablemente innecesaria; me decía que el sobrino que Ludovina había adoptado al quedar huérfano, se había dirigido a Trajano acusándome de traición. Y según él me hablaba, idéntico en sus maneras al Gayo Cornelio de mi juventud con quien el destino quiso que tuviera mayor trato que con mis padres, yo veía a Crispo Caprino, el chico que la piedad hizo que Ludovina cuidara como propio, tendiendo a Trajano el escrito en el que me acusaba de lesa majestad con una breve sonrisa en los labios. Un Trajano, por otra parte, que no era Trajano sino otra persona con la que el emperador no guardaba parecido alguno; tampoco su tamaño era el normal, el que corresponde a su estatura, sino muy superior, como si de una estatua se tratase o de un adulto visto por un niño. ¿Se me apareció realmente Gayo Cornelio? ¿O fue más bien el contenido del sueño expresión de la desconfianza que desde siempre me inspiró Crispo Caprino, el primo que mi madre convirtió en hermanastro al adoptarlo, la razón de que en mi sueño protagonizase una intriga que, aunque inexistente y hasta absurda, no me hubiera pillado enteramente por

sorpresa de haber sido cierta? En cuanto a Gayo Cornelio, yo lo veía joven y atlético, y no viejo y sordo como en sus últimos años. Me felicitaba por mi obra, aunque de nuevo inventaría si tuviera que decir a qué se estaba refiriendo.

El alivio derivado del hecho de que ese sueño no respondiera a la realidad se unía a la crispación suscitada por el mero hecho de haberlo soñado, y ambos sentimientos se agudizaron antes que atenuaron según pasaba el día, de forma que al caer la tarde, cuando se me anunció la llegada del mensajero, difícilmente hubiera podido encontrarme mejor dispuesto a escuchar y ponderar con la máxima atención el alcance de cuanto tuviera que decirme. ¿Mensaje, orden, consejo? Algo de todo ello, difícil de deslindar había en sus palabras, si bien desde un punto de vista formal, el tono predominante era el de un consejo, el consejo propio de un consejero del César que, al tiempo que aconseja a éste lo que conviene hacer, aconseja a los demás lo que les conviene hacer cuando, por razones de carácter puramente jerárquico, no está en situación de ordenárselo. El contenido del mensaje de Mamercio Blasio era, en este sentido, escueto y taxativo: abandonar el gobierno de Asia, renunciar a todos mis cargos y volver a la península con el fin de retirarme de la vida pública, a la vez fuera de Roma y lo bastante cerca como para tenerme controlado en todo momento. ¿No tenía una magnífica finca en Etruria? Óptimo lugar de retiro, a salvo del ruido y los atascos de tráfico que hacían de Roma una ciudad insoportable. El mensajero había partido de Roma y Blasio parecía interesado en mi regreso inmediato a la península, temeroso, sin duda, de que me pusiera en contacto directo con mis amigos próximos a Trajano, que en aquellos momentos se hallaba, no a occidente, sino a oriente, empeñado en la conquista de las dos orillas de ese mar gemelo del Mar Rojo en el que vierten sus aguas el Eufrates y el Tigris.

Antes de la llegada del mensajero, antes de que Gayo Cornelio se me apareciese en sueños poniéndome en guardia contra Caprino, de unos meses a esta parte, una imprecisa ansiedad turbaba con frecuencia mi serenidad de ánimo. La sensación, a veces, de ser espiado por esclavos, sirvientes y subordinados. ¿Había tenido ya otros avisos a través del sueño, visiones que, con todo y ser olvidadas al despertar, dejan tras de sí en el soñante un incierto estado de agitación que suele prolongarse durante todo el día? Las noticias acerca del ataque que Sebastián, en su calidad de tribuno, me había dirigido con motivo de una de sus intervenciones ante el Senado, recibidas a través de diversos corresponsales, más que inquietud me habían causado sorpresa, y la solicitud insistente de Miriam, Elisabeth o como quiera que se llamase aquella mujer marchita que se las daba de joven y de discípula mía, me producía fastidio antes que otra cosa. ¿Qué importancia podía tener todo eso comparado con la evidencia de que estaba siendo objeto de los peores conjuros? La burda figura de un águila de plomo tipo amuleto, con una ala amputada, que había sido hallada en mi rincón preferido del jardín. Un girón de cuero cabelludo y pelos grises, arrancado obviamente a un cadáver que apareció en el cenador; cenizas apagadas con sangre al pie de los rosales: señales cuyo significado conozco perfectamente. Y que forzaban a reconsiderar, por ejemplo, el carácter casual del envenenamiento que había padecido en los sombríos bosques de Dacia. Un hongo, una raíz, una baya, ¿cómo diagnosticar la causa? Lo interesante, además, no era saber

qué substancia había producido el envenenamiento, sino si tal envenenamiento había sido provocado y, en caso afirmativo, no tanto quién lo había hecho posible cuanto por encargo de quién y con qué objeto. La única persona verdaderamente libre de sospecha es Gemio, el médico que me rescató de la muerte sacándome de un largo trance convulso, quién sabe si ante los ojos del envenenador, víctima él de la disimulada rabia como yo del veneno. Recuerdo que durante ese trance me veía a mí mismo sujeto a las convulsiones que estaba padeciendo rodeado de mis servidores. Y que, situado como por encima de ese corro, escribía en unas tablas cuanto estaba sucediendo en el interior de la tienda, a la luz, casi deslumbrante por su intensidad, que llegaba de fuera. También recuerdo que lo que estaba escribiendo formaba parte del plan general de una obra que entonces apreciaba con absoluta claridad, pero cuya naturaleza luego me resultó imposible ni tan siquiera intuir. Mientras me recuperaba, se me impuso la realidad de que los sueños, aparte de revelar el futuro y expresar nuestras preocupaciones más profundas, puede hacernos vislumbrar el mundo considerado en su conjunto como sólo el sabio lo vislumbra tras un largo proceso de experimentación y raciocinio. A partir de entonces, no pruebo comida que no haya sido probada previamente por el cocinero -por su sentido del gusto, no por desconfianza-y por la persona que yo decida en aquel momento que la pruebe.

Blasio: el afanoso escrutar de sus ojos, como espoleando unos rasgos que ya de por sí se configuraban en expresión colérica, colérica más que simplemente inquisitiva, incisivos, atentos a captar en las caras y las maneras de los demás lo que su falta de cultura le impedía comprender por otros medios, de acuerdo con una forma de desconfianza más que corriente entre gente iletrada. ¿Cómo un hombre así de primitivo había podido llegar tan lejos? Un hombre al que apenas conocía se convertía de pronto en clave común de diversos enigmas, en hilván de una serie de acontecimientos en apariencia inconexos. Así, Miriam o Elisabeth o como quiera que se llamase aquella mujer marchita que se decía mi discípula y cuyos servicios como ayudante había rechazado no menos que su cuerpo y sus adulaciones; ¿no me había contado esa Miriam o Elisabeth que Blasio y ella habían mantenido una estrecha relación sentimental tiempo atrás, confidencia hecha quién sabe si para darse importancia y que sólo ahora cobraba para mí esa importancia, por distinta que fuera a la por ella prevista? O la carta que Elpidio Lupo, convertido en máscara del maestro de elocuencia que había sido a fuerza de pintarse para disimular sus años, había dirigido espontáneamente al Senado, negando saber una sola palabra de los libros en los que yo estaba trabajando, como si no hubiera testigos de lo contrario, de que incluso podía haber argüido en su descargo que se había manifestado adversario de la disolución de los límites que separan a los géneros literarios que, a su entender, mis planteamientos sugerían, salvo que, al margen del temor, la senilidad le hubiera hecho olvidar realmente sus propias palabras. O que Cerayos, insigne delator de Domiciano, pagase lo mucho que tenía que hacerse perdonar al servicio ahora de Blasio; yo le había visto en una sola ocasión, estampa misma de la corrupción ya entonces, así recogido en el lecho como un grueso bebé inerme y lloriqueante, a la espera, como del pecho nutricio, de la llegada de nuevas relativas a los frutos cosechados

a consecuencia de alguna delación anterior, ciego y sordo a cuanto no redundase directamente en beneficio de su propio placer o de su propia comodidad, ignorante, se diría, de la existencia misma de la muerte. Una imagen en verdad difícil de olvidar: semidesnudo, sentado sobre sus piernas cruzadas, agitándose, chillando, con todo y parecer su sexo un pajarico acurrucado en el nido, repitiendo que si bien no tengo dientes todavía tengo lengua, todavía tengo culo. Un miserable que a nadie engaña siendo lo que parece ser; y ahora se complacía en destacar, según me contaban, las relaciones familiares que me unen a Trajano a través de Ludovina, mi madre, cosa cierta y de dominio público, así como mi buena disposición, apoyado por un círculo de amigos, a sucederle al frente del Imperio, afirmación por supuesto carente de base pero, indirectamente, cargada de información de gran valor: la salud de Trajano se había agravado de forma irreversible y, entre quienes le rodeaban, más que su persona importaba ya el nombre de la persona que fuera a sucederle y, de rechazo, la neutralización de eventuales candidatos alternativos.

Nada más ilustrativo que el contenido del mensaje de Blasio considerado en sí mismo. Y no ya por su carácter inapelable, sino por la luz que arrojaba sobre otros hechos y, muy especialmente, sobre el discurso que Sebastián, el tribuno, había pronunciado ante el Senado, algo que sólo un iletrado como Blasio era capaz de pensar que se le podía escapar a un escritor. Y es que, según mis informes, Sebastián había declarado que Publio Cornelio Tácito, le constaba, parecía decidido a dejar el gobierno de Asia por motivos personales. Pues bien, se preguntaba: ¿por qué Publio Cornelio Tácito no dejaba ya el gobierno de Asia, por qué prolongaba una situación de interinidad que en nada beneficiaba a la buena marcha de los asuntos de la provincia? ¿Iba a hacer depender de sus proyectos personales los intereses de la república en lugar de hacer lo que es exigible a todo cónsul, es decir, exactamente lo contrario? ¿O era que, descontando incluso razones de edad o de salud, había acaso una contradicción entre la actual situación del Imperio y esos proyectos personales, una contradicción susceptible de convertir la misión que desempeñaba en una misión imposible? ¿O bien, muy al contrario, eran sus planes personales los que merecían ser calificados de misión imposible? Según los informes que aún me seguían llegando, éstas fueron las principales acusaciones que Sebastián me había dirigido en su declaración ante el Senado. ¿Y cuál era el contenido del mensaje dictado por Blasio que me llegaba ahora? Prácticamente el mismo y hasta con las mismas palabras: renuncia al consulado, contradicción entre mis proyectos personales y los intereses del Imperio, necesidad de abandonar toda misión imposible cuando aún se está a tiempo. Esto es: que era Mamercio Blasio quien se había dirigido al Senado por boca del tribuno Sebastián. Como era Blasio el que estaba detrás de la visita de Miriam o Elisabeth, así como de la carta de Elpidio Lupo Algete y de las declaraciones del postrado Cerayos, declaraciones cuya mera difusión las convertía en realidades a las que yo debía hacer frente. ¿Y quién estaba detrás de Blasio? Sin duda alguna gente del círculo más próximo al propio Trajano, pero quién sabe de qué facción, béticos como eran todos ellos. Y alguien, en su nombre, tenía que controlar desde Roma que nada ni nadie se interpusiera en el camino de un sucesor ya elegido.

La finca de Etruria: ciertamente habían pensado en todos los detalles. Su simple mención, además, había despertado en mí el deseo de encontrarme allí cuanto antes, en la campiña de suaves tonalidades, o en el golfo de Marsilia, o en la fértil Bética, lejos del extremado clima de Asia, con sus fríos bruscos y sus tórridos calores, estaciones que cambian sin que medie apenas transición, destemplanzas de un paisaje susceptible de hacerse súbitamente inhabitable. ¿Estaba, no obstante mi finca lo bastante lejos de Roma como para que la distancia me ayudase a salvar la vida, con todo y haber acatado al pie de la letra las órdenes recibidas? En otros tiempos, desde luego que no; en otros tiempos ni siquiera la distancia que separaba a los vivos de los muertos era garantía de que las represalias no afectaran incluso a los herederos. De ahí la costumbre, entre las personas en desgracia, de renunciar en favor del César a la finca principal y retirarse a una segunda más modesta y alejada, menos digna de convertirse por sí misma en motivo añadido de codicia. Una razón similar a la que podía rastrearse en el origen de la adopción de más de un hijo: al no mediar lazos de sangre siempre corrían menor peligro. ¿Habían cambiado en este sentido las cosas respectivamente a épocas como la de Tiberio, Nerón o Domiciano? Siempre me ha sorprendido el fatalismo con el que el pueblo habla de la guerra: como de una plaga natural, una especie de mal imprevisible que a veces se abate sobre la sociedad civil, igual que la sequía o las inundaciones se abaten sobre los cultivos o la tierra se abre al temblor o la epidemia traslada la enfermedad de un cuerpo a otro. ¿Tan desprovista está de sentido tal creencia? ¿Tan cierto es que la guerra, en particular la guerra civil, resulta, movida por una ambición concreta, del ejercicio de la reflexión y el raciocinio antes que de motivaciones instintivas, oscuras incluso para el que la declara? Una vez declarada, sólo cabe actuar con inteligencia y astucia, consultar los oráculos y ofrecer sacrificios a los dioses. Y del mismo modo que la guerra prende entre los pueblos o entre dos antagonistas, prende el crimen en los espíritus cuando es el poder lo que está en juego o, como el poder, el amor o las riquezas. Mientras el mensajero aguardaba en silencio mi respuesta, la decisión ya tomada, yo pensaba en Salustio, en sus quejas relativas a la Roma que le tocó vivir. En la decadencia de las costumbres que le atribuye, en la exaltación de la corrupción que en ella percibe, de la inseguridad, del crimen, frente a la Roma ejemplar de los antiguos. Pero él nos habla, para lamentarse, de lo que sucedía hace ciento cincuenta años. ¿Qué diría hoy? Recordar que la propia fundación de la ciudad se halla estrechamente vinculada a un crimen.

Signos externos. En tiempos de Franco existían dos conceptos impositivos, *estimación objetiva* y *signos externos*, ambos algo toscos desde el punto de vista estrictamente fiscal, que si bien no fueron introducidos pensando en la burguesía barcelonesa, dejaron en ella una huella tan indeleble que ya nunca volvió a ser lo que había sido. Cuando el dilema consiste en elegir entre vivir de acuerdo con la propia fortuna y pagar en consecuencia o lograr que la importancia de esa fortuna quede enmascarada precisamente por el hecho de llevar un tren de vida modesto, sólo a un extraño, ignorante de lo que es la ciudad, un excéntrico o un irresponsable, se les hubiera podido ocurrir que la burguesía barcelonesa, a diferencia de otras, se iba a decantar por la primera opción. Y si tanta importancia reviste el hecho de no llamar la atención, puede darse por seguro que la burguesía barcelonesa sabrá hacer honor a su tradicional sensatez y abstenerse, mal que le pese, de todo exceso, de todo gesto llamativo, relegando al ámbito de la nostalgia los ocasionales esplendores pasados. ¡El pasado! ¿A qué, si no responde ese rechazo explícito de cuanto huele a tercermundista que parece obsesionar a una buena parte de la sociedad barcelonesa? Al íntimo temor que sin duda le inspiran los rasgos tercermundistas que esa sociedad intuye en lo más profundo de sí: maneras groseras, economía de rapiña, política de tierra quemada, tendencias instintivas que, a modo de tam-tam atávico, son asociadas por analogía a las tentaciones de lo que esa sociedad entiende por tercermundismo: despotismo y violencia arbitraria sólo atemperada por la molicie. Fenómeno asimismo residual, más generalizado si cabe entre los barceloneses, es la desmedida gula con la que buscan y celebran ocasiones y pretextos para comer hasta el hartazgo, para atiparse, bodas, bautizos, primeras comuniones, Navidad, Reyes, cumpleaños, el santo, cualquier ocasión es buena para una cuchipanda. De igual forma que una buena mañana, en invierno, toman una cebolla en ayunas, se abrigan con la misma ropa interior sucia que, se diría, abriga más, y salen a la calle atrincherados tras una nube de pedos, que también abrigan. De ahí que, ante tales hábitos, para desesperación de los cronistas de sociedad y redactores de las revistas del corazón, en Barcelona, contrariamente a lo que sucede con la mayor parte de las grandes ciudades, no tenga mucho sentido hablar de la alta sociedad, y que sus sucedáneos, personajes sin historia, se vean forzados a recurrir a primorosas publicaciones en papel cuché de difusión exclusivamente local. Ésa es su servidumbre a la vez que su grandeza, acentuadas ambas por la lucidez con que, en la ciudad, se es consciente de estar sustrayéndose con tal actitud a una de las principales corrientes de nuestro tiempo. Y es que como el prócer barcelonés de hoy, un ser que bajo una apariencia por lo común anodina se abrasa de amor, amor a los hijos, amor a la tierra palmo a palmo, amor a la pela, así los hábitos sociales del mundo al que pertenece, la sordina que los preside.

Resulta especialmente hiriente el contraste con el resto de España, la España de Madrid

o de Marbella, donde, al carecer la gente de equiparable espíritu ahorrativo y recato en las costumbres, al ser dada a la prodigalidad y el escándalo, suele acaparar no ya el contenido de la prensa del corazón sino también los titulares de los periódicos y las portadas de las revistas. Belleza, riqueza, generosidad rayana en el derroche, elementos todos ellos consustanciales a la fama, que colocan a la sociedad barcelonesa en vergonzosa situación de inferioridad, reducida a un rango poco menos que aldeano, agobiada por una difusa sensación de impotencia. Visto el panorama circundante, ¿de qué armas dispone la barcelonesa, una mujer maniatada por la propia educación recibida? Pues, a diferencia de otras mujeres, para quienes la sexualidad es siempre un juego implícito, el juego por antonomasia, son muchas las barcelonesas educadas en el principio de que su deber es comportarse como si el sexo fuese para ellas materia desconocida y sólo ocasionalmente, o mejor, sólo casualmente, materia susceptible de convertirse en objeto de transacción o negocio. Una situación que, de un tiempo a esta parte, ha sido paradójicamente resuelta por las excepciones a la regla, esas excepciones que por desgracia se dan hasta en las mejores familias; son ellas, las mujeres de mala reputación, las que con su descaro salvan la reputación de las otras, de forma que no hay más remedio que tener la boca cerrada. Tanto más cuanto que cuando el consumo afecta al conjunto del cuerpo social y los hijos de los obreros conducen prácticamente los mismos coches que los hijos de un prócer, y el léxico, la indumentaria, los hábitos, gustos y comportamientos reducen, si no anulan, toda diferencia significativa entre unos y otros, se hace más necesario que nunca crear los distinguos, las contraseñas que restablezcan las distancias, que faciliten la identificación de los chicos de buena familia frente a los de origen hortera o proleta. ¿Y qué mejor testimonio que la prueba gráfica que supone aparecer en las páginas de alguna revista, aunque sea con tintes de escándalo, en la vida social recogida por la prensa del corazón?

El obrero no es ya lo que era. Aparentemente lo tiene todo: la segunda residencia -en ocasiones con piscina-, el segundo coche, toda clase de electrodomésticos. Su vida ha cambiado sin duda en mayor medida que la de los ricos. ¿Es eso un progreso? Sí y no; el modelo que se les ha propuesto significa el triunfo del mal gusto en la medida en que han hecho suyo, como es su derecho, el gusto de las clases medias. Pero ese relativo ascenso no significa que haya desaparecido el abismo insalvable que les separa del mundo de los ricos, un mundo que únicamente conocen gracias a los medios de comunicación, las revistas y semanarios, la pantalla del televisor y, especialmente las amas de casa, la radio. Ciertamente es que tal abundancia informativa trivializa y confunde, que ese nuevo ciudadano medio está al tanto de lo que pasa pero no de su significado. Lo único claro es que, por mucho que compren los productos que, de acuerdo con la publicidad, les han de aproximar al modo de vida de los ricos, ese acercamiento se revelará ilusorio y los ricos seguirán siendo otra cosa, algo así como anuncios de un producto que no es posible comprar. Son gente famosa y por eso la prensa, la radio y la televisión hablan constantemente de ellos, mientras que el no famoso, aunque gane un concurso televisivo, a los pocos días volverá a ser un don nadie. Al tiempo que los restantes telespectadores, aún risueños, según vuelven a la realidad de su propio domicilio, reaccionarán como los

hinchas de un equipo victorioso, ese, sí, hemos ganado, pero qué gano yo cuando ganamos, qué saco yo en limpio de todo eso, y demás preguntas propias del momento en que los ánimos empiezan a serenarse. Y es que si la compra de un nuevo producto profusamente anunciado permite seguir siendo como todo el mundo, no perder pie, la distancia respecto a los famosos permanece inalterable. Lo único que sucede es que el consumidor, en su calidad de espectador televisivo, se deja encandilar por una oferta publicitaria que responde a lo que los programadores esperan que el espectador espera que le sea ofrecido. El pez se muerde la cola, el círculo se cierra, y el telespectador queda fuera, sin muchos más recursos para expresar su protesta que esa vieja gloria del cine que termina siendo detenida por el detective de unos grandes almacenes bajo la acusación de cleptomanía. Un fenómeno que por lo inédito escapa incluso a las previsiones y por tanto a la comprensión de ese romántico de ideas radicales, forjado en la dialéctica de la lucha de clases y en la actitud de estar permanentemente contra el sistema, un ser que ahora se limita a encogerse de hombros y darse una vuelta antes de la cena, con su bicicleta, su calzón corto, su gorra, sus lentes, su barbita canosa y, sobre todo, su sonrisa, una sonrisa no tanto externa cuanto interna, fruto de la conciencia de su condición de espectador privilegiado del hundimiento de un mundo -acontecimiento ignorado todavía por los demás- que se ha visto arrastrado por el peso de sus propias contradicciones.

Si el consumismo se consume a sí mismo, sólo es en apariencia una paradoja que el protagonista último de tal proceso sea, no ya el consumidor modelo, sino la persona que mediante procedimientos análogos a los publicitarios, se convierte a sí misma en producto de consumo, en el modelo al que el público quisiera verse asimilado, por más que la meta sea en este caso inalcanzable. Ni mayor o menor nobleza de casta o clase, ni riqueza, ni arte o sabiduría, nada de eso tiene verdadero valor mientras ese valor no sea reconocido por los medios de comunicación. Ahora bien: para que la consagración sea absoluta es además preciso que los habituales términos del mecanismo publicitario se inviertan totalmente. Es decir: que esa persona famosa, ese ser propuesto de modo análogo al de modelo por los medios de comunicación, no sólo no pague por ser mencionado con letras de molde, por hacerse con la portada de los semanarios, por aparecer en la pequeña pantalla, sino que cobre por hacer declaraciones, por ser fotografiado, por ser entrevistado en directo. Entonces sí que ya no cabe la menor duda: la persona famosa es el producto y quienes leen sus declaraciones, quienes la miran y escuchan son los clientes que consumen ese producto. Por un lado la imagen, por otro sus espectadores. De ahí que en esta época de imágenes por cable o vía satélite, de impresión por láser, de auriculares que se hacen eco de cuanto sucede en el mundo mientras uno corre o patina, una breve entrevista, unas pocas preguntas acompañadas en lo posible de la correspondiente imagen, se han convertido en algo susceptible por sí solo de justificar una vida, sinónimo poco menos que de inmortalidad.

La natural tendencia del hombre a agruparse, sea en sectas religiosas, partidos políticos o movimientos nacionalistas, sea, como es común hoy día, en torno a un club deportivo o asociación de aficionados a lo que sea, revela la conciencia que tiene el individuo de la

insignificancia de la propia vida en la tierra y el deseo de superarla integrándose en alguna forma de organización supraindividual que le sobreviva, y es manifestación explícita de un instinto que, contra lo que pudiera parecer a primera vista, no es otro que el de muerte. Similarmente, estar al día en lo que a la moda se refiere, participar en una gala de rock, tener el coche que hay que tener o ir a donde hay que ir cuando se sale de noche, por no hablar ya de la satisfacción de ser famoso, de sentirse aupado por los medios de comunicación hasta la cresta de la ola, son asimismo fenómenos regidos por el referido instinto de muerte.

La conjura. Más que en mi relación personal y familiar con Trajano y su círculo más íntimo, la razón primera de mis problemas, recapacitando acerca del contenido del mensaje llegado de Roma, parecía residir en mis libros. Que no se asemejaran a los que había escrito anteriormente, que sus protagonistas fueran seres de ficción, que en lugar de situar a Trajano en primer término, como antes había hecho con otros césares, su presencia en mis libros fuese, no sólo indirecta, sino que incluso yo pareciese eludirla, sea por mi deseo de escatimarle elogios, sea, peor aún, por mi temor a las consecuencias de hacerle objeto de mis críticas: tal era el entramado de sospechas y conjeturas, y no otra cosa, en que se fundaban las acusaciones implícitas que me habían sido hechas. De poco servía que en otras ocasiones hubiera ensalzado las libertades recuperadas con la llegada al poder de Nerva y Trajano, así como el hecho de que tales libertades fueran compatibles con el momento en que las fronteras de Roma habían alcanzado la máxima expansión de toda su historia. Lo que se me reprochaba era que mis libros sobre el paso de la tiranía a las libertades no fuese un panegírico de Trajano al estilo del escrito por Plinio. Desde siempre se me reprocha recrearme antes en la maldad que en la bondad, de lo que se deduce, a modo de corolario, mi rechazo a escribir sobre Trajano, y a modo de segundo y más concluyente corolario, que ese rechazo, esa negativa al elogio, obedece a la conveniencia de mis propias aspiraciones, a mis ambiciones personales. Ni que decir tiene que de todo eso ni siquiera acepto el reproche inicial, esa presunta tendencia a recrearme en la maldad. Creo que, por el contrario, ha sido en mí una constante destacar los rasgos de humanidad que me parecía percibir en personas sin escrúpulos y hasta perversas, así como la evolución del comportamiento de las personas, ora en un sentido, de la abyección a la dignidad, ora en el opuesto, de la honestidad a la pública ignominia. Esto es: la falta de separación insalvable entre ambos ámbitos. Lo que sucede es que si existiera la bondad absoluta no precisaría ser reseñada, del mismo modo que no habría leyes si no hubiera abusos que esas leyes se limitan a convertir en delitos, y que si existe la medicina es porque la enfermedad existe y el cuerpo humano es vulnerable.

Resulta irónico que la inclinación a destacar el mal que se me atribuye haya terminado por ser señalada no ya en mis libros sino en mi propia persona. Tal vez se haya hablado en exceso de la naturaleza de esos libros a partir de lo que yo mismo he comentado en diversas ocasiones, sin que nadie pueda decir aún que los ha leído, lo que no deja de darles un carácter poco menos que secreto. Pero, más que mía, la responsabilidad es de hombres como Elpidio Lupo, que si un día fueron oradores hoy son simples charlatanes. Yo nunca he sido partidario de hablar de lo que todavía no existe. ¿Cómo explicar con otras palabras lo que ha sido escrito con las palabras precisas sin desvirtuar su significado? Ni siquiera sabría definir a qué género pertenece lo que escribo, aceptando que no se trata de historia, toda vez que al mismo objetivo parecen apuntar determinadas

obras pertenecientes a otros géneros, tanto en poesía como en prosa, desde la filosofía, la lírica o el teatro, hasta los relatos de costumbres que cultivaba Petronio. ¿Por qué buscar un nombre a lo que más que un género es una tendencia irreprimible, como si resultase de las limitaciones que cada escritor advierte en el género que cultiva, una tendencia presente en Platón más que en Homero, en Safo más que en Píndaro, visible en Horacio, en Lucano, en Marcial, en Séneca? Tampoco deja de resultar irónico que mi argumentación en favor de que el narrador termine por integrarse en la narración, tan recusada en su día por Lupo Algete, es lo que ha sido peor comprendido. Lo que para mí era una cuestión de distancia entre el oyente y el relato, fue entendido, probablemente, como una manifestación de mis ambiciones personales, búsqueda de protagonismo político, indicio de que se estaba gestando una conjura, algo que cuantos se encuentran tomando posiciones con vistas a la sucesión de Trajano están interesados en atajar de raíz. Se equivocaban. A falta de otras pruebas, confundían con un crimen el acto de abrir el vientre de la mujer en parto para salvar la vida del hijo con dificultades para nacer.

¿Quién sabe si Blasio no me ha hecho un favor que no imagina? Blasio y con él cuantos Cerayos hayan participado en la intriga. Me tranquiliza recordar tan nítidamente sus fisonomías, ya que, en caso contrario, me inspirarían aún mayor cuidado. Todo aquel cuyos rasgos me resultan difíciles de recordar es para mí un indeseable. Y rechazo su colaboración o servicio al igual que la del profesional de la adulación o del que asegura que sólo busca ser estimado y querido, por la deslealtad y corrupción que tal actitud esconde. Tal vez la intriga urdida entre todos redunde para mí en un bien. Antes que en una contrariedad, la idea de retirarme a la finca de Etruria se ha convertido en un anhelo que, se diría, ni yo mismo me atrevía a formular. Poder entregarme a la redacción de mis libros sin otro género de proyectos y compromisos. ¿Qué más podía desear? Pues lo cierto es que resulta más satisfactorio escribir la Historia que protagonizarla: cuadra mejor. No parece sino que, al decantarme por Etruria hace años, hubiera ya intuido que en tal contorno paisajístico iba a entregarme a esa tarea, acaso la última de mi vida. De joven me atraían los paisajes verdes y húmedos del norte de Italia y de las Galias; pero esa frondosidad se paga con lluvia y barro y nieve y frío y cielos cubiertos durante meses. El destino me ha llevado con frecuencia a paisajes abrasadores, como los de África, Arabia y Asia; soporto bien el calor, pero la aridez general del contorno no se ve suficientemente compensada por la frescura de sus pequeños vergeles. Por eso, pensando en mis últimos años, elegí la campiña de Etruria.

Tengo fama de afortunado, de persona a la que la vida no ha hecho sino sonreírle, darle facilidades en todos los terrenos. Mi propio nombre, Tácito, ha venido a ser en Roma sinónimo de autoridad indiscutible. Pero tal impresión, tan extendida, no responde a la realidad: tanto en mi vida pública como en la privada, en mi matrimonio, en las relaciones con mis hermanos o con mis padres, lo que a ojos de terceros pudiera parecer una ventaja, era, en principio, más bien una dificultad que yo he tenido que resolver a mi favor. El hecho de que Ludovina, mi madre, sea tía de Trajano es el mejor de los ejemplos: para todo el que en la naturaleza de mis libros vea una excusa, un pretexto tras el que se ocultan mis ambiciones políticas, mi relación con el César no hace sino

acrecentar las sospechas. No es casualidad, en efecto, que la práctica totalidad de cuantos ahora compiten por sucederle proceda directa o indirectamente de Hispania. Es incluso normal cuando Roma decae y parece obvio que ni de Oriente ni de África puede llegarle más que la desgracia. De ahí que también yo buscara en Hispania la ascendencia de Junio Cornelio Escipión, el protagonista de mis seis libros, lo más coherente tratándose de un relato centrado en el paso de la época de Domiciano a la de Trajano. Una decisión tomada considerando el mundo que me ha tocado vivir y, si se quiere, el futuro inmediato, allá hasta donde alcanza mi capacidad de prever. Pues, ¿quién garantiza nada? Sabemos que a Oriente hay territorios desconocidos, de los que ni el propio Alejandro acertó a pisar más que el umbral. ¿Pero qué hay al norte del norte, y al oeste y al sur? ¿De dónde viene toda esa agua que hace del valle del Nilo el lugar más fértil del mundo si en Egipto prácticamente no llueve nunca? ¿Tendrán razón los antiguos, Pitágoras y los suyos, al asegurar que la tierra se mueve en torno al sol y no al revés como se asegura ahora? Cuando escribí sobre Britania destacué que el día es allí extremadamente largo, ya que eso es lo que me habían contado. Luego supe que eso sucede sólo en verano y que en el solsticio de invierno la duración del día es mucho más breve que en Roma.

La misma incertidumbre que se cierne sobre los límites del mundo se cierne también sobre el hombre y la actividad humana. Cuando elaboré el plan de mis treinta y seis libros sobre Roma a partir de la muerte de Augusto, poco podía imaginar hasta qué punto iba a afectar mi vida al desarrollo de la obra y viceversa, especialmente a los seis últimos, en los que una y otra llegan a superponerse. Cabía establecer un plan; lo que ya escapaba a mis previsiones era la duración de su desarrollo, así como los cambios que la propia dinámica de la obra iban a introducir en ese desarrollo. Al hablar de cambios me refiero, claro está, a los que se reflejan en el estilo, pero, sobre todo, al planteamiento del relato en sí, a mi tendencia a prescindir cada vez más de las actas del Senado y de otras crónicas, como también de cuanto se refiere a la vida oficial, para mejor acercarme a la vida cotidiana de Roma y, particularmente, a las contradicciones últimas que rigen la conducta del hombre, por lo general sin que ni él mismo lo sepa. Crear unos seres de ficción tan expresivos de lo que ha sido la vida romana desde los años de Domiciano hasta hoy, que el oyente llegue a tener la impresión de haberlos conocido personalmente, de haberse cruzado con ellos en un momento u otro de su vida. Y, a fin de situar al oyente respecto a la peripecia escuchada y hacerle volver en sí, introducir la figura del narrador en la narración y, en consecuencia, también la del oyente. Fundir ficción y realidad, historia y literatura.

Si los dioses son muchos y muy diferentes entre sí, también lo son los hombres. ¿Cabe en lo posible que todos ellos, hombres y dioses, sean obra de una deidad superior? ¿O que, a semejanza de ese propietario de una gran finca agrícola que lo es también de cuanto en ella se encuentra, los dioses sólo tengan tal condición en el área concreta en que son reverenciados? La diferencia entre uno y otro término de la opción es en la práctica irrelevante. Lo indudable es que dioses y hombres crearon y fueron creados en puntos muy diversos, sin que las diferencias entre unos y otros, como las que existen

entre los animales salvajes y hasta domésticos, permita hacer pensar que los unos proceden de los otros, fruto todos ellos de una diseminación primigenia, como sostienen algunas religiones orientales. Pese a tales diferencias, hay una propensión irreprimible en todo ser humano a identificarse con una realidad superior, como la ciudad, la patria, Roma en nuestro caso; llevar esa identificación hasta el extremo de sentirse, antes que individuo, parte integrante de esa realidad superior. Ni siquiera somos capaces de imaginar el mundo sin Roma. Y sin embargo el mundo ya era mundo cuando Roma no existía y sin duda seguirá siéndolo cuando Roma haya desaparecido. Está claro que ni por su formación ni por su desarrollo es Roma equiparable al fugaz imperio que logró crear Alejandro, pero si éste, por su parte, nunca supuso, probablemente, que su creación iba a ser tan efímera, por otra, nosotros aún nos hallamos lejos, en Oriente, de las fronteras por él alcanzadas. Con todo, al margen de esas entidades tangibles, ciudad, imperio, familia, tribu, hay una continuidad entre los hombres que sobrepasa ciertamente el ámbito de la persona, que no se limita, por ejemplo, a encontrar un paralelismo entre Alejandro y Gayo César. Cabe incluso concebir la sucesión de individuos en el tiempo como el despliegue de un sujeto que los abarca o comprende sin que ellos tengan conciencia ni memoria del hecho. Quizá la única forma de entender el mundo sea contemplar el dibujo de las líneas que unen a esos individuos separados en el espacio y en el tiempo.

Capítulo IX

La pregunta. Creo en las primeras impresiones o, si usted prefiere, en las intuiciones. Pero esa idea general que uno se hace de determinada persona será tanto más precisa cuanto más susceptible sea la experiencia, merced a un trato continuado, de repetirse, y cada impresión previa vaya siendo modificada por los sucesivos ajustes que impongan las circunstancias propias de una nueva situación concreta. Por desgracia, seguí diciendo, lo que es válido en la relación entre dos personas, no lo es respecto a las reglas de la entrevista como género literario -porque es un género literario cuando sobrepasa los niveles del mero periodismo-, que habitualmente tiene algo de combate de esgrima entre entrevistador y entrevistado. ¿Será el riesgo implícito en ese ejercicio lo que convierte al género en un arte?

Con estas palabras, sentados ambos en la sala de estar de su casa, cerraba yo oficialmente, por así decir, la tarea comenzada aquella tarde ya lejana de primeros de enero, cuando, exactamente igual que ahora, uno y otro en el mismo sitio, grabamos la entrevista. Él me escuchaba en silencio, la mirada entre reflexiva y ponderativa; hizo un leve gesto con la cabeza de significación imprecisa, aunque yo diría que de asentimiento y hasta -y lo digo sin jactancia- de admiración. Lo cierto es que volvía a ser la misma persona receptiva y amable de cuando nos pusimos en contacto, la misma voz que me atendió por teléfono cuando llamé para concertar la cita, el mismo hombre que sacrificó tres o cuatro horas de su tiempo para responder a mis preguntas. La única condición que puso -leer el texto antes de que fuera publicado- nada tiene de anómala y yo mismo se lo hubiera propuesto de no haberseme adelantado con su petición. Es más: lo interpreté como una positiva manifestación de su voluntad de cooperar, de compartir en cierto modo la autoría de la entrevista.

Los problemas no empezaron hasta después, justamente al intentar volver a ponerme en contacto con él a fin de que, tal y como habíamos quedado, revisara el texto. Cada vez que le hacía una llamada me encontraba con que o acababa de salir o estaba descansando, o de viaje. Finalmente, informado de que se hallaba en Saint-Nazaire, me hice con su número de teléfono y allí le localicé a las nueve de la mañana, una hora que juzgué prudencial, ni tardía ni excesivamente temprana. No obstante, es posible que estuviera durmiendo y tal vez el característico estado de desorientación que algunas personas experimentan al despertar contribuyó a que aparentemente no me recordara, pues me dijo que si me proponía hacerle una entrevista lo más práctico era dejarlo para cuando regresase a Barcelona, a final de mes. Yo le expliqué que no se trataba de una nueva entrevista, sino simplemente de hacerle entrega del texto de la entrevista ya realizada, y que se daba el caso de que me encontraba en Francia y la feliz coincidencia de que al día siguiente iba a pasar por Saint-Nazaire. Ni que decir tiene que nada de eso respondía a la realidad, pero decidido a no dejar escapar la oportunidad que se me había

presentado, al día siguiente me planté en Saint-Nazaire vía París. Su acogida fue cortés pero reticente, lo capté de inmediato. ¿Habría sucedido algo susceptible de predisponerle en contra de mí o era sólo que le pillaba en un mal día? Para romper el hielo, antes que el texto de la entrevista le pasé alguna de las fotos sacadas mientras hablábamos, empezando por la que el fotógrafo, siguiendo mis indicaciones, nos sacó a los dos, a la vez de frente y reflejados en el espejo. Curiosamente, no pareció ver nada de particular o, si se prefiere, nada familiar, en aquellas dos figuras que posaban casi en idéntica actitud. Tenía la vista cansada, para leer echaba mano de unas gafas que llevaba prendidas como un bolígrafo en el bolsillo de la camisa. ¿Sería ésa la causa? ¿Una visión peor de lo que confesaba, lo bastante defectuosa como para impedirle apreciar debidamente los detalles de una foto? Por un momento, además, tuve la impresión de que me miraba fijamente, pero no tardé en advertir por su expresión que en realidad no me miraba a mí, que me hallaba de espaldas a la ventana, sino al exterior, hacia el estuario. Aprovechando que él me trataba de usted, le dije con cierto énfasis que me llamase David, sí, David. También me las arreglé para subrayar mi edad, incluso mi fecha de nacimiento, así como mi personal coincidencia con sus puntos de vista en gran número de materias. Como seguía tratándome de usted y yo creía advertir en su actitud cierta desconfianza que no podía ser más que de carácter profesional, toda vez que acababa de transmitirle saludos de parte de mi madre, me pareció oportuno enumerar una serie de datos relativos a mi persona que ya había ido colando aquí y allá en el curso de la entrevista: que ejercía de periodista sólo ocasionalmente, que mi verdadera vocación era escribir, que tenía una novela en proyecto sobre el tema del hijo natural, que había colaborado en diversas publicaciones, que era corresponsal del *London Times* y del *Time Magazine* -sección cartas al director-, que había participado en varios simposios internacionales y era miembro del Pen Club, que tenía una foto dedicada de la reina de Inglaterra... Casi como si no deseara oír más, me arrebató literalmente el texto de las manos. ¿Y quiere usted que lea esto ahora?, dijo no sin brusquedad, sea porque se diera cuenta de que no estaba tratando precisamente con un cualquiera, sea porque se viese dominado por un súbito impulso de rechazo no por inexplicable menos próximo a las malas maneras. Me apresuré a tranquilizarle: podía tomarse el tiempo que quisiera, que de calmar la impaciencia de mis editores me encargaba yo. Decir tiempo puede significar semanas, meses, años, dijo entonces haciendo gala de un áspero sentido del humor. No obstante, juzgué aconsejable echarme a reír yo también. Veo que ha prescindido del planteamiento tradicional en forma de preguntas y respuestas, dijo haciendo pasar rápidamente las páginas del texto. Ahora está de moda pero, probablemente, la forma clásica tiene más porvenir. Las entrevistas a escritores, especialmente, pueden acabar con los diferentes géneros literarios. Con mirarse la respuesta a unas cuantas preguntas se ahorra uno tener que leer las obras del autor entrevistado.

Regresé a Barcelona bastante satisfecho de mí mismo, del modo en que había sabido manejarme. Lo que no imaginaba era que lo peor aún estaba por llegar, que su broma acerca de la elasticidad del tiempo -semanas, meses, años- iba a resultar casi profética. Si

la entrevista fue grabada a primeros de año y se la llevé a Saint-Nazaire a mediados de febrero, habrían de pasar aún casi cuatro meses antes de que se empezara a vislumbrar la viabilidad de un nuevo encuentro, resuelto como yo estaba, por otra parte, a no conformarme con menos que un visto bueno formal, oído personalmente de sus propios labios. El suplicio de las llamadas infructuosas se acrecentó hasta la exasperación, con independencia de que le llamase a un lugar o a otro y de que en cada caso tuviese muy en cuenta la diferencia horaria respecto al país en que pudiera encontrarse. En el Sheraton de Djibuti, por ejemplo, me pusieron en contacto con habitaciones y más habitaciones, pero no con la suya. Finalmente le localicé en Lahore y creo que me reconoció gracias a que le mencioné de entrada nuestro encuentro en Saint-Nazaire. Decidido a jugar fuerte, le propuse trasladarme de inmediato a Lahore a fin de comentar la entrevista. Agradeció la iniciativa y buena disposición que con mi actitud ponía de manifiesto -éstas fueron sus palabras-, pero dijo que el problema residía en que no había tenido aún ocasión de leer el texto. Para ser precisos: ¿tenía yo una copia? Porque era más que probable que se hubiera extraviado la que yo le entregué, que se hubiese quedado en el asiento de algún avión.

¿Sí? Pues es una suerte que conserve usted un ejemplar: lo leeré con mucho gusto a mi regreso. Se echó a reír. ¿Sabe usted? Es que a veces se diría que hay una divina providencia que vela por los lectores. Volví a reírle la broma, si bien, como es obvio, distaba mucho de compartir su sentido del humor.

Y sin embargo, a partir de mi llamada al Pearl Continental de Lahore, como la veleta que gira a impulso de un súbito golpe de viento, las cosas empezaron a desarrollarse conforme a lo previsto, es decir, tal y como debían haber salido desde el principio. Cuando calculé que se hallaba de nuevo en Barcelona, marqué su número de teléfono dispuesto a enfrentarme otra vez con dilaciones y más dilaciones, pero, para mi sorpresa, contacté con él a la primera. Me citó a la misma hora que el día de la entrevista y también la cordialidad con que me recibió volvió a ser la de entonces; sobre la mesa, entre su asiento y el mío, el texto mecanografiado que le había llevado a Saint-Nazaire: lo de la pérdida fue así pues o una broma o un malentendido. ¿Cómo es que no está ya publicada?, preguntó de inmediato. ¿Cuál es el problema? Perplejo, casi incrédulo, le recordé las peripecias ocurridas con la dichosa entrevista, el encuentro en Saint-Nazaire, las llamadas telefónicas a medio mundo durante meses. Pues incluya todo eso en el texto y no pierda más tiempo, dijo entonces: este tipo de anécdotas son cosas que dan vida a un parloteo que, quieras que no, siempre resulta algo pesado. Sí, no cabía duda de que me encontraba ante la misma persona que había entrevistado seis meses antes, que igual que ocupábamos el mismo asiento mis impresiones de ahora se superponían a las de entonces y sus palabras de entonces podían haber sido pronunciadas ahora. La principal diferencia se refería a la luz exterior, tarde soleada ahora, lento anochecer entonces. También en que ahora, tras tantos avatares, le conocía mejor: un hombre que no era el tipo altanero y hasta antipático que algunos me habían descrito, aunque tampoco podía decirse que fuese la cordialidad personificada. La palabra apropiada era cortés, un hombre de una cortesía algo inquietante por lo que pudiera tener de compensatoria: la

clase de cortesía que tiende a mantener distancias antes que a reducirlas. Fuera o no de su gusto, fuera o no del mío, ésa era la impresión que ofrecía el novelista, no a través de las páginas de sus novelas, sino considerado en su propio ambiente, el ambiente que ha creado en torno a su persona, la sala de estar de una casa hacia la que dice no sentir ningún apego, en una ciudad a la que se siente ajeno desde hace tiempo. Ahí lo tienen: envuelto en su música -una pieza de Mozart, la sonata en Do Mayor 475 sonando una vez tras otra-, aislado por los estratos de humo de uno de esos cigarros que ya nadie fuma, con su whisky preferido, un increíble bourbon de no menos increíble nombre, Old Grand Dad, ¡Old Grand Dad!, con ese whisky, rodeado de relojes parados, de rapaces de bronce en actitud agresiva, con algo de reloj parado y de pájaro de bronce él mismo, así, medio atravesado en un sillón de terciopelo verde como si de una rama se tratase, hablando del futuro entre cosas antiguas, de un futuro al que se remite con la misma seguridad con que evoca el pasado, casi como si ya formase parte de ese pasado y, sobre todo, dando por supuesto que todo el mundo sabe de qué está hablando. Así, sus referencias a la sustitución del concepto de pertenencia a una clase que se está produciendo en el mundo actual, por la peculiaridad de los signos externos que definen al individuo como consumidor privilegiado, conforme a una trayectoria personal cuyo objetivo último no sería otro que el de llegar a ser famoso. Una sustitución que se refleja de forma apreciable en los aspectos más diversos de la vida social, costumbres, cultura, pensamiento, y hasta en las mismas características de la crisis que afecta en mayor o menor grado al arte y a los géneros literarios. De ahí que en USA, la forma narrativa por excelencia no sea la novela sino el cine, el arte propio de una sociedad sin clases en el sentido tradicional, una sociedad crisol en cuyo seno el cine parece haber hallado el terreno más adecuado para desarrollarse, gracias a la inventiva de sus creadores y a la colaboración de gran número de europeos más o menos desarraigados, a quienes les resulta posible realizar allí lo que en sus respectivos países de origen no realizaban, aplastados por el peso de su propia historia.

Hay épocas de estancamiento, dice, en las que las aguas parecen arremansarse, y épocas de cambio progresivamente acelerado, como el curso de un río al entrar en los rápidos. Los tiempos que vivimos son, ni que decir tiene, de cambio. Corremos hacia delante, no hacia una meta determinada, sino simplemente hacia delante porque el suelo parece abrirse a nuestra espalda y no podemos dejar de correr. Y del mismo modo que los rápidos de un río se ven con frecuencia rematados por una catarata, la impresión hoy predominante en todos los terrenos es la de que nos encaminamos hacia una solución de continuidad de alcance imprevisible. Tal vez en la generalización de esa impresión, una impresión casi de vértigo, haya jugado un papel clave el descubrimiento de la ausencia de límites del universo tanto respecto a lo infinitamente grande como a lo infinitamente pequeño, con la consiguiente caída de conceptos como el de la nada -de hecho, un intervalo-, o como el de materia orgánica contrapuesto al de materia inorgánica y hasta el de vida contrapuesto al de muerte. En tales circunstancias, ante lo desconocido, ante un mundo que ya no es lo que había sido, nada tiene de particular que surja constantemente la palabra crisis, una crisis cuyos extremos, si difíciles de precisar en un terreno tan fluido

como pueda ser el de la sociedad considerada en sí misma, se aprecian de inmediato en el ámbito de la cultura y, muy especialmente, en el de las artes y las letras. Responsabilidad nada desdeñable en la formación de ese vacío que, a modo de horizonte, divisa ante sí el hombre actual, es el que corresponde a la filosofía alemana, ese cuerpo de ideas que hasta hace pocas décadas constituía la filosofía por antonomasia o Filosofía a secas. La gran trampa -aceptada casi como un lugar común- que suponía considerar tanto la Historia en su conjunto como cualquiera de sus aspectos, las artes, las letras, la propia filosofía como un todo coherente en pleno desarrollo, mientras, primero en forma de disonancias aisladas, luego con la rotundidad de una estampida, se imponía la evidencia de que no había una pintura, una música, una literatura, sino muchas, muchos sistemas de pensamiento y hasta muchas Historias, que la identidad misma de la crisis de nuestro tiempo se diluye en la sucesión de crisis que configuran la presencia del hombre en la tierra. El error residía en entender un arte determinado como una forma expresiva de rasgos cerrados, aplicable, como si de un patrón se tratase, a toda clase de circunstancias. Y si ahora sabemos que la palabra música no significa lo mismo para nosotros que para los chicos y chicas de quince años, también sabemos que en lo que respecta a la pintura o a los géneros literarios, la situación es aún menos equívoca: son cosas que, sencillamente, interesan cada vez menos a la gente. Mientras el teatro subsiste sólo merced a subvenciones, la poesía se ha convertido en los últimos años en un género leído casi exclusivamente por sus propios cultivadores, solitarios de la gran ciudad o de la ciudad de provincias, cuya vida discurre totalmente al margen de las diversas corrientes del mundo literario. La narrativa, por su parte, teóricamente cuando tiene más lectores que nunca, se encuentra paradójicamente en una encrucijada que empieza a parecerse a la que es propia de la poesía: no aparecen nuevas novelas de interés porque no aparecen novelistas realmente nuevos, y las obras de gran venta van de hecho asociadas a medios de expresión tales como el cine y la adaptación televisiva. Un problema, así pues, de lectores y espectadores, pero también de autores. Algo parecido a lo que sucede con las realizaciones urbanísticas y arquitectónicas, a la distancia que media entre el proyecto del diseñador y el uso que de su obra hará la gente; ese gusto de la juventud por juntarse delante de determinados locales más que en su interior o la consideración de la tele como algo que ni vale la pena mirar cuando no refleja las imágenes de las que esa juventud es reflejo. En líneas generales puede afirmarse que en ningún terreno artístico se ha dado un paso adelante respecto a las bases sentadas en el período de entreguerras, en el intervalo que separa a la Primera Guerra Mundial de la Segunda.

Carecería de sentido calificar moralmente el mundo actual, un mundo caracterizado por una serie de conflictos que no son sino el resultado de la solución de conflictos planteados previamente. Cabe decir, a lo sumo, que se trata de tiempos difíciles y que esas dificultades son de nuevo cuño, distintas a las propias de las épocas precedentes. Y también de tiempos de contradicción, el primer concepto que suele evocarse en relación al presente, sin hablar asimismo de degradación o declive. ¿La causa? El desfase entre desarrollo científico y sobre todo tecnológico y la capacidad del hombre de mantenerse al ritmo de ese desarrollo y asimilarlo. La adaptación se realiza a duras penas y a un ritmo

inadecuado, cuando sólo merced a una completa coordinación será posible desarrollar una cultura nueva, distinta, por ejemplo, de la renacentista, dado que no se fundamentará en valores del pasado, dado que ahora, a diferencia de entonces, ese pasado está ya asumido.

La capacidad de afirmar el propio yo, de exaltar cuantos rasgos lo distinguen, es habitualmente considerada cualidad esencial del individuo. Con todo y serlo, representa tan sólo uno de sus aspectos, y sobrevalorarlo puede obstaculizar la simultánea pertenencia del yo a una entidad superior, a un proceso -si se prefiere- con frecuencia no perceptible por la conciencia individual. Es más que probable, por otra parte, que esa entidad superior, ese proceso, accesible únicamente al individuo capaz de autotranscenderse, tampoco tenga conciencia de sí mismo, de su propia existencia. ¿Alcanzar un estadio atemporal, más allá de conceptos ilusorios como el de principio o el de fin? Un estadio tal vez equiparable al intuido en el pasado por los místicos, a lo que en la India entendían y entienden por nirvana, pero sólo equiparable. De hecho, la captación del fenómeno, inmediata, inconsciente, está al alcance de cualquiera, si bien tan sólo por un instante, para luego desvanecerse como se desvanecen los sueños al despertar. Fijado el fenómeno en la conciencia, presente, pasado y futuro serán contemplados como aspectos simultáneos de una misma cosa, de acuerdo con una perspectiva similar a la cubista. Pero el acceso a tal visión está únicamente al alcance de las personas capaces de trascender los límites de la propia individualidad o, cuando menos, de definir esos límites. Y es que el hombre, igual que tiende a sumar sus esfuerzos a los de otros en el desarrollo de una empresa colectiva, se trasciende a sí mismo incluso sin saberlo cuando, por medio de la escritura u otra forma de creación, sobrepasa los propios límites al integrarse en un proceso de conocimiento superior que no es otra cosa que la conciencia del mundo. Si el mismo sustrato oscuro, expresión misma del caos al que los antiguos remitían todo comienzo, que se manifiesta en la sexualidad, está en el origen de la creación literaria, la búsqueda de una realidad superior, es decir, de un orden superpuesto a la realidad meramente perceptible por los sentidos, está en su objetivo final. Lo que se oculta por encima de las apariencias convencionalmente tenidas por reales, eso es lo que atrae o debiera atraer a todo escritor incipiente. No es a fin de cuentas muy lejos de la niñez cuando el hombre, rozando a veces la idea de una existencia superior organizada, tiende a personalizar en divinidades o en principios de valor análogo lo que en realidad no suelen ser sino aspectos apenas vislumbrados de la naturaleza del propio universo. Intuiciones que el escritor plasmará en su obra, una obra cuya intención inicial se pierde con los años, al igual que la identidad de sus destinatarios explícitos o secretos y que su entero contexto. Y, sin embargo, se da el caso de que, por diversos que sean los sucesivos contextos, la obra permanece y mantiene intacta su capacidad de generar sugerencias, fruto autónomo tanto del mecanismo ideado por el autor como de los destellos inconscientes que informan su obra. La tendencia es que, a la larga, el autor termine por ser asimilado a sus obras, por constituirse en una obra más, generalmente inacabada. Sólo a primera vista puede resultar paradójico que al verismo atribuible a una obra de carácter autobiográfico quepa contraponer la verdad superior de las obras de

ficción.

Bueno: éstas fueron sus palabras, el contenido de las respuestas que dio a mis preguntas aquel desvaído anochecer de enero; mi papel se ha limitado a darles la fluidez propia de un texto literario. No deja de ser significativo que terminase refiriéndose, consciente o inconscientemente, al destinatario de la obra, sea explícito, sea, como subraya, secreto; es decir, a su contexto. Y, terminada la entrevista propiamente dicha, cuando ya nos despedíamos, se refirió también al papel del entrevistador como verdadero autor de una obra en la que el entrevistado era en realidad el argumento. Un argumento que ahora, seis meses después, una luminosa tarde de junio, considerando sobre todo la casi inverosímil sucesión de contratiempos que se habían ido acumulando, tenía yo sobradas razones para juzgar incompleto. ¿Podía alguien creer que cuanto había sucedido era casual? ¿Que todas mis sugerencias, mis insinuaciones ni tan siquiera demasiado indirectas, mi propia insistencia en que me llamase David, no le habían alertado de algún modo, impulsándole a reaccionar con cautela? Una insistencia, también es verdad, tal vez fuera de lugar, ya que su lógica contrapartida (que él me autorizase a llamarle Luis) no arrojaba luz alguna sobre el punto clave de la relación que nos unía. No obstante, alguna explicación tenía que haber; la actitud reticente con que me recibió en Saint-Nazaire, sus evasivas de cuando le telefoneé a Lahore, todo para decirme ahora, como si nada hubiese pasado, que no había ningún problema con la entrevista, que nunca lo había habido. Pero, ¿la había leído siquiera después de tanta demora? Porque el único comentario que me hizo era el de que le gustaba que no tuviera la forma tradicional, con preguntas y respuestas, y eso ya me lo había dicho en Saint-Nazaire. Y cuando le comenté que había llegado a temer que no estuviera de acuerdo con su contenido, dados los retrasos que se habían producido, el tiempo que había tardado en devolverme el texto, quitó toda importancia al asunto. Lo que pasaba, dijo, era que mi entrevista se había cruzado con un proyecto que había estado desarrollando todo ese tiempo, una obra que en parte tenía también forma de entrevista, de entrevista consigo mismo, de forma que al coincidir en un solo sujeto la figura del entrevistador y la del entrevistado, las preguntas ni llegaban a ser formuladas. Imagine mi desorientación, dijo, cuando su visita a Saint-Nazaire, ya que en mi obra hay una referencia implícita a ese lugar; tenía la sensación de estar dando respuestas diferentes a una sola pregunta. ¿Sería cierto eso? ¿Qué temía, como estaba apuntando, que la una quitase luz a la otra? Lo que yo captaba en su cordialidad, una cordialidad excesiva, la del que quiere poner punto final a algo, era más bien cierto malestar.

Me acababa de decir que la persona entrevistada era el verdadero argumento de toda entrevista. También había afirmado que creía en el porvenir de la entrevista como género literario, que si no hubiera entrevistadores habría que inventarlos y, en aparente contradicción con ello, que le gustaba de mi entrevista la ausencia de preguntas y respuestas al modo convencional, algo, por otra parte, que aseguraba haber puesto en práctica en esa especie de entrevista a sí mismo que le había mantenido tan ocupado. ¿Acaso apreciaba algún elemento perturbador en ese entrevistador no inventado que soy yo? Sus lapsus, sus contradicciones, la difícil postura en que se había colocado a sí

mismo, me producían hilaridad, así como deseos de sacarle de dudas, de poner en claro lo que no parecía comprender, si es que realmente no había aún comprendido. Pero, al mismo tiempo, saber lo que él no sabía me daba un poder sobre él, o mejor, me colocaba en una posición de dominio a la que no estaba dispuesto a renunciar. Si su vista cansada o una fuerte dosis de voluntarismo le impedía ver lo más obvio, el parecido físico entre ambos sin ir más lejos, sin entrar en similitudes psíquicas o intelectuales, allá él. Fue precisamente ese parecido físico lo que ya a los pocos meses de mi nacimiento llevó a unos cuantos amigos suyos y de mi madre, conocedores de la relación sentimental que les había unido el año anterior, a sacar sus conclusiones. De poco sirvió -más bien al contrario- que mi madre me pusiera el nombre de su marido, mi padre oficial. Si de niño el parecido llamaba ya la atención, pasada la adolescencia desapareció todo margen de duda. Y cuando a mi madre, con la que siempre he mantenido la mejor relación, le pregunté a este respecto de forma como casual, intrascendente, en tono de broma, su respuesta no pudo ser más transparente para cualquiera que conociese su manera de ser. A la gente le gustan los chismes, fue su respuesta, halagada en el fondo, diría yo, de que se lo hubiera preguntado. Yo siempre pensé que mi presunto padre, como el rey desnudo del cuento, era el único que no lo sabía, el único en no darse cuenta de que mi parecido con él era el que une a un caballo blanco con uno negro. Y ahora resultaba que el otro que no lo sabía era mi verdadero padre, con todo y haber desfilado ante sus narices pistas y más pistas, detalles, insinuaciones. Nada más lógico al parecer, desde su punto de vista, conociendo como conocía a mis padres, que mi nombre no fuera otro que el de David. Naturalmente que voy a encontrar un momento para ti, dijo la primera vez que hablamos, cuando llamé por teléfono para proponerle la entrevista. ¿Cómo están tus padres? Hace un montón de años que no les veo. Si su reacción de entonces me había permitido concebir esperanzas, considerada a la luz de los acontecimientos posteriores esa reacción adquiriría el mismo tipo de carga irónica que el hecho de que su marca preferida de whisky, por ejemplo, tuviera por nombre precisamente Old Grand Dad. El caso es que, al recoger el texto de la entrevista y ponerme en pie, ya no me pude contener más y solté una carcajada. Sin acertar sin duda a explicarse el motivo, se limitó a sonreír cortésmente.

Más por sentirme obligado a resolver de algún modo la situación creada que por motivos técnicos, le hice una última pregunta, la que suelo hacer para cerrar una entrevista cuando la ocasión parece exigirlo. Una pregunta más, le dije. ¿Cuál es la pregunta que usted desearía que alguien le hubiera hecho alguna vez pero que nunca le ha sido hecha?

Ni idea, dijo. Pero estoy seguro de reconocerla en cuanto me sea hecha.

Los VI libros secretos. Como si la transparencia del aire afilase el frío, el día en que Drusila acudió a visitarme fue una de esas jornadas en las que la proximidad del solsticio de invierno parece materializarse de súbito con un vasto despeje de hojas llevadas por el viento, con los fragmentos de frágil hielo en las charcas de los caminos, con la blanca escarcha que resiste la tibieza del sol en las umbrías, a la espera de desplegarse de nuevo hasta el horizonte al caer la noche tal un reflejo de la Vía Láctea. Similarmente, y pese a que no eran tantos los años transcurridos desde la última ocasión en que nos habíamos visto, su paso parecía haber sido decisivo en lo que a su presencia física se refiere, brusco el cambio sufrido como el de la lluvia que se convierte en granizo. Si desde hacía tiempo sus cabellos eran grises y grisáceo también el rostro en su pérdida de coloración juvenil, blanco era ahora el pelo airosamente recogido, y de profundo relieve y trazado irregular las arrugas que se superponían a la antigua perfección de sus rasgos, rasgos ahora descolgados, desdibujados, como a resultas de una enfermedad, por el mero transcurso de las estaciones sobre el cuerpo humano. Yo me hallaba tomando una infusión destinada a calmar el dolor de muelas y ella prometió proporcionarme la fórmula de una substancia, recetada por su médico, que disipa los dolores más agudos según se disuelve en la boca. Se echó a reír. Quién nos hubiera imaginado hablando de estas cosas, dijo. Los dientes debieran ser por lo menos tan inmortales como las perlas, que es de lo que yo estaba convencida cuando era joven; como perlas que sólo mueren por el desuso. Piensas que se estropean los de los demás, añadió, que los tuyos no pueden estropearse. Sólo entonces reparé en que tampoco sus dientes eran los de antes, por más que siempre hubiera cuidado de tenerlos limpios de sarro: deslucidos y romos como pequeños guijarros. Un cambio en el que veía el reflejo del que sin duda había experimentado mi propio cuerpo. Difícil reconocer en mí y en ella al joven provinciano recién llegado a Roma que, nada más verla, no bien se cruzaron nuestras miradas, creyó haber dado con la estampa viva de la Cintia cantada por Propercio. La atracción fue recíproca, aunque nunca llegara a concretarse en algo más que una estrecha amistad, ya que cuando las cosas pudieron haber tomado otro rumbo, no fue posible que lo tomaran. Por aquel entonces, su familia estaba situada en el centro de las áreas de poder; la mía no, y yo no llevaba escrita en la frente la carrera pública que la voluntad divina y mi propio esfuerzo me iban a deparar. Pero fue sin duda la serenidad, la ironía y la belleza de la mirada de Drusila el factor decisivo de mi distanciamiento de Vicia, la muchacha que por razones familiares estaba en principio destinada a ser mi esposa. Si en algún momento sus ojos como de ciega de puro claros llegaron a fascinarme, fue la comparación con Drusila lo que me hizo caer en la cuenta de la naturaleza de su secreto: Vicia era tonta. Su comportamiento, con el paso del tiempo, reveló además que su maldad corría pareja con su tontería y, plasmada en el rostro, sus rasgos de ninfa se

trocaron -imperceptible la transición- en rasgos de arpía. La evolución de Drusila con los años, por el contrario, era más bien semejante a la de esa muchacha que, lejos ya del ejercicio y la vida al aire libre propios de un verano pasado en la campiña, huyendo de los calores de Roma, llegado el invierno, parece desmejorada. Ella fue la primera en llamarme Tácito, simplemente. Tácito, un hábito que no tardó en cundir entre nuestros amigos comunes. ¿Le debo acaso también a ella, la etrusca, el haberme decidido a comprar esta finca precisamente en Etruria? Hoy, el estriado verde musgo de sus ojos ha perdido nitidez: más liquen que musgo la turbia coloración y reluciente opacidad de charca la mirada. Consuela pensar que, cuando menos, ni ella ni yo hemos tenido matrimonios desgraciados. Fabio fue, en definitiva, un hombre generoso y despierto, si bien le satisfacía en exceso verse interpelado por la gente en el Senado, en el foro y hasta en la calle y, al sentirse importante de tan solicitado, no podía evitar, no ya sonreír, sino reír constantemente, lo que le hacía parecer lo que no era, un bobo. Ese toque de vanidad nunca fue obstáculo para que aceptase y apreciase debidamente la valía de Drusila; es probable, antes bien, que mientras vivió y más aún cuando se hallaba próximo a la muerte, convirtiera en un motivo más de vanidad el hecho de ser esposo de una mujer de su talla, sabia a la vez que libre, antigua a la vez que moderna. La inexistencia de derechos ha hecho libre a la mujer romana, me dijo Drusila al poco de casarse, en el apogeo de su proyección social. La romana más virtuosa sería aún hoy considerada una prostituta en Grecia: mandando en casa se termina mandando fuera de casa. Así era entonces, así era ahora y así era cuando la conocí, hace ya demasiados años. ¿Cuál es tu recuerdo más antiguo?, dijo entonces Drusila, como si hubiera seguido el hilo de mis pensamientos.

Considerar la vida en su conjunto. ¿Víctima de mi propio oficio? Presa cuando menos, se diría, de uno de tantos episodios históricos que había reseñado en mis obras, cualquiera de ellos; como si los acontecimientos, salidos de la tablilla, terminaran por involucrarme en sus entresijos, dando pie a que un eventual observador recogiera tal peripecia en una nueva reseña escrita. Una imbricación de autor y obra que se había desarrollado a partir de la dinámica misma del plan original, un plan esbozado inicialmente como si autor y obra fuesen dos términos absolutamente irreductibles, nítidamente diferenciados sus respectivos papeles: contar, sencillamente, la vida de Roma desde la muerte de Augusto hasta nuestros días. Un total de 36 libros agrupados en tres partes dedicadas respectivamente al pasado remoto, al pasado reciente y al pasado inmediato, de acuerdo con un grado de proximidad entre autor y obra que la propia evolución de ésta, no menos que la de su autor, no hizo sino modificar con los años. Pero resultaba obvio que si de algo había sido víctima era de una errónea interpretación de los libros sagrados cuando, de joven, me hallaba encargado de su custodia en representación del Senado. Yo había visto en ellos lo que otros no supieron ver, ignorantes de las circunstancias que en mí concurrían. De haberlas conocido, tal vez les hubiera llamado la atención igual que a mí el decisivo dominio sobre Roma que, según los libros, el destino me había reservado, una revelación que siempre cuidé bien de guardar en secreto. Sucede, no obstante, que toda interpretación de un vaticinio es de

valor equívoco y mi error fue entender como poder político un tipo de dominio más impreciso a la vez que más permanente: el que se ejerce por medio de la escritura. Lo irónico del caso es que un Blasio, como siguiendo el proceso inverso, adivinara la existencia de la conjura sin haber descubierto hilo alguno, que la hubiera neutralizado no por haber sacado a la luz el entramado de esos hilos -de haberlo hecho no me encontraría yo ahora en mi retiro de Etruria ni mis amigos en la tranquilidad de sus hogares-sino por el significado que, con todo y ser un iletrado, desprendía de mis escritos. Es decir: por escribir la historia de un joven que había de terminar por convertirse en emperador, una biografía que Blasio juzgaba que debía ser entendida como autobiografía. ¿Sería Junio Cornelio Escipión el hombre que le hubiera gustado adoptar a Publio Cornelio Tácito de haber logrado llegar a César?, me consta que comentó Mamerco Blasio al enterarse de que, siguiendo sus indicaciones, aceptaba renunciar al gobierno de Asia. Con lo que era él quien de hecho convertía los problemas de Gayo Junio en mis problemas y al autor de la obra en protagonista; una irrupción de la realidad que transformaba la historia en Historia. Blasio: las maquinaciones que bullen en el pensamiento de la gente como él, aparentemente primitiva, conforme a una oscura dinámica próxima -por lo febril- a la de los estados de delirio; la complejidad de tal mecanismo, con independencia de las rudezas de carácter y hasta de las limitaciones de raciocinio; lo certero del resultado. Y como Blasio, sus sicarios, empezando por el jefe de su guardia, un ser cuyo nombre no recuerdo en razón de la aversión que me inspira, un hombre de faz mutable como la de ese corruptor de jóvenes de boca floja y mirada espontáneamente culpable en tanto decide qué actitud adopta al abordar a determinado chico: si abierta y divertida, o bien alegre pero dominante, propia de la persona amante del orden y la disciplina, una disciplina que no excluye el castigo físico, inflexible en sus rigurosas exigencias. Frente a este género de enemigos, el desenlace de las intrigas a las que ha dado lugar la sucesión de Trajano ha sido, en lo que a mí concierne, óptimo. Aplacados los de la Bética, el nuevo César ha resultado ser un buen César, firme a la vez que magnánimo, culto al tiempo que generoso. Y un consuelo: el poder de la palabra, el hecho de que la escritura llegue a levantar más temores que todo un cuerpo de ejército.

Una situación personal que no es precisamente inédita en la historia de Roma y de la que sería absurdo lamentarse cuando ni Cicerón ni Ovidio contaron con nada parecido a mi retiro etrusco. Escribir ha sido siempre un oficio peligroso, tanto más cuanto mayor es la relevancia -pienso en Lucano, en Séneca- alcanzada por el autor. Nada más lógico, asimismo, que la gran rectificación respecto al plan inicial se haya producido, no en los 18 libros de la primera parte, ni en los 12 de la segunda, sino en los 6 de la tercera, ya que en ellos tenía que ser precisamente, refiriéndose como se refieren al tiempo presente, donde autor y obra confluyeran hasta integrarse la vida de aquél en el desarrollo de ésta. Lo realmente paradójico es que el recurso a la ficción, cuyo objetivo no era otro que el de crear un distanciamiento que diera mayor objetividad al relato, haya producido el efecto contrario al ser entendido, con independencia de que hubiera o no base real para tal sospecha, como indicio de mi predisposición a la conjura. Y, si no como indicio, como pretexto. Un equívoco fundado en la presunción de que yo estaba rehusando jugar

respecto a Trajano el papel que Virgilio había jugado respecto a Augusto. ¿Qué pretendía, sino, con lo que ellos llamaban mis libros secretos? ¿Me faltaba acaso confianza en la consolidación de los logros de Trajano para, en lugar de referirme a ellos en mis escritos, prefiriese reflejar temas de la vida cotidiana más propios, a su entender, de un autor de comedias? ¿Creía yo tal vez estar llamado a mejorar la obra de Trajano? Una sucesión de sospechas que, ante la inminencia de la muerte de Trajano, había convertido en problema político lo que no pasaba de ser un problema de estilo. Pero hay que considerar que cuantos de mis predecesores se han planteado problemas similares, se han visto asimismo en problemas. Y si esto sucedió con escritores que se movían dentro del género que cultivaban, ¿qué no iba a suceder cuando lo que se está ensayando es un nuevo género que se modifique de acuerdo con las circunstancias, que pase cuantas veces sea preciso del estilo propio de la Historia al de la Comedia y del de la Lírica al de la Epopeya o la novela de costumbres? De hecho, al tomar en consideración los aspectos más diversos de la vida cotidiana, mi propósito no difiere del que impulsa al ceramista cuando amasa el barro del que han de brotar las formas deseadas: lograr una historia no sólo más bella sino también más veraz y expresiva que lo que pueda lograrse mediante una simple crónica de los hechos presuntamente acontecidos, una obra literaria que, ni reseña histórica, ni discurso, ni poesía, ni intriga mundana, sea capaz de constituir un ámbito a la vez autónomo y superpuesto a la realidad, una realidad a la que es susceptible de iluminar en virtud de la luz generada por su propia atmósfera. Decir ceramista es decir pintor: su don de convertir el rostro de una persona desconocida en el de alguien que creemos conocer de toda la vida. O escultor, con su sensibilidad para fijar en materia inmóvil el instante que esboza un gesto. O la inventiva del músico al suscitar emociones que en vano buscaríamos en el mundo físico. Una tendencia que en las artes de la palabra, sea en prosa, sea en verso, pugna por hacerse manifiesta desde hace siglos. Las innovaciones que pueda ofrecer mi obra son meros aspectos de esa tendencia. Introducir al autor en el fluir narrativo, por ejemplo, ¿no es acaso una variante más de su habitual presencia en calidad de voz narradora? Lo más personal de mi aportación consiste en haber despojado a la voz narradora inicial, la de Junio Escipión, de su carácter protagónico para convertirlo en simple personaje del verdadero autor, Publio Cornelio Tácito, un desplazamiento, por otra parte, no muy distinto de los que habitualmente observamos en las obras de Platón. Pero, ¿no convierte todo eso a su vez a Publio Cornelio Tácito en un personaje más de la obra? ¿No sería incluso lógico que en el futuro llegara a creerse que Junio Escipión había escrito una obra cuyo protagonista era Publio Cornelio Tácito?

Un planteamiento que nada tiene de juego o de artificio virtuoso, siendo como es réplica literaria de la propia vida del hombre, asumiendo como asume el significado de esa vida del hombre, de lo que es el tiempo, de lo que es el mundo. O, cuando menos, preguntas cuya respuesta sería vano buscar en el pensamiento estoico, el único al que uno puede sentirse próximo aunque sólo sea por eliminación, toda vez que Pitágoras no tiene la culpa de que sus seguidores hayan terminado por convertirse en verdaderos charlatanes. Nada más estrechamente vinculado, en efecto, que el contenido de esas tres

palabras esenciales, hombre, mundo y tiempo, sobre las que se asienta la idea misma de Historia. El conocimiento del hombre, por ejemplo, relativiza hasta tal punto el concepto de tiempo que el que no conoce queda fuera de transcurso, paso sin pisada, anonimato sin huella. Y sin embargo, nadie conoce desde el principio: el conocimiento se adquiere con el tiempo, un tiempo que, más que pautar, es pautado por el desarrollo de ese conocimiento. El concepto de tiempo se halla tan estrechamente relacionado con el de hombre que aplicarlo al mundo sin la mediación de éste sería tan ilusorio como hacerlo extensivo a la existencia de los dioses. El riesgo, no obstante, reside en pararse a considerar tal o cual gota que cae del cielo, no la lluvia; pensar en términos de gota, no en términos de lluvia. De ahí que no sea infrecuente descubrir lo que otros ya han descubierto, hacer lo que otros ya han hecho; nadie parece tener conciencia de que lo que está diciendo ya lo dijo antes alguien y alguien lo dirá después. Años atrás tendía a entender la historia del mundo a imagen y semejanza de la Columna Trajana, y mis libros tenían algo en común con esa serie de relieves que se suceden formando una espiral sin principio ni fin. No deja de ser curioso que una persona tan desagradable como Apolodoro sea capaz de intuiciones tan geniales, ya que la idea que ahora me domina acerca de la vida del hombre en la tierra se halla muy próxima también a una de sus obras, ese panteón que ha diseñado para el nuevo César, esos nueve metros de abertura circular que, desde lo alto de la bóveda, ponen en contacto la luz y las estrellas con la oscuridad del ámbito interior. Como en ese ámbito, la vida del hombre está llena de sombras, de acontecimientos inexplicables. A diferencia de lo que sucede en la epopeya, donde el poeta parece complacerse en aclarar hasta el detalle más mínimo, la realidad carece de argumento. Incluso cuando se habla de ella en pasado, el riesgo de explicarla conforme a un argumento equivocado es grande si se prescinde de tales áreas de sombra. De hecho, nuestra educación se ha desarrollado entre enseñanzas que son fruto de impresiones engañosas. ¿Perdió realmente la guerra una Troya que había de transfigurarse en Roma? ¿La perdieron los sabinos o los latinos junto con su identidad al entrar a formar parte de esa misma Roma? ¿O la propia Roma, según se ha ido derramando sobre la superficie del mundo, al igual que las provincias en ella integradas desde hace siglos? ¿No sería más apropiado considerar todos esos fenómenos como un espacio abierto, desprovisto de lindes lineales, donde conceptos como delante o detrás, arriba o abajo, tengan valor tan sólo en un contexto determinado, y decir antes o después suponga una referencia de carácter no menos relativo? Y al individuo, a los individuos, como aspectos de un ser superior configurado por la suma de todos ellos, una realidad sólo perceptible, como la verdadera naturaleza de los relieves del paisaje, a la debida distancia.

Es casi un lugar común considerar que cuando un hijo realiza algo que bien pudiera haber realizado su padre, hay que atribuir el hecho a un fenómeno de imitación. Ha salido al padre, se dice. Pero la realidad no es ésa. Lejos de imitar, el hijo se limita a actuar como cree que debe actuar, que es como, dada la similitud de personalidades y sin que él ni tan siquiera lo sepa, hubiera actuado el padre en idénticas circunstancias; de ahí sin duda la vieja práctica de eliminar, junto con la persona de tu enemigo, a toda su

descendencia. Sólo que lo mismo puede suceder, aunque no medien lazos de sangre, cuando dos seres, en épocas y lugares distintos, presentan muchos rasgos en común: al hacer frente a determinadas realidades ambos tienden a pensar y actuar de forma semejante, una experiencia que verifiqué por primera vez en mi relación con Agrícola. Esa persistencia de los impulsos que más allá del tiempo y del espacio tienden a conseguir objetivos equivalentes puede inducir al equívoco de que unos y otros se hallan comprometidos en el desarrollo de una misma empresa, cuando lo único que hacen es reaccionar idénticamente en contextos distintos. En la obviedad de tales repeticiones está la raíz de una propensión innata en el hombre a identificarse con un ser superior que se diría proyección del propio mundo, espíritu de ese mundo, por así decir. Semejante voluntad de trascendencia, cuya principal vía de expresión es el perfeccionamiento del individuo mediante el conocimiento, se ha visto con frecuencia enmascarada por otras presuntas formas o representaciones de ese ser superior, el clan, la tribu, la ciudad, la nación, deformaciones más que formaciones de la verdadera voluntad de trascendencia, construcciones que, como cuanto brota de la pública algarabía a la larga dan lugar a una proliferación desordenada de fuerzas antagónicas y que, lejos de estar en armonía con esa proyección del mundo con la que el hombre buscaba y busca identificarse, tiende a destruirla como los tumores destruyen el organismo.

Parecida intuición fallida puede rastrearse en el origen de la teoría de la reencarnación, fundada en la creencia de que un individuo concreto se convierte al morir en otro ser concreto, cuando es su parte supraindividual la que vuelve a integrarse en el fluir general de la vida, de la que nunca ha dejado de ser un aspecto particular. Una concepción errónea que está relacionada con otra creencia no menos ilusoria: la de que cuanto el hombre realiza lo hace en función de una finalidad personal, cuando lo cierto es que el verdadero fin de los actos del hombre, de las cosas que realiza, no es otro, contra lo que él mismo pueda pensar, que el de que esas cosas sean realizadas. Vemos, por ejemplo, que en una colmena, el trabajo de la abeja tiene por objetivo, no su propia subsistencia, sino la estabilidad de la colmena a la que pertenece, sin cuya existencia su vida carece de sentido. Por supuesto que el hombre nada tiene en común con una abeja, pero a semejanza de ella, tiende a trascender, de una forma u otra, toda simple repetición de gestos sin más horizonte que la subsistencia. Y esa forma de trascenderse no es otra que la de ahondar en el conocimiento de ese diseño atemporal que desde siempre ha atraído la atención del hombre, dando lugar a una serie de manifestaciones que se perpetúan y adaptan a nuevos contextos como de acuerdo con un esquema. En otras palabras: aproximarse a un fenómeno que carece de límites y cuya naturaleza se desconoce.

Antes hablé de gotas de agua y de lluvia. El viejo Plinio, por su parte, descubrió gracias a sus cristales de aumento que cada copo de nieve posee una estructura interna idéntica, un dibujo geométrico que se repite indefinidamente según van cayendo, para luego soldarse unos con otros al extender su blancura sobre la tierra. Es posible que algo parecido suceda con las burbujas de la espuma del mar, por sutil que sea la materia etérea de que están hechas; sabemos, en todo caso, que de ellas está formada la espuma que brota del mar al choque de las olas contra los accidentes de la costa. Está claro que si

el hombre no es, como dije, una abeja, menos aún puede ser equiparado a una gota de agua, un copo de nieve o una burbuja. Ahora bien: lo seguro es que tampoco puede hablarse del hombre como si fuera el centro del mundo, protagonista privilegiado del tiempo y del espacio, por irreplicable y ejemplar que nos parezca la vida de tal o cual individuo. Y al igual que hablamos de lluvia, de nevadas y de oleaje, habría que preguntarse si no nos equivocamos al considerar al hombre antes como individuo que como aspecto de un sujeto colectivo del que forma parte, con independencia del mayor o menor relieve de la huella que deje a su espalda. ¿No nos ayuda la colmena a entender como es debido el comportamiento de las abejas? De modo similar, a mi entender, la consideración de una forma de vida de carácter transpersonal puede ayudar a entender el destino del individuo, elemento culminante de todo proceso, ya que no de un mecanismo, por lo mismo que la estructuración del copo de nieve corresponde a la fase culminante de todo un proceso de evaporación, condensación y descarga fría. Una consideración que si aplicada al individuo explica muchas cosas -coincidencias históricas, repeticiones, resurgir de tendencias-, plantea muchas otras. Hablar de tiempo, sin ir más lejos, respecto a esa forma de vida de carácter transpersonal sería tan improcedente como hacerlo respecto a una colmena. ¿Qué historia cabe escribir de una colmena? Lo único digno de señalar en este sentido sería que la estructura y organización de una colmena se reproduce cada vez que se crea una nueva. También se convierte hasta cierto punto en irrelevante el papel de los dioses, cuya voluntad se impone a la de los hombres pero que, al igual que éstos, parecen ignorar la existencia de esa forma de vida de carácter transpersonal. Su existencia y sobre todo su naturaleza. Su naturaleza y sobre todo su significado último.

Drusila me había escuchado acodada en la mesa, en actitud de gran atención, el secreto, como ella decía de que los hombres se sintieran invariablemente halagados, tomando por interés apasionado lo que no era más que visión defectuosa. Si hubieras sido tú el sucesor de Trajano, dijo, te habría faltado tiempo, probablemente, para dedicarte a tus libros. Lo más seguro, dije yo, es que no hubiera tenido tiempo para casi nada. Los años, enemigos aparte, no me hubieran concedido un margen más generoso que a Nerva, un tipo de mandato de transición que el historiador suele despachar en unas pocas líneas. Todo se ha desarrollado en realidad del mejor modo posible: tranquilizado el ánimo de los de la Bética, alejada mi vida de todo cargo público y de esa nueva moda de dejarse crecer la barba, que tanto confunde la edad y la fisonomía del que la lleva, pienso sinceramente que no hay ambición política que compense la satisfacción de haberme podido entregar libremente a la redacción de esos seis libros que la voluntad divina ha querido dar definitivamente el carácter de secretos que de forma provisional le habían atribuido mis enemigos políticos. El único riesgo es que, a falta de una audiencia inmediata, esos libros se pierdan o sean atribuidos a otro autor, pero esas confusiones y atribuciones equivocadas se dan en todo lo que concierne a la vida del hombre. ¿Cuántos hechos reseñados en los libros de historia han sucedido realmente como se nos dice que han sucedido? Otra consecuencia afortunada del giro dado por los acontecimientos ha sido el de hacerme venir aquí, apartándome de este modo de Villa Ludovina, no sólo demasiado próxima a Roma sino excesivamente llena de recuerdos, como si las cenizas

de mi mujer y de mis padres se hubieran integrado por entero en el paisaje de Campania.

Fue entonces cuando Drusila me preguntó cuál era mi recuerdo más antiguo. No sabría decirlo de cierto, le dije. Tal vez el de mi madre mostrándome la Vía Láctea desde el jardín. O tal vez el miedo que me inspiraba la imagen de una villa vecina en la que había muerto la mujer del propietario, Resio, un rico comerciante; evitaba pasar por las cercanías para no ver, no ya la casa, sino incluso cualquier columna de humo que pudiera surgir de sus proximidades. Un sentimiento muy similar al que ahora me inspira la Campania entera. Ahora que somos prácticamente vecinos, dijo Drusila, espero verte sin falta en la fiesta que doy cada año con motivo de las calendas de enero; este año y todos los años. Yo acepté y la invité por mi parte a las fiestas con que espero celebrar los idus de marzo, tiempo del día que crece y de la naturaleza que despierta, lejos ya de la alegría un tanto desesperada del solsticio de invierno, cuando, entre la oscuridad y el frío, los recuerdos se superponen y confunden. Y fue entonces cuando Drusila me preguntó, ¿y esa forma de vida de la que hablas no termina?, y yo le dije, así es, Drusila, no termina.

Créditos

Edición en formato digital: febrero de 2012

© Luis Goytisolo, 2009

© Ediciones Siruela, S. A., 2009, 2012

c/ Almagro 25, ppal.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-912-2

Conversión a formato digital: El poeta. Editores digitales, S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Índice	3
ESTATUA CON PALOMAS	5
Capítulo I	7
1. Delfos	8
Capítulo II	23
2. Penis et penna	24
3. Sagradas formas	29
4. Cuerpos en licuación	35
Capítulo III	41
5. Estratos y transparencia	42
6. Los recovecos de la locura	44
7. Latens deitas	49
8. Mi padre tiene un Packard	53
9. La dificultad de precisar un comienzo	58
Capítulo IV	60
10. Una visita	61
11. Fechas, números, nombres	63
12. Liquen seco	65
13. Dudas y decisiones	69
14. Luna	71
15. Vivacidad de la cigala	73
16. El vientre del horno	77
Capítulo V	82
17. El estuario	83
18. En la explanada del puerto al anochecer	86
19. Aspectos	89
20. A Fulvia	92
21. Caliente, caliente	94
22. La leona	97
23. El halo de la luna	99
24. Valeria Heladia: un tropiezo	101
25. Acomodare corpore vestum	103

Capítulo VI	105
26. A Fulvia	106
27. La entrevista	109
28. Delfos (fragmento)	112
29. Fragmento (comúnmente denominado "La Columna Trajana")	113
30. Los tres soles (párrafos finales)	115
31. Vestidos y papeles	118
32. El águila	127
33. Los cuatro elementos	129
Capítulo VII	133
34. Poniente en Oriente	134
35. La Etrusca	136
36. Una novela para transformar el mundo	139
37. VL	143
38. La pregunta	145
39. Un áspid en la cama	150
Capítulo VIII	152
40. Un pequeño punto de la pantalla del radar	153
41. El mensajero	162
42. Signos externos	167
43. La conjura	171
Capítulo IX	175
44. La pregunta	176
45. Los VI libros secretos	184
Créditos	192